



MINISTERIO DE DEFENSA

CUADERNOS  
de  
ESTRATEGIA

119

SEGURIDAD Y DEFENSA  
EN LOS MEDIOS DE  
COMUNICACIÓN SOCIAL

INSTITUTO ESPAÑOL DE ESTUDIOS ESTRATÉGICOS



MINISTERIO DE DEFENSA

CUADERNOS  
de  
ESTRATEGIA

119

INSTITUTO ESPAÑOL DE ESTUDIOS ESTRATÉGICOS

SEGURIDAD Y DEFENSA  
EN LOS MEDIOS DE  
COMUNICACIÓN SOCIAL

Enero 2003

## FICHA CATALOGRÁFICA DEL CENTRO DE PUBLICACIONES

SEGURIDAD y defensa en los medios de comunicación social / Instituto Español de Estudios Estratégicos.—[Madrid] : Ministerio de Defensa, Secretaría General Técnica, 2003.— 236 p. ; 24 cm.— (Cuadernos de estrategia ; 119).

NIPO 076-02-170-X.— D.L. M 4536-2003.

ISBN 84-7823-959-6

I. Instituto Español de Estudios Estratégicos II. España. Ministerio de Defensa. Secretaría General Técnica, ed. III. Serie

Teoría de la guerra / Polemología / Orden internacional / Globalización / Medios de comunicación social / Opinión pública / Defensa / Seguridad / Estados Unidos / S.XXI

Edita:



NIPO: 076-02-170-X

ISBN: 84-7823-959-6

Depósito Legal: M-4536-2003

Imprime: Imprenta Ministerio de Defensa

Tirada: 1.000 ejemplares

Fecha de edición: febrero 2003

**SECRETARÍA GENERAL DE  
POLÍTICA DE DEFENSA**

**Dirección General de Relaciones  
Institucionales de la Defensa  
Instituto Español de  
Estudios Estratégicos**

Grupo de Trabajo número 6/02

**SEGURIDAD Y DEFENSA  
EN LOS MEDIOS DE  
COMUNICACIÓN SOCIAL**

Las ideas contenidas en este trabajo son de responsabilidad de sus autores, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento del IEEE, que patrocina su publicación.

## SUMARIO

*Introducción*

**ARTE DE LA GUERRA O LUCHA CONTRA EL TERRORISMO**

*Por Miguel Alonso Baquer*

*Capítulo I*

**MICHAEL WALZER. UNA APROXIMACIÓN MORAL AL FENÓMENO DE LA GUERRA**

*Por Ignacio Fuente Cobo*

*Capítulo II*

**BOB WOODWARD. UN PASEO POR LA SOMBRA DEL PODER**

*Por Javier Pery Paredes*

*Capítulo III*

**MICHAEL IGNATIEFF. LA CREACIÓN DE UN NUEVO UNIVERSO MORAL A TRAVÉS DE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL**

*Por Juan Andrés Toledano Mancheño*

*Capítulo IV*

**WILLIAM PFAFF. REFLEXIÓN CRÍTICA SOBRE LAS CREENCIAS BÁSICAS QUE INSPIRAN LA POLÍTICA EXTERIOR ESTADOUNIDENSE**

*Por José María Pardo de Santayana y Gómez de Olea*

*Capítulo V*

**LA INFLUENCIA DE LOS ANALISTAS EN LA CONCEPCIÓN Y DESARROLLO DE LA DEFENSA DE LOS ESTADOS UNIDOS**

*Por José Enrique Fojón Lagoa*

*Capítulo VI*

**ANDRÉS ORTEGA. LA SEGURIDAD POSMODERNA**

*Por Vicente Hueso García*

**COMPOSICIÓN DEL GRUPO DE TRABAJO**

**ÍNDICE**

**INTRODUCCIÓN**

**ARTE DE LA GUERRA O LUCHA CONTRA EL  
TERRORISMO**

## ARTE DE LA GUERRA O LUCHA CONTRA EL TERRORISMO

POR MIGUEL ALONSO BAQUER

Ante las noticias que inundan la primera conmemoración anual de los sucesos del Once de Septiembre de 2001, referidas a la inminencia de un ataque militar de los Estados Unidos a la República del Irak por causa de su disponibilidad de armas de destrucción masiva y del riesgo de que se haga uso de ellas al modo terrorista, procede mantener la serenidad para no confundir las cosas. No es lo mismo enfrentarse a una situación bélica entre dos estructuras de poder, donde habría de aplicarse por efectivos militares el arte de la guerra, que prolongar hasta sus últimas consecuencias la lucha abierta contra el terrorismo internacional por parte de la Presidencia de los Estados Unidos de América a través de sus Servicios de Inteligencia.

El primer aniversario de los sucesos del 11 de septiembre de 2001 ha vuelto a poner de relieve las notables diferencias que conviene establecer entre las nociones de guerra, de lucha y de conflicto. El terrorismo es una forma de lucha que va más allá de lo que veníamos denominando guerra y de lo que entendemos como conflicto social o político. El terrorismo ejerce una capacidad de destrucción por sorpresa de aquello a lo que se ha definido por enemigo, al margen de cualquier formalismo jurídico. El grado de hostilidad que el atentado terrorista pone de manifiesto es mucho más alto que el habitual entre los Estados en guerra, entre las Clases en conflicto o entre las Ideologías en confrontación. La voluntad terrorista es aniquiladora porque, en definitiva, se activa desde el nihilismo, nunca desde convicciones profundas o desde creencias firmes. El

terrorista juzga, condena y ejecuta a aquellos a quienes previamente ha diabolizado de manera unilateral.

La lucha contra el terrorismo se debilita si se confunde con el trance formalmente declarado de una guerra abierta o si se le explica como secuencia fatal de una conflictividad político-social entre poderes públicos. El terrorista, que se sabe poderoso y apenas débil, se enfrenta contra los más poderosos todavía, buscando complicidades. Y la complicidad más fácil de encontrar por el terrorista será aquella que vincule los sentimientos suyos de hostilidad hacia el poderoso ya diabolizado, vengan de donde vengan, con otros sentimientos de repulsa del mismo adversario por cualquier otra razón.

Ya en las primeras semanas posteriores al gravísimo atentado realizado en los Estados Unidos de América se produjeron en Occidente actitudes propicias para el hallazgo de tácitas complicidades con las raíces del terrorismo que iban más allá de la solidaridad con las víctimas. No es que se convirtieran a las víctimas en culpables; es que la culpabilidad se difundió desde la culpa evidente de los actores del atentado a los errores del sistema agredido que, al punto, era también considerado injusto y por lo tanto culpable.

Una pequeña publicación "Vestigios" (Revista de la Asociación de Antiguos Alumnos de los Colegios "El Salvador" y "Jesús María" de Zaragoza, a la que pertenezco desde hace más de medio siglo) con la firma del jesuita Jesús María Alemany (muy vinculado al pacifismo del Hogar Pignatelli) anunciaba a principios de octubre del mismo año 2001 por donde podría tener entrada la condena ética, no tanto del brutal atentado, como del sistema social agredido. Decía así en su párrafo decisivo:

*La única gran potencia en el mundo, ha preferido sin embargo confiar la seguridad a su indiscutible fuerza militar. No ha propuesto avances significativos en la erradicación del subdesarrollo y la pobreza en el mundo. Mantiene la pena de muerte, no ha ratificado gran parte de los convenios de Derechos Humanos, ni la constitución del Tribunal Penal Internacional, no ha sido igualmente enérgica frente a todos los terrorismos e incluso ha favorecido algunos que creía coincidir con sus intereses y rechaza compromisos necesarios para proteger el medio ambiente común.*

Yo pienso que para entendernos todos nos convendría seguir pensando que tan condenable es el atentado terrorista contra seres humanos

desprevenidos e inocentes como contra personas a las que, de una u otra manera, se les hace sospechosas de cometer o de beneficiarse de los abusos o de las arbitrariedades del sistema de poderes vigentes en el mundo. La maldad del crimen radica en quien lo ejecuta; nunca en las cualidades éticas de quien lo padece.

Una cosa es la acción contra la pobreza (con conflicto o sin él) que se tiene pendiente y otra la generación de un nuevo orden mundial. No es lícito el argumento que propicia una interpretación del terrorismo de unos como secuela del abuso o de la arbitrariedad de otros, a quienes de este modo tan atroz les ocurre algo que se tienen merecido. Aminorar los daños de la pobreza en el tercer mundo es un deber ineludible, que cabe dentro de los límites de lo que llamamos (Eugenio D'Ors) "obra bien hecha", como una hazaña. Evitar los daños de la acción terrorista es otro deber ineludible que se mueve en los límites de la clara definición de tal acción como una "obra mal hecha", como fechoría. Son dos cuestiones diferentes cuya indeseable mezcla casi siempre animará hacia el otorgamiento de nuevos márgenes de permisibilidad a los grupos terroristas en presencia.

La cuestión no es tan simple como se nos quiere hacer ver en el seno de algunos movimientos pacifistas. El gran reto del siglo XXI no consiste en hacer una transición desde el concepto demasiado estrecho de seguridad militar, centrado en la defensa de las fronteras y el territorio, a un concepto de seguridad humana, centrado en las personas. Toda seguridad es, siempre y sólo, seguridad de las personas. En esto consiste el nuevo orden mundial o, por lo menos, el regional. Hay que aportar seguridad a los pueblos pobres o empobrecidos, pero sin recurrir al método del terror cuya única finalidad sería convertir en inseguros a todos los demás pueblos. "Vestigios", en la pluma de Jesús María Alemany, más bien subraya lo contrario: "la incapacidad de la fuerza militar para resolver los conflictos originados en esta nueva situación", es decir, inclina al abandono de las defensas porque, a su juicio, las defensas no eliminan las raíces de la violencia.

Ni la situación es tan nueva como se nos quiere hacer creer, porque desde siempre, la pobreza entraña una inseguridad para los pobres que debería ser corregida por quienes no lo son. Ni se pensó nunca, en parte alguna del mundo civilizado, que la fuerza militar tuviera capacidad para resolver tales conflictos. Las capacidades de las fuerzas armadas se aplican únicamente a restar, de uno u otro modo, capacidad al contrario para infringir daños. Resolver un conflicto internacional (o interno) pertenece al

ámbito de lo político, un ámbito en el que no se suele permitir la entrada en Occidente al militar profesional. Dice Alemany:

*Los factores determinantes de los conflictos, aunque complejos, pudieran agruparse en torno a tres ejes: desigual reparto de recursos y de poder en el mundo, violación masiva de los derechos humanos e irrupción con fuerza del factor identidad-religión.*

Queda claro, pues, que ninguno de los tres factores determinantes citados por Alemany guarda la menor relación con las instituciones militares y, por lo mismo, con el arte de la guerra, sino con otras formas de lucha. Nadie se imagina a los ejércitos corrigiendo las desigualdades de recursos y de poder o restaurando las violaciones de los derechos humanos o definiendo identidades religiosas. Todos nos imaginamos, en cambio, como posibles las situaciones de confrontación entre medios de ofensa y de defensa, cuya salida lógica necesariamente habrá de ser el desarme a viva fuerza del agresor. Es de esta cuestión protectora de la que se ocupan legítimamente los ejércitos cuando se les lleva por los órganos políticos y democráticos hacia los escenarios de aquellas luchas, no tanto para resolver el conflicto como para atender a la seguridad de las personas allí afectadas por la creciente conflictividad.

Y es que la lamentación del Editorial de “Vestigios” (Boletín nº 7 de octubre 2001) que estamos comentando se produce fuera de la realidad internacional, en la órbita de los más nobles deseos. La cuestión del ataque militar a los centros de poder donde Estados Unidos imagina que se están manipulando con intención hostil armas de destrucción masiva es una cuestión de prudencia política. ¿Es prudente o imprudente la presión militar y diplomática contra el Gobierno de Sadam Hussein para así disuadirle del empleo insidioso de sus capacidades de infringir daño? Este es el caso. No lo es la crítica de tales o cuales usos o abusos en la retención del beneficio de las riquezas.

El verdadero problema de la paz entre las naciones no consiste en ofrecer la descripción de un paraíso terrenal donde no tuvieran lugar ni la agresión ni tampoco la réplica a la agresión. Consiste en asumir el deber de prevenir los males antes de que se desencadenen, eso sí, ateniéndose a la normativa que la comunidad internacional se ha comprometido a respetar. Estamos, pues, hablando del concepto de seguridad en sí mismo considerado, no del nuevo concepto de seguridad personal inventado más bien para disuadir a los Gobiernos de todo tipo de empleo legítimo de la fuerza. La lamentación del jesuita Alemany puede, sin embargo, ser valo-

rada como si fuera una excelente propuesta de una "obra bien hecha", es decir, de una hazaña.

*Asumir el nuevo concepto de seguridad humana hubiera exigido comenzar el siglo XXI ante todo con una "enérgica actuación" en el reparto de recursos y poder en el planeta, una "apuesta decidida" por los derechos humanos sin la utilización del doble rasero tradicional y una "nueva sensibilidad" con las identidades no occidentales que pudieran sentirse humilladas.*

Todo antes que olvidar, ahora el 11 de septiembre de 2002, que la enérgica actuación de hace un año fue un atentado terrorista; que la apuesta decidida por la red de agentes a las órdenes de Bin Laden fue la brutal realización del hecho del aterrorizar y que la sensibilidad nueva, revelada en aquel trágico suceso, a quien humilló de hecho fue a una población civil sita en los Estados Unidos de América, no al Tercer Mundo. Esta y no otra es la realidad internacional que se ofrece junto a la propuesta de unos nobles deseos de bienestar.

Ni todo conflicto es guerra, ni toda lucha tiende necesariamente a disfrazarse con las galas de la guerra. Mucho menos que ninguna la lucha que emprende el terrorista. La dialéctica de voluntades hostiles tiene unas cualidades muy precisas cuando produce aquello a lo que denominamos guerra. La guerra ocupa un espacio habitado de hombres y se hace con ejércitos cuyo comportamiento procede de una y otra voluntad de poder. La guerra tiene unos usos y costumbres y, sobre todo, entraña unas responsabilidades. La guerra, cuando quiere moderarse, que es lo más frecuente, se suele acompañar de la ley o del derecho. El conflicto social o la lucha terrorista, aunque no sean ni un conflicto social puro ni una lucha de clases, expresa otro tipo de crisis y de tensiones donde la fuerza armada regular del Estado constituido hace todo lo que puede por no estar presente. Son otras las fuerzas del Estado que deben estar presentes en esta lucha contra el terrorismo, que no hay que asimilar con el arte de la guerra o estrategia militar.

Si hay guerra de guerrillas, si hay movimiento guerrillero, si hay graves disturbios en las calles y si hay una inseguridad ciudadana o rural, tan patente en un espacio habitado que una parte notable de la población siente miedo por causa del odio que percibe en sus adversarios, habrá allí, sin duda, conflictividad y por lo tanto violencia, cuando no una atmósfera de guerra civil en un espacio de vida en comunidad que se verá tarde o temprano afectado por el terrorismo. Pero esa situación revolucionaria, anárquica o subversiva, de

entrada, no debe ser calificada de guerra. No será, pues, el objetivo académico de una polemología o de una estrategia militar sino de algo mucho más complejo, de una conflictología en su versión más insidiosa.

El binomio agresión violenta del terrorista “versus” lucha legal contra el terrorismo se mueve por otras coordenadas mucho más sutiles que las de una guerra. Se orienta hacia el contraste entre el Bien y el Mal, quizás para concluir, indebidamente, que si en quienes encabezan la lucha contra el terrorismo en términos globales se detectan sombras del mal, no procederá ayudarles en tal lucha. Tal es el común propósito de la red de terroristas causante del atentado del 11 de septiembre y de quienes, haciendo el mal, se esfuerzan en mostrar que el infierno no son ellos, sino los que contra ellos hacen (o amenazan hacer) alguna operación bélica muy localizada.

Yo pienso que tan condenable es el atentado terrorista contra seres sin protección e inocentes como contra personas a las que se les hace sospechosas de abusos o de arbitrariedades. No se debe acotar ningún territorio donde pudiera ejercerse la licencia para matar. No hay que mezclar la urgente acción contra la pobreza con el hecho de que sin quererlo, se le den justificaciones a los violentos.

Distinguir la noción de lucha que se ejerce por medio del terror de las nociones clásicas de guerra o de conflicto, resulta ser una tarea insoslayable. No porque la guerra no sea, que lo es, un conflicto mayor, sino porque ni es el conflicto por excelencia de la historia universal, ni la mayoría de los conflictos sociales, políticos o ideológicos de nuestro tiempo son, en sus habituales formas de manifestación, versiones abreviadas de la verdadera guerra.

Ciertamente que la ley de la acción política es esencialmente la ley del conflicto, una ley que puede transferirse en la historia contemporánea a la lucha entre estamentos o clases por el poder. El poder social, político o ideológico, no pudiendo ser compartido por todos —tal sería la utopía de la democracia pura— es siempre objeto de competencia. Por esa razón, es por lo que decía el jurista alemán de los años treinta del siglo pasado Carl Schmitt, que la relación amigo-enemigo era una categoría irreductible de lo político.

## **EL SIGILO MILITAR EN LAS OPERACIONES BÉLICAS**

En las operaciones bélicas de carácter clásico —piénsese en el posible ataque militar al régimen de Irak— funcionan dialécticamente dos

estructuras de poder que apelan a la violencia de las armas para alzarse con la victoria desde tres niveles, el nivel de la dirección política de la guerra, el nivel de la conducción estratégica de las operaciones y el nivel táctico del mando de las Unidades.

El nivel político funciona como dialéctica de voluntades hostiles y se expresa como “debate” entre propósitos antagónicos. No precisa especiales cautelas sino más bien alguna publicidad. Las ideas requieren ser formuladas con claridad por dos vías diferentes: la que se hace llegar al propio bando y la que trasciende hacia el enemigo. Es “propaganda de una fe”.

El nivel estratégico funciona como dialógica de designios rivales y se expresa como “juego” entre lógicas de la acción. Precisa un margen de sorpresa tanto en el punto de aplicación de la fuerza, como en el momento de su empleo y en la envergadura del empeño: la iniciativa en operar habrá de combinarse con un “plan de decepción” que se dirige hacia el enemigo ya declarado con anterioridad.

El nivel táctico funciona como dualismo de sentimientos adversos y se expresa como “combate” entre medios de ofensa y de defensa. Precisa, para tener éxito, un máximo de ocultamiento de la resolución ya tomada que será algo lindante con “el secreto” en la mayor parte de las situaciones bélicas.

La información hacia la opinión pública que resulta propia del acontecimiento bélico (en curso o en proyecto) se hace difícil de obtener por los medios de comunicación en orden inverso a estos tres niveles. Lo más protegido en los Cuarteles Generales es la resolución táctica; lo simplemente reservado en ellos es el designio estratégico pero lo relativamente público es el propósito político, por ejemplo, el de la Presidencia de los Estados Unidos en la actualidad, respecto a la permisividad de los preparativos de la República de Irak.

Lo que cada enemigo busca ardientemente poseer son, pues, las noticias sobre las resoluciones tácticas del otro. En ocasiones, la fortuna ayuda con el hallazgo fortuito de un Plan de operaciones: en la cartera de un cadáver de oficial —caso de la Ciudad Universitaria de Madrid en noviembre de 1936—; en el bolso de un piloto que ha equivocado su pista de aterrizaje —caso de la Segunda Guerra Mundial en la campaña de Francia de 1940 o entre los restos falsificados de un espía con documentación aparentemente crítica— caso del cuerpo de un buzo rescatado en las aguas de Gibraltar. El problema se convierte en problema de mutua

credibilidad. Porque está claro que existe la posibilidad de caer en una trampa o de sufrir un engaño. La verdad, le dijo Churchill a Stalin en Teherán, es tan importante que debe ir escoltada por mentiras, cuando el británico enmascaraba a su aliado ruso sus planes de desembarco en Normandía.

Otra cosa bien diferente es la información en guerra sobre resultados obtenidos o sobre el sentido de las situaciones sobrevenidas. La información inmediata (o de contacto) sobre un daño grave padecido —el hundimiento de un acorazado, la muerte en acto de guerra de un general en jefe, el destrozo de unas instalaciones, etc., tiende a ser demorada al público en los Cuarteles Generales para poder concretar si la noticia resulta o no oportuna y conveniente. Esta tendencia bordea la manipulación tendenciosa. El historiador de las campañas militares suele descubrir la absoluta incompatibilidad como verídicas de las dos series de partes de guerra que brotan de los acontecimientos bélicos. No se trata de mentir sino de ocultar lo que desmoraliza a sus propias bases sociales. A veces se trata de impresionar a la opinión pública internacional con falsas demostraciones de fuerza para así estimular la ayuda de las gentes sencillas y su comprensión de los sacrificios.

En la lucha contra el terrorismo internacional opera por mimetismo la misma forma de pensar que en el arte de la guerra. Lo que se oculta es tanto la resolución táctica, es decir, las órdenes de proceder por sorpresa, como el balance de los resultados y de los daños tanto queridos como no deseados. Lo que se quiere es ganar más confianza en el probable sentido de los acontecimientos tanto para disuadir a la otra parte de sus planes, como para castigar a quienes los están ejecutando ya.

Los tres principios clásicos del arte de la guerra —voluntad de vencer, acción de conjunto y sorpresa (hasta el fin de las dos Grandes Guerras Mundiales) y voluntad de vencer, libertad de acción y capacidad de ejecución (desde la apertura de la Guerra Fría)— se deben transferir a la lucha contra el terrorismo internacional con cautela. Tanto más cuanto mejor se haya logrado abrir un espacio acotado, un territorio, al que se considera de hecho teatro de la guerra. No se trata del mismo espacio que para la lucha que está al alcance de los atentados que es mucho más amplio. Se trata, simplemente, del territorio al que se le ha convertido para todos los efectos en teatro donde están legitimadas las acciones bélicas, los actos de guerra, los movimientos y el empleo de las armas convencionales en teoría, sólo para neutralizar desde él a quienes preparan nuevos atentados.

En el caso de Afganistán conviene distinguir, incluso en el tiempo, lo que ocurre con sentido político de guerra declarada —la caída del régimen talibán— y lo que prosigue todavía hoy con sentido de lucha antiterrorista. El primer elemento cabe dentro de las tensiones de una habitual relación entre “mando militar–corresponsal de guerra”. Hoy está localizado al Este de Kabul en la frontera con Pakistán. El segundo elemento permanece difuso, porque aquí la iniciativa no corresponde a los Ejércitos de tierra, mar o aire, sino a los Servicios de Inteligencia. El secreto (mejor aún, el sigilo) domina las acciones. La nube protectora sobre las decisiones en curso es mucho más densa y no hay voluntad de disiparla. Una cosa es lo que se anuncia como inminente y otra lo que se está disponiendo para la acción inmediata.

El derecho a la información de lo realmente sucedido —que no es la información sobre los propósitos o proyectos de intervención militar— se legitima en las guerras clásicas por el deber de dar noticia fidedigna de lo que les está pasando a los ciudadanos movilizados para aquella guerra o por el deber de dar oportuna cuenta del rendimiento por los esfuerzos y sacrificios que la población propia padece. Entraña un juicio de valor sobre la competencia de los generales y de los mandos a ellos subordinados. Nada hay que objetar sobre este derecho de ser informados. Pero lo decisivo, sobre todo en la lucha antiterrorista radica en agotar la voluntad de vencer que les anima a los otros, en disminuir la libertad de acción de la que todavía disfrutaban y en entorpecer la capacidad de ejecución que sigue a su alcance. Es un problema mucho más complejo y más grave para los Estados Unidos en particular, que el de realizar una mera demostración de fuerza sobre el territorio iraquí con el propósito de debilitar a su régimen.

## **SEGURIDAD Y DEFENSA EN LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL**

Parece lógico pensar que cada uno de los grandes medios de comunicación social con suficiente prestigio en el área de la Civilización Occidental deba disponer de un elenco de grandes especialistas para el análisis de los problemas de la Seguridad y de la Defensa. Y efectivamente que es así como ocurre. Los más notables de estos grandes especialistas no se limitan a escribir con periodicidad sus columnas, (incluso día a día), sino que, con naturalidad, editan de vez en cuando libros en los que se recogen los mejores de sus artículos y donde, eso sí, nos dan a sus lectores la impresión de haber escrito todo el libro de un tirón y bajo la impre-

sión de un solo acontecimiento internacional más bien reciente, como el del Once de Septiembre de 2001.

Y es que nos resulta fácil conocer los modos de pensar de estos grandes especialistas dando por buena la selección de su pensamiento que cada uno de ellos hace al presentar alguno de sus libros. Sería laborioso seguir, día a día, las fugaces impresiones que nos ofrecen en su medio habitual de expresión cuando salta una gran noticia. Pero, quizás, deberíamos aceptar que leer sus libros resulta más esclarecedor del verdadero modo de pensar de cada especialista aludido. El hecho de reproducir en un libro lo que fue meses atrás una improvisación dictada para la prensa diaria tiene un enorme significado.

El presente comentario se va a atener a esta norma naturalmente selectiva. Lo primero que los componentes del "Grupo de Trabajo" del Instituto Español de Estudios Estratégicos han seleccionado es a unos pocos hombres. Se trata, en todos los casos, de personalidades de la pluma muy conocidas en los grandes países en donde aquellas operan. Y también se trata de autores cuyas colaboraciones han sido traducidas con cierta prisa a la lengua española. En definitiva, lo que más se ha cuidado en la selección es cuanto conduce a destacar lo que los periodistas piensan sobre el estado de la cuestión, "Seguridad versus Defensa".

Los capítulos del "Cuaderno de Estrategia", ahora presentado para su difusión, están particularmente dedicados a la obra escrita de estos ocho grandes periodistas, Michael Ignatieff, Andrés Ortega, William Pfaff, Bob Woodward, Michael Walzer, Ralph Peter, William Lind y Robert Kaplan. Entre ellos, hemos incluido el testimonio de un español para llamar la atención acerca del método que habitualmente siguen los periodistas españoles para hacer llegar tales perspectivas, más bien anglosajonas, a las bases de nuestra sociedad.

El conjunto de los ocho autores-corresponsales seleccionados expresa una cierta unanimidad de planteamientos. Son, pues, creadores de una opinión pública que tiende a generalizarse en el ámbito de las culturas occidentales. Resumen, cada uno a su modo, una especie de vínculo transatlántico de las ideas. Sin duda que hubiéramos querido darle menor relieve al mundo anglosajón de pensamiento y mayor importancia a cuanto aparece en el corazón europeo de la prensa, es decir, en los principales rotativos franceses, alemanes e italianos, pongo por caso. Pero en definitiva, hemos llegado a la conclusión de que, respecto a nuestro tema de base, "Seguridad versus Defensa", la selección aceptada por nosotros

como significativa nos habla con precisión de la situación verdaderamente dada.

El lector español —o el lector del entorno de España en términos culturales— puede apreciar en los ocho testimonios, que se le ha dado transcendencia a los sucesos del Once de septiembre del año 2001. Y es lógico que así sea porque tales sucesos reflejan una vulnerabilidad en el centro mismo donde nuestra civilización creía disfrutar de un orden de seguridad con suficiente certeza. Todos los escritores aludidos han inflexionado desde entonces en determinado sentido su modo de apreciar la situación. Vienen a decirnos después de esta fecha (que ahora nos empieza a parecer lejana) que les parece lógico que los Estados Unidos de América renueven al alza sus capacidades militares para la defensa; pero que se sigue sin exigirle al pilar europeo de la Alianza Atlántica que acompañe al pilar norteamericano en el mismo movimiento. Y es que Europa Occidental tiene, una vez más, muy claro su objetivo, que no es otro que el de beneficiarse del máximo posible de Seguridad, sin tener que ocuparse más que mínimamente de su Defensa.

Ahora bien, la reconsideración de las ideas vigentes en la Alianza Atlántica con anterioridad a los sucesos terroristas de Nueva York y de Washington no puede limitarse en el “Cuaderno de Estrategia” aquí redactado al plano de las relaciones internacionales. No nos basta desbrozar lo que Occidente había perdido o arriesgado en la cuestión básica de la seguridad ciudadana, en cuanto cuestión que ahora se nos ha convertido en objetivo de la defensa civil. La reconsideración del fenómeno terrorista internacional en su actual envergadura nos ha dejado ver que existía en su tratamiento una laguna, un hueco, una omisión de carácter profundo, por lo menos intelectual, o mejor, ético. Seguridad y Defensa son dos grandes conceptos necesariamente inscritos en una problemática mucho más honda.

Para percibir mejor la gravedad de las pérdidas de seguridad internacional (o colectiva) hay que decir algo serio sobre la Guerra y la Paz, algo profundo sobre la relación entre Dios y los hombres y algo preciso sobre la naturaleza del Bien y del Mal. Lo que verdaderamente nos está pasando a los hombres con nuestra Seguridad y con nuestra Defensa revela una directa relación con las respuestas que se le están dando, de hecho y por los medios de comunicación social, a estas tres cuestiones supremas. La Seguridad y la Defensa de la Civilización Occidental están siendo edificadas sobre la realidad de unos modos predominantes de pensar, sea en la verda-

dera Paz, sea en la presencia de lo divinal, sea en la definición del Bien. En síntesis, dependemos mucho más de lo que creíamos de la posibilidad de las guerras, de la vigencia del nihilismo religioso y de la realidad del mal.

Para llenar el posible vacío intelectual de la opinión pública en estas tres cuestiones he puesto sobre mi mesa de trabajo, además de las recensiones a cargo de los miembros del Grupo que han escrito los capítulos del “Cuadernos de Estrategia”, tres obras. He seleccionado tres libros de autor que, en principio, son previos a la fuerte conmoción del ataque a las Torres Gemelas y al Pentágono, pero inmediatos al derrumbe brutal de aquellas estructuras. Expresan los tres libros lo que se creía que estaba pasando respecto al bienestar de sus respectivos pueblos, precisamente en Inglaterra, Francia y Alemania. Los tres publicistas europeos —pensadores en el sentido más exigente de su clara dedicación a las tareas reflexivas— aparecen con frecuencia en las páginas de los periódicos de sus países para hablar de la actualidad. Pero, muy concretamente los tres, prefieren editar libros.

Pues bien, el horizonte en el que se inscribían los tres libros del historiador británico Michael Howard, del filósofo existencialista André Glucksmann y del ideólogo alemán Rüdiger Safranski nos demostraba una preocupación por la Seguridad de Occidente; pero mejor aún, ofrecía una relativa esperanza de enmienda de anteriores errores. La situación había mejorado —se nos decía— desde la caída del muro de Berlín. Para llegar a la sociedad sin guerras (o sociedad del bienestar) bastaba mantener una presión sobre las grandes potencias cuyo resultado predecible entrañaba un desvío hacia los gastos sociales de los gastos para la defensa. Todos los conflictos eran conflictos residuales, porque todos ellos habían aceptado la apertura de algún proceso de paz con la mediación de la comunidad internacional de las naciones más civilizadas. Había pues mucho optimismo en la gente, por pesimista que fuera el intérprete de la realidad internacional por nosotros interpelado.

Se hablaba antes de septiembre del año 2001 del “Nuevo Orden Mundial” y se limitaban las críticas al escaso apoyo de las grandes potencias al desarrollo del “Tercer Mundo”; pero la crítica siempre se hacía sobre el supuesto de que únicamente fuera del área gobernada por las democracias de cuño occidental era viable el estallido de la violencia (más o menos institucionalizada), por causa de unos Estados todavía embrionarios. Ninguno de los tres libros de autor que he puesto sobre mi mesa de trabajo esperaba (o pronosticaba) nada parecido al pavoroso espectá-

culo del Once de septiembre aunque, eso sí, contaban los tres con la reiteración de los atentados contra los Estados Unidos de América en la periferia de su zona de influencia. Se recomendaban cambios de actitud de la Presidencia de los Estados Unidos, siempre en el sentido de que no permaneciera indiferente a ningún abuso, a ninguna arbitrariedad, a ningún genocidio, a ninguna dictadura, etc.

Sólo uno de los tres autores citados por mí, el francés André Glucksmann, se ha precipitado a publicar todo un libro sobre las consecuencias previsibles del atentado terrorista. Quiso mostrarse menos sorprendido que los otros dos y, desde luego, mucho más crítico hacia el comportamiento habitual de las élites occidentales. El título de la obra suya se refiere a una tesis englobante “Dostoiewski á Manhattan” y todavía no había sido traducido al español cuando se inició el presente trabajo. Juan Carlos Quiñonero en su crítica literaria se asombra de la celeridad con que había sido elaborada la tesis poco fundada del libro donde se confundían los frutos del proceso de desertización moral que padece Occidente con los valores humanos que Occidente sigue protegiendo.

*De Alcibiades y la Guerra del Peloponeso a Putin y la Guerra de Chechenia, del fin de Atenas a Nueva York en llamas, Glucksmann rastrea las espantosas huellas del nihilismo, que no sólo destruye principios y valores, sino que se transforma en una enfermedad del espíritu, en la que nos va la vida, en tanto que pueblos civilizados.*

Es la misma confusión, también subrayada por el teólogo español Olegario González de Cardenal al analizar el contenido de la traducción de “La Tercera Muerte de Dios” del propio Glucksmann en el cultural de ABC del mismo día:

*La tesis de este libro es que las hazañas aterradoras y sangrientas de los hombres del siglo XX han desvelado la inexistencia de Dios... el dolor de los niños, la muerte de los inocentes, las masacres, reclaman la intervención de Dios. Dios no ha intervenido, luego no existe, concluye.*

En definitiva, disponemos de dos libros del autor francés inmediatos entre sí, uno por delante y otro por detrás, del acontecimiento terrorista que, según su autor, contienen la misma tesis, —una tesis que convierte a Nietzsche y a Dostoiewski, no en nihilistas, sino en grandes analistas del mismo problema de la nada. La tesis es, a mi juicio, incoherente de principio a fin por lo que tiene de analógica respecto a la condena simultánea

de la pasividad de la Presidencia de los Estados Unidos frente a los sucesos de Ruanda, Chechenia, Argelia, etc. Es la tesis que ya insinuó Albert Camús en “La Peste”, una tesis recurrente que nada dice a favor de la esperanza en la enmienda por parte de los hombres hasta ahora malvados ni a favor de la confianza en las decisiones protectoras de la humanidad que puedan brotar de los poderes públicos —como creadoras de seguridad y de defensa en particular.

Los otros dos autores europeos, Howard y Safranski; que se sepa, no han escrito nada decisivo que se relacione con el mismo y trágico acontecimiento. Se sobreentiende que no han alterado su modo de ver las cosas en un sentido que en absoluto sea calificado como paralelo al de Glucksmann. Y es que Howard y Safranski convergen ahora (y convergían por adelantado) con el modo de ver las cosas de los ocho grandes periodistas cuya obra se analiza en este “Cuaderno de Estrategia”: el modo común de ver las cosas de los constructores de la paz.

Retengamos, sin embargo, algo digno de ser valorado, la notable influencia del ateo confesional Glucksmann, como si fuera una llamada de atención a la esfera profunda donde se encuentran, desde hace tres milenios por lo menos, las cuestiones de la Guerra y la Paz, las de la relación de Dios y de los hombres (creados a su imagen y semejanza) y las del Bien y del Mal. Estas tres cuestiones son las que saltaron al primer plano aquel Once de septiembre, simplemente porque la autoría del trágico atentado se atribuía en los medios simultáneamente a grupos terroristas ligados a una forma tradicional de creencia, la islámica, cuya pérdida de fe en brazos del nihilismo nos revelaba la existencia de Mal. Julián Marías lo expresaba con el título de su primer artículo en la tercera plana de ABC: “El mal existe”.

Ahora bien, aunque hemos anticipado la inadmisible interpretación nihilista del filósofo francés que recorre sus dos libros de 2001 y de 2002, lo más correcto será aplicar nuestra elemental hermeneútica, —hermeneútica de autor y hermeneútica de texto en una pieza— en el orden lógico de aparición de los tres libros cuyos contenido vamos a interpretar por delante de la presentación de la obra de los ocho grandes analistas de la actualidad ya citados. Dialogaremos, primero, con el sereno historiador de la guerra que todavía es Michael Howard. Entablaremos la crítica de Glucksmann inmediatamente después, para culminar el trabajo introduciendo un contrastado juicio crítico del libro de Rüdiger Safranski, por cierto más periodista que filósofo en los años decisivos de su consagración al oficio del pensamiento. En una revista de pensamiento alemana

oriental, "Berliner Hefte", entre 1974 y 1981, se le contaba como uno de sus más fecundos redactores.

Tres gravísimas tareas de pensamiento nos habían planteado (antes del Once de septiembre de 2001) Howard, Glucksmann y Safranski; las tres están explícitas como más fundamentales todavía a partir de esta fecha: la "Invención de la Paz", la "Muerte de Dios" y la "Realidad del Mal". Los analistas de las relaciones internacionales preocupados antes y después de esta fecha por la Seguridad y la Defensa —los ocho ya citados como objeto de este "Cuaderno de Estrategia"— resbalaban sobre ellas. Los grandes columnistas de la prensa, de la radio y de la televisión, por entonces seguían atentos a lo que iba a pasar a partir de ahora con el "Nuevo Orden Mundial", fijándose exclusivamente en los protagonistas del juego internacional que no eran otros que los dirigentes políticos de las grandes potencias. Conviene, pues, insistir en el lazo que vincula la historia de las ideas propuestas con la vivencia de los comportamientos realmente dados, dedicándole una mirada al tema de la Invención de la Paz, tal como lo exhibe Howard, otra a la hipótesis de la Muerte de Dios, tal como la pronuncia Glucksmann y una tercera al problema de la maldad, tal como se le aparece a Safranski, porque las reflexiones de los ocho analistas, luego subrayadas por los autores de los diferentes capítulos, están implícitas y ancladas en aquellas tres gravísimas tareas de pensamiento.

## LA INVENCIÓN DE LA PAZ

Empezaremos por la serena figura de un historiador cargado de optimismo, englobando en su perspectiva todos los demás modos de pensar del "Instituto Internacional de Estudios Estratégicos de Londres". Seguiremos, con la inquietante personalidad del intelectual francés ya aludido varias veces, para percibir en ella los presupuestos quizás dominantes en las "Universidades" de París. Y remataremos nuestro trabajo introductorio situándonos junto al filósofo alemán para dejar ver las dudas que están gravitando sobre los Ateneos de las ciudades de Berlín, París y Londres. Porque Londres, París y Berlín, en definitiva, son el contrapunto del arte de crear opinión, actualmente en manos de los periodistas todavía próximos al espíritu anglosajón en su versión americana.

Michael Howard en 1999 se preguntaba: ¿Es la paz una quimera humana destinada al fracaso? Y contestaba del mismo modo que venía él con-

testando desde cuarenta años atrás, poniendo ante los ojos de sus lectores esta cita del jurista inglés decimonónico Sir Henry Maine (1822-1888):

*La guerra es tan antigua como el hombre, pero la paz es una invención moderna.*

El optimismo anglosajón de Howard nos reitera el hábito de calificar como invenciones lo que no está en la naturaleza de las cosas. El hombre por naturaleza es inventor; pero la invención de la guerra se le echó encima nada más aparecer en la historia. No así la invención de la paz que es un mérito de la cultura, cuya datación en fecha reciente nos transforma en seres más esperanzados que nunca por la construcción de un mundo feliz.

Tres pequeños libros de Howard nos resumen la trayectoria siempre optimista de su pensamiento. *“La guerra en la historia europea”*, un original de 1976, *“La guerra y la conciencia liberal”*, publicado algo más de una década posterior y *“La invención de la paz (Reflexiones sobre la guerra y el orden internacional)”*, que ha sido presentado en su país en 1999 y en España en el año 2000. Lo más claro de su modo de ver las cosas se resume en esta original respuesta:

*La paz puede ser una “invención moderna”, pero desde luego es un tema infinitamente más complejo que la guerra.*

El historiador militar no se arredra y se nos convierte de súbito en experto en el Orden Internacional. Se trata de una derivación concreta de su franca autodefinición como Constructor de la Paz. Y es que Howard cree firmemente que la “invención de la paz” sólo podrá consolidarse si es (o se interpreta) como un afortunado invento de la ideología liberal al alcance, eso sí, de otras ideologías dóciles a ella.

Sus experiencias militares de 1944 en Italia, sirviendo en el Cuerpo de “Coldstream Guards”, determinaron un primer giro en su dedicación profesional. En 1947, inició una carrera académica en el “King’s College” de Londres para acabarla doctorándose en Historia Moderna. Todas sus investigaciones las centrará en el fenómeno “guerra”; pero lo hará desde el pragmatismo, nunca desde la ontología filosófica. Como profesor acreditado pasará desde la Universidad de Oxford a la de Yale, siempre en la misma especialidad. Se retira de ella en 1993, cuando sus compañeros de cátedra le habían destacado ya como afortunado creador (o fundador) del “Instituto Internacional de Estudios Estratégicos”, un organismo que presidió durante unos años y que hoy le acoge como Presidente con carácter vitalicio.

Michael Howard construye, en los tres libros suyos aquí citados, una sucesión de versiones abreviadas de los modelos de ejércitos que en la historia occidental han tenido vigencia. Ha escrito otros tantos libros sobre instituciones militares antiguas, medievales y modernas donde nos llamará la atención su desparpajo al desacreditar las más exóticas, las más secretas, las más clandestinas y las más iniciáticas. En definitiva, a Howard le importa la eficacia de los medios en el campo de batalla mucho más que el sentimiento básico del hombre de armas. Y así, por ejemplo, nos resume al Caballero medieval como si fuera, nada más y nada menos, que “una extraña mezcla del Guerrero germánico y del Sacerdote latino”. Las motivaciones profundas de los combatientes al servicio de un ideal le dejan indiferente. Lo suyo es decretar el modo cómo meras casualidades o simples ocurrencias dan ocasión para relevar en el prestigio a un modelo de fuerza armada por otro modelo mejor.

Los subtítulos que él sugiere para tratar de las grandes etapas del arte de la guerra nos muestran los límites de su clasificación:

- Las guerras de los Caballeros.
- Las guerras de los Mercenarios.
- Las guerras de los Comerciantes.
- Las guerras de los Profesionales.
- Las guerras de la Revolución.
- Las guerras de las Naciones.
- Las guerras de las Tecnologías.
- La guerra nuclear.

Ofrece, pues, una línea selectiva que simplifica las cosas de la guerra siempre hacia un destino técnico. Las tecnologías, en plural, engendran la guerra nuclear, en singular. Y cara al futuro lo que procede es, naturalmente, seguir adelante el esquema con la “invención de la paz”, dando por clausurada la “invención de la guerra”.

Lo que se traza por la pluma de Howard es un itinerario más bien rectilíneo, donde algún pueblo —o mejor, un conjunto de pueblos afines— toma la batuta del progreso. Quizás nunca fue inocente el uso que Howard hacía del concepto de “invención”. Esta invención es lo decisivo de la marcha de la humanidad en la que él destaca como su más agudo intérprete. Los inventos son más importantes que los inventores. Y lo más digno de ser realzado es el lugar donde el invento brota, siempre cerca de Gran Bretaña.

Cada vez que alguna campaña militar va a salirle mal a un poder o a una cultura política, Howard bucea en la realidad histórica para encontrar allí los rasgos de una decadencia. El poder declinante no percibe el cambio que sus enemigos sí que perciben. El triunfo militar da la razón al innovador de técnicas y consiguientemente, de tácticas y de estrategias. Y se produce el avance de unos pocos y el descrédito del imperialismo anterior.

Todo lo que en el devenir histórico ha sido objeto de ensayo y de duda carece de interés para Howard. Sólo importa lo que gana. Sus libros son para Howard la historia de un progreso. Howard da la sensación de poseer un secreto que comparten con él los hombres de su propia ideología liberal-progresista. El resto del mundo resulta medido por la actitud de secundar o de contradecir los avances del mundo anglosajón. ¡Y lo que ahora acaba de inventar el mundo anglosajón es la Paz!

El salto cualitativo que Howard acababa de constatar durante la guerra fría se ratifica en los subtítulos del último de sus libros. Repite el recorrido del primero de los suyos para así aproximarse a las tesis de los profetas del fin de la historia, como Fukuyama o como Huntington. Sólo ha habido cuatro situaciones globales donde la guerra fuera posible.

- Sacerdotes y príncipes entre el 800 y 1789.
- Pueblos y naciones entre 1789 y 1918.
- Idealistas e ideólogos entre 1918 y 1989.
- Tomahawk y Kalasnikof en el 2000, después de Cristo.

El libro *“La invención de la paz”*, que inicialmente fue tan sólo una conferencia dictada en un ambiente privado, se ha editado en España con un espectacular Anexo al que se le titula: “Cronología de las principales guerras de la historia”. Aquí, la simplificación de un pragmático como Howard alcanza cotas muy altas. Porque la lista abarca varios milenios desde antes de Cristo y llega al Tercer Milenio de la Era Cristiana. ¡Claro que cita a sólo unos pocos episodios bélicos!. Pero en absoluto están equilibrados por ningún criterio de evaluación. Son las escasas guerras sobre las cuales, en algunas pocas líneas —tres o cuatro líneas nada más— Howard nos ofreció la síntesis de lo esencial de su naturaleza. No alcanzan a ser ni siquiera setenta guerras para toda la Historia Universal. Nótese que otros analistas suelen conformarse con una sola década para darnos noticias de otros tantos conflictos bélicos cercanos al centenar.

El lector español de la cronología selectiva de Howard se lleva un gran susto, porque entre las grandes guerras citadas, Howard muestra una

extraña predilección por destacar a aquellas que protagonizó España (o tuvieron su escenario en la Península Ibérica). Es el caso de estos once episodios bélicos:

- Invasiones y conquistas musulmanas (624-982).
- Guerra de Flandes (1567-1648).
- Guerra de los Treinta Años (1618-1638).
- Guerra de la Liga de Habsburgo (1688-1697).
- Guerra de Sucesión Española (1701-1714).
- Guerra de Sucesión Austríaca (1740-1748).
- Guerra de los Siete Años (1756-1763).
- Guerra de la Independencia Española (1808-1814).
- Guerra Hispano-estadounidense (1898).
- Guerra del Rif en el Marruecos Español (1921-1926).
- Guerra civil española (1936-1939).

Suman once guerras hispanas entre setenta en total y eso que no se incluyen en la cuenta otras tantas guerras principales (importantes para Howard) de las que también nos consta la beligerancia de España, ahora entre otras potencias. Lo más sorprendente es el modo que tiene Howard de resumirlas. Son guerras retrógradas y marginales al triunfo del optimismo liberal anglosajón. Los europeos, en general, inventan guerras sin parar; pero los europeos británicos, en particular, inventan la paz. Y concluye el libro dándonos esta frase genial:

*A principios del nuevo milenio ha surgido una genuina comunidad transnacional global con unos nuevos valores comunes y un idioma anónimo común, el inglés ...¿No supone ésta una sólida base sobre la cual los arquitectos de la paz puedan construir un nuevo orden mundial?*

El optimismo de Howard, en mi opinión, resulta escandaloso después del Once de septiembre. Cerca del fin del libro, no obstante, había aparecido una frase humilde. Howard reconoce que "Occidente sigue alimentando sus propios conflictos". Y se cita al psicoanalista Freud, para recordarnos que el aburguesamiento es aburrido. Y se recuerda al filósofo Kant, para hacernos seguir creyendo que "una semilla de ilustración sobrevivirá siempre" y al pacifista Norman Angell, para enseñarnos a confiar en que el horror hacia la guerra moderna es todavía la mejor garantía de paz.

Será, pues, inútil buscar en las páginas del libro último de Howard enseñanzas a favor de la verdadera paz o propuestas de cambio profun-

do en el corazón de los hombres. Lo que se inventa con la paz es un automatismo civilizador que sólo se cree viable en el entorno occidental ganado por el liberalismo. Las palabras “Seguridad y Defensa” están cada día más ausentes del mensaje de Howard. El binomio “Guerra y Paz” cubre con su manto la historia universal. Pero el paraíso, en definitiva, somos nosotros, que hemos inventado la paz; porque el infierno son los otros, que siguen inventando formas insidiosas de hacer la guerra.

## LA MUERTE DE DIOS

El contraste del opúsculo de Howard con el libro antes citado de André Glucksmann es abrumador. ¡Basta tener delante al penúltimo de los publicados por éste en París, precisamente el año 2000, *“La Tercera Muerte de Dios”!* Porque el último libro suyo de 2001, publicado al calor de las llamaradas de las Torres Gemelas, —*“De Dostoiewski a Manhattan”*— desborda mucho más aún la presencia creciente de la belicosidad como espíritu del mundo. Glucksmann sigue obsesionado por ver en el Segundo y Tercer Mundo riesgos, peligros y amenazas de guerra que, a su juicio, proceden sólo de los abusos del Primero.

El filósofo Glucksmann llevaba casi tantos años como el historiador Howard ocupándose de la guerra. Pero nada tiene que ver el sentido fatalista del discurso filosófico del francés con el concepto técnico de invención del británico. Para Howard la guerra es pretérito y para Glucksmann la guerra es futuro. Pero no porque ella esté en la naturaleza de las cosas sino porque ella está en la voluntad maléfica de unos hombres poderosos. El filósofo francés considera radicalmente impuro a todo el pensamiento occidental moderno. Y ésto, tanto si se propone un retorno hacia actitudes creyentes en la bondad de Dios, como si no se espera nada de ella. Tanto la creencia anterior a los tiempos de revolución, como la increencia posterior al triunfo del laicismo forman un bloque maléfico. Para poder soñar con una paz duradera hay que salirse del todo del juego, profundizando en las apostasías ya incoadas por la vida intelectual de los maestros pensadores.

La salida recomendada de tan horrenda situación está en favorecer una “tercera muerte de Dios” que no sólo se arraigue en Occidente sino que convulsione al resto del mundo. Cita, eso sí, como “primera muerte de Dios” a la de Cristo en la cruz. Pero no percibe en ella el menor misterio. Sólo acepta que hubiera muerte; pero nunca resurrección. Y la visión del problema del Mal como algo que puede redimirse poniendo la

propia vida en las manos clementes y misericordiosas de Dios Padre, para resucitar glorioso con el Hijo al tercer día, le deja indiferente. Glucksmann se sumerge en la muerte, en el dolor, en el sufrimiento de los inocentes sin dejar el menor resquicio para las bienaventuranzas. La frase evangélica “Vino a los suyos y estos no le recibieron” le resbala. Si Cristo era el Hijo del Dios —viene a decir Glucksmann— todos los males debieron ser abolidos en la madrugada de la Pascua de Resurrección. Del mal que los judíos ortodoxos causan a Jesús de Nazaret, se pasa al mal que causan los fieles, creyentes en la divinidad de Cristo, a todos los demás hombres.

Otro tanto hace Glucksmann con la “segunda muerte de Dios” testificada y proclamada por Nietzsche a finales de siglo XIX y también por Dostoiewski. No lo recoge para horrorizarse del fenómeno del ateísmo moderno cuando éste proclama que “si Dios ha muerto todo está permitido”. Porque Glucksmann hace único culpable a la creencia en la existencia de Dios de la actual permisibilidad de las grandes tragedias. Su argumento es tan simple como éste: la culpa del Mal la tiene un Dios inexistente. Si Dios existiera no habría mal sobre la tierra. La opción libre a favor del Bien (que se resiste al Mal posible) poniéndose cada hombre al abrigo de la guerra, le parece a Glucksmann algo más que una ingenuidad. Le parece un disparate que le da oportunidades nuevas al Mal.

El discurso de Glucksmann, entre líneas, no nos deja ver si está o no deseando que se consume la “tercera muerte de Dios”, una muerte que Oriente tiene que compartir con Occidente y el Norte con el Sur. Da la impresión de que sí, por cuanto acumula las malas noticias y todas las estadísticas negras para vincularlas, no con la maldad del ateo ni con la indiferencia del agnóstico, sino con la estulticia del creyente.

Lo más decisivo de su trayectoria intelectual estaba ya anunciado en el primer libro de 1968 que le hizo famoso. *“El discurso de la guerra”*. La guerra discurre en brazos de la creencia y se paraliza en aras de la increencia. Se le incitaba ya entonces al Tercer Mundo para que dejara de rendir culto a sus dioses. Occidente ha perdido la fe y ahora procede que el Tercer Mundo también la pierda. ¡Y así veremos si, tras la generalización global de la apostasía, se está o no más cerca o más lejos de la paz!.

Desde aquel Mayo francés de 1968, Glucksmann figura destacado entre los nuevos filósofos del evento frustrado por Charles De Gaulle, una

vez que se supo respaldado por los nuevos centuriones. Ahora, él niega que haya sido nunca ni un nuevo filósofo ni un maestro pensador. El es un fruto genuino del nihilismo filosófico que desarrolla las consecuencias del nihilismo religioso, sin echarse en brazos de las técnicas sino solo de la compasión, como primer principio.

Había nacido en 1937. Y desde los catorce años había militado en las filas del Partido Comunista Francés. No obstante, el binomio de acontecimientos subversivos de Budapest (Hungria) y de Nanterre (Francia) le abre los ojos y le sitúa de bruces sobre la teoría de la equidistancia entre dos males, ambos occidentales, el comunismo y el capitalismo. Su aventura intelectual arranca con una requisitoria contra Clausewitz porque en su teoría sobre la guerra cree haber descubierto la convergencia básica del comunismo y del capitalismo.

*Según Glucksmann, —ha escrito uno de sus comentaristas más reciente— en el pensamiento del siglo XIX, que “pensó” la Revolución Francesa, se incubaría el Gulag, la revolución tampoco sale indemne ya que finalmente instauró un Nuevo Orden, un Nuevo Estado, un nuevo aparato represivo.*

Todo poder, a su juicio, instaura aparatos represivos, —el imperialismo romano y la cristiandad medieval, el renacimiento y la ilustración, la revolución francesa y la revolución rusa. Y los aparatos represivos, unas veces, se disfrazan con Clausewitz de ejércitos y otras, con Robespierre de policías. Las requisitorias contra el pensamiento occidental ya no se interrumpen. Glucksmann ataca más duro a los doctrinarios de la razón que a los ejecutores políticos de cada cosmovisión. Tal será la síntesis de la actitud permanente del filósofo francés en los medios de comunicación social. Toda autoridad, antigua o moderna, es por esencia un poder coactivo y represivo que tiende a crecer. Todo pensamiento generalizador —cualquier cosmovisión engendrada reflexivamente en Occidente— genera el Mal.

En 1977, le llegará la hora a otra obra demoledora, “*Los Maestros Pensadores*”, una obra que irritó al ya liberal Raymond Aron, que había sido profesor en la Sorbona de Glucksmann. Los Maestros Pensadores son Fichte, Hegel, Marx y Nietzsche. Se forjó aquí una filosofía radical de la disidencia con las ideas de todos ellos. Se desconfía también de la palabra y del consejo de los expertos, de los administradores y de los tecnócratas sobre todo. Se echa el intelectual galo en brazos de los fugitivos y de los rebeldes a cualquier encasillamiento ideológico. Salta a la vista que la guerra está dejando de interesarle para poner en su lugar a la subver-

sión de los valores. Ni siquiera le vale el ideal de la Paz. Mucho menos se pondrá a meditar sobre las posibilidades reales de una mayor seguridad y defensa de los pueblos oprimidos. Su único juego se establece entre el Poder y la Acracia.

La literatura de Glucksmann es totalmente impresionista. No es discursiva ni razonable. Tampoco encaja como pura acracia, sino como fuego artificial de sugerencias volátiles. Están todos sus libros surcados de frases cortas e incisivas, tajantes, retóricas. Todo se afirma de una vez por todas y para siempre. Cuando vuelva a ocuparse del fenómeno "guerra", como ahora, lo hace para desacreditar a los "Estados Mayores", porque los generales y almirantes de las grandes potencias son los agentes predilectos del Mal.

En *"La cocinera y el devorador de hombres. Ensayo sobre el Estado, el marxismo y los Campos de Concentración"*, una obra también de 1977, pone en solfa a los beneficiarios de la revolución de Lenin. Se trata de desacreditarlo todo. El Mal rebosa en cualquier poderoso; y alcanza a cualquier poderoso de turno apenas haya logrado éste disfrutar del poder en una comunidad local y que, evidentemente, sabe que está a punto de perderlo. Glucksmann amenaza de muerte a los miembros de la clase política sin mover un dedo contra ellos; sólo protesta e invita a los jóvenes a que la protesta suba de tono. Ocurrirá fatalmente, que alguien tendrá éxito en el uso de la violencia. El oficio, tanto del maestro pensador como del nuevo filósofo, consistirá en protestar por escrito y de palabra. Nunca en preparar atentados.

Glucksmann, superviviente de 68, no para de publicar libros ni de llenar salas de conferencias. Genera nuevos contestatarios sin hacerse responsable de los actos de ellos. Lo que él dice, sin ser habitualmente sancionado, lo deberían decir otros, que sí que van a ser sancionados. El intelectual galo, que es escuchado en los medios de comunicación social, sin ser descalificado al punto (por ser peligroso) protesta de que estén en silencio aquellos de quienes se sabe que, si hablaran en los mismos términos, serían castigados por la ley.

Hay en la producción siempre abundante de André Glucksmann otros muchos títulos tan dialécticos como escandalosos. Sin embargo, son apenas famosos y están todavía pendientes de ser comentados o traducidos a la lengua española. No es un azar que se expresen de este modo tan agresivo: *"Le Bien et le Mal"*; *"Cynisme et passion"*. *"La Férule du monde o 1968"*; *"Stratégie et Revolution en France"*, etc. Son los anticipos de las

ideas vertidas en *“La Tercera muerte de Dios”* y en *“Dostoiewski a Manhattan”*. Todo concluye con esta tesis de apariencia hedonista:

*¿Por qué Europa es el único continente ateo del planeta? ¿Por qué en el resto del mundo siguen produciéndose masacres en nombre del Ser Supremo? ¿Y por qué estas dos cuestiones no se reducen a la misma?...¿Exportará Europa al resto del mundo la muerte de Dios?*

## LA REALIDAD DEL MAL

Lo que Glucksmann promete ahora a sus futuros editores en lenguas extrañas a la civilización occidental se resume en esta terrible frase:

*En la ausencia de Dios, de un Dios absoluto y universal, puede instituirse una verdadera civilización.*

Esta verdadera civilización (de la que habla Glucksmann como algo futuro) no está demasiado lejos en lo conceptual de la “invención de la paz” acerca de la que pontificaba Howard. Es también una forma de “invención de la paz”. El que se queda a cierta distancia de estas dos conclusiones es el escritor alemán Rüdiger Safranski; cuyo libro del año 2000, *“El mal o drama de la libertad”*, rematará de manera muy distinta sus personales reflexiones sobre Schelling, Schopenhauer, Nietzsche y Martin Heidegger.

*El caos, la violencia y la destrucción no sólo son el principio de todas las cosas, sino que siguen ahí, latentes en la civilización.*

Tres pensadores —herederos los tres de los presupuestos, todavía idealistas, del gran metafísico de la naturaleza Schelling— impresionan más que todos los demás filósofos alemanes a Rüdiger Safranski; Arthur Schopenhauer, Friedrich Nietzsche y Martin Heidegger. Les ha consagrado tres libros:

- Schopenhauer y los años salvajes de la filosofía (1987).
- Nietzsche. Biografía de un pensamiento (1992).
- Un maestro de Alemania. Martin Heidegger y su tiempo (1998).

Safranski, muy conocido en los medios de comunicación social de su propio país como ensayista brillante, había nacido en 1945. Sus primeras investigaciones a cuenta de la historia de la literatura, de la filosofía, de las religiones y del arte de Occidente apenas tomaron conciencia del fenómeno de la guerra. Por lo menos sabemos que no están orientadas a la Seguridad de las naciones ni hacia la Defensa de los pueblos. El lugar de

la Guerra en sus últimos libros no lo ocupa el problema de Dios, como en el último Glucksmann, ni la libertad en abstracto, como en el último Howard. Lo ocupa, eso sí, la libertad en concreto, como drama que hace posible la realidad del Mal. La clave de su esperanza está en el uso de la libertad que viene de la Verdad y que podría identificarse con la libertad de los hijos de Dios. Pero la conclusión salvadora no está tan clara para Safranski; que se limitará a pensar que, desde las ideas y desde las creencias, si resultan bien entendidas, pueden aminorarse los daños del Mal.

Safranski, un admirador profundo de los presupuestos casi agustinianos del filósofo idealista que fue Schelling, un contemporáneo de Clausewitz, toma el problema del Mal donde lo dejaron Schopenhauer, Nietzsche y Heidegger. No llega a aceptarlo como misterio del Mal, que es lo que hubiera aceptado en su tiempo Agustín de Tagaste, Obispo de Hipona. El Mal está en los intersticios de la filosofía de la Voluntad, mejor que en los brazos de la filosofía de la Razón y, desde luego se queda al margen de la filosofía del Sentimiento. Resulta claro que él renuncia a situarse como un pensador voluntariamente colocado al borde del nihilismo existencial, una tendencia que a su juicio, sería muy peligrosa. La preferencia metafísica por la Nada descartaría del todo lo que Safranski quiere salvar que, en definitiva, es una apuesta a favor del providencialismo o, al menos, a favor de la buena voluntad de la mayoría de la humanidad.

Rüdiger Safranski, en el libro más bien reciente que estamos comentando, *"El Mal y el drama de la libertad"*, se nos muestra certero conocedor, tanto de la historia del pensamiento como de la historia de las religiones. Muestra los abismos en los que podría caer el hombre si exagerara en sí mismo la potencialidad de las libertades. Nos da la impresión de que nunca le dejaría satisfecho la actitud displicente de Howard. Lo suyo no se identifica con el optimismo revalidado por el bienestar o por el progreso de un pueblo civilizado en sentido liberal. Tampoco haría suya la actitud filantrópica de Glucksmann de protesta contra cualquier estructura de poder. Safranski se esfuerza por encontrar los modos de ser del hombre que le ofrezcan a la comunidad política tanto Seguridad como capacidad para su Defensa, esté o no llamado este hombre en particular a asumir una responsabilidad política. Lo decisivo radica en la aceptación del don de la libertad y en su empleo a favor de la felicidad de los seres humanos. No hay invención de la Paz, ni discurso de la Guerra, sino un drama de la Libertad que se refiere, en definitiva, a la Realidad del Mal.

Retengamos el sentido primordial de las tres palabras-clave: invención,

discurso y drama. Son las palabras que brotan cuando se profundiza en el problema de la Seguridad y de la Defensa allí donde una y otra realidad se oscurecen en la conciencia colectiva de una comunidad política. La descripción que él hace del pecado contra el Espíritu Santo, es decir, de la traición a la trascendencia, bien como una historia de Dios, bien como un drama de la naturaleza, bien como una tragedia del género humano, le acercaba al centro de la obra de Friedrich Wilhelm Japh Schelling, que consiste para Safranski, en una aguda descripción del mal: el mal en Dios, en la naturaleza y en el hombre.

*En la libertad humana se da la opción de la nada, de la aniquilación, del caos... El abismo en Dios y el abismo del mal en la libertad humana están unidos entre sí... la creación no es buena desde sus comienzos, tan sólo podría llegar a serlo ... un Bien, si no contiene en sí un mal superado, no es un bien real y vivo.*

La tragedia del género humano (causa a su vez de tal drama entre el Bien y el Mal) se hace pues, un problema religioso, como continúa diciendo Safranski:

*Schelling llegó a esta familiaridad con Dios por el mismo camino que Schopenhauer llegó al conocimiento del principio universal de la voluntad.. Schelling, al igual que Schopenhauer, penetró profundamente en la conciencia humana de la libertad... Para Schelling el hombre es un traidor notorio al principio superior de su vida. Pero no lo es por razón de una coacción natural, sino en virtud de su libertad.*

El puente tendido entre Schelling y Schopenhauer le llevará al pensador alemán hacia Nietzsche y hacia Martin Heidegger. Y Safranski lo recorre sin miedo para hacernos ver que el tiempo actual es un tiempo indigente para el hombre desazonado e incluso angustiado que nos rodea y que pretende adoctrinarnos.

*El principio fundamental de la vida en Schopenhauer es asimismo la voluntad... lo universal de la voluntad no es su proceso hacia la claridad, sino la oscuridad y el sinsentido de su universalidad. De aquí que para Schopenhauer no haya ningún Dios, ninguna tendencia a la divinización.*

La tendencia propia de Schopenhauer, le acercaba al pesimismo oriental de Buda cuando escriba:

*Mi conclusión fue que este mundo no puede ser obra de un ser totalmente bueno, pero sí puede ser obra de un diablo que ha traído a las*

*criaturas a la existencia para deleitarse con la contemplación de su tormento.*

Safranski añade, ahora, una afirmación que le hubiera llenado de gozo al propio Glucksman: "La esencia del mundo es la voluntad y la voluntad es el corazón de las tinieblas.... El universo de la voluntad tampoco es ningún "orden armónico... La naturaleza no es un lugar de calma sino de agitación"... Y citará de nuevo este otro texto del gran pesimista que fue Schopenhauer:

*En la naturaleza vemos por doquier pugna, lucha, cambio de la victoria... donde esta lucha general se hace visible con mayor claridad es en el reino animal... cada animal sólo puede conservar su existencia suprimiendo constantemente a otro ser extraño... No es posible un mundo peor, pues no podría existir, de modo que el actual es el peor entre los posibles.*

Esta teoría, sin duda, merecerá el desagrado, por ejemplo, del liberal Howard, que nunca suscribiría tal pesimismo por cerca que esté su particular optimismo del mismo presupuesto metafísico de Schopenhauer.

*Estamos solos y no hay ningún ser superior que tenga algún plan de relación con nosotros. No hay una providencia que piense en nosotros.*

Pero Safranski, antes de encontrar reproducido este presupuesto metafísico en las obras de Nietzsche y de Heidegger, retornará a San Agustín:

*La sublime morada de Dios está profundamente escondida; no obstante, él tiene "una tienda en la tierra". Y esta tienda es la Iglesia, la casa adecuada para los itinerantes, para los peregrinos que todavía están en camino hacia Dios... la Iglesia, la comunidad de aquellos que "en la lejanía peregrinan en la vida pasajera", también requiere sucesivamente la paz terrestre, de la cual debe cuidar el Estado secular.*

Esto es, muy precisamente, lo que aborrece Nietzsche y lo que aborrecerá más aún Heidegger en San Agustín. Las dos obras magnas de Safranski, que están consagradas a estos dos pensadores, el segundo "Un Maestro de Alemania" y el primero, "Un Adorador de la Nada", le valen para concluir diciendo:

*La invención de Dios es ya expresión de una vida debilitada y con ella, el primer capítulo en la historia del nihilismo... lo "terrible" de lo que Nietzsche habla consiste ahora en la superación de esta rigidez de la*

*humildad, en la rápida transición al sí embriagador y eufórico a la vida dionisiaca. Ahí está la diferencia frente al nihilismo del mero desencanto.*

A partir de esta observación, que el nihilismo formula tanto contra San Agustín, como contra Leibniz y contra Weber, —contra la teología, la filosofía y la sociología que aún conservaba su prestigio en Occidente— Safranski no tendrá más remedio en su reflexión sobre el Mal que ponerse a hablar de “*Mi lucha*” de Hitler y del “*Libro de Job*”, tal como los quiso ver Ernst Bloch. Lo que significa, evidentemente, una fuga de la Realidad del Mal hacia lo político.

Safranski, en definitiva, se nos muestra admirador de Max Weber. “Hemos entrado en la época de un politeísmo secularizado”. Y concluye proclamando su acuerdo con el gran sociólogo:

*En la sociedad pluralista hay muchos dioses, muchas orientaciones de valor, una multiplicidad de sentidos religiosos y semirreligiosos. El Dios uno, que antes garantizaba la interrelación espiritual de la sociedad, ha estallado en un conjunto de pequeños dioses domésticos.*

Resulta, por lo menos curioso, que se utilice con tanta frecuencia por los publicistas occidentales de hoy la idea de estallido para expresar lo que es un cambio social o un cambio de mentalidad. Ya en los años sesenta, un novelista catalán particularmente inquieto en materia de creencias, José María Gironella, remataba su trilogía sobre la guerra civil española con el título “*Ha estallado la paz*”. Ni que decir tiene que toda la polémica del Concilio Vaticano II sobre la “bomba”, —entiéndase contra las armas nucleares de destrucción masiva— tomaba conciencia de otro tipo de estallido. La Unión Soviética, al parecer, también estalló a partir de la caída del muro de Berlín. Ahora, según Safranski, es el Dios uno lo que estalla. Pero en su pluma, la cuestión religiosa se suaviza mucho más que en la de Glucksmann.

*Al igual que la religión descubre la libertad a los ojos del hombre, es a la inversa la libertad la que encuentra e inventa la religión como una obra espiritual de arte, por la que estamos y nos atamos a nosotros mismo a la vista del mal, que sigue siendo una opción de la libertad humana.*

La mentalidad sincera del publicista alemán no rompe nunca las amarras con la historia tanto de las ideas como de las creencias. Duda, es verdad; pero no elimina ningún vértice del triángulo religión-libertad-mal. Safranski escribe que “la libertad encuentra e inventa la religión”. No dice

que la encuentra (pero no la inventa) ni que la inventa (porque no la encuentra). Aunque, eso sí, coincide con Howard en la apelación al invento como posibilidad religiosa, sea de Dios, sea de la paz. En realidad, sigue abierto a un dilema similar al de la metafísica de Schelling. Pero no toma partido. Existe el Mal, sin duda, pero también es posible la existencia de Dios. Es posible que la humana libertad encuentre al verdadero Dios.

*Los sistemas filosóficos, la religión y la moral existen porque la libertad humana es inventiva, y a la vez necesita un soporte al que vincularse.*

La fórmula de Arnold Gehlen —un pensador alemán autoritario, expresada en *“El hombre, su naturaleza y su lugar en el mundo”*, (un original alemán de los años treinta, reeditado en 1986),— le sigue pareciendo válida: estamos a punto de ser quemados por la propia civilización.

*Tras la muerte de Dios ¿llegará la muerte del hombre como un ser capaz de actuar con responsabilidad?... ¿Y qué significa el hecho de que la tenacidad de la civilización sea más fuerte que la intención del hombre?*

Safranski citará en su discurso la misma expresión que Glucksmann —muerte de Dios— si bien lo hace en un horizonte mucho más abierto. Escribirá “que la secularización hizo que palidiera la gracia de Dios” poco antes de concluir con su personal oferta:

*Sin borrar de nuestra memoria las huellas del mal —del que hacemos y del que nos puedan hacer a nosotros—, está en nuestra manos actuar “como si” un Dios (ó nuestra propia naturaleza) tuviera buenas intenciones para con nosotros.*

Retengamos el dilema dramático de Safranski. “Está en nuestras manos actuar como si un “Dios” ó nuestra propia “Naturaleza” tuvieran buenas intenciones para con nosotros”. Es una discreta manera de hablar del “drama de la libertad”. No se atreve a proclamarse ni ateo ni naturalmente optimista. No es, pues, lo suyo, ni lo propio de Glucksmann —el ateísmo radical de la “tercera muerte de Dios” ni lo propio de Howard— el optimismo fácil de la “invención de la Paz”. Safranski sigue, pues, atento a la Realidad del Mal como vía hacia la Presencia de Dios.

Safranski relegará, finalmente, gran parte de sus inquietudes al quehacer de las instituciones. Pone como ejemplo la aceptación, en su día, por San Agustín de la idea de Iglesia. Y añadirá a su reflexión unos comentarios al Libro de Job, inmersos en la obra magna de Ernst Bloch. *“El princi-*

*pio esperanza*". Son los dos extremos del dilema: obrar como si Dios (y su Iglesia) tuvieran buenas intenciones hacia con nosotros los hombres u obrar como si la Naturaleza (y el Estado) también tuvieran las mismas buenas intenciones. Todo antes que proclamarse nihilista al modo incoado por la estirpe de Schopenhauer, Nietzsche y Heidegger, que es la que a su juicio desbordó las inquietudes de Schelling en una mala dirección.

Los capítulos del "Cuaderno del Estrategia" que se han referido a las obras de Michael Ignatieff, de Andrés Ortega, de William Pfaff, de Bob Woodward, de Michael Walzer, de Ralph Peters, de William Lind y de Robert Kaplan no se asoman a los mismos abismos de la Guerra, del nihilismo religioso y del Mal, que lo hacen Howard, Gluckmann y Safranski. Se quedan en la superficie de lo simplemente válido para que la Civilización Occidental se sienta más segura, porque ésta todavía retiene una cierta capacidad para el ejercicio de su defensa. Obrar todavía como si la Naturaleza (y el Estado) tuvieran las mismas buenas intenciones que los creyentes (y la Iglesia) siguen atribuyendo a Dios.

Como era de esperar en el mes de julio de 2002 se terminó de imprimir la edición en lengua española del último libro André Glucksmann *"Dostoiewski en Manhattan"* a los pocos meses de su edición francesa. El libro por su temática y por su oportunismo forma pareja con el Bernard-Henri Lévy *"Reflexiones sobre la guerra, el mal y el fin de la historia"*, cuya edición primera corresponde a septiembre de 2002. Los dos libros tienen por autores a hombres vinculados al mayo francés de 1968. De ambos podría decirse lo que "Le Figaro", "Le Monde", "L'Express", etc. afirman del segundo.

*Más reportero que filósofo, más observador que moralista Lévy nos cuenta lo que vio en el Tercer Mundo. No busca la verdad de la guerra, sino analizar la bestialidad de una humanidad convertida en algo monstruoso... El escrito publica sus reflexiones, donde se entremezclan diarios de viaje, filosofía y fragmentos autobiográficos... Desarrolla con pasión su historia de la guerra... es el balance de un recorrido que comienza en el lirismo y termina en el espanto.*

Pero se trata, no obstante, de dos actitudes diferentes. Glucksmann quiere presentarse como filósofo antes que reportero, como moralista antes que observador, aunque se acoja al lema de Stendhal —mi filosofía es del día en que escribo. En su última obra gravita una sola vivencia a la que repudia, la del nihilismo, "la del deseo de aniquilar el mundo presente y sus posibilidades, deseo —lo dijo Leo Strauss en 1941— al que no acompaña ninguna idea clara de con qué sustituirlo".

Glucksmann y Bernard-Henri Lèvy se apartan de los discursos razonables y encadenados. Los dos quieren impresionar a sus lectores con descripciones sutiles de la situación ganada por el nihilismo. Llama la atención el modo con que se separan del ámbito de la religiosidad para quedarse en el del sentimentalismo.

*Es nihilista aquel que no le preocupa hacer sufrir a los demás... Paganismo, cristianismo, nihilismo... Los nihilistas navegan más allá del bien y del mal. No hay nihilistas desgraciados... la falta de moral no se considera un mal supremo. Los nihilistas son más activos que reactivos... Debemos a Anacharsis Cloots en 1793, la primera aparición gloriosa del término: la república no es ni deísta ni atea, es "nihilista", es decir, ha cortado toda la referencia al Ser Supremo, aunque sea negativa.*

Las frases cortas de Glucksmann no tienen desperdicio. "Más que el inventor de una teoría, el nihilista es un hombre de práctica. Se preocupa menos de elaborar tesis que de demolerlas".

*El nihilista abandona las alturas y se adjudica la tierra como teatro de operaciones.*

Y naturalmente se cita antes de cerrar el libro a los estrategas norteamericanos; a John Keegan en "The Daily Telegraph" del 25 de octubre de 2001, todavía dentro de la cuarentena del Once de Septiembre.

*Estas últimas semanas hemos visto cómo se introducía en el mundo una amenaza totalmente nueva: el nihilismo de un movimiento fundamentalista riquísimo e insaciable.*

Glucksmann no nos dice nada sobre el Nuevo orden mundial ni sobre la armonía entre una Seguridad y una Defensa común. Su último libro acusa un entusiasmo hacia determinados literatos que se asocia al desdén hacia los maestros pensadores. Nada se afirma del Islam en tanto pérdida islámica de la fe. Todo lo que se dice se refiere al binomio ilustración francesa-nihilismo ruso. Nada se afirma de la Religión ortodoxa rusa en tanto pérdida de su propia fe en el escenario soviético. Todo lo que se dice se refiere a una forma de sentir la realidad apenas racionalizada, sentimental en grado sumo.

*El nihilista consumado no se somete a un trabajo doctrinario, ni es esclavo de una filosofía o concepción del mundo; juega con las ideas como juega con los seres humanos... el nihilismo desvía nuestras*

*convicciones, nuestras instituciones y nuestras categorías mentales hundiéndolas en un espacio sin ley.*

La desesperanza del propio Glucksmann, —más aún que la de su compañero del 68, Lèvy— reconoce que hay creyentes, que hay personas honradas y que existen actores económicos perfectamente capaces de razonar...

*Pero en la cumbre y en todos los escalones de la jerarquía social, hay nihilistas practicantes que raramente teorizan su nihilismo aunque se ponen de acuerdo para hacerlo operativo.*

Entre Dios y el Mal, no se sabe bien porqué, el autor de “*La tercera muerte de Dios*” se inclina, como Lèvy, a ocuparse únicamente del Mal:

*El europeo vive sin Dios, y es obligado constatar que vive bien. Pero también vive como si el mal no existiera, y corre peligro de acabar mal.*

**CAPÍTULO PRIMERO**

**MICHAEL WALZER. UNA APROXIMACIÓN  
MORAL AL FENOMENO DE LA GUERRA**

## MICHAEL WALZER. UNA APROXIMACIÓN MORAL AL FENOMENO DE LA GUERRA

POR IGNACIO FUENTE COBO

### RESEÑA BIOGRÁFICA

Michael Walzer, es uno de los pensadores políticos actuales más famoso, brillante y polémico de los Estados Unidos. Dotado de un excepcional talento para la crítica social e histórica, ningún tema, desde la guerra hasta la justicia distributiva, parece igual tras haber pasado por su análisis y reflexión.

Autor comprometido que trata de huir, no siempre con éxito, de encaillamientos políticos o académicos fáciles, le gusta definirse a sí mismo como lo que es *"incluso en demasía, norteamericano, judío, intelectual, socialista democrático, etc."*. Alejado de los círculos de carácter oficial del pensamiento norteamericano se considera como un *"pez fuera del agua"* reconociendo que, el hecho de vivir en Estados Unidos *"donde no hay ni un movimiento de izquierdas ni un partido socialdemócrata"*, le ha obligado a llevar una existencia política bastante aislada. No obstante, ha procurado, en la medida en que le ha sido posible, evitar instalarse en la tradición y el contextualismo *"como un viejo en su sillón"* tratando de encontrar los puntos de unión entre la teoría crítica y la práctica política.

Nacido en el crisol de razas que es la ciudad de Nueva York en 1935, en una familia de comerciantes judíos procedentes de Europa Oriental, vivió desde niño en un entorno multicultural. Sin declararse nunca abiertamente comunista, su vida se orientó hacia los movimientos radicales de

izquierda desde la época en que su familia se mudó a una pequeña ciudad minera y siderúrgica de Pennsylvania, donde la fuerza de los sindicatos locales le proporcionó una visión activa de la militancia. Pero su verdadera educación política se inició en la Universidad Brandeis, primera universidad con financiación judía de Estados Unidos y refugio de los intelectuales izquierdistas víctimas de la animadversión anticomunista de McCarthy en los años cincuenta, donde se licenció *Summa Cum Laude* en 1956 en la licenciatura de Historia. Posteriormente estuvo en Cambridge con una beca Fullbright y presentó su tesis doctoral en Ciencias Políticas e Historia en Harvard en 1961. Desde entonces su vida académica se ha ido alternando entre la docencia en la universidad de Princeton (1962-1966), más tarde en la de Harvard (1966-1980), para regresar finalmente a Princeton en 1980, donde permanece en la actualidad.

La razón de esta fidelidad a la enseñanza la proporciona el mismo Walzer cuando nos indica que *"La única manera de sobrevivir para un especialista en ciencias políticas en Estados Unidos, es tener una puerta de escape en la actividad académica, gracias a la cual se pueda ejercer la acción política"*. Por ello, durante toda su carrera docente ha utilizado su aguda pluma como un arma, sobre todo a través de la revista Dissent, *"realmente una revista del movimiento sin movimiento"*, para analizar incisivamente cuestiones tan controvertidas como puedan ser la justicia de la guerra, el nacionalismo étnico, el derecho de intervención, la actitud de los estados ante la inmigración, la justicia distributiva, o la propia política norteamericana.

En los años cincuenta militó apasionadamente en el movimiento de defensa de los derechos civiles, participando en ruidosas sentadas en lugares públicos donde se practicaba la segregación, viajando al sur a fin de escribir para Dissent sobre ese movimiento y contribuyendo a la organización de una red de apoyo al mismo en el norte, mientras proseguía sus estudios en ciencias políticas en la Universidad de Harvard.

A mediados de los años sesenta, cambió de frente para asumir un papel muy activo en el movimiento contra la intervención de Estados Unidos en Vietnam. Es precisamente la *"rabia e indignación"* que, como activista político le produjo esta guerra, la que le llevaron a escribir su obra *"Guerras Justas e Injustas"* (1977) tratando de componer reflexivamente un razonamiento moral sobre la guerra, que ha procurado mantener con coherencia a lo largo de las tres últimas décadas, dado que como afirma en el prefacio de su última edición (1999) *"la melodía difiere pero la letra sigue siendo la misma"*.

Otras obras que cabe mencionar de su amplio repertorio son "*Las esferas de la justicia*" (1983), *Tratado sobre la Tolerancia*" (1997), o "*Pluralismo, Justicia e Igualdad*", en las que aborda con profundidad temas relacionados con la teoría política y con la filosofía moral.

Fiel a sus propias raíces culturales y étnicas si bien desde una aproximación laica, Walzer es miembro del Board of Governors de la Universidad Hebrea y pertenece al Comité de Asuntos Internacionales del Congreso Judío norteamericano y al Instituto para la Investigación y Planificación de la Política Judía del Consejo de Sinagogas Norteamericano, instituciones que promueven una activa política en favor de los puntos de vista judíos sobre cuestiones nacionales e internacionales en el seno de la sociedad norteamericana.

La característica principal que está presente en toda su obra desde sus comienzos es la de una cierta visión minimalista de la moral universal del fenómeno de la guerra, sin que haya sido capaz de presentar un solo razonamiento concluyente en su favor. De ahí que aborde este tipo de universalismo relativista por diferentes caminos, entendiéndolo unas veces como una moral esencial que se elabora de modo distinto en las diferentes culturas, otras como una moral de reiteración que se interpreta en función de las circunstancias históricas concretas, o incluso, como una explicación minimalista de los derechos humanos. Esta visión cambiante de sus razonamientos hace que su obra resulte frecuentemente complicada de entender e interpretar, sobre todo cuando en sus últimos escritos se muestra partidario de ciertas posiciones y actitudes que no se corresponden sustancialmente con las de sus primeras etapas. No es este un tema que le preocupe a Walzer en exceso ya que él asume que el público para el que escribe está compuesto preferentemente por sus lectores en Estados Unidos y estos "*han resultado ser menos predominantemente seculares, judíos o radicales de lo que cabría esperar, ya que entre ellos hay intelectuales religiosos, militares profesionales y universitarios poco afortunados*". Lo único que espera encontrar en ellos es que, sean quienes sean, el juicio sobre sus razonamientos sea, de acuerdo con su propio estilo, prudente y respetuoso.

En la actualidad su principal actividad consiste en escribir libros y artículos para publicaciones de izquierda, en especial en las revistas Dissent, y New Republic de las que es editor. Igualmente, continúa enseñando en el Institute for Advanced Studies y en la School of Social Sciences de la Universidad de Princeton donde imparte cursos sobre la historia del pensamiento político moderno, los medios y los fines en la guerra, la teoría

política del nacionalismo, los problemas de la filosofía política contemporánea o la política y la literatura en el siglo XVII.

## LA REALIDAD MORAL DE LA GUERRA: LUCRAR CON CONCIENCIA

En su obra *"Guerras Justas e Injustas, un razonamiento moral con ejemplos históricos"*, y en los numerosos artículos y ensayos que ha publicado sobre el fenómeno de la guerra, Walzer ha buscado plantear una teoría moral de la guerra centrada en las tensiones entre los medios y los fines que hacen que esta resulte problemática, recuperando para ello la tradición histórica que dio forma en las obras de autores como Agustín de Hipona. Maimónides, Tomas de Aquino, Vitoria, Suárez o Hugo Grotius, a la política y a la moral de Occidente. En la *"Ciudad de Dios"*, San Agustín había distinguido entre el uso legítimo e ilegítimo de la violencia colectiva y criticado la *pax romana* como paz falsa por el uso incorrecto de los medios que utilizaba Roma en sus guerras a las que calificaba de injustas. Ahora Walzer centra su preocupación en la integración de la noción de la guerra justa en la teoría moral y política, de manera que se puedan definir sus características presentes, con vistas a que los lectores se introduzcan, normalmente a través de ejemplos históricos concretos, en las complejidades de los juicios y las justificaciones morales.

Para Walzer, ante el fenómeno de la guerra no es posible contentarse con el argumento "realista" que presenta Hobbes en el Leviathan, cuando afirma que la guerra, por su carácter extremo, se encuentra en un mundo aparte, en el que la moral y la ley están fuera de lugar, (todo vale y todo es legítimo), porque lo que normalmente denominamos inhumanidad de la guerra *"resulta no ser sino la misma humanidad bajo presión"*. La guerra se le presenta como una realidad dotada de una carga moral propia incuestionable porque las personas que se ven atrapadas en ella, no son solo actores sino, más frecuentemente, víctimas. Por ello, los soldados y los hombres públicos responsables deben conocer los peligros derivados de la crueldad y de la injusticia que la acompaña y tomar decisiones morales para evitarlos.

Si las guerras fueran voluntarias, (*"guerras creativas"* las llama) serían *"un soberbio pasatiempo"*. Pero la realidad es que en la mayoría de los casos la guerra, para Walzer *"es un infierno"* y además se convierte en una forma de tiranía desde el momento en que las organizaciones políticas, los Estados, traspasan los límites del consentimiento y obligan a los hombres

a luchar contra su voluntad. En estos casos, en los que falta el consentimiento individual, los actos de fuerza propios de la guerra pierden cualquier atractivo que pudieran haber tenido y se convierten en objeto de condenación moral.

Ahora bien, el hecho de que la mayoría de los que sufren en una guerra no haya elegido el participar en ella, no quiere decir que sean necesariamente inocentes, sin que haya una gran diferencia entre los soldados que luchan en las batallas y los civiles que no intervienen, puesto que unos u otros pueden ser bien víctimas o bien culpables del comienzo de una guerra. Walzer indica que las guerras nunca comienzan solas y si es posible identificar a los causantes de las mismas, pueden calificarse con el nombre de criminales recibiendo su crimen el nombre de agresión. En estas situaciones, la guerra pasa a ser considerada como un crimen al que puede oponerse resistencia, aunque para ello haya que aceptar sus efectos, con la esperanza puesta en la victoria.

Esta convicción de que la victoria es moralmente diacrítica es la base de lo que Walzer llama "*la lógica de la guerra*". La guerra no es un infierno porque carezca de restricción sino que es la ambición de la victoria la que nos lleva a desentendernos de cualquier tipo de restricción. Y en esto es precisamente donde radica su "*postrera tiranía*", cuando los agredidos se ven inclinados a imitar e, incluso a exceder, la brutalidad del agresor.

Ahora bien, que la guerra sea un infierno no quiere decir que debemos perder de vista el factor de la responsabilidad porque, incluso en el infierno, "*es posible ser más o menos humano, luchar con o sin restricciones*" (está mal, dice con intencionalidad Walzer, "*segar el gaznate de los enemigos heridos o dispararles cuando están dispuestos a rendirse*"). Es decir, la guerra sigue siendo, de algún modo, una actividad regida por reglas, un mundo de permisos y prohibiciones, un mundo moral. No es suficiente con asumir que la guerra es una condición legal que otorga a Estados soberanos iguales, igual permiso para usar la fuerza de las armas; hay que aceptar también que la guerra es una condición moral que concede a los ejércitos y a los soldados una permisividad recíproca, "*un derecho igual a matar*". Es decir, existe un principio moral universal distinto de las leyes positivas sobre la guerra que gobiernan la comunidad internacional.

Solo aceptando este principio central pueden establecerse las reglas de la guerra, que Walzer asimila a las dos modalidades del derecho internacional. Por una parte, el *ius ad bellum*, es decir, aquellas normas que especifican como y cuando se puede luchar y que, si bien pueden admitirse para limitar la

intensidad o la duración del combate o el sufrimiento de los soldados, no aportan nada, en su opinión, a la hora de considerar la condición moral de la guerra. Por otra parte, estaría el *ius in bello* que recogería el conjunto de normas que indican a quien se puede matar en la guerra y a quién no.

Es este segundo grupo en el que Walzer centra su preocupación, ya que plantea una de las cuestiones más espinosas y problemáticas de la teoría de la guerra, esto es, como distinguir a aquellas víctimas a las que se puede atacar de aquellas otras que deben ser respetadas. Si la guerra ha de tener una condición moral, si tiene que distinguirse del asesinato y la masacre, no cabe duda de que hay que dar una respuesta a este interrogante. Lo normal, apunta Walzer es que, la protección se ofrezca a "*aquellas personas que no están inmersas en el negocio de la guerra*"; de esta manera, parece posible identificar algún principio general que ponga en relación la inmunidad a los ataques, con la no-alineación. A este principio independiente de la perspectiva social o cultural y que se articula en "*un conjunto de normas, costumbres, códigos profesionales, preceptos legales, principios religiosos o filosóficos y acuerdos mutuos entre las partes*" es lo que Walzer denomina la *convención bélica*. La convención bélica es la que hace que los soldados profesionales estén sujetos a los límites y restricciones que impiden que la guerra se convierta en una simple carnicería y la que les lleva a menudo a poner objeciones a las órdenes de sus superiores civiles que les instan a violarla y convertirse en "*simples instrumentos de muerte*". El problema de la convención bélica es que "*a pesar de que ha sido explicada, debatida, criticada y revisada durante muchos siglos*", sigue siendo imperfecta. Convenciones como las de La Haya y Ginebra tratan de articular códigos morales de conducta sin conseguirlo del todo. La razón de su fragilidad está, para Walzer, en que se han confeccionado de acuerdo con la práctica bélica moderna, establecida cuando chocan "*ejércitos de víctimas*". Es decir, la convención bélica parte de la premisa de aceptar (o al menos asumir) la existencia de víctimas; por eso se la describe como "*un programa para tolerar la guerra*" cuando lo que Walzer defiende es uno para abolirla ("*combatir bien no hace a la guerra tolerable*"). Es por ello por lo que denuncia la existencia de sentimientos hipócritas respecto a su alcance cuando, en ocasiones, las personas se indignan ante la sola idea de que se le pongan reglas o restricciones dado que lo natural es que la guerra sea un infierno (es la misma idea de Tolstoi en "*Guerra y Paz*" de que la "*guerra es la cosa más vil de la vida*"), mientras que, en otras, lo hacen ante la ausencia de suficientes cortapisas. Esta hipocresía, contra la que se revela Walzer, "*es tes-*

*timonio de la imperfección de la convención bélica y nuestra indignación de fe de su realidad y su crudeza".*

## LOS FINES DE LA GUERRA O LA TEORIA DE LA AGRESION

Las guerras de agresión, son para Walzer, siempre un crimen por que *"interrumpen un estado de paz con derechos"* forzando a los individuos a poner en riesgo sus vidas para salvaguardar estos. La agresión es el único crimen que unos Estados pueden cometer contra otros. Lo demás solo son simples infracciones. Si no fuera así, si a los agresores se les considerara como decía Clausewitz *"unos amantes de la paz"* que se ven obligados a optar por la guerra por el mero hecho de que encuentran oposición a su actuación, la agresión no podría considerarse un crimen. Pero la agresión es un crimen con características muy singulares; representa un desafío a unos derechos por los que vale la pena morir. Ante la agresión, los Estados agredidos resisten por que sus lideres y sus gentes se creen obligados moralmente a ello, es decir, porque entienden que su respuesta está moralmente justificada. La agresión se encuentra por tanto asociada al quebrantamiento de los derechos de los Estados resumidos fundamentalmente en dos: la integridad territorial y la soberanía política, que descansan esencialmente en el consentimiento de sus ciudadanos. Es esta realidad de vida en común que caracteriza a los Estados la que hace que sus ciudadanos acepten voluntariamente y consideren validos, los sacrificios que su protección exige.

A partir de aquí, Walzer establece dos presunciones fundamentales. La primera es una presunción a favor de la resistencia militar una vez que la agresión ya ha comenzado, y que se resume en que *"la resistencia es importante para que puedan mantenerse los derechos y para disuadir a futuros agresores"* (doctrina de la *Guerra Justa*). En este sentido, no tiene cabida argumentar la resistencia no violenta a la agresión defendida por los pacifistas por que si tuviera éxito esta resistencia sin violencia, la agresión *"podría tratarse de un crimen menos serio de lo que se ha supuesto"*. Ahora bien, si el carácter de la agresión afectase a otros Estados, estos tienen pleno derecho no solo a unirse a la resistencia de la víctima para repeler el ataque, sino también para castigarlo, (*"toda resistencia es un cumplimiento de la ley"*).

De aquí se deduce la segunda pretensión. En toda guerra alguien debe ser responsable, o dicho en otras palabras, ninguna guerra puede ser justa para ambos bandos, si bien sí que puede darse el caso de guerras que no sean justas para ninguno de los bandos (aquí entrarían lo que los marxis-

tas llamaban "*las guerras entre imperialistas*" en las que se enfrentaban conquistadores contra conquistadores). De ahí que necesitemos una teoría de la agresión que debe partir, al menos en sus planteamientos primarios, de lo que Walzer llama "*el paradigma legalista*" que puede resumirse en seis proposiciones principales:

- Existe una sociedad internacional de Estados Independientes.
- Esta sociedad tiene una ley que establece los derechos de sus miembros, fundamentalmente los de integridad territorial y soberanía política.
- Cualquier uso de la fuerza o amenaza contra estos derechos constituye una agresión y es un acto criminal.
- La agresión justifica la respuesta violenta tanto por la víctima (autodefensa) como por cualquier otro miembro de la sociedad internacional para hacer cumplir la ley.
- Nada (como decía el gran teólogo Francisco de Vitoria) excepto la agresión puede justificar la guerra.
- Los Estados agresores pueden ser rechazados militarmente y, también, castigados.

Frente al argumento utilitario que postula el apaciguamiento (el espíritu de Munich), como un deber no necesariamente inmoral de buscar la paz aunque sea a expensas de la justicia, (ceder ante los agresores es el único modo de evitar la guerra), Walzer antepone el realismo del paradigma utilitario en un doble sentido. Por una parte, los derechos de los individuos son reales aunque estos deban en ocasiones morir para defenderlos. Por otra parte, la defensa es también a veces legítima. Los Estados como comunidades políticas, buscan en la sociedad internacional "*moldear en libertad sus destinos independientes*". Pero esa sociedad nunca se realiza plenamente, nunca es completamente segura, siempre debe defenderse, Y eso proporciona a la necesaria defensa una gran simplicidad moral.

El problema se presenta cuando ocurren las enormes matanzas que producen los medios empleados en las guerras modernas que anulan, por sus dimensiones, cualquier capacidad de comprensión moral, en una era en la que precisamente "*la sensibilidad humana se encuentra más que nunca sintonizada para captar todos los matices de las mismas*". De ahí que resulte, para Walzer, sumamente importante decir a quienes en ellas mueren que "*no han muerto en vano*" y buscar a los culpables de sus muertes. Es decir, hay un sentimiento de compromisos con la existencia de un mundo moral. La guerra justa es aquella en la que moralmente urge

ganar, y en la que los soldados que mueren en ellas no lo hacen en vano. Implica la existencia de objetivos por los que merezca la pena morir, así como resultados que hagan que no nos parezca demasiado caro el precio que pagamos en vidas por ellos.

En este sentido, todas las naciones poseen un derecho idéntico "*a no ser borradas*", a no verse privadas para siempre de su soberanía y de su libertad. De ahí que incluso los estados enemigos, deban ser tratados, tanto desde el punto de vista moral como estratégico como futuros copartícipes del orden internacional. Ello supone que el límite máximo de lo que puede buscarse legítimamente en una guerra, lo fija Walzer en la conquista y la reconstrucción política del Estado agresor, pero solo en aquellos casos en los que su carácter criminal representan una amenaza para "*los valores profundos*" del orden internacional y siempre que este no sea accidental o transitorio. En circunstancias extremas, como fue el caso de la guerra contra el nazismo, es posible exigir la rendición incondicional (se buscaba "*la erradicación del mal*"), pero siempre hay que ser extremadamente cuidadosos a la hora de buscar justificaciones. Si este límite no es respetado, la guerra justa termina convirtiéndose en una cruzada (como ocurrió en el caso de la guerra contra el Japón). Estos límites prudentes y realistas favorecen la restricción en las guerras y se convierten, en definitiva, en un eficaz obstáculo contra el carácter más absoluto de la guerra total.

## LOS MEDIOS DE LA GUERRA O LA IMPORTANCIA DE LUCHAR BIEN

Si la agresión constituye por definición una actividad criminal, no ocurre lo mismo con los agresores. Para Walzer, solo se les considera como asesinos cuando "*toman como objetivo a personas no combatientes, a espectadores inocentes o a soldados heridos o desarmados*". Mientras luchen de acuerdo con las reglas de la guerra, no es posible condenarlos. Son ellas las que determinan los deberes de los beligerantes sujetos a las restricciones de la moral. De esta manera, los actos dentro de la guerra tienen un carácter legítimo mientras no violen los derechos de las personas contra las que actúa. No se trata de actuar "*con amabilidad, cortesía o magnanimidad*", sino con justicia.

En las guerras, indica Walzer, únicamente los soldados han perdido (por el simple hecho de luchar y cualesquiera que fueran sus esperanzas o intenciones privadas), los derechos que tenían a la vida y a la libertad incluso en el caso en que, a diferencia de los estados agresores, no hayan

cometido ningún crimen. Frente a la rotunda afirmación de Napoleón de que *"los soldados han sido hechos para que los maten"* Walzer matiza que *"nadie más ha sido hecho para que lo maten"*. Todos los demás implicados en la guerra conservan sus derechos y los Estados tienen el compromiso y la prerrogativa de defender esos derechos tanto si son agresores como agredidos (las reglas de la guerra se aplican con idéntico vigor a ambos). A los poseedores de estos derechos los denomina Walzer *"gente inocente"* comprendiendo a aquellas personas que no han hecho nada que implique algún daño que acarree, por consiguiente, la pérdida de sus derechos. Esta es una línea divisoria explícita aunque admite que *"quizá resulte demasiado fina"*.

A partir de aquí, el problema que aborda Walzer es el de si los civiles inocentes pueden ser atacados o no. Para responder a este interrogante invoca el llamado *"principio del doble efecto"* que afirma que *"los civiles de acuerdo con las leyes de la guerra no pueden ser objeto ni objetivo de actividades militares, pero si contribuyen a la lucha pueden ser susceptibles de sufrir ataques"*. El doble efecto expresa un compromiso entre la absoluta prohibición de atacar a los no combatientes con la legítima conducta de la actividad militar que Walzer acepta siempre que sus resultados sean producto de una doble intención, a saber: que el acto de guerra sea legítimo, es decir, que la intención del actor sea buena y que los previsibles males que se ocasionen queden tan reducidos como sea posible, aceptando si es necesario para ello, costes para uno mismo. Es decir, no basta con no tener la intención de provocar la muerte de civiles, ni con aplicar sin más la regla de la proporcionalidad *"y no matar a más civiles de los que exige la necesidad militar"*, es preciso asumir el hecho de que salvar las vidas de los civiles puede implicar arriesgar la de los soldados.

Walzer asume que no es sencillo aceptar este principio y reconoce que, una vez que empiezan las hostilidades, incluso en una guerra ajustada a derecho, aparece una presión constante en favor de ciertas violaciones de las reglas de la guerra por parte de los soldados y de los hombres de estado. Son ellos los que mejor conocen hasta que punto es trascendental lo que se pone en juego en una guerra y cuan exigente es la necesidad de vencer (*"hay naciones que nunca se han repuesto tras haber sido conquistadas"*). Pero, aun en estos casos en los que los soldados pueden sentirse inclinados a levantar las restricciones, no puede olvidarse que los derechos que se violen por el interés de la victoria son derechos auténticos, *"profundamente establecidos y basados en principios inviolables"*. Cuando en las guerras lo que se pone en juego son las propias vidas de

las personas, el *Ius in Bello* adquiere el mismo valor que el *Ius ad Bellum*.

A partir de aquí, Walzer se pregunta si debería diferenciarse entre los soldados que combaten en una guerra justa de los que lo hacen en una injusta. Si esto fuera posible, los derechos en la guerra podrían expresarse en términos de una *regla de cálculo* ("*a mayor justicia mayor derecho*") que indicase que cuanto mayor fuese la justicia de una causa, más reglas podrían violarse en su defensa, aunque algunas de ellas se mantuviesen inviolables. En su forma más extrema este argumento relativista podría llegar a la afirmación de que los soldados que luchan en una guerra justa, pueden hacer absolutamente cualquier cosa, siempre que resulte necesaria para el resultado del combate. Una opción opuesta a esta regla de cálculo consistiría en asumir una posición de "*absolutismo moral*", según la cual no existiría ninguna circunstancia que permitiese violar ninguna de las reglas de la guerra, ni siquiera con el fin de vencer la agresión. *Fiat justitia ruat caelum* (hágase la justicia aunque se caiga el cielo), constituiría para sus defensores la única posición moral aceptable.

Ante estas alternativas opuestas, Walzer adopta una cómoda posición ecléctica. Las convenciones bélicas pueden quebrantarse pero solo ante una catástrofe inminente (extrema necesidad) y siempre que el soldado o el hombre de Estado que lo haga esté dispuesto a asumir las consecuencias morales y el peso de la culpa que su acción acarrea. En una emergencia suprema, los derechos (como el de neutralidad) se pueden dejar a un lado, porque es necesario hacer algo, "*lo que sea*", violando si es preciso los derechos de los inocentes con el fin de responder a ella. Pero dado que cuando esto ocurre lo que uno normalmente hace "*es abrirse paso a través del ejército enemigo a expensas de hombres y mujeres inocentes*" cuyas vidas se ponen en peligro, resulta necesario definir estrictamente la naturaleza de "la emergencia suprema".

Para ello, Walzer establece como garantía, dos criterios que han de satisfacerse y que se corresponden con los dos niveles en los que opera el concepto de necesidad, siendo ambos necesariamente de aplicación. El primero tiene que ver con la inminencia del peligro. Cuando los medios convencionales de la resistencia son inútiles o se han agotado, entonces "*todo vale para obtener la victoria*". Es lo que habitualmente se denomina "el argumento de la espada y la pared". El segundo de los criterios tiene que ver con la naturaleza del peligro. Si este está constituido por una amenaza de esclavitud o de exterminio dirigida contra una nación (como fue el caso de la Alemania nazi, "*la objetivación del mal en la tierra*"), los militares y los hom-

bres de Estado, *"enfrentados a una forma de horror extremos y tras haber agotado sus opciones"*, pueden hacer caso omiso de los derechos de las personas inocentes, haciendo prevalecer el interés de su propia comunidad política. La supervivencia de estas, *"cuyos miembros comparten un estilo de vida que ha sido desarrollado por sus antepasados y que debe transmitirse a sus hijos"*, constituye el más alto valor de la sociedad internacional.

Ahora bien, consciente de la fragilidad de este argumento y con vistas a que el concepto de emergencia suprema adquiriera la suficiente justificación, Walzer busca fijar límites estrictos a la idea de necesidad para evitar caer en el argumento utilitario de justificar la matanza deliberada de unas personas simplemente porque sirve para salvar la vida de otras. *"matar a 278.966 civiles, nos dice, con el fin de evitar la muerte de una cantidad de civiles y soldados desconocida pero probablemente mayor es, con toda seguridad, un acto caprichoso, con ínfulas divinas horrendo y aterrador"*. El reconocimiento de los derechos de las personas pone un límite a estos cálculos y obliga a admitir que la muerte de un gran número de inocentes, sean cuales fueren sus compromisos, *"es una especie de blasfemia que transgrede nuestros más profundos compromisos morales"*.

Es por ello, por el coste numérico en civiles muertos, por lo que acciones como los bombardeos británicos sobre las ciudades alemanas constituyeron una política terrorista (la emergencia suprema había terminado mucho antes de que el bombardeo británico alcanzara su apogeo) dado que existían otras alternativas disponibles. Otro tanto podría decirse del bombardeo de Hiroshima cuya justificación descansa sobre el argumento utilitario de la estimación militar de bajas basada en la creencia de que los japoneses lucharían hasta el último hombre y de que solo resultaba aceptable la rendición incondicional. Pero el caso del Japón es, para Walzer diferente del de Alemania. Su expansión militar era mucho más corriente y, desde el punto de vista moral, todo lo que se requería era que fueran derrotados, no que fueran destruidos, sobre todo si ello exigía matar a un gran número de personas. Cuando esto ocurre, es necesario *"llegar a un acuerdo que permita conformarse con menos"*, es decir, no prolongar los combates más allá del punto en que la guerra puede concluirse con justicia. Si se supera este punto, no caben los argumentos sobre "emergencias supremas" ni sobre necesidades militares, por que lo único que hacen es justificar el crimen de agresión.

Los sufrimientos de la guerra solo son ilimitados cuando así se decide, cuando se superan, como hizo Truman en Hiroshima, los límites que los

Estados mismos han establecido. Solo cuando la derrota contenga la probabilidad de acarrear el desastre para una comunidad política es posible superarlos. En los demás casos, el calculo utilitario de la necesidad suprema se detiene mediante las reglas de la guerra y en virtud de los derechos que estas reglas pretenden proteger. Nos encontramos entonces, nos dice Walzer, ante el límite de la esfera de la necesidad.

## LA CUESTION DE LAS RESPONSABILIDADES EN LA GUERRA

Walzer aborda el espinoso asunto de la asignación de responsabilidades en la guerra partiendo de la premisa de que, la mayoría de las veces, esta no se desarrolla bajo los auspicios de la necesidad sino bajo *"la égida de la libre elección"*. Si los soldados y los hombres de Estado son los que toman las decisiones en estas situaciones y lo hacen normalmente no apremiados por el imperativo de la "suprema necesidad" sino libremente, es necesario conocer estas con el fin de premiarlas o sancionarlas. Desde esta óptica, el problema que se plantea aquí Walzer consiste en responder a la responsabilidad moral de los actores de la guerra, en señalar a los criminales en todo el amplio abanico de posibilidades propias de los tiempos de guerra.

La razón de esta obsesión por la responsabilidad es para este autor muy sencilla. Los lideres que conducen a sus ciudadanos a una guerra les deben a ellos, y al resto de la humanidad, una explicación sobre sus actos, dado que la consecuencia de sus decisiones se traducen en la muerte de seres inocentes. Es por ello por lo que no es admisible el argumento "soberanista" que afirma que los *"actos de Estado"* no pueden ser considerados crímenes imputables a personas singulares, ya que los Estados son soberanos y por tanto no reconocen autoridades superiores ni juicios externos que busquen probar la criminalidad de los actos cometidos en su nombre por autoridades reconocidas en el desempeño de sus obligaciones legales. Este es para Walzer un argumento legal pero de ningún modo moral. Los Estados no son soberanos en el plano moral y, por tanto, la soberanía no proporciona protección alguna contra los juicios externos. De esta manera, los actos de Estado también son actos de personas concretas y cuando estas aceptan iniciar guerras de agresión, incurrn en responsabilidad criminal.

No obstante, no siempre resulta fácil determinar quienes son exactamente estas personas y en que medida son responsables. Walzer encuentra lógico comenzar culpabilizando al jefe del Estado y a las personas de

su entorno inmediato que son los que toman las decisiones claves. A continuación vendrían los comandantes de las campañas militares, responsables de la estrategia y de la táctica, *"ya que actúan más como fuente de las órdenes superiores que como sus destinatarios"*. Estos no pueden alegar, llegada la hora en que se les exijan responsabilidades, que sus actos u omisiones criminales obedecieron a un imperativo, moralmente correcto, de proteger a las personas inocentes del Estado al que agredieron. Si así lo hacen, esconden un discurso hipócrita: Tenían la obligación de *"hablar claro"* siempre que tuvieron la oportunidad y *"con palabras explícitas"* para oponerse a políticas que eran completamente injustificables. Al no hacer esto se comportaron como *"cobardes o malvados"* y, por tanto, como responsables.

Tampoco cabe admitir que, en los sistemas democráticos, los costes de la culpa, *"el dolor de la culpa"* se reparte entre todos los ciudadanos. Si estos son honestos y se oponen a que su gobierno o su Ejército cometan actos terribles, deberían sentirse avergonzados, pero no responsables. La democracia es una forma de distribuir la responsabilidad pero eso no significa que todos los ciudadanos deban compartir equitativamente la responsabilidad por una guerra de agresión. La responsabilidad principal corresponde a los líderes, pero también, en alguna medida, a todos aquellos ciudadanos que *"no se tomaron la molestia"* en oponerse a la agresión o temieron significarse en uno u otro sentido en una cuestión tan arduamente debatida (Walzer está pensando en casos como Vietnam). Su grado de culpa es tanto mayor por los actos malvados que se cometen en nombre de todos, cuanto mayor sean las posibilidades que tienen de ejercer la libre acción y oponerse a la agresión (por eso la intervención en Vietnam no solo fue injustificada, sino que además se condujo de manera tan brutal, que se hizo merecedora de condena). Cuando se trata de la guerra, indica Walzer, los ciudadanos solo son inocentes si la retiran su apoyo personal. En caso contrario se convierten en *"nuevos mandarines"*, en cómplices morales de la agresión.

A partir de estas consideraciones, Walzer pasa a analizar el tema de las responsabilidades de los militares en las guerras dado que todos, en algún momento, se ven obligados a tomar decisiones morales, de acuerdo con el alcance de sus propias actividades. Cuando se enfrentan a ellas, tienen que tener muy claro cuales son sus obligaciones que se resumen en aplicar el criterio de utilidad y proporcionalidad, en tanto en cuanto no se topen con los derechos fundamentales de las personas a las que se enfrentan. Cuando ello ocurre, la convención bélica exige que los solda-

dos acepten riegos personales en vez de dañar a personas inocentes. La regla es, para Walzer categórica: "*el instinto de conservación frente al enemigo no es una excusa para violar las reglas de la guerra*". Los soldados tienen que ser "*hombres de temple*" que actúan mejor cuanto más siguen los dictados de la disciplina, cuanto más capacidad de control tengan sobre si mismos y cuanto más fuerte sea el compromiso de respeto que sientan hacia las limitaciones propias de su profesión.

Los crímenes de guerra ("*las matanzas de más*" las llama Walzer) no son un signo de firmeza, sino de debilidad y la debilidad produce un tipo de valor inadecuado. Este es para el autor, el aspecto crucial de la responsabilidad del mando que no puede ampararse en la justificación del cumplimiento de las órdenes, bien por ignorancia sobre sus límites, o bien por pretender haber padecido coacción. El sentido común normal y el entendimiento moral son los elementos de que dispone todo soldado para vetar la comisión de crímenes. Esto que es obligatorio para todos los militares, resulta mucho más exigible para los mandos. Para ellos la obligación de proteger a los débiles y a los indefensos se convierte en "*sagrada*". Ellos son responsables de planear las campañas de forma que se eviten incluso las muertes no intencionadas de civiles y de tomar las medidas concretas para que, en el transcurso de las mismas, se haga posible el cumplimiento de las leyes y convenciones de la guerra. En el transcurso de la misma, tienen que velar para que sus hombres tengan presente en su actuación estas consideraciones, emitiendo órdenes claras, estableciendo procedimientos de inspección y castigando a los soldados y a los mandos subordinados que no se atengan a ellas. Si no lo hicieran así, ellos serían los responsables, porque (Walzer lo da por sentado) evitarlo entra dentro de sus facultades. Aunque ellos no sean los autores de actos moralmente reprobables, su culpabilidad no es menor que la de los hombres que los perpetraron. La razón esta en la diferencia que existe entre la responsabilidad de los jefes y la de los simples soldados. En estos últimos, la carga de la prueba corresponde al acusador que debe probar su complicidad y su participación voluntaria. Los jefes, sin embargo, son "*presuntamente culpables*" correspondiéndoles la carga de la prueba a ellos. Esta diferente forma de asignar culpabilidades es precisamente un mecanismo "*en defensa del débil y del indefenso*", de las víctimas inocentes de la guerra.

En definitiva, los soldados viven normalmente, en el lado más oscuro de las grandes crisis en las que se encuentra en peligro la supervivencia de la colectividad. Es en estos casos cuando la moralidad se pone a prueba, cuando se ve sometida a las presiones que habitualmente plantean los

conflictos militares. Ello no es óbice para que, en la mayor parte de estas ocasiones, los crímenes que se cometen no puedan justificarse ni disculparse. Son simplemente crímenes porque, aunque ello no resulte fácil, normalmente es posible vivir ateniéndose a los requisitos de la justicia. La excepción aparece en las emergencias supremas cuando los juicios sobre lo que es justo e injusto se desdobl原因 y sale a la luz la profunda complejidad del realismo moral del ser humano. Este dualismo entre lo que es justo y lo que no lo es, produce incomodidad cuando el mundo de la guerra no resulta enteramente comprensible y cuando no es posible encontrar una satisfacción moral en la misma. Pero tampoco es posible soslayarlo dado que no existe un orden internacional estable en el que se garantice la existencia y la seguridad de las naciones y de las personas. Trabajar por su consecución es altamente laudatorio. Pero, la gran dificultad, el gran dilema moral estriba en que, a veces, el ser humano no tiene más elección que la de luchar en las guerras para lograrlo. Y esto sugiere, con cierta ingenuidad a Walzer, que la condición previa para acabar con las guerras transformándolas en luchas políticas, está en la imposición de restricciones, de normas limitativas a las que deben sujetarse necesariamente los soldados. La limitación de la guerra, argumenta consecuentemente, es el comienzo de la paz.

## **LA POSICIÓN MORAL DE LOS ESTADOS Y EL DERECHO DE INTERVENCIÓN**

El Estado es, para Walzer, el escenario en el que una comunidad política elabora su autodeterminación y se establece como resultado de la unión de un pueblo con su gobierno. Es a través del Estado, cómo las personas se vinculan entre sí para expresar su herencia cultural y su historia, y es el Estado el que reclama ante los demás Estados los derechos de integridad territorial y de soberanía política. De ahí que su conducta, al menos en principio, debería estar determinada por una doble presunción moral. Por una parte, la de que existe una cierta afinidad entre la comunidad política y su gobierno, es decir, el Estado es legítimo. Si no fuera así, si el gobierno no fuera reflejo de la vida política, los ciudadanos tendrían derecho a rebelarse. De ahí que cualquier Estado estable que consiga, de acuerdo con el *Leviathan* de Hobbes, controlar con éxito a su propio pueblo se convierte, por ello mismo, en legítimo.

Por otra, la de que en caso de agresión, sus ciudadanos se sentirán obligados a resistirse debido a la alta valoración que hacen de la defensa

de su propia comunidad política (sino fuera así la agresión no podría considerarse un crimen). Y ello se producirá tanto si el Estado es legítimo como si no. De hecho, Estados cuya legitimidad es puesta en duda como los tiránicos, son capaces de aglutinar reiteradamente a sus súbditos contra los invasores. Esto ocurre porque, pese a que la afinidad entre el gobierno y su pueblo no sea del tipo democrático (por ejemplo, Irak o Cuba), sigue existiendo algún tipo de afinidad invisible que los gobiernos de otros Estados tienen la obligación de respetar. Por supuesto que los regímenes tiránicos no son formas de vida que se escojan libremente, pero ninguna comunidad política en ningún tiempo dado escoge libremente, de entre toda la gama de alternativas posibles, su particular opción de instituciones políticas. Estas aparecen como resultado de largas pugnas históricas en las que es el poder político en el seno de la comunidad, el factor crítico a la hora de moldear el destino de sus miembros. La historia de Yugoslavia después de la Segunda Guerra Mundial, Cuba en los años posteriores a 1960, o Irán en épocas más recientes muestran que, lo que ocurre en el interior de un país, obedece primordialmente a decisiones internas, a procesos políticos locales. Y ello prueba que sigue siendo la comunidad política con su gobierno (es decir el Estado), el escenario decisivo de la vida política. De ahí que la distinción entre derechos del Estado y derechos del individuo, sea para Walzer simplista y esté mal encaminada. Aleccionado por la amarga experiencia del pueblo judío, afirma rotundamente que, frente a los extranjeros, los individuos tienen derecho a disponer de su propio Estado. Sin este derecho no tendría sentido el derecho derivado de los ciudadanos a la libertad política y civil, precisamente por que es el Estado el que proporciona una unidad física, "*una casa*", a estos derechos.

Este planteamiento coloca a Walzer ante una difícil tesitura: ¿Cómo compaginar esta obligación de actuar como si los estados tiránicos fueran legítimos y no declararles la guerra, con aquellas situaciones en las que es necesario que la comunidad internacional haga caso omiso de la soberanía e intervenga contra estos Estados? La respuesta la encuentra Walzer en las que él llama "*las normas del desacato*" que son las excepciones que él acepta al principio de la soberanía, en las que es justificable la intervención externa.

La primera se produce en aquellos estados compuestos por más de una comunidad política (imperios o estados plurinacionales) en la que una de sus comunidades mantiene una revuelta activa de secesión o liberación nacional. La intervención externa se justifica porque, en estas situaciones, no existe afinidad entre el gobierno y la comunidad, por lo que el Estado,

siempre que la rebelión haya alcanzado ciertas proporciones, no puede alegar la presunción de legitimidad. Es esta indudablemente una cuestión espinosa, dado que Walzer no nos dice nada de cual es el umbral mínimo aceptable para que la rebelión adquiera proporciones de legitimidad, ni tampoco sobre la situación de aquellos ciudadanos de la "comunidad rebelde" que mantengan su afinidad (su lealtad deberíamos mejor decir) con el Estado matriz y se sientan obligados a rechazar la intervención exterior con las armas. Walzer se limita a asumir que, en estos casos, los ciudadanos de la "*nación rebelde*" no ofrecerán resistencia y que, por consiguiente, la acción militar no puede considerarse como una agresión.

Una segunda excepción la encuentra Walzer en los casos de guerra civil, en los que una potencia extranjera interviene proporcionando apoyo a una de las partes en conflicto. Cuando esto ocurre, otras potencias adquirirían un derecho recíproco de intervenir legítimamente en favor de la parte que carece de apoyos. Walzer defiende este tipo de intervención cruzada sin hacer referencia al carácter moral de las partes, asumiendo que "*en las guerras civiles es simplemente imposible determinar si es el gobierno o son los rebeldes quienes cuentan con el apoyo de la mayoría*". Para él, la realidad de una guerra civil es un signo de que la sociedad está dividida, pues si bien puede afirmarse que una amplia insurrección indica un fuerte apoyo popular a los rebeldes (este sería el caso del Vietcong en la Guerra de Vietnam), igualmente podría decirse que una fuerte respuesta a la insurrección es señal de un sólido respaldo al gobierno. Por eso, es preferible que los Estados extranjeros no se mezclen en guerras civiles por el mero hecho de que admiren los principios de una de las partes, y, en ningún caso, poseen el derecho a convertir con su intervención sus propios principios o sus propias creencias, en elementos definitivos para otras personas u otras comunidades políticas. A este razonamiento limitativo, Walzer añade un argumento práctico: no compensa la intervención exterior porque, en todo caso, la importancia de las tropas extranjeras es siempre menor que la de cualquier factor local, ya que dichas tropas no guardan relación alguna con la historia y la cultura del pueblo cuyo destino van a determinar. No hay que olvidar que, en la práctica, la petición de ayuda extranjera supone la admisión de la debilidad de la propia causa y esta es probablemente la razón por la que las partes en conflicto en una guerra civil no se ven tentadas a pedir ayuda externa mientras consideren que pueden contar con sus propios medios o con el apoyo de la mayoría, para alcanzar la victoria.

Un tercer caso más interesante y más actual de justificación de las intervenciones, lo encuentra Walzer en aquellos Estados en las que el

gobierno está involucrado en la masacre, la expulsión de grandes masas de población o la reducción a esclavitud de sus ciudadanos o súbditos. En estos casos, Walzer invierte la presunción habitual y asume que no existe afinidad alguna entre el gobierno y la comunidad política e, incluso, que puede afirmarse que no existe dicha comunidad. Cuando ello ocurre, la intervención externa es permisible, pero solo cuando la opresión ha alcanzado "*una forma extrema*". Por el contrario, si la opresión es "*solamente ordinaria*" (esta se corresponde con la de la mayoría de los Estados que han existido a lo largo de la historia humana), la intervención no se justifica, por que la democrática no es, ni habitual ni necesariamente, la óptica con la que son juzgados por sus propios habitantes. De ahí que, aunque parezca paradójico, Walzer acepta que los pueblos tengan derecho a poseer un Estado en cuyo seno vayan a violarse sus derechos como personas. La razón de esta contradicción la encuentra el autor indicando que el respeto a los derechos individuales solo puede cumplirse en el seno de aquellas comunidades políticas que les conceden un reconocimiento colectivo. Esto no quiere decir que los Estados soberanos poseen el derecho de "*violar los derechos individuales de todos sus ciudadanos o de algunos de sus grupos*", pero si exige que antes de abogar para hacer, como el príncipe Hamlet, justicia mediante el envío de tropas armadas, haya que hacerla, o al menos intentarlo, mediante "*la elaboración de argumentos razonados*".

Esta posición de minimalismo moral ciertamente cómoda que asumiera Walzer a principios de los años ochenta, la ha ido modificando profundamente en los último tiempos a la luz de las situaciones de conflicto actuales como puedan ser Yugoslavia, el Cáucaso, parte de Asia o Africa, en las que el conjunto de normas reguladoras que se establecieron en la época de la Guerra Fría ya no resultan del todo apropiadas. Los episodios modernos de limpiezas étnicas, de masacres, de violaciones, de terrorismo de estado, etc., han introducido el concepto de la injerencia humanitaria que rechaza el principio universalmente asumido hasta ahora, de la inviolabilidad de las fronteras, buscando intervenir mediante el uso de la fuerza, el interior de unos Estados que no han atacado ni amenazado a sus vecinos. La Injerencia humanitaria resulta, para Walzer, moralmente necesaria en casos de crueldad y sufrimiento extremos que las fuerzas locales no son capaces de poner término. Ejemplos justificados de estas intervenciones serían el de la India en Paquistán Oriental, Tanzania en Uganda, o Vietnam en Camboya. Pero estos casos fueron, reconoce Walzer, un tanto atípicos. El objetivo de la intervención era sencillo: remo-

ver a un tirano (Pol Pot, Idi Amín), liberar a un pueblo (Bangladesh) y, una vez logrado, irse.

Ahora bien, lo normal es que las causas de los problemas humanitarios, tengan unas raíces muy profundas que inciden sobre la cultura, las estructuras sociales, las memorias históricas, o los temores étnicos, como fue el caso de los señores de la guerra somalíes, o las facciones bosnias. En estas circunstancias, es muy probable que una rápida repatriación de las fuerzas de intervención, sea seguida por una inmediata reaparición de las condiciones que motivaron esta. Esto indica que es mucho más fácil entrar en lugares como Bosnia que salir de ellos. De ahí que sea muy crítico con los políticos y los militares americanos y europeos, que ponen un especial énfasis en la necesidad de diseñar una *"estrategia de salida"* antes de cualquier intervención. Esta actitud esconde para Walzer una oposición en contra de cualquier intervención, puesto que resulta muy difícil diseñar este tipo de estrategias con la suficiente antelación y, además, proporcionan a las fuerzas hostiles un fuerte incentivo para continuar sus acciones una vez se produzca la retirada. Si se acepta actuar, hay que saber que, cuando las acciones y políticas que exigen ser detenidas gozan de un amplio apoyo social y se apoyan en estructuras y culturas locales, cualquier intervención requerirá, si se quiere que tenga éxito, de una larga presencia militar, acompañada de un proceso de *"reconstrucción social"*. Este planteamiento supone un profundo cambio de pensamiento para hombres de izquierda como Walzer, que escandalizados por lo que ha ocurrido en Bosnia o Ruanda, apoyan ahora la intervención cuando tradicionalmente han opinado, que lo mejor que se podía hacer con los ejércitos era mantenerlos en casa.

A esta cuestión, se añade el espinoso tema de las bajas, de la dificultad creciente que tienen las democracias occidentales de poner en riesgo la vida de sus soldados, cuando la opinión de las madres y los padres de los soldados tienen un gran impacto político. Esto que se ha presentado como un avance de las sociedades modernas en tanto en cuanto que los líderes políticos no pueden enviar a sus soldados al combate sin convencer al país de que ello es moralmente necesario porque así lo exige la victoria, coloca ahora a estos mismos líderes en una difícil situación. Se encuentran con las manos atadas al tener que intervenir en unos conflictos en los que es necesario asumir los riesgos propios de las actuaciones militares, y en los que, sin embargo, no están autorizados a que sus soldados mueran. De ahí que Walzer se lamente por que, hoy en día, cuando cada muerte es televisada, los ciudadanos de los países democráticos

(incluso los mismos soldados o sus familiares) no se sienten muy inclinados a apoyar o a participar en operaciones de este tipo.

Ahora bien, operaciones militares incruentas e, incluso, operaciones de paz pacíficas, son términos contradictorios. Si ello fuera posible, no serían necesarias. Esto coloca a los soldados que en ellas participan y a los líderes que toman las decisiones de participar, en una difícil posición moral que Walzer resuelve categóricamente al afirmar que *"si se está dispuesto a matar (daños colaterales), se debe estar igualmente dispuesto a morir"* en una intervención humanitaria. Los soldados, a diferencia de los voluntarios civiles, saben (o al menos deberían saberlo) que ocupan los puestos peligrosos y deben aceptar los riesgos que ello conlleva. Esto no quiere decir que se les deba enviar temerariamente al combate, pero sí que no deberíamos escandalizarnos porque un pequeño número de ellos (como ocurrió con los norteamericanos en Somalia) muere en él. Por ello, no es para Walzer asumible la actitud de los europeos en Bosnia cuando desde los primeros momentos pusieron sus dirigentes de manifiesto que sus soldados estaban allí *"para abrir carreteras y transportar suministros"*, sin que se les pudieran considerar soldados en la plena acepción de esta palabra. Walzer se mofa de ellos y les llama *"Boy Scouts adultos haciendo buenas obras"*.

A partir de aquí, surge el interrogante de si deben los Estados arriesgar sus soldados en lugares lejanos cuando ni son atacados, ni son amenazados, ni están en juego sus intereses nacionales. La respuesta es, para Walzer, positiva por dos razones: primero por el interés que tienen todos los Estados en la estabilidad global e, incluso, en la humanidad global. Pero, además, para los Estados ricos y poderosos como el suyo, al interés le sigue la obligación. *"Si ahora pagan un precio moral con su silencio y cobardía, mañana pagarán un precio político cuando la inestabilidad y el conflicto se aproximen a sus hogares"*. La paradoja ideológica que resulta de esta situación es cuanto menos curiosa. Mientras tradicionalmente ha sido la derecha política la que ha defendido esta conjunción de interés y obligación como excusa para la expansión imperial o la ventaja estratégica como ocurrió durante la Guerra Fría, hoy en día estas posiciones a favor de la intervención, son asumidas de una manera creciente por las personas de izquierda, llevadas de una ética internacionalista. Para esta últimas, ante los desastres humanos, el internacionalismo tiene un carácter mucho más urgente del que tuvo en su día cuando se utilizaba como instrumento para la liberación popular. Ahora, no es posible esperar: quien pueda tomar la iniciativa de intervenir, debe hacerlo. La oposición activa a la lim-

pieza étnica y a las masacres se ha hecho moralmente necesaria y sus riesgos, incluido el de la pérdida de vidas o el de largos periodos de intervención, deben ser aceptados.

Ahora bien, si la intervención ha de ser necesariamente larga, Walzer propone que adopte alguna de las dos siguiente modalidades. La primera sería una especie de fideicomiso a la manera de los tiempos de las políticas imperiales en la que la potencia actuante rigiese el país en el entendimiento de que lo hace en beneficio de sus habitantes. Se buscaría, con esta fórmula, establecer un régimen políticamente estable y más o menos consensuado. La segunda modalidad sería la del protectorado llevado a cabo por una coalición o un grupo de potencias con vistas a asegurar que no se restablecen las condiciones anteriores y que se respetan los derechos de las minorías. Ruanda sería un buen candidato para el fideicomiso; Bosnia para el protectorado.

Con respecto al tema de quién debería intervenir, y por ello pagar el precio que esto supone, propone tres alternativas. La primera (la más sencilla) pasaría por una autoridad internacional como las Naciones Unidas. Detrás de esta preferencia se escondería el argumento rousseauniano de la prevalencia del interés general cuando concurren diferentes partes cuyos intereses se compensan unos a otros. Pero esta idea no resulta para Walzer completamente atractiva, ya que con frecuencia conduce al estancamiento y a la inacción. Otra opción menos atractiva vendría dada por la iniciativa unilateral de un Estado poderoso. Ejemplos de esta modalidad serían las intervenciones de la India, Tanzania o Vietnam, quienes *"no lo hicieron del todo mal"*. Ahora bien, dado que lo más probable es que concurren, con mayor o menor intensidad, la autorización multilateral (legitimidad moral) con la iniciativa unilateral (efectividad política), parece obvio que algunos Estados se encuentran especialmente legitimados para intervenir. Este sería el caso de la Unión Europea que debería haberlo hecho antes en Bosnia, o el de la OUA para Ruanda (con cierta ayuda europea y americana) o, también, el de los Estados Unidos en Haití (más difícil le resulta a Walzer indicar quién debería haber intervenido en lugares como Sudán o Timor Oriental).

Ahora bien, ¿qué ocurre en aquellos casos en los que probablemente no existe ni un candidato obvio, ni una responsabilidad obvia?, ¿debería transferirse esta actuación a los EEUU quienes con su superior tecnología y su mayor capacidad de transporte se encontrarían en condiciones al menos de parar la mayoría de estas situaciones? La respuesta de Walzer

resulta insatisfactoria. Por una parte nadie quiere que los Estados Unidos se conviertan en el policía del mundo y por tanto, política y moralmente, una división del trabajo sería la mejor solución. Pero, por otra parte, los Estados Unidos tienen una mayor obligación de comprometerse que otros países con menos recursos. Este compromiso debería concretarse, unas veces en tomar la iniciativa, otras en financiar las operaciones, o en añadir fuerzas a una intervención iniciada por otros. Pero ello exige que los viejos recelos sobre el poder americano dejen paso, hoy en día, a un reconocimiento cauto de su necesidad. No cabe duda que, para las personas de izquierdas como él, que siempre han preferido la creación de una fuerza militar internacional que hiciera innecesaria la intervención norteamericana, debe resultar difícil llegar a admitir la intervención unilateral de potencias locales (caso de Vietnam en Camboya) o globales (los Estados Unidos y, cuando ello sea posible, la Unión Europea).

Solo al constatar que las Naciones Unidas no cuentan con un ejército propio capaz de actuar independientemente sobre el terreno, y que el Consejo de Seguridad se encuentra dividido y sujeto al veto de las grandes potencias y a restricciones presupuestarias, ha llegado Walzer al convencimiento de que la única solución que puede esperarse, e incluso desearse, procede de las intervenciones unilaterales. Una vez que estos terribles conflictos de hoy en día estallan, lo importante no es llegar a una comprensión completa de sus motivaciones antes de adoptar una posición ideológica, sino *"colocar a los bomberos lo más cerca posible y proporcionarles el apoyo que precisen"*. Desde su renovada perspectiva política y moral no se trata de dilucidar si cada uno de estos conflictos afecta directamente a la sociedad en la que viven. No basta con *"sentarse y esperar"* por que si nuestras sociedades *"supuestamente compuestas por las personas decentes del mundo"* no están dispuestas a pararlos, el precio a pagar será el de una corrupción moral a la que, una persona como Walzer, prefiere siempre resistirse.

## **UNA REFLEXION FINAL AL FENOMENO DE LA GUERRA: LA LUCHA CONTRA EL TERRORISMO**

Una aproximación reciente del pensamiento de Walzer del fenómeno de la guerra es la cuestión del terrorismo, al cual, si bien ya dedicó un capítulo en su obra *"Guerras Justas y Guerras Injustas"*, ha volcado con toda intensidad su aguda pluma en los últimos tiempos, al hilo de los acontecimientos del 11 de Septiembre y de la intervención norteamericana centrada, por ahora, en Afganistán.

Su definición del terrorismo es compleja y presenta algunos perfiles de ambigüedad. Para Walzer, terrorismo es ante todo *"la matanza deliberada de gente inocente al azar"*. Es precisamente esa aleatoriedad la característica determinante de la actividad terrorista (si no fuera aleatorio no podríamos hablar de terrorismo, sino solamente de asesinato). Su finalidad puede ser diversa y según cual sea esta, se define una modalidad diferenciada de terrorismo. Así puede suceder que lo que se pretenda sea extender el miedo a toda la población con vistas a forzar al gobierno a modificar su postura. Este sería lo que Walzer denomina *"terrorismo de los movimientos de liberación nacional o revolucionarios"* (el IRA, la OLP, el FLN argelino o ETA serían para él ejemplos representativos). También puede ocurrir que el terrorismo fuera empleado como un instrumento de los gobiernos autoritarios para acallar a la oposición política. Sería el caso del *"terrorismo de Estado"* cuyo ejemplo más significativo es Argentina con sus "desapariciones". Finalmente, quedaría el *"terrorismo de guerra"* en el que se busca la rendición enemiga destruyendo su moral civil, por medio de la matanza de un gran número de personas (Hiroshima constituiría el ejemplo clásico).

Ahora bien, a partir de estas definiciones, Walzer hace una, llamémosle dudosa, distinción moral entre las personas que a las que pueden matar y las que no pueden ser muertas por los terroristas. A la primera categoría pertenecerían *"los funcionarios y los agentes políticos de los regímenes que se consideran represivos"* que aunque se encuentren protegidos por la convención bélica y por el derecho internacional positivo deben ser juzgados en función de sus víctimas. De esta manera, cuando la víctima es de una naturaleza similar a la de Hitler *"es probable que nos sintamos inclinados a elogiar el trabajo del asesino"*. Desde este planteamiento relativista, este tipo de objetivos selectivos resulta aceptable en el caso de una lucha limitada (revolucionaria) y dirigida contra determinados regímenes políticos. Lo único que exige Walzer es que se limite su alcance a través *"del comedimiento y del autocontrol"* para evitar la matanza de inocentes.

La segunda categoría es menos problemática y viene representada por los ciudadanos corrientes que no se hayan implicados en la producción de daños políticos ni participan en los actos considerados injustos. Estos deben, para Walzer, gozar siempre de inmunidad. El problema que se plantea con estas personas es que son, precisamente ellas, las que intentan matar los terroristas actuales. Por ello, para Walzer, el terrorismo al adoptar en sus manifestaciones modernas la forma totalitaria de la polí-

tica y de la guerra, ha hecho saltar por los aires cualquier forma de convención bélica o código político, al traspasar sus límites morales. Una vez cruzado este umbral, los terroristas no establecen limitación alguna: matan a cualquiera. El terrorismo se ha convertido en una opción, en una estrategia política. En definitiva, una vez que el enemigo ha sido creado, por medio del proceso de degradación ideológico o teológico de una serie de factores culturales, religiosos o políticos, se le puede asesinar, con independencia que se trate de gente ordinaria, hombres, mujeres o niños, combatientes o no. La enemistad contra ellos es generalizada e indiscriminada. El caso más representativo hoy en día (después del 11-S) vendría dado para Walzer por el terrorismo islámico, cuyos enemigos serían “los infieles”, su líder mundial, los Estados Unidos y su representante local, Israel.

Ahora bien. Aunque esta discriminación de Walzer sobre distintos tipos de terrorismo pueda parecer algo ambigua, su actitud se ha hecho mucho menos contemplativa después del 11-S, aproximándose extraordinariamente a la posición defendida por el pensamiento norteamericano de corte más oficial. En las nuevas circunstancias ya no hay cabida ni para las justificaciones morales, ni para la apología ideológica de este fenómeno. De esta forma, Walzer se aparta, de la cultura política de buena parte de la izquierda tanto americana como europea que tradicionalmente han amparado a algunas de las viejas organizaciones terroristas como el IRA, el FLN o la OLP. Ahora se recrea en rebatir, uno por uno, los argumentos históricos que han sido utilizados por la izquierda para justificar el terrorismo, y lo hace en los siguientes términos:

Frente al primero de estos argumentos que afirma que “*el terrorismo constituye un último recurso*” para aquellos pueblos que han agotado cualquier otra opción (“el arma del débil”), Walzer indica que esto no es válido desde el momento en que se emplea como una especie de excusa, cuando en realidad de lo que son partidarios la mayoría de los grupos terroristas es del empleo del mismo desde el primer momento. Los terroristas siempre han buscado acabar físicamente con sus enemigos y, como muestra la historia de organizaciones como el FLN argelino o la OLP palestina, nunca han estado interesados en buscar otro tipo de alternativas. Frente al segundo argumento que indica que “*los terroristas son débiles y no pueden hacer otra cosa*”, Walzer replica que los terroristas son débiles no porque representen a los débiles, sino precisamente por lo contrario, por que actúan sin el suficiente apoyo político de su propio pueblo y, por tanto, sin su autorización (es debido a este razonamiento, que no a consi-

deraciones morales, por lo Walzer fiel a sus raíces ideológicas continúa defendiendo a los marxistas clásicos, que siempre se opusieron al terrorismo).

El tercer argumento vendría dado por la idea de que *"todo el mundo utiliza el terrorismo"* y, de hecho, es el único medio que realmente funciona. Para Walzer, este argumento no es aceptable en sí mismo, porque iguala en términos morales a los partidarios y a los detractores del mismo al descalificar, en sus raíces, los razonamientos en contra del mismo. El cuarto argumento actuaría sobre el propio concepto de inocencia. Aunque no se puede matar a inocentes, en realidad *"las víctimas nunca son completamente inocentes"*. Ellas se benefician de la opresión y disfrutan de sus "frutos manchados". Por tanto si no se puede justificar al terrorismo, al menos se le puede comprender. Para Walzer, este es el argumento típico de los grupos de extremistas islámicos para los cuales *"no hay americanos inocentes"* pero también, de todos aquellos que, antes del 11-S, querían que *"los Estados Unidos dejasen de proteger a los kurdos en el norte de Irak, de apoyar a Israel, o que abandonasen Arabia Saudí"* y que, después de esta fecha, lo utilizan como un "mecanismo de refuerzo" de su propia agenda política (lo que hacen o quieren hacer los terroristas es lo que siempre ha apoyado la izquierda occidental). Frente a esto, cabe argüir que los no combatientes mantienen su derecho reconocido a la inmunidad y este derecho constituye el principio básico no solo de la guerra, sino también de cualquier política "decente".

Un último argumento defendería que *"las respuestas convencionales frente al terrorismo, son peores que el propio terrorismo"*. Según el mismo, la única respuesta moral aceptable sería la de reconsiderar las propias políticas a las que se oponen los terroristas. Este principio del "apaciguamiento", tradicional de la izquierda americana, se ha caracterizado durante las últimas décadas por criticar la política exterior de los Estados Unidos. De ahí que Walzer se excuse ahora de que muchos liberales como él *"se hayan pasado la mayor parte de sus vidas políticas oponiéndose al uso de la fuerza por parte del gobierno norteamericano"*. Esto, sin embargo, no justifica al terrorismo ni lo hace moralmente comprensible. La única respuesta posible frente a los fanáticos ideológicos y los guerreros santos, indica taxativamente Walzer, solo puede venir por *"una oposición implacable"*.

Ahora bien ¿cual debería constituir la respuesta legítima a las acciones terroristas? Si partimos de la base de que cualquier intento de *"appeasement"* de contemporizar con los terroristas constituiría para Walzer una

política *"que comienza con deshonor y termina en desastre"*, este autor afirma la necesidad de proporcionar una gama de respuestas graduales, de las cuales la acción militar sería la última. Estas comenzarían por una acción policial dirigida a proteger a la población y en la que predominaría el principio de efectividad sobre la, hasta ahora, sagrada primacía de las libertades civiles. A esta seguirían unas acciones encubiertas, de moralidad cuanto menos discutible, como pueda ser el asesinato de los líderes políticos. Aquí Walzer hace otra de sus concesiones morales al aumentar las excepciones a la regla general del derecho internacional que prohíbe los asesinatos selectivos incluso en tiempos de guerra (las únicas excepciones que el mismo admitía hasta el 11-S, eran las del asesinato de personajes como Hitler). Solo los mandos militares no eran inmunes en las guerras. Ahora, con las organizaciones terroristas, la distinción entre líderes políticos y militares desaparece y si resulta legítimo *"atacar a un grupo terrorista en un campo de entrenamiento en Afganistán"*, también lo es *"matar a la persona que está planeando la operación para la cual los otros se están entrenando"*.

Una respuesta añadida vendría dada por la acción diplomática encaminada a aislar y castigar a los Estados que apoyan al terrorismo. Esto no significa que haya que entrar en guerra con ellos, sino bastaría con aplicar presiones políticas y sanciones económicas severas. Una última acción sería la propiamente militar la cual es, para Walzer, legítima siempre que se cumplan dos requisitos. Primero, que se puedan encontrar objetivos legítimos, es decir, personas empeñadas en preparar o planear acciones terroristas y, segundo, que se puedan golpear esos blancos *"sin matar a gran cantidad de gente inocente"*. Si no se respeten estas condiciones, si, por ejemplo, se coacciona a los Estados que apoyan el terrorismo aterrizando a sus poblaciones civiles, se pierde la condición moral al ponerse al mismo nivel que los terroristas. Con ello desaparecería la legitimidad de cualquier acción militar futura.

Finalmente, este tipo de respuestas que descansan principalmente en los Estados debe ir acompañada de una *"lucha ideológica"* con vistas a deslegitimizar la cultura de la excusa, la apología del terrorismo. Se trata de acabar con los razonamientos que presentan a los terroristas como militantes idealistas que actúan en favor de los oprimidos frente a los opresores, del "sur" frente al "norte", de los pobres del mundo frente al capitalismo global. Pero ello exige rediseñar el mundo intelectual público de manera que este sea inhóspito para los terroristas, no proporcionándoles argumentos para sus ataques ni permitiendo que se les haga moralmente comprensibles.

En definitiva, reconoce Walzer en esta rama descendente de su vida, hay que transformar el ambiente en el que se mueven los terroristas, para que estos no encuentren ni legitimidad moral en sus excusas, ni justificación en sus acciones. Únicamente hostilidad y rechazo. Solo aplicando estas respuestas, algún día las sociedades podrán sentirse libres de este azote. No es un proceso que vaya a resultar fácil de poner en marcha o rápido en alcanzar el triunfo, pero cuanto antes se esté dispuesto a asumir que es necesario iniciarlo, antes las sociedades estarán en condiciones de conocer que es posible vencer al terrorismo.

## **CAPÍTULO SEGUNDO**

### **BOB WOODWARD. UN PASEO POR LA SOMBRA DEL PODER**

## **BOB WOODWARD. UN PASEO POR LA SOMBRA DEL PODER**

POR JAVIER PERY PAREDES

### **LA OPINIÓN PÚBLICA: DE ESPECTADOR A ACTOR**

La opinión pública tiene en los medios de comunicación social su fuente habitual de conocimiento. Esos medios de comunicación social, los "Medios" simplemente, se multiplicaron en el último siglo de la simple gaceta de finales del siglo XIX a la televisión por satélite del comienzo de este XXI. Este crecimiento fue algo más que lineal en el tiempo. Su progresión corrió de la mano de la tecnología y ésta creció exponencialmente. En ocasiones, el desarrollo llegó a "impactar" en nuestra forma de vida con tal violencia que se plantea la necesidad de ralentizar el desarrollo tecnológico para retomar las esencias de los medios de comunicación. Entre estos elementos esenciales está la prensa escrita y su capacidad de alcanzar una amplia audiencia. Porque la escritura lleva las opiniones al destinatario directamente, sin intermediarios, sin necesidad de máquinas que recojan lo dicho por el autor para deshacer el entuerto y presentarlas de nuevo a los lectores, y además es oportuna porque es el destinatario quién elige el momento de leer y de acabar de hacerlo.

Es precisamente en los medios de comunicación escritos en los que se centra este trabajo y, en particular, sobre aquellos que escriben en la prensa diaria, un trabajo que requiere rapidez de respuesta ante los acontecimientos, imaginación para entrever las consecuencias de los hechos, capacidad de análisis y, por qué no, limitada profundidad en los temas que se tratan.

Pero esos mismos autores que se asoman diariamente a las páginas de los periódicos dan un tratamiento más relajado y profundo cuando acometen el reportaje periodístico en forma de libro.

Es por ello que, sin salir de lo escrito, hay autores que reparten su esfuerzo entre la prensa diaria o la publicación literaria esporádica. Sin embargo estas dos formas de hacer llegar las opiniones a la Opinión Pública difieren poco entre sí en lo que a estilo literario se refiere. Tal vez el factor diferenciador es únicamente el periodo de tiempo que abarca. Mientras que en una columna de rotativo diario las referencias son al ayer y al hoy, en una crónica literaria el margen puede alcanzar a unos años en el pasado, que por otro lado, en ningún caso, merecen la consideración de historia, más bien un reportaje de primeras impresiones porque lo que se cuenta se publica inmediatamente al término de lo sucedido, no se espera al análisis detallado, ni al reposo que merece la historia.

Entre los periodistas que se asomaron a ambos lados de esa línea imaginaria que separa la columna del periódico y la crónica literaria, no son los menos los que se adentran en el mundo de la seguridad, de la defensa y de la milicia. Entre estos últimos figura sin lugar a duda Bob Woodward, redactor en el periódico estadounidense "*The Washington Post*" desde la década de los setenta del siglo XX.

La realidad es que no se trata de "francotiradores" que ocasionalmente hacen una incursión en el medio, sino de un elevado número de periodistas de muchos medios de comunicación social que se asoman a este mundo tan concreto de la política militar o de la política para militares. Los que se adentran lo hacen con las herramientas de la rapidez, la inmediatez, la "globalidad" y la generalidad que requiere la audiencia para la que escriben. Esto hace que su trabajo sea razonablemente impreciso, aceptablemente superficial y siempre oportuno.

El valor de lo que se relata podría quedar entredicho: "*En periodismo, la velocidad nos impide a veces alcanzar la verdad*" (1). Por el contrario, la balanza quedaría equilibrada con lo manifestado por el propio Woodward sobre los periódicos en lo que desarrolla su actividad profesional: "*The Washington Post, The New York Times, The Los Angeles Times y The Wall Street Journal cubren la política militar y la exterior tan bien y con tanta profundidad que no sólo se limitan a presentar las noticias, sino que tam-*

---

(1) WOODWARD, BOB. El País. Crónica 1976-2001.

*bién conforman el debate*" (2). Veracidad y rapidez son factores con igual peso pero con efectos contrarios. La virtud estará en encontrar el equilibrio entre ambas sin ocultar las imprecisiones que obliga la premura ni el oportunismo de su publicación.

## DE PERIODISTA-OBSERVADOR A PERSONAJE-OBSERVADO

Bob Woodward es periodista de diario fundamentalmente y lo es del periódico estadounidense "*The Washington Post*" desde la década de los setenta. Junto con la directora de su periódico, Katherine Graham, es uno de los pocos personajes de esa década que continúa en el candelerio periodístico después de treinta años. Y lo está como la persona que firma artículos y como personaje público que adquirió ese "status" con el tiempo por su influencia en la arena política.

Este periodista, que destapó el escándalo Watergate (3) con Carl Bernstein, se planteó el deseo de escribir algo entre el periodismo contemporáneo de una columna y el concienzudo y definitivo libro de historia (4). Con esta clara intención de mantenerse en un terreno intermedio, convierte ese fin en un método de trabajo que resulta sencillo de seguir para el lector de la calle, ese que cada día compra el periódico, pero también resulta suficientemente contundente para el lector de butaca, ese que reclama un espacio personal y aislado para leer.

Pero la influencia que este periodista proyecta en la opinión pública se vuelve hacia él en muchas ocasiones. Este mensajero de noticias políticas se ha convertido en actor de su propia obra y, por ende, ha pasado a estar sometido a las propias leyes que los periodistas aplican a sus blancos periodísticos: la crítica política. Woodward está hoy a los dos lados de la noticia, es crítico y criticado, observador y observado. Lo es porque escribe sobre un determinado acontecimiento y lo es porque no escribe sobre él. La actitud que mantiene ante los acontecimientos políticos y la valoración que hace de ellos ya es un factor a considerar en la propia política estadounidense.

---

(2) WOODWARD, BOB. "*Los Comandantes*". Editorial Ediciones B. Serie Reporter. Página 480.

(3) Nota del autor: Watergate es el nombre genérico que se dio al caso de espionaje político en Estados Unidos durante la Presidencia de Richard Nixon.

(4) WOODWARD, BOB. "*The Agenda. Inside the Clinton White House*". Editorial Simon y Schuster. Nueva York. 1994.

Si el desarrollo de los medios de comunicación en las últimas décadas fue exponencial en el tiempo, su influencia en la opinión pública fue doblemente exponencial. Tanto es así que pocos acaecimientos se contemplan aisladamente de la imagen que proyectará en la opinión pública. Cada actuación merece una estimación previa del impacto en la opinión pública y una valoración posterior. Pero no solamente se trata de eso, rara vez los actores de una crisis intercambian sus señales mediante un procedimiento distinto que el hacer públicas sus declaraciones en los medios de comunicación y, también rara vez dejan de buscar los mensajes de respuesta en los medios de comunicación.

La influencia de Woodward en la situación política es indudable hoy. Sin embargo alcanzó el cenit de su fama cuando se produjo la caída de Nixon (5). Prueba de ello es el impacto de los libros firmados por este periodista de prestigio dentro y fuera de los Estados Unidos. De esos libros destacaría: "*All the President's Men* (editado en español como "*Todos los hombres del Presidente*") y del que se realizó una versión cinematográfica con el mismo título protagonizada por Robert Redford y Dustin Hoffman (6), "*The final Days: Behind the Scenes Account of Richard Nixon's Dramatic Last Days in the White House*", la continuación del primero, donde se describe minuto a minuto la caída del presidente, "*The Agenda: Inside the Clinton White House*" (7) que contiene hasta los más mínimos detalles de la Presidencia Clinton lo que en ocasiones hace perder el hilo argumental del relato y donde el gran perdedor es Al Gore (8), "*The Choice: How Clinton won*" (9) donde se describen las estrategias de Clinton y de Dole para hacerse con la presidencia de los Estados Unidos, "*Shadow: Five Presidents and the legacy of Watergate*" (10), dentro de la saga de los dos primeros relatos y donde se describe la influencia que tuvo el escándalo Watergate en las administraciones posteriores y los ciertos paralelismos entre los cinco dirigentes máximos del mundo occidental. En

---

(5) BERNSTEIN, CARL Y WOODWARD, BOB. "*All the President's men*". TOUCHSTONE. NUEVA YORK. 1974.

(6) BERNSTEIN, CARL Y WOODWARD, BOB. "*All the President's men*". TOUCHSTONE. NUEVA YORK. 1987.

(7) WOODWARD, BOB. "*The Agenda. Inside the Clinton White House*". EDITORIAL SIMON Y SCHUSTER. NUEVA YORK. 1994.

(8) [www.phys.tcv.edu/Doug's Library/](http://www.phys.tcv.edu/Doug's%20Library/).

(9) WOODWARD, BOB. "*The Choice. How Clinton won*". EDITORIAL TOUCHSTONE. NUEVA YORK. FIRST EDITION 1997.

(10) WOODWARD, BOB. "*Shadow. Five Presidents and the legacy of Watergate*". EDITORIAL TOUCHSTONE. NUEVA YORK. FIRST EDITION 2000.

todas ellas se llega a detalles mínimos sobre momentos y escenarios, como en cualquier crónica periodística que se precie, donde los detalles circunstanciales priman inevitablemente. Con todo, sin embargo, no es menos cierto que esta forma de detallar lo que pasa es el reflejo de un periodista que trata de contar lo que sucede en el entorno inmediato, en el momento justo en que acontece y sin perder el cierto grado de escándalo que acompaña la actualidad política en Estados Unidos.

Para resumir, emplearía una cita de Javier Valenzuela: "*Bob Woodward pertenece a esa élite de Washington que sobrevive a presidentes, senadores, directores de la CIA y Jefes de Estado Mayor*" (11) que retrata claramente lo que ha sido este periodista, al que se verá en esta década de nuevo en el candelerero del mundo político estadounidense. Porque en este contexto del siglo XXI, donde el terrorismo merece la atención de los medios en una medida mayor que lo tenía en el pasado, nos encontramos de nuevo a Woodward involucrado en el tema (también este forma parte del contexto de seguridad al que este periodista tanto ha dedicado) con declaraciones como: "*los que odian no ganan*" (12) que no es más que una forma de entender que hay que evitar caer en la trampa del terror, que no es otra que combatir en el mundo de los sentimientos en lugar de en el mundo de los hechos objetivos y la frialdad de la lógica.

## LOS LÍMITES DEL TRABAJO

Este trabajo trata de ser universal en el tratamiento de la obra de Bob Woodward como reportero de los acontecimientos políticos de las décadas que le tocó vivir y en los que se involucró de manera clara y directa. Sin embargo me impongo los límites de la seguridad, la defensa y la milicia como temas de interés a analizar en su obra.

De lo mucho escrito por este periodista, reportero y literato, se centra el trabajo en tres de sus obras estrechamente relacionadas con esos tres parámetros que forman los límites impuestos: "*Veil: las guerras secretas de la CIA*" (13), "*Los comandantes*" (14) y "*Maestro*" (15) y, porque al estar

---

(11) VALENZUELA, JAVIER. [www.elpais.es-especiales-1976-2001](http://www.elpais.es-especiales-1976-2001).

(12) WOODWARD, BOB. [www.listindiario.com.do](http://www.listindiario.com.do)

(13) WOODWARD, BOB. "*Veil. The secret wars of the CIA 1981-1987*". Editorial Simon y Schuster. Nueva York. 1987.

(14) WOODWARD, BOB. "*The Commanders*". Editorial Simon y Schuster. Nueva York. 1991.

(15) WOODWARD, BOB. "*La Reserva Federal y el desarrollo de la economía estadounidense*". Editorial Península. 2001.

escritas en 1987, 1991 y 2001, con ellas se podrá observar la evolución del autor a lo largo de tres décadas.

Además por tratar aspectos diferentes, el manejo de inteligencia, la toma de decisiones en el mundo militar y el impacto de la economía en un mundo globalizado geográfica y conceptualmente, se podrá tener un amplio panorama del lugar que ocupa la seguridad, la defensa y la milicia en los comienzos de este milenio.

La política de seguridad, la defensa y la milicia cobran mayor actualidad a raíz de los acontecimientos que se desencadenaron tras el ataque del 11 de septiembre de 2001 a las Torres Gemelas de Nueva York. Los hechos han seguido a las puras teorías para consolidar un liderazgo inequívoco de los Estados Unidos en las operaciones militares, en defensa de valores e intereses occidentales y en la forma de dar seguridad a toda una sociedad. Esta situación de liderazgo no puede pasar desapercibida para los analistas políticos de la gran potencia y menos para nuestro protagonista, porque, sobre todo, Woodward es un periodista que concentra su actividad en la observación de la Presidencia de los Estados Unidos, y a través de ella es capaz de llegar a otras áreas del poder. Porque en la obra de Woodward lo importante es su acceso al poder y la visión que de él proyecta a los lectores en sus reportajes.

## **EL USO DE LA INFORMACIÓN, EL MANEJO DE LA INTELIGENCIA**

*"Veil: Las guerras secretas de la CIA"* (16) es el relato cronológico de acciones de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) de los Estados Unidos desde la crisis del El Salvador en 1981 hasta el escándalo Irán-Contra de 1987.

Como la práctica totalidad de los relatos periodísticos de Woodward, éste comienza con algo tan cotidiano, trivial y cercano como el sonido de un despertador que nos pone en guardia con su sonido. Sin embargo en realidad a quién despierta es al Director de la Agencia Central de Inteligencia, el almirante Turner, y lo hace una mañana de 1980, tal vez para dar entrada a su relevo William J. Casey, el omnipresente actor en toda esta larga crónica de los años "centroamericanos" de la agencia.

---

(16) WOODWARD, BOB. *"Veil: las guerras secretas de la CIA 1981-1987"*. Editorial Simon and Schuster. Nueva York. 1987.

Casey era un republicano que creció políticamente con Ronald Reagan dentro del partido y se formó en un convencido anticomunismo, lo que le llevó a prestar la máxima atención a la formación de dictaduras pro-comunistas en Centro-América. El Salvador fue el punto inicial. Allí se había cerrado el destacamento de la CIA en 1973 y durante más de cinco años se produjo un vacío de información que contrastaba con la creciente necesidad de seguimiento por parte de la inteligencia estadounidense. No en balde, Casey consideraba a la inteligencia como la primera línea de defensa (17).

Como actor indiscutible de la política estadounidense en los años ochenta, Casey observó cómo se formaba el gabinete del Presidente a comienzos de 1981. El primer nombramiento, el del Secretario de Estado en la persona de Alexander M. Haig, un general que completó su carrera militar como Comandante Supremo de las Fuerzas de la Alianza Atlántica en Europa (Supreme Allied Commander in Europe = SACEUR) (18) y que se antojaba como la persona adecuada para llenar el vacío en política exterior del Presidente Reagan. No sin motivo, Alexander Haig había sido, además de SACEUR, segundo de a bordo de Henry Kissinger y jefe del estado mayor personal de Richard Nixon.

Para la Secretaría de Defensa, Ronald Reagan designó a Caspar W. Weinberger, un buen amigo de su época como Gobernador de California, que proporcionó una continuidad a la política de seguridad y un resurgimiento de las iniciativas de defensa frente a un coloso que se desmoronaba: la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

La galería de personajes en el relato de Woodward está cargada de figuras que pasan desapercibidas para el gran público pero esenciales para armar el rompecabezas de la comunidad de inteligencia en los Estados Unidos.

El senador Barry M. Goldwater encabeza esa lista como preceptor político de Reagan ya que consideraba al Presidente estadounidense como un hermano menor que había ganado su puesto en la Casa Blanca (19). En la administración republicana de Reagan, Goldwater ocupó la

---

(17) WOODWARD, BOB. *Veil: las guerras secretas de la CIA 1981-1987*. Editorial Simon and Schuster. Nueva York. 1987. Página 39.

(18) WOODWARD, BOB. *Veil: las guerras secretas de la CIA 1981-1987*. Editorial Simon and Schuster. Nueva York. 1987. Página 41.

(19) WOODWARD, BOB. *Veil: las guerras secretas de la CIA 1981-1987*. Editorial Simon and Schuster. Nueva York. 1987. Página 45.

presidencia del comité de inteligencia del Senado y trató de llevarse a su lado a su antiguo general de tres estrellas, el general Quinn, que finalmente no pudo ocupar puestos en la administración porque las miradas se centraron en el Almirante Imman, alguien que había encabezado la Agencia Nacional de Seguridad (NSA), la más poderosa de las organizaciones de inteligencia, durante la era Carter.

Imman era un madrugador en todos los sentidos de la palabra. Se levantaba a las cuatro de la madrugada para leer y pensar sin interrupciones y creía que *"La esencia del buen trabajo de la inteligencia era la anticipación"* (20). Era el hombre deseado para el puesto.

Otros personajes de no menor incidencia en la vida americana forman parte de los antecedentes del relato. Sin embargo todos ellos están asociados a la figura de Casey que como cabeza visible de la CIA se convierte en protagonista de la práctica totalidad de los episodios.

Uno de los primeros asuntos que acomete Casey es determinar lo sucedido en Irán para que algo así nunca volviera a suceder (21). El análisis fue exhaustivo y concreto, lo que llevó a la dirección de análisis de la CIA a un excelente colaborador McMahon que le acompañaría durante años. El buen hacer de esos años permitió obtener enseñanzas de la fracasada operación en Irán durante el intento de rescate de rehenes que sirvieron de punto de partida para la que sería la larga operación en El Salvador.

Las primeras indagaciones de Casey para conectar a los países comunistas con Centroamérica dieron como resultado un hecho inapelable, los números de serie de fusiles americanos M-16 capturados a rebeldes de El Salvador procedían de aquellos que los Estados Unidos habían perdido a manos de Vietnam del Norte durante la guerra del sudeste asiático (22). La red comunista estaba tejida y bien tupida con mil nudos. Ponerla al descubierto con tales investigaciones hacía irrefutable cualquier argumentación contraria. Casey era un concienzudo Director de la Agencia.

De igual modo, la llegada del Gobierno Sandinista a Nicaragua preocupó de manera sensible al Director de la CIA que tratará de penetrar entre

---

(20) WOODWARD, BOB. *"Veil: las guerras secretas de la CIA 1981-1987"*. Editorial Simon and Schuster. Nueva York. 1987. Página 48.

(21) WOODWARD, BOB. *"Veil: las guerras secretas de la CIA 1981-1987"*. Editorial Simon and Schuster. Nueva York. 1987. Página 108.

(22) WOODWARD, BOB. *"Veil: las guerras secretas de la CIA 1981-1987"*. Editorial Simon and Schuster. Nueva York. 1987. Página 112.

los sandinistas de forma infructuosa (23), porque había muchos vacíos de información en Centroamérica y también pocas alternativas para crear un soporte humano para la inteligencia estadounidense en la zona.

La forma de iniciar el proceso de relleno de tan significativo vacío fue la búsqueda que “informadores esporádicos” o “informadores controlados” entre los que la CIA halló a un elemento valioso, José Napoleón Duarte, quién años más tarde se convertiría en el máximo mandatario de su país (24). Como siempre, la actualidad del momento aparece entreverada con personajes conocidos, porque como en cualquier reportaje periodístico, se entremezclan acontecimientos ajenos a las líneas principales de la historia que dan la necesaria cercanía al lector y, además, unos puntos de referencia cronológica para el ciudadano de la calle. Un ejemplo más de proximidad periodística y cronológica son las muchas conversaciones alrededor del atentado de John W. Huchley Jr al Presidente de los Estados Unidos, Ronald Reagan, que Woodward proporciona como referencia y que en nada está relacionado con el Salvador, Nicaragua, ni tan siquiera la CIA (25).

Sin tanta independencia, el reportaje nos proporciona otras referencias temporales como el atentado al Santo Padre, el Papa Juan Pablo II el 13 de mayo de 1980, pero en éste caso el interés de la CIA era el saber qué conexiones tenía su autor con las autoridades soviéticas. Pero como sucederá en el caso del atentado contra Reagan, nada claro quedó sobre las conexiones búlgaras y mucho menos de una participación de la Unión Soviética.

Como quiera que el interés de Casey se concentraba geográficamente en la América Central, pero sobre todo en el cerco al comunismo, el Director de la CIA trató de armarse de un buen servicio de espionaje con medios humanos y para eso sabía que la pieza clave era su encargado de operaciones (Deputy Director for Operations = DDO) y para el puesto seleccionó a Max Hugel, un nuevo personaje, que por sus modos era considerado como una mezcla de mecanógrafo y vendedor de máquinas de coser dentro de la propia CIA (26) y cuyo programa no era otro que con-

---

(23) WOODWARD, BOB. *Veil: las guerras secretas de la CIA 1981-1987*. Editorial Simon and Schuster. Nueva York. 1987. Página 113.

(24) WOODWARD, BOB. *Veil: las guerras secretas de la CIA 1981-1987*. Editorial Simon and Schuster. Nueva York. 1987. Página 117.

(25) WOODWARD, BOB. *Veil: las guerras secretas de la CIA 1981-1987*. Editorial Simon and Schuster. Nueva York. 1987. Páginas 122 y siguientes.

(26) WOODWARD, BOB. *Veil: las guerras secretas de la CIA 1981-1987*. Editorial Simon and Schuster. Nueva York. 1987. Página 132.

seguir gente con más idiomas, mejor servicio de inteligencia con medios humanos (27) y una más eficaz contrainteligencia.

Con el anticomunismo de su director y la meticulosidad y método de su encargado de operaciones, se llega a sintetizar las guerras “políticas y paramilitares” contra los intereses de los Estados Unidos en tres teatros diferenciados: Hispanoamérica, Oriente Medio y África. Esta es la síntesis tabulada:

	Regiones/Países	Coalición desestabilizadora
Hispanoamérica	Colombia Venezuela Centroamérica Panamá Belice Méjico	Cuba Guerrilla comunista URSS Palestina Libia
Oriente Medio	Israel Egipto Irán Omán Yemen del Norte Regímenes del golfo Pérsico Arabia Saudita	URSS Regímenes Cuba Palestina Libia
África	Zaire Marruecos Sudán Namibia África del Sur	URSS Regímenes Cuba Palestina Libia

(27) Nota del autor: Durante la revolución tecnológica de los sesenta y setenta, la inteligencia de los Estados Unidos se apoyó en gran medida en la detección con medios tecnológicos avanzados sin participación de medios humanos para coleccionar información, relegando la recolección de información obtenida por medios humanos a una segunda prioridad. La pérdida de agentes durante la década de los cincuenta y sesenta pudo haber influido en este proceso que trataría de reducir los riesgos inherentes a este procedimiento de adquisición de la información en beneficio de la menos arriesgada detección con medios técnicos.

En cada uno de esos teatros aparece un país que debe ser tratado con especial mimo. Estos son Méjico, Arabia Saudí y la República Sudafricana. Son las grandes bazas donde se volcaría el esfuerzo estabilizador de la CIA y donde el éxito debía quedar garantizado. Por el contrario, también aparecen los grandes desestabilizadores, siempre los mismo, aunque ordenados en distinta prioridad.

El esfuerzo en crear la infraestructura de inteligencia en estas zonas geográficas se describe con detalle, desde las conversaciones de Casey con sus colaboradores inmediatos hasta la introducción de las técnicas más modernas de lo que sería un nuevo Caballo de Troya. Un botón de muestra: el leve alfiler clavado en el brazo de una butaca que le permitía conocer lo que sucedía en el despacho de un funcionario al que deseaba observar, sobre todo cuando ese funcionario se encontraba inmerso en la investigación de un país de interés (28).

Entre las características del modo de proceder de Casey figuraba, sin lugar a dudas, su capacidad de anticipación. Así cuando el Director de la CIA tenía conocimiento de que algún personaje relevante del mundo árabe trataba de reunirse con el Presidente, empleaba el acceso directo que disponía hacia el mandatario de los Estados Unidos para tomar la iniciativa. Un ejemplo de ello es el caso de su relación con el rey Hassan II de Marruecos (29) a quien ofreció un equipo de asesores de la CIA, el Pentágono y de la Secretaría de Estado, antes de que lo hiciera Alexander Haig o el propio Caspar Weinberger, los responsables de los otros organismos. Con ello consiguió liderar cualquier acción en Marruecos por encima de cualquiera de los otros departamentos involucrados.

Esta misma capacidad de anticipación quedó de manifiesto para dar un tratamiento discreto a todas las finanzas de la CIA que quedaron siempre protegidas de todas las auditorías del Comité de Inteligencia del Senado que presidía el veterano Goldwater.

Frente a otras opciones, Casey supo llevar el interés de Ronald Reagan sobre el Salvador y después sobre Nicaragua. En ello pesó la natural tendencia del Presidente por evitar una nueva guerra en la jungla con unidades militares. No mas "vietnams". La elección fue realizar operaciones

---

(28) WOODWARD, BOB. *Veil: las guerras secretas de la CIA 1981-1987*. Editorial Simon and Schuster. Nueva York. 1987. Página 147.

(29) WOODWARD, BOB. *Veil: las guerras secretas de la CIA 1981-1987*. Editorial Simon and Schuster. Nueva York. 1987. Página 170.

políticas y paramilitares contra los Sandinistas (30). En estas operaciones, Casey se apoyó en los que consideraba unos buenos anticomunistas: los argentinos, y para ellos creó campos de adiestramiento y de operaciones alrededor del Salvador. De todas estas operaciones Woodward hace una detallada crónica en la que entrelaza los sentimientos y las valoraciones que los propios actores hacen de la situación. Pero no solamente se trata de dar una secuencia y las valoraciones de los actores, sino que ocasionalmente hace sus propias aportaciones a esas valoraciones, lo que le convierte paulatinamente en actor de su propia crónica.

Entre las aportaciones que esta crónica del poder de la información hace es su permanente preocupación por el terrorismo (31). Sin embargo esta constante referencia al terrorismo resulta paradójica con las acciones que llevan a cabo durante las décadas posteriores y que pusieron a los Estados Unidos en la situación más comprometida de los últimos cincuenta años: el ataque a las Torres Gemelas del 11 de septiembre de 2001. En los ochenta la identificación del terrorismo con la persona de Gadafi es permanente, lo que hace pensar que aquellos que con él colaboran son las fuentes del problema,... y nada más (32). Las operaciones contra Libia ocupan también la atención de Woodward en el reportaje (33).

Una segunda paradoja aflora en el relato. Frente a la necesidad de llevar a cabo acciones discretas para controlar el fenómeno del terrorismo, la falta de seguridad en el tratamiento de la información se ve al descubierto en varios pasajes de la crónica con afirmaciones tales como que los funcionarios tenían tanto trabajo que se llevaban la documentación clasificada a casa (34).

---

(30) WOODWARD, BOB. *Veil: las guerras secretas de la CIA 1981-1987*. Editorial Simon and Schuster. Nueva York. 1987. Página 174.

(31) "... la amenaza de atentar contra Reagan o lanzar un ataque terrorista espectacular contra los Estados Unidos". Veil. Página 181.

(32) WOODWARD, BOB. Veil. Página 182. Nota: en estos años Yemen del Sur y Etiopía firmaron un acuerdo de cooperación con Libia, circunstancia que sirvió para incluir a estos países en el grupo de naciones que aportaban terroristas al complejo de Gaddafi.

(33) WOODWARD BOB. *Veil: Las guerras secretas de la CIA*. Página 474.

(34) WOODWARD, BOB. *Veil: las guerras secretas de la CIA 1981-1987*. Editorial Simon and Schuster. Nueva York. 1987. Página 198.

Nota: Esta situación pone de manifiesto la confianza de los funcionarios de estar seguros en su propio territorio y en su propio entorno. En la década de los noventa, con la disolución de la Unión Soviética y el "desparramamiento" de agentes ex-soviéticos, las condiciones de seguridad en los Estados Unidos cambiaron. La aparición de agentes dobles o de venta selectiva de secretos aumentó o al menos se detectó con mayor rapidez.

Además de la seguridad de la propia información, Woodward incluye en su crónica aquellos aspectos colaterales que hacen más próximo al lector cualquier actividad de la Agencia Central de Inteligencia como es la administración de sus fondos (35). El que el director Casey invirtiera en bolsa es un signo notable que no pasó desapercibido este aspecto para la opinión pública (36).

Pero al igual que estos detalles “menores” dan proximidad a la crónica del periodista sobre las actividades de la CIA, existen muchas referencias a la seguridad y especialmente a la seguridad en torno a la geografía de los Estados Unidos. Cuba es una referencia cíclica, Centroamérica como un todo también lo es y a ésta se une Granada y el esfuerzo estadounidense por alejar la sombra del comunismo de sus fronteras continentales (37). Como ya se dijo, la obsesión por Centroamérica por parte de Casey se deja ver a lo largo del reportaje, tanto es así que hasta la demografía supone una bomba de relojería para el Director de la Agencia Central de Inteligencia (38).

Cuando se termina de escribir el libro, el asunto Irán Contra es el tema de actualidad y es por ello que en los últimos capítulos del reportaje aparece ya de forma casi permanente el Teniente Coronel Oliver North, el artífice de la trama de actualidad y redactor de muchas de las decisiones que sobre ese asunto firmó el Presidente de los Estados Unidos (39). Con su figura aparece la contradicción de intereses entre los servicios de inteligencia y la propia milicia. Todas ellas encarnadas en la misma persona. Con este telón de fondo, se describen las acciones en el Líbano, donde esas discrepancias entre la CIA y el Departamento de Defensa se hacen notables tras la captura, tortura y muerte del jefe del destacamento de la agencia en ese país. En tanto que la Agencia quiere ver involucrado al Departamento de Defensa en las actividades contra los terroristas en ese territorio, el Departamento de Defensa quiere dejar ese trabajo a la Agencia porque lo considera un trabajo sucio (40).

A lo largo de todo el reportaje, como ya se dijo, Casey aparece obsesionado por dos cuestiones: el comunismo en la periferia de los Estados

---

(36) The Washington Post. 2 de junio de 1983.

(37) WOODWARD, BOB. *“Veil: Las guerras secretas de la CIA”*. Página 301.

(38) WOODWARD, BOB. *“Veil: Las guerras secretas de la CIA”*. Página 339.

(39) WOODWARD, BOB. *“Veil: Las guerras secretas de la CIA”*. Página 361.

(40) WOODWARD, BOB. *“Veil: Las guerras secretas de la CIA”*. Página 362

Unidos y, la segunda, la posibilidad de un ataque terrorista hacia personas o intereses estadounidenses (41). El que esas dos cuestiones tenga un reflejo claro en el relato periodístico de Woodward de hace veinte años resulta premonitorio de lo que se vive en los comienzos de siglo XXI. Aunque el comunismo se desvaneció parcialmente en Centroamérica, la amenaza terrorista se convirtió en la realidad palpable a la que hace frente Estados Unidos con especial ímpetu.

Los relatos periodísticos tienen como característica esencial la actualidad del tema tratado. Para un reportaje escrito a finales de los ochenta nada tan actual como el caso Irán-Contra. Lo primero a destacar es el análisis que, en boca de los propios personajes, hace Woodward sobre el pasado inmediato de las relaciones de los Estados Unidos e Irán y en especial del caso de los rehenes de la Embajada de los Estados Unidos en Teherán tomados por las hordas islámicas manipuladas por Jomeini, un dictador religioso que supo aprovechar la debilidad estadounidense del momento. Porque el análisis de Woodward es que la situación de los rehenes fue el resultado de la debilidad de un gobierno para hacer frente a ataques cada vez de mayor envergadura hacia los estadounidenses y sus intereses. Si a esa debilidad se une el factor multiplicativo de la imagen de estadounidenses humillados, la consecuencia es que Irán infligió una de las mayores derrotas en la historia de los Estados Unidos. Debilidad política y factor multiplicativo de la imagen pusieron a la opinión pública ante el hecho de que los estadounidenses eran vulnerables en el exterior. Veinte años después, el atentado de las Torres Gemelas del 11 de septiembre de 2001 llevaría a plantear una similar apreciación pero ahora dentro del propio territorio continental de los Estados Unidos. La diferencia es que hoy la debilidad política se sustituyó por la voluntad clara de vencer al terrorismo (42).

## LA TOMA DE DECISIONES MILITARES DURANTE LAS CRISIS

En *“Los Comandantes”* se recrea la toma de decisiones militares en la Casa Blanca y en el Pentágono durante un periodo de tres años, el que va desde 1988 hasta 1991, desde el nombramiento de George Bush como Presidente de los Estados Unidos hasta el comienzo de la Guerra del Golfo Pérsico. El libro se publica apenas tres meses después del cese el fuego impuesto por el Presidente Bush en febrero de 1991.

---

(41) WOODWARD, BOB. *“Veil: Las guerras secretas de la CIA”*. Página 378.

(42) WOODWARD, BOB. *“Veil: Las guerras secretas de la CIA”*. Página 408.

El libro sigue las pautas de otros relatos de Woodward, esto es, una relación de acontecimientos, expuestos cronológicamente, con los escasos saltos que obliga el describir situaciones simultáneas en lugares geográficos diferentes. Algo tiene de relato novelado, pero su contenido se hace creíble por cercano y por detallado.

En el relato periodístico que contiene el libro, Bob Woodward describe las situaciones en las que se tomaron las principales decisiones sobre el uso de la fuerza militar como una opción más en la resolución de los conflictos y lo hace con el ánimo de descubrir las pautas generales con que se alcanzan esas decisiones. Sentimentalmente también trata de llevar un vacío de conocimientos sobre el mundo de la milicia al que había pertenecido. Bob Woodward sirvió en la United States Navy donde alcanzó el empleo militar de Teniente de Navío y en ese mismo empleo sirvió durante un año en el Pentágono. Su paso por el máximo organismo de la Administración de la Defensa en los Estados Unidos le dejó la curiosidad por conocer el proceso que aunaba el esfuerzo de los más de veintitrés mil personas que lo componían (43).

El primer aspecto que plantea es la paradoja de ver cómo en el final de la Guerra Fría, cuando la calma parece llegar a la Administración estadounidense, las crisis de Panamá y después del Golfo Pérsico reavivan el funcionamiento de una maquinaria que estaba acostumbrada a ser actor secundario en la política de la nación que se vio convertida en la más poderosa del globo y también, por qué no, en la más solitaria a la hora de afrontar las crisis.

El propio autor reconoce que el libro “se encuentra entre el periodismo y la historia” (44) y distingue entre el periodismo y la historia al dejar que el primero únicamente cuente lo que pasó mientras que al segundo le endosa la necesidad de decir por qué y detallar el cómo se llega a las situaciones que el periodista narró.

El fondo de este libro es un relato periodístico de cómo los Estados Unidos toma las decisiones más trascendentales en su historia y deja al margen todas las cuestiones que podrían adjudicarse a la Administración de la Defensa: reclutamiento, adquisición de armamentos, instrucción, presupuestos, ... (45).

---

(43)WOODWARD, BOB. *“Los Comandantes”*. Editorial Ediciones B. Serie Reporter. Página 29.

(44)WOODWARD, BOB. *“Los Comandantes”*. Editorial Ediciones B. Serie Reporter. Página 31.

(45)WOODWARD, BOB. *“Los Comandantes”*. Editorial Ediciones B. Serie Reporter. Página 32.

*"La decisión de ir a la guerra es de aquellas que definen a una nación, tanto ante el mundo, quizá más importante aún, ante sí misma"* (46). Con esta valoración sobre la importancia de lo que trata de acometer en su libro, este antiguo oficial de la U.S. Navy trata de valorar la importancia de lo que afronta en las páginas de su libro, un libro que termina de escribir a los pocos días del cese del fuego en la Guerra del Golfo Pérsico, el 14 de marzo de 1991. Esto proporciona otra de las constantes en este autor y periodista, la inmediatez del trabajo. Todo lo que escribe forma parte de la actualidad aunque el formato en el que escriba se pueda asociar más al largo plazo. Lo que escribe es no solamente actual, sino sometido a la discusión en los periódicos diarios y en las tertulias de los medios de comunicación social.

Para introducirnos en la lectura, Woodward emplea una fórmula simple que es hacernos recorrer los mismo pasos que los actores de su relato, esto es, hace discurrir nuestro caminar dentro de la descripción de los lugares donde se desarrollan los acontecimientos con detalles nimios pero conocidos por todos, bien porque conocen de primera mano los lugares, o porque fueron aquellos elementos que otros medios de comunicación visual emplearon para ambientar las historias en esos lugares. Así, por ejemplo, nos dice en qué número de despacho nos encontramos en ese momento, de qué color son los pantalones del camarero y donde están situados los marcos de las fotos y a quienes retrata.

Con esta ambientación y dentro de un diálogo como podría ser el que mantiene alguien en su entorno, el autor nos introduce las valoraciones que los hechos van mereciendo y, sobre todo, transmite desde un principio el mensaje de lo que es acertado y de lo que sería erróneo. No hay sorpresas de última hora. Un ejemplo: las explicaciones de Colin Powell al Presidente de los Estados Unidos, George Bush, de cuales eran las dos grandes líneas de acción para expulsar a Sadan Hussein de Kuwait. Finalmente expresa *"cualquiera que fuera el camino elegido, la política culminaría con éxito"* (47).

Pero tras esta introducción, el libro merece una posterior consideración. El largo reportaje que constituye este libro describe dos operaciones militares fundamentalmente, la invasión de Panamá en 1988 y la Guerra de Golfo. Ambas ligadas por muchas más cuestiones que la apariencia podría

---

(46 )WOODWARD, BOB. *"Los Comandantes"*. Editorial Ediciones B. Serie Reporter. Página 33.

(47) WOODWARD, BOB. *"Los Comandantes"*. Editorial Ediciones B. Serie Reporter. Página 43.

proporcionar. Pocas cosas podrían entenderse sobre la toma de decisiones durante la Guerra del Golfo, si se ocultase que los actores en esas tomas de decisiones eran los mismos que durante la invasión de Panamá. Un vicepresidente Bush, un general de tres estrellas Powell, un jefe de campaña Baker, ...que después serían el Presidente de los Estados Unidos, el Presidente (48) de la Junta de Jefes de Estado Mayor, el Secretario de Estado, ..

Así, el primer atractivo del reportaje literario que nos ofrece Woodward es ver la progresión profesional de los actores. De ellos al que más atención presta en la primera parte de su libro es a Colin Powell.

Lo describe como un hombre rudo y con encanto para los políticos, metido en un mar de dudas cuando se aproxima ya al cenit de su carrera militar y se abre ante él la opción de saltar al mundo estricto de la política. Bush pensó en él inicialmente para dirigir la Central Intelligence Agency (49), para después dejar que discurrieran sus pasos en la milicia hasta alcanzar las cuatro estrellas en el generalato estadounidense (50).

Pero el paseo por la historia inmediata de los Estados Unidos de un hombre como Powell es un reflejo de la discreción con que se trata a los personajes militares hasta entran en el proceso de la decisión de los dirigentes políticos. Es aquí cuando se revela su importancia. Colin Powell aparece vinculado a las primeras conversaciones entre el Presidente Reagan y el Líder de la Unión Soviética Gorbachov. No se trata del denominado "fontanero", ese funcionario perpetuo que se convierte en elemento favorecedor de soluciones poco arriesgadas dentro de la administración, sino de un asesor prudente que nada deja a la improvisación o las posibilidades de los presumibles adversarios.

Colin Powell era un militar que, pese a las ofertas económicas que recibía para abandonar la carrera militar, tenía en mente terminar su vida pro-

---

(48) Nota del autor: La traducción del léxico inglés "chairman" se ajusta más a la denominación de "presidente" o "director" que a la de "jefe" ya que se trata de la persona que preside, dirige o transmite las decisiones de un órgano colegiado como es la Junta de Jefes de Estado Mayor de los Estados Unidos.

(49) WOODWARD, BOB. *Los Comandantes*. Editorial Ediciones B. Serie Reporter. Página 48.

(50) Nota del autor: General de cuatro estrellas es el máximo empleo que puede alcanzar un militar en los Estados Unidos en condiciones normales. El Presidente de los Estados Unidos puede proponer al Congreso el ascenso a General de cinco estrellas a aquellos generales o almirantes de cuatro estrellas que por sus especiales servicios en tiempo de guerra se hacen merecedores a ello. Eisenhower, Nimitz, y King son algunos de esos casos excepcionales.

fesional en la institución militar y hacerlo en el empleo más alto que le permitiera su capacidad y su suerte. Powell se consideraba ante todo un soldado (51). Es por eso que empleó su experiencia como becario en la Casa Blanca mientras era Teniente Coronel para decantarse hacia la opción de permanecer en la milicia hasta el final de lo posible. Conocía bien el riesgo que supone estar expuesto permanentemente al fracaso. Su permanencia como Consejero de Seguridad le dio la visión clara de lo que sucede en el mundo de la política cuando se da una recomendación poco acertada, una decisión equivocada o se ejecuta una acción de forma incorrecta.

Así, la espera de Powell como consejero de seguridad, sin dejar el ejército, tuvo su resultado satisfactorio y ascendió a general de cuatro estrellas, lo que le colocó en lugar preeminente para ser nombrado miembro de la Junta de Jefes de Estado Mayor.

Descrito con la misma profusión de detalles circunstanciales e inmediatos, Woodward describe el ascenso de Cheney a la Secretaría de Defensa (52). Cheney era a los ojos de Woodward un hombre dedicado a la vida política, poco dado a tratar temas personales e inclinado a contestar exclusivamente lo que se le preguntaba, sin tomar la iniciativa en las exposiciones y mucho menos dado a proporcionar primicias. Era un hombre prudente. Un hombre de gabinete que inició su carrera a la sombra de Ford y de Rumsfeld en 1974 (53).

Otro personaje más de la galería que nos proporciona Woodward es el entonces contralmirante William Owens (54), adjunto militar con un gran crédito profesional para el Presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor, el almirante Crowe y, también, para los funcionarios de la Casa Blanca. Este oficial de marina llegaría a ser Vicepresidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor y tuvo una notable influencia en el ámbito conjunto desde ese destino.

---

(51) WOODWARD, BOB. *Los Comandantes*. Editorial Ediciones B. Serie Reporter. Página 51.

(52) Nota del autor: La Secretaría de Defensa de los Estados Unidos se corresponde con el Ministerio de Defensa. Es el máximo órgano de la administración militar, pero está fuera de la cadena de mandos que va directamente desde el Presidente hacia los Comandantes en Jefe de los distintos teatros de operaciones.

(53) Nota del autor: Hoy, la situación es inversa, Cheney es vicepresidente de los Estados Unidos y Rumsfeld es el Secretario de Defensa.

(54) Nota del autor: El almirante Owens era el Comandante de la Sexta Flota de los Estados Unidos en el Mediterráneo en 1991. Coincidió con él a bordo del USS "Austin" durante el Ejercicio de la Alianza Atlántica "Dragon Hummer-91". Destacaba por su vitalidad y por su convicción por las operaciones conjuntas.

Pero no solamente los personajes y sus circunstancias forman parte del relato de Woodward sino también las instituciones, si bien la valoración que hace de ellas las trata en clave individualista, esto es, identifica a la institución con la cabeza que la representa, a la que adjudica los defectos y las virtudes de esa persona. Dos muestras de ello: a la Marina de los Estados Unidos la define como inmovilista, atada a la tradición de sus almirantes (55) y a la Fuerza Aérea como algo fuera de control debido al peculiar modo de actuar de su líder, el general Larry Welch, propenso al amiguismo y al desdén hacia los civiles (56).

A estas valoraciones sobre las Fuerzas Armadas, Woodward une una clara descripción de las primeras reacciones de los Jefes de Estado Mayor ante las declaraciones de Cheney en su primera conferencia de prensa en el Pentágono. Para el periodista, Cheney dejó claro su intención de tomar las riendas de la situación y delimitar el campo de actuación de los militares. La negociación de los Tratados de limitación de armamento fue el instrumento. Para ello descabalgó al general Welch de las conversaciones sobre el tratado ICBM (Inter Continental Ballistic Missile). Con ello Cheney dejó sentada su posición en el Pentágono en la primera ocasión de que dispuso (57).

Tras los primeros capítulos del relato periodístico, descriptivos de los actores que entran en escena, el libro se adentra en la primera crisis: Panamá. Y con Panamá, Noriega su presidente, toma cuerpo en el reportaje de Woodward.

Noriega se había convertido en un elemento perturbador en Centro-América y aunque hubo intentos para relacionarlo con el narcotráfico, las acciones habían fracasado (58). Por ello, una intervención directa en Panamá tomaba cuerpo como alternativa para encontrar esas deseadas conexiones. Sin embargo para el Presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor, el almirante Crowe, esta suponía una nueva guerra y como tal la consideraba un "asunto sucio e impredecible, algo que no podía ser tratado como si fuera un instrumento más en el arsenal a disposición de la política exterior" (59).

---

(55)WOODWARD, BOB. *"Los Comandantes"*. Editorial Ediciones B. Serie Reporter. Página 83.

(56)WOODWARD, BOB. *"Los Comandantes"*. Editorial Ediciones B. Serie Reporter. Página 84.

(57)WOODWARD, BOB. *"Los Comandantes"*. Editorial Ediciones B. Serie Reporter. Página 89.

(58)Nota del autor: Años más tarde, la vinculación de Noriega con el narcotráfico parece demostrada.

(59)WOODWARD, BOB. *"Los Comandantes"*. Editorial Ediciones B. Serie Reporter. Página 98.

Los objetivos en la operación en Panamá eran claros: la protección de los ciudadanos y de los intereses estadounidenses en el país centroamericano. La ofensiva contra Noriega la llevaría a cabo una fuerza conjunta compuesta por unidades de todos los ejércitos lo que ponía de nuevo en la palestra la doctrina Goldwater (60). Sin embargo las operaciones en Panamá no cumplían únicamente el ámbito militar, sino que contemplaba otros aspectos civiles y militares que iban desde la evacuación de no combatientes hasta el asesoramiento civil para la constitución de un Gobierno post-Noriega.

Y como cualquier operación, las acciones en Panamá necesitaban a la persona correcta para conducir las al éxito. Así es que, aunque parezca pura paradoja, se lleva a cabo el relevo del general Woerner, hasta ese momento Comandante de las Operaciones en Panamá. Este general era un experto en el área por su larga permanencia en la zona, tan experto que había adquirido un *modus operandi* muy parecido a su posible adversario, esto es, presionar de manera indirecta, intimidar con medias palabras, sutilezas e insinuaciones más que palabras llanas. Por el contrario, el general que le releva, Max Thurman, era un hombre directo que encontraba siempre alguna opción para seguir adelante, con una ilimitada capacidad de trabajo. La percepción del lector es que se releva a un general acomodado por un incomodo general para cualquier adversario (61).

Los antecedentes de crisis en Panamá y el movimiento de peones para adoptar una posición aventajada forman parte de dos de los capítulos centrales del reportaje de Woodward, que no solamente proporciona esos movimientos sino que lo hace con detalles que revelan un especial conocimiento del modo de actuar de los militares. Algunos ejemplos: la descripción del trabajo del Jefe de Operaciones en un estado mayor "...alguien que vive entre la calamidad y la oportunidad ..." a cuya bandeja llegan todos los problemas militares derivados de las crisis internacionales (62), o el modo de actuar de un militar cuando al cumplir su tiempo es relevado en el destino "... se deja el puesto, se saluda y no se llama jamás" (63).

---

(60) Nota del autor: La Ley Goldwater-Nichols impone que las operaciones en el exterior deben llevarse a cabo con la participación de unidades procedentes de todas las ramas de las Fuerzas Armadas. La primera vez que se puso en marcha esta doctrina fue en las operaciones en Granada y el éxito de la operación se vio comprometido y por ello, la ley criticada. No obstante, la "Goldwater-Nichols Act" siguió en vigor y forma parte de la normativa de más alto nivel en el funcionamiento de la Fuerzas Armadas de los Estados Unidos.

(61) WOODWARD, BOB. *Los Comandantes*. Editorial Ediciones B. Serie Reporter. Página 113.

(62) WOODWARD, BOB. *Los Comandantes*. Editorial Ediciones B. Serie Reporter. Página 118.

(63) WOODWARD, BOB. *Los Comandantes*. Editorial Ediciones B. Serie Reporter. Página 125.

Igual que describe pasajes sobre la forma de trabajo de los militares como el descrito, también describe la forma en que los políticos conducen el proceso de la decisión para designar a los más altos cargos de la milicia. El caso más evidente fue la forma en que el Secretario de Defensa Cheney actúa para obtener el apoyo del Presidente Bush para la designación del que sería el Presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor, el General Colin Powell. La fortaleza política tiene su reflejo en la capacidad de situar a los candidatos propios en los lugares más destacados. Con ello, en una organización más funcional que orgánica, esto tiene especial importancia ya que la decisión se toma sobre las opciones propuestas por los distintos estamentos. Cuando existe coincidencia en las opciones presentadas, la percepción de quién ha de decidir es que la opción redundante tendrá más apoyos y con ello más éxito.

Significativa resulta la forma en que apoya Cheney su decisión de elegir a Colin Powell para el puesto:

*...1) Conoce el edificio, 2) conoce la Casa Blanca, 3) ha subido los escalafones adecuados en el Ejército y tiene sus propias credenciales, 4) conoce la cuestión del control de armas, un tema que será muy importante en los próximos años y, 5) yo lo conozco a usted y he trabajado bien con usted cuando fui uno de los líderes republicanos en la Cámara (64).*

El conocimiento de la milicia, del mundo político y la capacidad de comunicar los dos medios puede ser la síntesis. Sin duda, estos factores enunciados por Cheney resultan esenciales para aquel que ha de traducir las decisiones políticas en ordenes militares, así como presentar opciones militares para apoyar acciones políticas, esto es, el Presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor, porque la función primordial del cargo es el actuar como correcto "interface" entre los dos mundos.

Pero Powell no era inexperto en este tipo de actuaciones. En el empleo de teniente coronel, cuando era consejero del asesor de seguridad nacional MacFarlane preparó un discurso conceptual en el que incluyó las normas generales que debían cumplirse para la actuación de las Fuerzas Armadas estadounidense en el exterior:

*1) Estados Unidos no debe emplear fuerzas de combate en ultramar a menos que la situación sea definida como vital para nuestro interés nacional, 2) la decisión sólo debe ser tomada con la clara intención*

---

(64) WOODWARD, BOB. "Los Comandantes". Editorial Ediciones B. Serie Reporter. Página 132.

*de vencer, 3) debe realizarse con objetivos políticos y militares perfectamente claros, 4) deberá ser continuamente evaluada de nuevo y, si es necesario, adaptada, 5) debe contar con el apoyo del pueblo estadounidense y de sus representantes elegidos para el Congreso, y 6) debe ser el último recurso.*

Esta declaración, por persona interpuesta, dice mucho de la madurez de este oficial, circunstancia que probablemente tampoco pasó desapercibida para aquellos políticos que pocos años más tarde propusieron a este militar para ocupar el puesto más destacado de la milicia en los Estados Unidos (65).

La toma de posesión de Powell como Presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor se describe en el relato de Woodward con detalles que ponen de manifiesto hasta que punto el máximo militar se convertiría en un elemento esencial de la política estadounidense. Pone en boca de Cheney que a partir de ese día pasaría más tiempo con Powell que con su propia familia (66). De esta forma se destaca la simbiosis político-militar de esta pareja en los años venideros.

La crisis de Panamá, en sus primeros estadios, produjo reacciones en la prensa que cuestionaban la figura del Presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor y, por ende, de Powell. Ante la teoría centralizadora de algunos articulistas que propugnaban que el Presidente se relacionase directamente con un único mando militar. Powell creía, por el contrario, que la propia existencia de la Junta de Jefes de Estado Mayor como paso intermedio entre el Presidente de los Estados Unidos y los Comandantes en los distintos teatros de operaciones proporcionaba las perspectivas de todos los ejércitos, departamentos y agencias, lo que enriquecía el asesoramiento que la Junta de Jefes de Estado Mayor debía proporcionar a su Comandante en Jefe, el Presidente de los Estados Unidos (67).

Con la descripción de las acciones estadounidenses en Panamá dentro de la operación "Causa Justa" y un breve inciso sobre el apoyo estadounidense a la Presidenta de Filipinas Sra. Aquino para disuadir a ciertos militares filipinos de actuar en su contra, el relato de Woodward completa la primera parte de este documento que refleja con sumo cuidado y respeto, pero también con crítica, la actuación de los máximos responsables de la

---

(65) WOODWARD, BOB. *Los Comandantes*. Editorial Ediciones B. Serie Reporter. Página 140.

(66) WOODWARD, BOB. *Los Comandantes*. Editorial Ediciones B. Serie Reporter. Página 151.

(67) WOODWARD, BOB. *Los Comandantes*. Editorial Ediciones B. Serie Reporter. Página 157.

Defensa en los Estados Unidos. Con la lectura del final de esta primera parte se tiene la impresión de que los personajes descritos han completado su adiestramiento en la toma de decisiones, tanto para seleccionar a sus colaboradores, para definir sus opciones políticas, para tomar una u otra línea de acción militar. También provoca la sensación de que el trabajo de neutralizar a Noriega y vencer la dictadura que este imponía a Panamá podrían haberse realizado mejor, pero en todo caso queda claro que con mayor esfuerzo del deseable, se ganó la campaña en el país del Canal.

Antes de cambiar de escenario y para cerrar la primera parte, el reportaje incluye las máximas de Powell, una síntesis de su pensamiento y modo de actuar. Su interés para interpretar su forma de actuar es patente. De las trece normas cabría destacar aquellos que reflejan su visión positiva de las cosas:

*1. No es tan malo como piensas, mañana te parecerá mejor... 4. ¡Puede hacerse! ... 8. Controla los pequeños detalles... 13. El optimismo perpetuo es multiplicador de fuerzas (68).*

La segunda parte de *“los Comandantes”* se concentra en otro teatro geográfico diferente, el Golfo Pérsico o el Mar Árabe en dependencia clara de la orilla desde la que se le denomina, en otro tiempo político y en otra situación estratégica.

Si bien Panamá contaba con el valor estratégico de controlar una de las más importantes vías de comunicación marítima, el Golfo Pérsico cuenta con un valor más inmediato como es el petróleo, con una influencia inmediata en la economía de occidente. Pero a diferencia del país centroamericano, la crisis del Golfo Pérsico plateaba un destacamento masivo de medios a un área donde apenas se contaba con bases de apoyo. La isla de Diego García, una de las muchas islas-colonias británicas (69), deshabitada por los británicos de sus indígenas, cedida en usufructo a los Estados Unidos, es inicialmente el único punto de apoyo terrestre para un despliegue militar.

Por otra parte, los indicios iniciales sobre una eventual invasión de Kuwait por parte de Irak eran bajos: *1) no se había montado una red de*

---

(68) WOODWARD, BOB. *“Los Comandantes”*. Editorial Ediciones B. Serie Reporter. Página 245.

(69) Nota del autor: El imperio británico, que dominó los mares durante los siglos XVIII y XIX, adquirió el dominio de un rosario de islas a lo largo del Globo. Es precisamente el dominio del mar lo que le permitió mantener estas colonias prácticamente hasta nuestros días.

*comunicaciones: las interceptaciones mostraban que los niveles de tráfico eran muy bajos si se preparaba una invasión; 2) no había reservas de municiones para artillería que estuvieran a punto de pasar a la ofensiva; 3) tampoco había reservas de otras municiones necesarias para una invasión de envergadura; y 4) las líneas de abastecimiento eran insuficientes en caso de un ataque de fuerzas blindadas” (70). Por lo que las previsiones estadounidenses hacían prever que los acontecimientos se desarrollarían con lentitud.*

A juicio del reportero esto hizo que las acciones sobre este teatro geográfico se tratasen al ralentí y de una forma personal. De hecho este era el sistema que mejor empleaba el embajador de Arabia Saudita en los Estados Unidos, el príncipe Bandar, persona más propensa a dar un tratamiento personal a las cuestiones oficiales que encauzarlas por las vías oficiales (71). Sin embargo esta situación no pasó inadvertida para los medios de comunicación, que con dos días de antelación establecieron la hipótesis más probable de una inminente invasión de Kuwait por parte de Irak (72). Esta hipótesis además incluía detalles tan precisos como la estimación de efectivos concentrados para llevarla a cabo: 100.000 hombres.

La descripción de la invasión y de las primeras decisiones que se toman en el entorno político de la Casa Blanca son más un relato aséptico de lo que sucede que un análisis de los hechos y una especulación sobre el por qué se tomaban tales decisiones. La descripción de quién dice a quién y en que momento, e incluso las palabras que pudiera haber empleado hace que los siguientes capítulos se dejen al lector cierta capacidad de maniobra para formar su propia idea de lo que sucedía en aquellos días de agosto y septiembre en la política estadounidense.

Con todo, se observa de forma clara cómo algunos de los personajes, salidos de un conjunto uniforme, toman protagonismo con sus sucesivas decisiones. Baker, Cheney, Powell, Schwarzkopf, ... ocupan sus lugares preeminentes en el relato y, por unos momentos, parece que son ellos mismo quienes aportan los datos de los planes y los motivos que propician la toma de decisiones. Válganos como muestra la notable descripción de las fuerzas opositoras que el General Schwarzkopf estimaba encontrar

---

(70) WOODWARD, BOB. *“Los Comandantes”*. Editorial Ediciones B. Serie Reporter. Página 267.

(71) WOODWARD, BOB. *“Los Comandantes”*. Editorial Ediciones B. Serie Reporter. Página 267.  
Esta forma de proceder resulta habitual donde las instituciones son las personas que las encarnan.

(72) The Washinton Post. 31 julio 1990.

en el teatro (73) o quiénes permanecieron en una determinada reunión y los detalles de lo tratado (74).

Tal vez estos detalles y la forma de exponerlos tratan de adelantar el relato de las primeras operaciones militares y la influencia que ellas tuvieron en las posteriores decisiones del ejecutivo estadounidense. La realidad es que tras ellas se llega a una gran decisión que resulta clara y transparente, a diferencia de las que anteriormente se habían tomado: *"El objetivo era, ahora más que nunca, la liberación de Kuwait a cualquier precio"* (75). Esto contrasta con las múltiples acciones derivadas de las innumerables reuniones que reflejaban una extraordinaria vaguedad de objetivos, muchos de ellos descritos con el políticamente correcto lenguaje diplomático o con el doble sentido al que tan aficionado se es en la zona del Golfo.

Con un objetivo claro y con unas operaciones militares ampliamente medidas, solamente faltaba nombrar un autentico mariscal de campo al más puro estilo de la Segunda Guerra Mundial. Para ello, Bush quiso dejar claro quién era tal líder y lo hizo al pedir a Powell que lo representara y que hablara en su nombre en una celebración de enorme calado militar como era el centenario del nacimiento de Eisenhower. Powell era un estudioso de Ike y sobre todo un convencido de sus teorías sobre la ventaja de los límites y la moderación en las operaciones militares.

Con esta metodología se establecieron las grandes opciones: contención a corto plazo, presión diplomática, presión militar y guerra. Todas ellas válidas desde un principio, todas ellas aplicables de forma sucesiva creciente o decreciente, todas ellas dentro de las posibilidades reales de las fuerzas que se desplegaban en la zona.

Así, en los últimos meses de 1990 y en los primeros días de enero de 1991 se llevan acabo acciones diplomáticas apoyadas por operaciones militares de gran visibilidad como el despliegue de cuatro portaaviones en el Golfo, los ejercicios aéreos para la puesta a punto de la maquinaria aérea, o el despliegue de dos grupos de asalto anfibios en las inmediaciones de Qatar para mostrar la voluntad de los Estados Unidos de alcanzar el objetivo a cualquier coste, si bien el inicio de las hostilidades de forma directa pudiera esperar a la fecha establecida por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas: el 16 de enero.

---

(73) WOODWARD, BOB. *"Los Comandantes"*. Editorial Ediciones B. Serie Reporter. Página 313.

(74) WOODWARD, BOB. *"Los Comandantes"*. Editorial Ediciones B. Serie Reporter. Página 318.

(75) WOODWARD, BOB. *"Los Comandantes"*. Editorial Ediciones B. Serie Reporter. Página 381.

Días antes de la fecha límite, el 9 de enero, Baker se entrevista con Tariq Aziz en Ginebra para tratar de encontrar una salida negociada a la crisis. Durante la conversación, Baker entrega al canciller iraquí una carta del presidente Bush para Sadam Husein. Aziz la lee y la deja sobre la mesa (76). Declinó aceptarla o llevársela a Sadam lo que claramente ponía de manifiesto que la decisión iraquí de ir a la guerra estaba tomada y que en ningún caso se desharía el camino andado hacia la contienda. La carta de Bush tuvo días más tarde difusión en la prensa mundial. En ella exponía los límites en los que debía mantenerse la actuación iraquí (si se destruye el potencial petrolífero de Kuwait o se emplean armas químicas, el pueblo iraquí sufriría las consecuencias de la desgraciada decisión de Sadam). Ambos supuestos fueron superados por Sadam: se destruyeron pozos petrolíferos, se vertió al mar una masa ingente de crudo y se comprobó meses más tardes los efectos de las armas químicas empleadas. Es por ello que hoy día permanezca el bloqueo a las exportaciones iraquíes y que se frene cualquier proceso de mejora en la industria, el comercio, e incluso en la vida social dentro de Irak.

Así finaliza el relato más completo de los tres que se presentan en este trabajo para la finalidad que se deseaba alcanzar: reflejar el impacto de los medios en la defensa porque a lo largo del relato se puede observar las muchas relaciones entre ambos. El comienzo o el despegue de una relación miedo-confianza entre quienes combaten en diferentes arenas.

## LA ECONOMÍA: EL FACTOR MULTIPLICADOR

Para completar el mosaico propuesto, el tercer trabajo elegido es "*Maestro: Greenspan's Fed and the American Boom*" (77) donde Woodward se interna en el mundo de la economía a través de la figura Greenspan, Director de la Reserva Federal de los Estados Unidos, probablemente el economista más influyente en el mundo en las dos últimas décadas.

La reserva Federal de los Estados Unidos es un organismo independiente de la Administración en el sentido estricto, esto es, que nadie de ella (Presidente, Congreso o Tribunales) puede revocar sus decisiones

---

(76) WOODWARD, BOB. "*Los Comandantes*". Editorial Ediciones B. Serie Reporter. Página 457.

(77) WOODWARD, BOB. "*Maestro: Greenspan's Fed and the American Boom*". Simom and Shuster. Inc.

(78). Así la Reserva Federal se convierte en otro punto de referencia para conocer el avance económico además de las bolsas de mercados, ya que sus dictámenes están exclusivamente apoyados por la imparcialidad que le proporciona su propio status.

Así resulta paradójico para los presidentes de la FED (Reserva Federal) el que algunos políticos realicen declaraciones sobre materias que son de la estricta competencia del organismo, ya que estas se pueden interpretar como los deseos del político para llegar a la economía en una u otra dirección (79). De hecho, algún presidente de los Estados Unidos como Ronald Reagan nunca decía nada del tema simplemente para poder declarar que "*Yo nunca presioné a Volker*", aunque su sola presencia cuando se hacían tales declaraciones servían de ratificación de lo dicho (quién calla, otorga).

La influencia de la Administración en la Reserva Federal es indirecta, como ocurre con carácter generalizado en el mundo anglosajón. La influencia a través de equipos de personas, al margen de las relaciones orgánicas (el lobby) resulta una práctica aceptada y natural. Por ello, la designación de los gobernadores de la FED reviste una especial importancia en el sistema. Baker, hombre fuerte de la Administración, eligió a un hombre de su especial confianza y que por demás ( véase aquí la importancia en los Estados Unidos de haber servido en la Fuerzas Armadas) había sido oficial de inteligencia en los boinas verdes (80).

La pugna por el poder, o la influencia si se quiere emplear un tono menor, en las decisiones de la Reserva Federal pasa en la práctica totalidad de las ocasiones en la caída o incorporación de nuevos miembros a la Junta de Gobernadores que rigen el organismo independiente. Esta se produce cuando las tesis defendidas son rechazadas por los restantes gobernadores. Esa fue la manera en que Volker dio paso al hoy todo poderoso Greenspan. El primero optaba por mantener los tipos de interés en tanto que la Administración trataba de rebajarlos. El relevo sucesivo de algunos de los gobernadores por parte de la Administración llevó la disensión al propio seno de la FED y, al producirse una mayoría favorable al

---

(78) WOODWARD, BOB. "*Greenspan*". Ediciones Península. 2001. Pág. 12.

(79) WOODWARD, BOB. "*Greenspan*". Ediciones Península. 2001. Pág. 13. "A Volker le sorprendía un poco que Baker hablase de tipos de interés en un contexto tan abiertamente político".

Nota: Volker fue el predecesor de Greenspan en la dirección de la FED.

(80) WOODWARD, BOB. "*Greenspan*". Ediciones Península. 2001. Pág. 15.

Presidente de los Estados Unidos, el director de la Reserva se vio obligado a dimitir. La tradición en los organismos estadounidenses, como la FED, es el trabajo en grupo hasta obtener el consenso dentro del grupo. Cuando éste no se produce, se considera un fracaso para el presidente del grupo y por ello se produce, al menos, la solicitud de dimisión.

Greenspan era un brillante aunque discreto economista que trabajó como asesor en el Consejo de Asesores Económicos en la Casa Blanca con la administración Ford. Para Baker, aquél se convirtió en su candidato para la dirección de la FED. Tenía muchos motivos para tal designación pero sobre todo su capacidad para recuperar económicamente a organismos en crisis. Greenspan había demostrado su capacidad en este trabajo cuando recuperó la solvencia económica de la Seguridad Social estadounidense en 1983.

Desde 1987 Baker y Greenspan conocían del trabajo de uno y otro por lo que no fue necesario realizar entrevistas previas para el nombramiento de este último como director de la Reserva Federal. El 3 de agosto de ese año, el Senado de los Estados Unidos confirmó a Alan Greenspan como presidente de la FED por 91 votos a favor y 2 en contra (81).

Greenspan era un extraordinario observador de la realidad cotidiana que creía que había muchos más factores que los considerados clásicos en la economía, la mayoría de ellos de carácter psicológico, los más difíciles de cuantificar y por ello sometidos escasamente a leyes tradicionales. La economía para Alan Greenspan requería un difícil equilibrio, "... el desafío al que se enfrentaba era cómo intentar caminar por un tronco que flota en un río. Uno nota el desequilibrio y trata de corregirlo moviéndose un poco, y en el proceso se puede perder algo más el equilibrio, pero si se recupera, se acaba en una posición más estable que antes. Si no se recupera, se cae uno al río". Con esta filosofía, Greenspan sabía que hacer o dejar de hacer tenía el mismo riesgo en economía, pero había que encontrar nuevas fórmulas para el futuro. Al nuevo director de la FED le gustaban las matemáticas, los datos y los gráficos, y para ellos había creado nuevos modelos para establecer previsiones. Con ellas tuvo sus primeros éxitos.

El mundo de la milicia parecía tener su reflejo en algunas de las actuaciones de Greenspan que llevaba a sus informes sobre los mercados la

---

(81) WOODWARD, BOB. *"Greenspan"*. Ediciones Península. 2001. Pág. 26.

terminología clásica de las ordenes e informes militares: Confidencial, ... y trataba las situaciones como el léxico próximo a la milicia. Un ejemplo de ello es el referirse a un Vietnam financiero cuando habla de la caída de los valores en la bolsa.

Así, el reportaje de Woodward sobre Greenspan abre las puertas a los profanos de la economía en unos términos a los que hasta ahora había empleado en sus anteriores reportajes. Además nos enlaza actores de los anteriores reportajes con los nuevos protagonistas de la historia: Baker, Sannunu, Powell, Bush, ... En muy pocas páginas, el autor hace familiar el ambiente en que se mueven los personajes, a través de los ya conocidos personajes.

Greenspan, ya como presidente de la FED, se revela como un personaje sutil que acumula progresivamente su poder mediante maniobras apenas perceptibles pero con singular acierto (82). Sus argumentos nunca debían percibirse como enfrentamientos con el sistema bancario sino como una consecuencia del pasado. "Recordad que la gente de dinero tiene mucha memoria" solía decir, al tiempo que el pensamiento sobre el cómo afrontar las reformas que quería emprender debían tener en cuenta los intereses a largo plazo y, también, cuidar de forma exquisita las relaciones con los clientes. Mantener el equilibrio era la pauta de sus acciones.

La memoria del desastre de 1929 y la ruptura del sistema económico eran dos elementos esenciales a tener en cuenta para no repetir la historia. Además, la legalidad en todas sus acciones era otra constante en su actuación porque consideraba que la FED estaba a cargo del crédito soberano de los Estados Unidos y esta debía gestionarse con sumo cuidado para que la economía estadounidense no cayera en una galopante inflación como sucedía regularmente en Latinoamérica. El sustento de la actividad económica era pilar de otras muchas actividades y sobre todo de la capacidad de actuación de la nación, incluida la militar.

Mantener el mercado básico mediante el sistema de acciones era esencial para ganar los mercados del futuro. Si este mercado básico no quebrantaba, el futuro estaría al borde de un precipicio. Para que eso no sucediera tenía que desembalsar inicialmente pequeñas cantidades de dinero, el suficiente para mantener las transacciones del mercado sin que se llegara a notar la influencia de la Reserva.

---

(82) WOODWARD, BOB. *"Greenspan"*. Ediciones Península. 2001. Pág. 50.

La crisis que se vivía en el momento de la llegada de Greenspan a la FED se diluyó en poco tiempo. Así, el Secretario del Tesoro y el resto de la Administración se sentían muy afortunados con la elección, no solamente por la restauración de la confianza de los mercados sino también por la rapidez con que se había consolidado. En resumen, todos sentían que la elección de Greenspan para el puesto había sido una buena elección.

El modo con que Greenspan había acometido la crisis, en palabras de Woodward, se asimilaba al modo de actuar en la milicia. Estableció un comité de crisis para consultar y enviar mensajes a los mercados financieros, buscar información, comunicar sutiles ordenes, comprobar datos,... Además estableció un puesto de mando en su propio despacho (83) que sirvió para detectar situaciones similares en el futuro.

El éxito de Greenspan tuvo su eco en la prensa que manifestó la total aprobación que la actuación del recién llegado había recibido en todos los foros (84). Dos años más tarde, a la llegada de Bush a la Casa Blanca, Greenspan se preocupó de que la imagen que proyectaba la FED fuese una imagen de equilibrio y estabilidad. Esto le hizo declarar *"Francamente, no recuerdo una situación económica que, a primera vista, ofrezca un aspecto más equilibrado que la que tenemos ahora"* (85). No obstante, meses más tarde, el propio Greenspan largó una dura advertencia para evitar el triunfalismo en la situación. *"Si la inflación empeora, habrá recesión ante de lo que nadie imagina, y será prolongada"* (86). Con ello puso a la Administración en guardia, pero lo hizo en la certeza de que la situación en ese preciso momento era razonablemente buena. Meses más tarde el crecimiento económico de los Estados Unidos se desaceleró y lo hizo en el momento en que Sadam Hussein invadió Kuwait.

El presidente Bush manifestó que la situación era intolerable. Los Estados Unidos se sintieron al borde de la guerra. Para ese tiempo Greenspan, que había trabajado la economía de guerra de Vietnam, sabía que costaba meses y años preparar las fuerzas y los suministros para combatir en un teatro alejado de los Estados Unidos. Por ello pidió consejo a su amigo Cheney, que había sido jefe del gabinete del Ford, quién le dio la esperanza de que la guerra era muy probable pero no inminente.

---

(83) WOODWARD, BOB. *"Greenspan"*. Ediciones Península. 2001. Pág. 58.

(84) The Wall Street Journal. 25 de noviembre de 1987.

(85) WOODWARD, BOB. *"Greenspan"*. Ediciones Península. 2001. Pág. 78.

(86) The Washington Post. 23 de febrero de 1989.

Nuevamente, en el relato, aparecen los mismos actores que en reportajes anteriores. El lector se siente cómodo y ve cómo las mismas personas que participan en la toma de decisiones militares asumen su papel en el mundo de la economía. Todo parece estar relacionado. Todo parece estar considerado.

En aquellos comprometidos momentos Greenspan hizo su aportación a la estabilidad: *“Estamos en un momento de gran agitación política y económica. En situaciones como ésta, es crucial que exista algún cable estable para el sistema económico. Y, desde luego, no se encontrará en el lado del presupuesto; es preciso que provenga del banco central. ¡Tenemos que ser nosotros!”* (87). Con estas afirmaciones, Greenspan encontró su lugar en aquel singular momento en el que con toda probabilidad, la administración Bush arrancaría con medidas particulares para afrontar los gastos de las operaciones en Oriente Medio.

Pero la coordinación entre el sistema financiero y la administración en la era de Greenspan de 1990 era clara y manifiesta. Para evitar sorpresas, el presidente de la FED pidió al Secretario de Defensa, Dick Cheney, que le avisara del comienzo de las operaciones ofensivas para contrarrestar el potencial efecto de la subida de los crudos en el mercado. Esta petición se cumplió. No en vano ambos eran ante todo buenos amigos desde hacía muchos años. Así, el vínculo entre las decisiones políticas y las militares se ponen a la luz de forma meridiana, se condicionan y se apoyan al mismo tiempo.

Greenspan afrontó las crisis durante la administración Bush con su particular forma de actuar, un promedio entre la acción y el dejar pasar para que las cuestiones fluyan por sí mismas, por un lado, y ligeramente dirigidas por otro. Una de ellas, la más trascendente para este trabajo, el recorte del presupuesto de Defensa tras el colapso de la Unión Soviética (88). Esta fue, junto con otras de carácter menor, una de las razones que parecen haber llevado a la no-reelección para la presidencia de Bush que en opinión de Greenspan tuvo el mismo final que Churchill tras la Segunda Guerra mundial. El paralelismo estaba precisamente en la prioridad que se había dado a la acción militar y el desalojo a un segundo lugar de los problemas económicos. En ambos casos, los sucesores de Bush y Churchill invirtieron sus prioridades y los electores, cansados de guerra, les dieron la victoria por un leve margen.

---

(87) WOODWARD, BOB. *“Greenspan”*. Ediciones Península. 2001. Pág. 93.

(88) WOODWARD, BOB. *“Greenspan”*. Ediciones Península. 2001. Pág. 135.

Guerra y economía fueron claves en la elección de un nuevo presidente, pero la supervivencia de Greenspan como presidente de la FED estuvo en su capacidad para ofrecer a Clinton soluciones a largo y medio plazo para un problema económico que se había convertido en la principal prioridad para el nuevo residente de la Casa Blanca. Con ello, cambió el esfuerzo hacia objetivos inmediatos hacia otros a medio y largo plazo, pero no el método de trabajo, algo heredado de su conocimiento de la economía de guerra y de los métodos de estrategias contemporáneos como Colin Powell.

El resumen de este método era algo así como " ... *Si iban a proporcionar créditos, la norma básica, debía ser calcular cuanto se podría necesitar y dar un poco más*". La misma doctrina Powell para el empleo de las fuerzas militares "... *para asegurar el éxito ... enviar más fuerzas militares de las necesarias*". Pero Greenspan con el tiempo mejoró este principio militar "... *enviar lo suficiente para reducir la probabilidad de fallos hasta que se encontrase por debajo del nivel de tolerancia*" (89).

Y con este método, Greenspan afrontó, no solamente las crisis que emergieron durante la presidencia de Bush, sino también las que aparecieron durante la de Clinton. Sin embargo, en lo que resta del relato, priman las referencias a las decisiones económicas sin que se pueda deducir nuevos vínculos entre la milicia y la política.

## CONCLUSIÓN

Woodward demuestra a lo largo de estos reportajes periodísticos su buen conocimiento de los entresijos de la política, la milicia y la economía. Por encima de todo hace que el lector se sienta próximo a los personajes de la historia contemporánea inmediata y con ello consigue que la historia de los últimos años aparezca con un valor decisivo.

Tres libros que se centran en tres personas: Casey, Powell y Greenspan. Tres décadas: los setenta, ochenta y noventa. Tres reportajes para decirlo casi todo sobre lo que sucede a la sombra del poder.

---

(89) WOODWARD, BOB. "Greenspan". Ediciones Península. 2001. Pág. 205.

## **CAPÍTULO TERCERO**

# **MICHAEL IGNATIEFF. LA CREACIÓN DE UN NUEVO UNIVERSO MORAL A TRAVÉS DE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL**

## MICHAEL IGNATIEFF. LA CREACIÓN DE UN NUEVO UNIVERSO MORAL A TRAVÉS DE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL

POR JUAN ANDRÉS TOLEDANO MANCHEÑO

Michael Ignatieff nació en Toronto en 1947; es historiador, periodista y escritor. Doctor en historia por la Universidad de Harvard, ha sido *fellow* del King's College de Cambridge, del Antony's College de Oxford y de la École des Hautes Études de París. Reside desde 1984 en Londres donde ha participado muy activamente como presentador en varios prestigiosos programas de televisión y escrito guiones de películas, obras de teatro y series de televisión. Actualmente ejerce como *Carr Visiting Professor* de Derechos Humanos en la Escuela Estatal Kennedy y en la Universidad de Harvard. Michael Ignatieff combina el rigor académico con un brillante estilo literario y tiene, a su vez, una gran capacidad de comunicar que le viene de su larga experiencia en la televisión.

Este autor se define a sí mismo como internacionalista y cree que no sólo los Estados cuentan con derechos e inmunidades sino que también los individuos pueden apelar a las instituciones de derechos humanos de las distintas organizaciones internacionales de seguridad, entre las que destaca, principalmente por sus críticas acerbadadas, la ONU, para defenderse de la violencia. Ante el dilema del relativismo cultural y las consecuencias de imponer una moral occidental ajena a la cultura de otros pueblos, Ignatieff piensa que quizás apenas se está construyendo la nueva legalidad para el mundo que viene:

*No vivimos en el mundo moral del relativismo cultural...Todas las naciones aceptan formalmente que la tortura, la violación, las masacres y las deportaciones por la fuerza constituyen una vulneración del derecho internacional humanitario.*

Gran pensador, en sus últimas publicaciones se dedica a examinar una nueva forma de conflicto internacional: a la hora de la globalización y el resurgimiento de los nacionalismos, las guerras étnicas son la cuestión más controvertida. Sus escritos constituyen una expresión crítica que es un ejemplo de cómo ha ido cambiando la realidad geopolítica después de la caída del Muro. En el escenario del mundo global, una de las premisas fundamentales que continuamente se plantea es la necesidad de volver a pensar el derecho y las relaciones internacionales, sabiendo si Occidente tiene derecho a imponer sus valores en los enfrentamientos culturales que dividen los pueblos y las naciones; y esta duda que le surge es crítica cuando en una situación política especial se enfrenta el desafío de la intervención militar internacional.

Dotado de una filosofía liberal y firmemente convencido del poder de las Constituciones, Ignatieff hace frente de forma valiente a los asuntos difíciles. Uno de los aspectos más agradables de este autor son las frecuentes contribuciones con sus escritos a aclarar temas de debate en el entorno de los derechos humanos, aportando un punto de vista totalmente particular que dota a sus obras de ideas nunca antes tratadas por desconocidas así como de otras no tratadas por sus controvertidas críticas. Sus trabajos son profundos y muy atractivos, captando el interés de cualquier tipo de lector en sus primeros párrafos a base del planteamiento de cuestiones lógicas y frecuentes que pasa a contestar con un lenguaje claro y asequible en el desarrollo de sus libros y artículos.

Ignatieff ha sido un autor prolífico, publicando multitud de obras, entre las cuales se podrían destacar: *A Just Measure of Pain* (1978), *The Needs of Strangers* (1984), *The Russian Album* (1987) galardonada con el Governor General Award, *Asya* (1991), *Scar Tissue* (1993), *Blood and Belonging: Journeys into The New Nationalism* (1994), premios Lionel Gelber y Gordon Montador, *The Warrior's Honor: Ethnic War and The Modern Conscience* (1998), *Isaiah Berlin. Su vida* (1998), *Berlin in Autumn: The Philosopher in Old Age* (1999), *Virtual War: Kosovo and Beyond* (2000) y *Human Rights as Politics and Idolatry* (2001), además de una cantidad ingente de colaboraciones mediante artículos en prensa, charlas y conferencias.

## LA COMUNIDAD IMAGINARIA DE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN

La situación actual geopolítica no tiene precedente si no nos remontamos a la época de los últimos emperadores romanos. En efecto, existe una

dominación total y absoluta de una sola nación, aquella que posee el dominio completo por medio de la dominación militar, aquella cuyo poder no puede ser puesto en duda por nada ni por nadie, y a la que, no sin reparos, se le toma como referente para todos los aspectos que rodean a la seguridad y a la defensa internacionales. No sólo se ha de contar con la “cantidad” de este poder, sino también con su disponibilidad y con la voluntad del entorno político que le rodea de emplearlo en cualquier parte y en cualquier momento, allá donde se encuentren “amenazados sus intereses”, lo que permite realizar acciones exactas y un éxito en situaciones que poco o nada se podían plantear hace apenas una década como es el caso de las llevadas a cabo en lo alto de una montaña en Afganistán que se bombardea con aviones B 52 por medio de ataques dirigidos desde un Centro de Operaciones de Combate situado en Arabia Saudí, y con información tan actualizada como la que pueden proporcionar, en tan solo diecinueve minutos, las Fuerzas de Operaciones Especiales actuando en tierra.

Desde que la Guerra del Golfo fue retransmitida en directo, al menos de forma parcial, por la CNN, el papel de los medios de comunicación, y muy en especial de la televisión, ha cambiado por completo el sentido de las operaciones bélicas. Hay quien recuerda las imágenes de los misiles de crucero y de las bombas láser sobre Bagdad como un juego para consolas y ordenador. La guerra llega al hogar no sólo a través de la pantalla de la televisión, instalada en la placidez del salón, sino que llega directamente desde el morro del arma empleada, en directo. Sólo por eso hay quien ya considera a la guerra como un espectáculo, porque para la mayoría de la población, afortunadamente, la guerra es un acontecimiento distante y televisivo. El riesgo queda para unos pocos, los combatientes, y el sufrimiento para la población enemiga.

De hecho, las tropas pueden estar comprometidas en una acción bélica, como en Kosovo, mientras que el grueso de la población sigue con su vida normal. El desarrollo económico y el carácter limitado de los nuevos conflictos humanitarios, permiten que la vida nacional de un país pase inalterada. La guerra en otra parte convive con los toros y el fútbol de aquí.

La atmósfera moral de la política internacional se halla en una continua renovación que está provocando un profundo cambio. Las iniciativas particularistas y solitarias de los años cincuenta posteriores a los dos grandes conflictos ha desembocado en la emergencia, con origen en los años setenta, de colectivos de activistas por el desarrollo, la igualdad, la globalización de la economía y los derechos humanos; estas “masas” más o

menos organizadas han logrado en sus propios países un electorado y un poder institucional suficientes para influir en la política exterior de los Estados más importantes, beneficiándose del profundo cambio que las circunstancias han operado en el campo de acción de la conciencia de nuestro tiempo, que han desarrollado una empatía moral entre los ciudadanos de zonas tan alejadas del Globo como América y Filipinas, ciudadanos que hasta entonces se encontraban preocupados por lo que ocurría única y exclusivamente en el entorno de su vida diaria (su familia, su trabajo, su religión, sus amistades, su provincia o su nación).

A un occidental consciente, procedente de una sociedad segura (ya que según nuestro autor el mundo puede dividirse en zonas seguras y zonas de riesgo), se le puede transformar al contacto con las regiones del mundo contemporáneo sumidas en la guerra y la destrucción en una mezcla heterogénea de horror y de confusión moral. Es el caso de Michael Ignatieff, quien, después de haber visitado algunas de las peores zonas de conflicto en la actualidad, escribe una serie de sugestivos ensayos sobre el choque entre la conciencia moral occidental, universalista y democrática, y las guerras sin honor ni reglas que andan desarrollándose en un gran número de zonas del mundo. Los ensayos de Ignatieff tienen, por ello, un doble mérito: son, por una parte, un intento abierto que asombra por su lenguaje directo y claro, de evaluación de las razones por las que el nacionalismo desenfrenado, el fanatismo religioso y el odio étnico conducen a la destrucción de los vínculos sociales. Pero, por otra parte, son también un franco ejercicio de autorreflexión de la conciencia humanitaria moderna, la misma conciencia que se ha querido ver abocada recientemente a intervenir en zonas de conflicto, movida por el raro remordimiento que le produce el espectáculo de la masacre masiva y el terror en un mundo que creyó haberse despedido ya hace cincuenta años de los campos de concentración, del genocidio.

Según Ignatieff:

*La televisión no ha creado esta nueva cultura de comprensión entre el Tercer Mundo y el Primero que permite ese flujo de empatía entre el que sufre y el que mira, pero ha desempeñado un papel sincero e incluso honroso en la formación de un entendimiento rudimentario de los asuntos relacionados con el desarrollo en la opinión pública de Occidente. Si la televisión es ideología burguesa, tendremos que aceptar al menos que la ideología burguesa —en relación con el Tercer Mundo— manifiesta una mezcla muy compleja de amnesia*

*consciente, sentimiento de culpa, autocontemplación moralizante y auténtica comprensión. La televisión no suprime esta ambivalencia, la reproduce fielmente con toda su carga de confusión.*

Desde la aparición de los informativos en las televisiones, que pusieron imágenes a lo que anteriormente era una simple narración radiofónica o noticia escrita, durante la década de los sesenta, se ha posibilitado la contemplación, cara a cara, de la miseria humana que antes quedaba fuera del alcance de la mayoría de la población, convirtiéndose de este modo de pasivos receptores en activos participantes de un bienintencionado humanitarismo internacional, hechos que con anterioridad quedaban fuera de su alcance, o, lo que es igual, fuera del ámbito de las emociones —culpa, vergüenza, escándalo, remordimiento— que mueven a la gente a implicarse en asuntos ajenos, lejanos en el espacio y cercanos en la conciencia.

*Mis antepasados del siglo VIII tardaron año y medio en enterarse de que los moros habían invadido la Península. En 1.931 mi abuelo se enteró de la proclamación de la República treinta horas después.*

*Nosotros presenciemos el ataque a Nueva York a través de la televisión, y nos hemos enterado de la última guerra semanas antes de que se declarase.*

*O sea, los adelantos de la técnica consisten, mayormente, en el adelanto de los disgustos" (1).*

Los medios de comunicación desempeñan ahora un papel decisivo en la formación de una comunidad imaginaria, tanto en el plano nacional como en el mundial, un mito por el que millones de seres distintos encuentran su identidad común en un "nosotros" y nos sirven una dieta informativa que se legitima en "nuestra" necesidad de saber, aunque, de hecho, lo único que nos muestran es lo que cabe en los límites visuales y cronológicos del género. En ese círculo vicioso, los informativos se convalidan como un sistema de autoridad, una institución nacional con el poder de proporcionar a la nación una identidad y de tomarle el pulso a diario.

La revolución de las comunicaciones aéreas y de la logística del despliegue rápido ha hecho conscientes a los pobladores del mundo, como nunca antes, de que existen enormes posibilidades de remediar, con relativa rapidez, los desastres que muestra la televisión, esa ventana de nues-

---

(1) Texto correspondiente a un dibujo del célebre humorista Mingote en el diario ABC del sábado 14 de septiembre de 2.002.

tra conciencia. De este modo se ha incidido en el despertar de viejas reivindicaciones al hacer patentes suposiciones conocidas por simples relatos o narraciones, al hacer trabajar al sentido de la vista, sentido por el que recopilamos más del 90% de nuestros conocimientos, se ha podido comprobar que la enorme cantidad de reservas que Occidente no utiliza, por no necesitarlas, desde el trigo de nuestros silos hasta los conocimientos técnicos de nuestros médicos e ingenieros, pasando por los miles de pies de goteo apilados en los almacenes de los hospitales, podrían utilizarse para aliviar el tremendo dolor del mundo. Todos esos elementos han cambiado la imaginación moral de nuestro tiempo. Ahora que no hay fronteras para el compromiso moral, porque abarca el mundo entero, y que se conoce nuestra capacidad de influir en las cosas, nos faltan excusas creíbles para el fanatismo o la inacción. La envergadura de las posibilidades y el volumen de los recursos disponibles se confabulan para acusarnos. Así podemos encontrarlo de forma puntual y muy acertada en los comentarios realizados, sobre la incidencia de las exposiciones realizadas en televisión, Michael Ignatieff en su obra *El honor del guerrero. Guerra étnica y conciencia moderna*:

*Gracias a los informativos o a programas como "Informe Semanal", "Noticias a las 3", "Telediario", etc., la televisión se ha convertido en el intermediario privilegiado a través del cual se establecen relaciones morales entre desconocidos en el mundo moderno. A pesar de esto, apenas se analiza el efecto que tienen sobre esas relaciones morales las imágenes televisivas o las normas y convenciones por las que se rige la recopilación electrónica de las noticias. ...Por un lado, la televisión ha contribuido a derribar las barreras de la nacionalidad, la religión, la raza y la geografía que solían dividir nuestro espacio moral en personas por las cuales nos sentíamos responsables y otras por las que no. Por otra parte nos convierte en voyeurs de un sufrimiento ajeno, en turistas de un paisaje de angustia, y nos enfrenta con sus destinos, al tiempo que esconde las distancias —sociales, morales y económicas— que nos separan (2).*

Son los medios de comunicación quienes han convertido el mundo en una aldea global, especialmente gracias al desarrollo técnico en la captación y transmisión de imágenes y de datos. La televisión lleva a las masas

---

(2) IGNATIEFF, MICHAEL. *El honor del guerrero. Guerra étnica y conciencia moderna*. Grupo Santillana de Ediciones S.A., 1.999. Taurus. Título original "The Warrior's Honour". Pág. 15-17.

a lugares de impacto que han movido la conciencia del Norte, como el movimiento de la Madre Teresa de Calcuta o las matanzas de hutus y tutsis en África. La televisión mostró también la existencia del movimiento zapatista en México, que ha inspirado las luchas sociales de otros países contra los programas neoliberales y por derechos comunitarios.

*“La televisión redujo drásticamente el desfase temporal entre presión y acción, necesidad y respuesta”*, nos dirá Ignatieff, tanto en un sentido como en el opuesto. La movilización que provocan los grandes desastres, como terremotos, hambrunas, epidemias, matanzas, lo hacen por las imágenes, que a todos conmueven de formas que van desde la emigración al extranjero como voluntario al ingreso en cuenta corriente. La presión de esas imágenes da a entender que el vínculo entre los televidentes y los desheredados del Tercer Mundo es inherente al ser humano. Esto lo ha impulsado la comunicación: imagen de la niña y el buitro que espera que muera para comérsela, imagen del negro albino que muere ante los ojos del espectador, imagen de la enfermera en Afganistán eligiendo a qué niños salvar porque no hay medicinas para todos.

Muy cercano en el tiempo se tiene el episodio talibán en Afganistán. Hace apenas cincuenta años se habría constreñido al conocimiento de los intervinientes directamente en el área de operaciones, sin embargo, en la actualidad, han de tenerse en consideración los efectos que en la población mundial, sedienta de información, habría tenido un baño de sangre tras la victoria de la Alianza del Norte; para alguien no metido en los “bastidores” del conflicto, este baño tendría las mismas consecuencias que la vengativa matanza que los kosovares llevaron a cabo tras la victoria de la OTAN en junio de 1999; el agente principal, no sus delegados, cargaría con la mayor parte de la culpa. Un baño de sangre en Kabul o Mazar se transmitiría por televisión a toda la audiencia del mundo islámico. Si la guerra contra el terrorismo es una batalla dirigida a ganarse las mentes y los corazones, resulta difícil imaginar algo más dañino para la posición moral del agente principal, las fuerzas de la OTAN.

La violencia es un acceso seguro a los medios de comunicación; voces y educadores sociales, violentos de la antiglobalización realizan acciones vandálicas no porque piensen en “ganar la guerra” por la vía militar o del desorden legalmente establecido en cualquier comunidad (quema de autobuses, levantamiento de barricadas, destrozo de vidrieras y mobiliario urbano, etc.), sino para llevar su causa a los medios de comunicación, cuanto más internacionales mejor, y mantenerla allí lo más posible.

El sistema de comunicación de los principales grupos de opinión en la actualidad es Internet, donde se vuelcan noticias, textos, gráficos, imágenes, comentarios, convocatorias, opiniones, por parte de organizaciones de prestigio o de particulares con grandes inquietudes. Los costes de un medio de comunicación internacional se eliminan mediante la red, donde no existen los gastos de impresión ni distribución. Su extensión mundial genera una red de comunicaciones que no están jerarquizados verticalmente, sino que son horizontales y tupidos. No obstante, y a pesar de la gran expansión que se está produciendo en este campo tan importante de las comunicaciones, no se ha podido todavía desbancar la gran profusión de aporte de informaciones provenientes de la televisión.

Michael Ignatieff, tal y como queda dicho en su presentación al inicio de este trabajo, es un gran escritor y habla en sus composiciones de la televisión y lo hace por escrito, mostrando de este modo el poder del pensamiento por escrito que permanece en contra de las imágenes que, tan sólo de forma parcial, pueden ser almacenadas en nuestras memorias. Como buen pensador, no desdeña la escritura pero favorece, analiza y critica, a través de ella, el papel de la formación integral de las "opiniones públicas" a través de los medios masivos de llegada a los ciudadanos, destacando siempre a la televisión.

A pesar de todo, lo que se configura en el mundo occidental como una gran ventaja es apreciado por nuestros "posibles adversarios" como una servidumbre que no es posible evitar por este "mundo desarrollado". Los estados y las organizaciones tecnológicamente más avanzadas son más vulnerables a la guerra de la información simplemente porque son dependientes precisamente de esa información. Desde el lado del mundo occidental se ve la globalización tecnológica del mundo de la prensa, radio y televisión como una gran merma a la libertad de acción del mundo político y militar. Pronto, las agencias internacionales de noticias dejarán de ser dependientes de los gobiernos a la hora de producir las noticias en las zonas de conflicto ya que dispondrán de medios propios de comunicación muy avanzados tecnológicamente. La seguridad de las operaciones militares se va haciendo casi imposible puesto que estos potentes grupos económicos que dominan el mundo de la información periodística están lanzando satélites de comunicaciones para transmitir, en tiempo real, escenas del campo de batalla. Esta enorme cantidad de información estará disponible para cualquiera, incluidos los posibles adversarios, de formas diversas, con permanencia (por escrito)

e incluso produciendo una actualización continua del material que más interese y que ofrezca mayor posibilidad de conocer las vulnerabilidades de “aquel que respeta las normas y los principios básicos necesarios de la libertad de conocer y comunicar”.

Las democráticas leyes occidentales del derecho a la información hacen imposible el que se utilice el libre flujo de datos que navega por Internet; de hecho, la tecnología ha hecho posible la “igualdad en la información” que es lo que patrocina desde la revolución de la tecnología militar que comenzó a finales del siglo XX. Los cambios tecnológicos tan radicales que se están produciendo en los medios permiten desarrollar, en las “sociedades de guerreros” de John Keegan y de Michael Ignatieff, estrategias que explotan el miedo de las sociedades más desarrolladas a las bajas en los conflictos militares. Esto hace posible que adversarios muy inferiores tecnológicamente puedan usar de forma exquisita esta sensibilidad para derrotar a las superpotencias.

## **LA GUERRA: UNA PROFUNDA REVOLUCIÓN EN EL PLANTEAMIENTO DE LOS CONFLICTOS ARMADOS**

Es deseable el llegar a los conflictos armados “de bajas 0” o “no letales”, conflictos cuyos ataques adquieren tal precisión (ataques quirúrgicos) que son neutralizados o destruidos únicamente aquellos objetivos que pueden doblegar la voluntad del adversario sin que se ocasione la pérdida de ninguna vida humana, ni en el bando contrario ni en el propio. La necesaria información a los Medios de Comunicación Social, y su aprovechamiento en la faceta de apoyo a las operaciones por parte de la opinión pública, ha llevado a diseñar software exclusivo y sistemas de captación a bordo de los sistemas de armas (principalmente de las aeronaves y vehículos de reconocimiento no tripulados) compatibles con los sistemas de vídeo y audio de explotación en el sector civil y de empleo internacional; se ha llegado, de esta forma a la “guerra en directo”, a la “ciberguerra”, a la guerra “on line”. Cualquier ciudadano del mundo puede, sentado en su casa mientras toma el aperitivo, observar y criticar la acción desarrollada por el piloto a miles de kilómetros de distancia de su domicilio, puede juzgar la operación, el ataque, sin nervios, con toda la tranquilidad posible, y de este modo puede emitir un juicio que puede llevar a un gobierno a desistir de la estrategia que haya pergeñado para alcanzar la victoria lo antes posible, puede motivar y limitar los objetivos políticos.

Para Michael Ignatieff, la guerra se equipara hoy ya a un deporte, pues “Como con los deportes, nada vital está en juego: ni la supervivencia nacional, ni el destino de la economía” (3).

La difusión de las imágenes de los ataques provocó que en Bosnia fuera necesario, no sólo la firme comprobación del piloto que iba a realizar el bombardeo sobre el objetivo de que se trataba, sin lugar a dudas, del objetivo previsto, sino que se solicitaba, en la mayoría de los casos, una segunda comprobación por parte del piloto de la segunda aeronave que acompañaba en el strike, en el ataque. En más de un 10% de las incursiones iniciadas hacia los blancos seleccionados no se produjo finalmente el lanzamiento del armamento por la “no certeza total” en su identificación. Aún así, una incompleta información sobre el objetivo o una desafortunada actuación de los pilotos ha llevado a alcanzar blancos “política y públicamente no aceptables”; tal ha sido el caso de la boda que se celebraba en Afganistán o, más recientemente, el ataque realizado por la Fuerza Aérea Israelí para matar al líder de Hamás que produjo 18 víctimas civiles, entre ellas 10 niños.

Ahora bien, si la guerra ha pasado a ser vista como un deporte o un espectáculo más se debe a la presencia de cámaras en el campo de batalla. La cobertura mediática lleva a que imperceptiblemente la atención se centre no tanto en las hostilidades, en la confrontación de las fuerzas militares, como en la batalla por la opinión pública doméstica. La presencia americana en Vietnam se vino abajo por la oposición interna a la guerra. En Kosovo, los errores de la aviación aliada y el disgusto moral que causaron pudieron ser compensados gracias a una hábil campaña propagandística de la OTAN y por las atrocidades de la limpieza étnica serbia. Pero en cualquier caso, no cabe duda de que el frente interno es tan relevante para la guerra postmoderna como el enfrentamiento con el enemigo, si no más.

Nos comenta nuestro autor que cuando la guerra llega a ser un espectáculo deportivo más, los medios de comunicación se convierten en el decisivo teatro de operaciones. La presencia de cámaras en el campo de batalla limita la flexibilidad de las decisiones y la libertad de acción en los niveles de decisión militar. Estas cámaras, entrada de datos de las conciencias, cambian el punto de vista de las hostilidades desde las fuerzas

---

(92) IGNATIEFF, MICHAEL. “*Virtual War. Kosovo and Beyond*”. Metropolitan Books 2.000. Nueva York. Pág. 191.

enemigas empeñadas en combate, pueden, de manera extraordinaria, tergiversar las acciones enemigas presentándolas de tal manera que la opinión pública de los civiles en sus casas se vuelque hacia lo innecesario de continuar con la confrontación armada. La única respuesta viable, por parte de las naciones, a este hecho ha sido la actuación asimétrica, definiendo objetivos militares no por su importancia estratégica sino por la opinión pública que podía generar su acometimiento (destrucción o neutralización en el grado adecuado).

“Este aspecto de la guerra, nos dirá Ignatieff, es nuevo en la historia: no hubo reporteros aliados en Berlín, Hamburgo o Dresde cuando fueron bombardeados; no había periodistas alemanes cubriendo las noticias en el lado aliado de las operaciones en la Primera Guerra Mundial. La conducción de la guerra se ha transformado en más transparente a lo largo de los últimos setenta y cinco años, y la distancia entre los hogares y los campos de batalla ha disminuido, al mismo ritmo que las distancias en nuestro mundo. Pero esto no significa que se pueda contemplar la guerra de una nueva forma; ella también transforma a los observadores en protagonistas, y asigna un papel a los medios mucho más allá de meros mediadores. En la guerra virtual, los periodistas se han transformado, de un modo u otro, en combatientes”.

Heráclito pensaba que la guerra era el principio de todas las cosas. Hegel recordaba que el conflicto era el movimiento del devenir del espíritu. Para Hobbes, el estado de naturaleza humano sólo podía ser una guerra de todos contra todos. Este trío sospechaba del sentimiento de fraternidad y del amor del prójimo. Nunca hubiera, ninguno de ellos, confiado en la esperanza de extinguir la violencia de la sociedad. Ellos advertían que el amor tiene una pareja inseparable: el odio, porque ¿acaso hay algo más humano que la guerra?

El siglo XXI se inicia sin dar respuestas a una pregunta urgente: ¿cómo podrían ser moderadas las pasiones guerreras? Durante muchos siglos se creyó que la educación en las primeras etapas de la vida de las personas era el modo más eficaz de erradicar la violencia y el fanatismo. Hoy se reconoce que la educación es un límite pero no es suficiente. El holocausto y las guerras étnicas en la antigua Yugoslavia son un ejemplo de que nadie vislumbra cómo mitigar la ira humana. La guerra solían perpetrarla los soldados regulares; ahora la hacen soldados no regulares. Esta puede ser la razón de por qué resultan tan salvajes las contiendas postmodernas, de por qué los crímenes de guerra y las atrocidades son actualmente intrínsecas al propio desarrollo

bélico. Con estas incógnitas, Michael Ignatieff abre un debate sobre los nuevos dominios de la guerra. Antes del final del siglo, más allá de la utopía comunista, nada parece tan claro como la reanudación de las hostilidades.

¿Porqué la violencia ha alcanzado esos grados de barbarie y crueldad? En el principio es la descomposición de la política. Esa es la alarma; después de la fragmentación del Estado viene el odio entre los grupos étnicos. Ignatieff esbozó su diagnóstico del proceso de desintegración de la vida pública, antes de caer en la espiral de la venganza y la guerra:

*Nótese el orden casual: primero cae el Estado, que está por encima de las partes; luego aparece el miedo hobbesiano; en un segundo momento, la paranoia nacionalista y enseguida, la guerra. La desintegración del Estado es lo primero; la paranoia nacionalista como respuesta a la destrucción del orden y de la convivencia y enseguida, la guerra. La desintegración del Estado es lo primero; la paranoia nacionalista viene después. Es la genealogía de la nueva guerra. El nacionalismo de la gente común es una consecuencia secundaria de la desintegración política, una respuesta a la destrucción del orden de convivencia entre las etnias. El nacionalismo crea comunidades del miedo, grupos convencidos de que sólo están seguros si se mantienen juntos, porque los seres humanos se hacen "nacionalistas" cuando temen algo, cuando ante la pregunta ¿y quién me protege ahora? sólo saben responder: los míos.*

A través del seguimiento de las noticias que hasta el día 21 de enero de 2002 se podía realizar a través de fuentes oficiales, aunque parezca difícil de creer, uno era hasta ese momento el número oficial de soldados norteamericanos muertos por fuego enemigo en Afganistán. Como se sabe, las bajas en el bando afgano se cuentan por centenares, casi todas civiles. Han muerto más cooperantes y periodistas que soldados norteamericanos en esa guerra. Han caído más soldados norteamericanos en accidentes que en el propio combate. Por ello, grandes pensadores contemporáneos, como Umberto Eco y nuestro autor Ignatieff, cuestionan ya el concepto clásico de guerra, como enfrentamiento entre dos ejércitos nacionales. Las víctimas civiles parecen ser ahora las predilectas de los "nuevos ejércitos de los pueblos", esas masas desorganizadas armadas y cargadas, en sus acciones, de una extremada violencia.

Por ser un pensamiento que subyace a la mayoría de sus obras, se destaca en la forma de pensar y enfocar la cuestión bélica que Ignatieff plantea la intervención militar como justificable sólo en dos casos: primero, cuando la violación de derechos humanos llega al extremo de un inten-

to sistemático de expulsar o exterminar a un número elevado de personas que no tienen medios para defenderse, e intentos de genocidio o limpieza étnica, y aun en esas circunstancias debe ser el último recurso; no existe mayor amenaza para la seguridad del mundo posterior a la Guerra Fría que la destrucción de los Estados y, en consecuencia, de la capacidad de sus respectivas poblaciones civiles para alimentarse y protegerse, tanto del hambre como de los conflictos interétnicos; segundo, cuando dichas violaciones amenazan la paz y la seguridad de los Estados vecinos.

Desde otro punto de vista complementario habría que añadir dos condiciones más: la primera, que han tenido que agotarse las alternativas diplomáticas; y, la segunda, que la fuerza sólo está justificada cuanto tiene posibilidades reales de surtir efecto. Muchas veces ha sido tratada la primera justificación desde la desgraciada contienda que ha enfrentado a serbios, croatas y musulmanes, que ha dado a conocer, si es que alguien aún lo dudaba, que el racismo existe en toda Europa, pero sólo en Serbia el desprecio racial fue una ideología oficial. La masacre fue legitimada desde las altas instancias, defendida por toda la clase política y gran parte de la clase intelectual, con honorables y alentadoras excepciones.

*El desprecio racial proporcionó la licencia moral a los hombres con pasamontañas que violaron a mujeres, ejecutaron a niños, juntaron a los hombres en cuerdas y los fusilaron a todos, para después quemar los cadáveres. El racismo es suficientemente explosivo. Pero cuando se mezcla con la envidia, se vuelve asesino (4).*

Contra el racismo, una de las formas que toma la intolerancia para destruir la convivencia en común, se puede proponer, según Fernando Savater, una refutación que invita a la hospitalidad en un alegato a favor de la identidad humana, entendida como reconocimiento de la condición de huésped, que todo individuo comparte por igual. Contra el racismo se ha de recordar que todos los humanos son por igual extranjeros porque todos vienen de donde no saben y van hacia lo desconocido. Todos somos por tanto huéspedes los unos de los otros durante la vida que compartimos y nos debemos la ley de la hospitalidad que es la base de cualquier civilización digna de ese nombre. Identidades culturales hay muchas, pero la única identidad civilizada que de veras cuenta es la identidad humana.

La Comisión Internacional sobre Intervención y Soberanía de los Estados (ICISS), de la cual forman parte, entre otros, Michael Ignatieff,

---

(93) IGNATIEFF, MICHAEL. "Los rencorosos que esperaron para matar". Tribuna Libre. 1.999.

Vladimir Lukin, Klaus Nauman, Fidel Ramos, etc., expone que existen importantes discrepancias internacionales sobre las circunstancias que justifican una intervención humanitaria, aunque una amplia mayoría de los integrantes de la ONU coincide en que tales operaciones sólo pueden ser autorizadas por el Consejo de Seguridad.

Una de las lecciones más feroces del fin de siglo pasado es que nada empeora tanto a una persona como el hecho de convencerla de que pertenece a un pueblo. No hace falta añadir el tan frecuentado adjetivo “oprimido”, porque todos los pueblos lo están por definición. Según nuestro autor, los que no están oprimidos están “amenazados” y, con toda franqueza, no se sabría que es en realidad peor. Es inútil buscar el agente pasivo que amenaza u oprime a los pueblos, ya que son las propias conciencias las que se encargan de ello, las conciencias representadas por las opiniones de los líderes que han decidido convencer a gente corriente y a menudo simpática de que pertenecen a un pueblo, esa cosa antropófaga y trascendental. Para lograr tal afiliación forzosa subrayan hasta lo caricaturesco o monstruoso los ambiguos rasgos étnicos existentes y mutilan en cada individuo sus mestizajes peculiares y su identificación con la humanidad sin lemas del vecino.

Sin embargo, saberse parte de un pueblo es alcanzar la exquisita dignidad de ser insoluble entre los demás e incompatible con dos o tres adversarios selectos (siempre los vecinos más próximos). Entre tanta diversidad de étnias, razas y culturas, apenas hay espacio para los verdaderos ciudadanos del siglo XX o XXI, como queda patente en la identidad personal del conocido Nabokov: “Soy un escritor norteamericano nacido en Rusia y educado en Inglaterra, donde estudié literatura francesa, antes de pasar quince años en Alemania...”. El conflicto entre las distintas morales suele resolverse con el siguiente razonamiento: todos los seres humanos merecen el mismo respeto, pero es que los vecinos, en realidad, no son seres humanos. El propio Freud observaba que “siempre que se disponga de un grupo aparte contra el que se pueda manifestar la agresividad será posible mantener unido por el amor a un número considerable de personas”.

A partir de una reflexión sobre un tema bíblico, Ignatieff aborda el conflicto de la relación con el prójimo. “La historia de la Humanidad no comienza precisamente con el asesinato de un desconocido, sino del hermano del asesino”. El dilema de Caín todavía es motivo de incertidumbre: ¿acaso soy el guardián de mi hermano? La historia de Caín da muestra que “no hay guerra más salvaje que la civil, ni crimen más violento que el fratricidio, ni odio más implacable que el de los parientes cercanos”.

La identidad humana, individual o colectiva, se constituye en una relación definida por un mecanismo de agresividad ofensiva y por la correspondiente actitud defensiva. La expresión de las diferencias se hace agresiva precisamente para disimular que son menores. Cuanto menos esenciales y patentes resultan las diferencias entre dos grupos, más se empeñan ambos en presentarlas como un hecho absoluto y diferenciador que les otorga características y peculiaridades propias. Pero no basta, porque la agresión que mantiene la unidad del grupo no se dirige únicamente hacia fuera, sino también hacia dentro con objeto de eliminar todo aquello que separe del grupo al individuo.

Nada es más peligroso para los nacionalismos y los fundamentalismos que la libertad personal. Si bien para un pensamiento tan introducido en la relación de las comunidades políticas y tan crítico con las interrelaciones de los pueblos como el de Samuel Huntington la violencia de los Balcanes es una noticia de la amenaza que viene —la guerra entre religiones y el choque de civilizaciones—, Ignatieff parte de otra forma de percibir el rompecabezas de las guerra étnicas. Critica a Huntington, porque no encuentra en estos conflictos un renacimiento de las creencias sino un abandono:

*La exagerada defensa de las diferencias religiosas se explica precisamente porque se estaban borrando. La violencia narcisista no estalló entonces porque la religión despertara sentimientos profundamente arraigados, sino porque ya eran poco auténticos.*

Incluso afirma que el proceso de modernización y las nuevas etapas de la era global provocarán más conflictos e intolerancia, por una menor comprensión de las bases de sustentación de las relaciones internacionales. Los beneficios de la modernidad no bastarán para aliviar la ira. La disminución de las diferencias “objetivas” entre grupos rivales no produce necesariamente una reducción de la desconfianza “subjetiva”, al contrario, cuanto más convergen objetivamente más crece la intolerancia mutua.

La vieja idea ilustrada de que el entendimiento político disminuye siempre las diferencias y aumenta la comprensión está siendo puesta en duda. Tal vez falta recuperar la práctica de la política. Sólo la restauración de las instituciones públicas puede ser un antídoto contra la voluntad guerrera. Para dejar atrás la furia de la venganza y la detonación de la violencia hace falta el arte de la negociación y el acuerdo, falta reconciliación. Es verdad que ningún arte es más frágil e inestable; sin embargo, ninguno más imprescindible e irremplazable.

La génesis de muchos conflictos está en el mal entendido término “nacionalismo”, porque el populismo nacionalista apareció con fuerza en Europa al quebrarse los viejos Estados dictatoriales. Sirve de coartada para que no lleguen a surgir Estados verdaderamente democráticos y también hacer la vida imposible a los que mejor o peor han logrado configurarse. Lo ha expresado muy bien Michael Ignatieff, en su libro *El honor del guerrero*: “El nacionalismo de la gente común es una consecuencia secundaria de la desintegración política, una respuesta a la destrucción del orden y de la conciencia de las etnias que aquél hizo posible. El nacionalismo, como ya se mencionó, crea comunidades del miedo, grupos convencidos de que sólo están seguros si se mantienen juntos, porque los seres humanos se hacen nacionalistas cuando temen algo. ¡Y pensar que aún hay despistados que exigen una Europa de los pueblos frente a la Europa de los Estados! Pedir una Europa de los pueblos significa dar luz verde a la Europa de los crímenes”.

El fracaso de los Estados va acompañado de una privatización cada vez mayor de la violencia. Las unidades de combate son diversas: ejércitos convencionales o lo que queda de ellos, los grupos paramilitares, generalmente formados por gente proveniente de los ejércitos que trabajan para el propio Estado o para cárteles mafiosos, los mercenarios, los ejércitos de las instituciones internacionales que generalmente no entran en combate, los ejércitos extranjeros. Ignatieff explica que para los jóvenes guerreros el arma como emblema ha sustituido el papel del uniforme. La sexualidad primaria del varón adolescente preside la subcultura de unas guerras en que las bandas paramilitares actúan a menudo como franquicias de los Estados para hacer los trabajos más sucios que estos prefieren delegar.

Con el fin de impedir atrocidades como tantas que el mundo ha sufrido, al final de la Primera Guerra Mundial fue creada la Sociedad de Naciones, peldaño hacia la actual Organización de las Naciones Unidas, constituida tras la Segunda Guerra Mundial. Estos fueron quizá los primeros pasos para conformar entidades internacionales que rigen o agrupan organismos con intereses similares, es decir, la ONU es el antecesor del Fondo Monetario Internacional, de la FAO, de la UNICEF, hasta nuestros días, en los que un fenómeno llamado globalización cada vez se extiende más como modelo a seguir para el enriquecimiento de la economía, que debe ser paralelo al crecimiento de la sociedad.

La ONU ha sido foro de ideas, debates y acuerdos que han beneficiado a países donde la guerra, el hambre o las enfermedades superan la capacidad

del propio país para dar bienestar a sus habitantes. No obstante, su efectividad ha sido puesta en tela de juicio ante conflictos recientes, y una de esas acusaciones es la indiferencia con la que tanto este organismo como el gobierno de los Estados Unidos trataron el genocidio ruandés: se vaticinaba que tras el asesinato del presidente Juvenal Habyarimana, el 6 de abril de 1994, una “ola de violencia generalizada” podría desatarse en el país, cosa que sucedió ese mismo día, mientras el gobierno estadounidense hacía presión para evacuar algunas tropas de la ONU que se encontraban en Ruanda. Esta actitud ante la problemática de África se ha repetido en países como Angola, Zaire, Sierra Leona y otros más, sin embargo, el argumento de la Organización de Naciones Unidas es también válido: Michael Ignatieff lo expone en una entrevista al exsecretario Boutros-Ghali:

*La comunidad internacional se quedará tan contenta cuando les vea destruirse mutuamente, hasta que no quede un solo hombre, porque la comunidad de los donantes está cansada, harta de auxiliar sociedades que parecen incapaces de salvarse solas.*

Ciertamente estas palabras son de una gran crueldad, pero también es verdad que, por poner un ejemplo, en Ruanda el gobierno invirtió el 50 por ciento de los financiamientos internacionales para el desarrollo –otorgados por el Banco Mundial– en armamento para el ejército que realizó el genocidio siete años atrás, de tal suerte que, en busca de la ayuda que algunos tanto requieren, gobiernos oportunistas han acaudalado grandes fortunas que suelen enriquecer a algunos, a espaldas de los que todavía continúan en la miseria, bajo condiciones infrahumanas de vida.

Por ello, si hay algo con lo que esté totalmente en desacuerdo nuestro autor es con la actuación, en las últimas décadas, de la Organización de las Naciones Unidas y, con una mayor concreción, con el desarrollo de las decisiones y de las actuaciones llevadas a cabo por su Consejo de Seguridad. Como ejemplo baste señalar el comentario realizado ante el despliegue de los cascos azules en Bosnia: “Mientras los desmoralizados cascos azules desplegados en Sierra Leona esperan el avance de los rebeldes sobre la capital, Freetown, la ONU exhibe una vez más una sorprendente incapacidad para aprender de los errores del pasado. Al igual que en Bosnia, el Consejo de Seguridad envió fuerzas de pacificación para mantener una paz inexistente. Como en Ruanda, los países miembros proporcionaron tropas sin capacidad de defenderse. Y como en Somalia, las fuerzas de la ONU se han visto involucradas en una guerra civil sin tener ni los medios ni la voluntad necesarios para imponerse”.

Es opinión de Michael Ignatieff que el sistema que rige la toma de decisiones en el entorno de actuación de la ONU sufre una amnesia institucional que ha provocado el que haya quedado atrapado en el círculo vicioso de repetir los mismos errores. Ello le impide reconocer que lo que ha de ser el ideal en el que se asienta y lo que debe constituir su principal modo de intervención, el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales, tiene tantas deficiencias que debería descartarse totalmente. La idea de interponer un grupo de soldados con cascos azules y armamento ligero entre dos bandos tenía algún sentido durante la Guerra Fría, cuando se trataba de enfrentamientos entre dos países. Pero esta estrategia ha resultado contraproducente en todas las guerras civiles, conflictos intranacionales, que se han producido desde entonces. Las misiones de pacificación tradicionales (capítulos VI y VII de la Carta de las Naciones Unidas) sólo funcionan cuando los estados enfrentados quieren y desean establecer la paz.

Muchas esperanzas han sido depositadas, desde la primera operación de vigilancia de la tregua en 1948 entre árabes e israelíes, en las operaciones de mantenimiento de la paz, muchos conflictos de índole internacional han sido de esta forma apaciguados, pero las circunstancias mundiales han cambiado; ha llegado la hora de poner fin a las misiones de pacificación antes de que éstas acaben con la ONU. El Consejo de Seguridad, según Ignatieff, debe seguir siendo el órgano fundamental encargado de legitimar el uso de la fuerza militar, bajo el principio de decisión de “estudio de conflicto por conflicto”, pero la Secretaría General debe interrumpir las operaciones de pacificación donde saben que van a enfrentarse a una enconada resistencia armada y a una voluntad de los contendientes difícilmente moldeable y encauzable, que oponga una disparatada conciencia parcial del entendimiento del conflicto por cada parte. Allí donde no hay que mantener la paz, sino imponerla, se necesitan tropas preparadas para entrar en combate, provistas de acorazados, municiones, servicios de información y una sola línea de mando.

En contra de lo que parece ser un principio de actuación, la comunidad internacional ha de entender que en algunas ocasiones el carácter de neutralidad en la operación de mantenimiento es desbordado por circunstancias particulares de los enfrentamientos, y que en este caso debe ser dicha comunidad la que apoye a uno de los bandos y hacerlo con una fuerza abrumadora. Pero la principal lección de todo esto es que las misiones de pacificación están destruyendo la ONU misma. “Si Naciones Unidas valora su propia supervivencia, deberá abandonar un ideal que en

tantas ocasiones ha traicionado”, ya que, según el criterio de la Comisión Internacional sobre Intervención y Soberanía de los Estados, en su informe titulado “La responsabilidad de protección”: “Los estados soberanos tienen la responsabilidad de proteger a sus ciudadanos de catástrofes evitables, pero cuando no pueden o no quieren hacerlo, esa responsabilidad recae en la comunidad de naciones, en cualquiera de las expresiones de voluntad supranacional”.

Ganar una guerra ya no tiene una definición tan diáfana como hace apenas un siglo porque, ¿qué es ganar un conflicto armado? Hoy en día, como ya se viene diciendo, se trata de estudiar y afrontar una guerra diferente, no convencional, pues aunque acabara un bando con los violentos del contrario, surgirían nuevos adversarios dispuestos a ocupar sus puestos. (¿No es esto extrapolable al caso del terrorismo internacional o, más concretamente, a Bin Laden que tiene multitud de seguidores dispuestos a “sustituirle” en cuanto fuese de algún modo eliminado?). Los conflictos modernos son una batalla contra el terror, pero el problema es que se puede poner límites al terror, pero no eliminarlo.

Según Ignatieff: “Una victoria en esta guerra implicará hacer algo de verdad para combatir el odio que sienten miles de millones de personas porque se ven excluidas de nuestra abundancia y nuestra libertad”. Termina su pensamiento el autor dando a entender que hay que hacer muchas otras cosas distintas a un bombardeo convencional o a un ataque de las Fuerzas de Operaciones Especiales para alcanzar la victoria, o al menos el final de la confrontación, y eso es lo que ha de hacer reflexionar a los líderes mundiales, un pensamiento presente en Ignatieff: “Lo que sí sé es que ésta es una guerra en la que todavía no se ha empezado a combatir”. Hay que buscar métodos para conseguir que la libertad y la competitividad sean compatibles con la justicia social y con el equilibrio entre “bárbaros” e “imperiales” (5).

## LA DECADENCIA DE LOS DERECHOS HUMANOS

Desde el final de la guerra fría, el tema de los derechos humanos pasó a convertirse en el vocabulario moral sobresaliente en cuestiones de relaciones internacionales y política exterior. Michael Ignatieff describe, apoyado en su gran experiencia como escritor y como comentarista sobre

---

(5) IGNATIEFF, MICHAEL. *“The Danger of a World Without Enemies”*.

asuntos mundiales, con gran acierto los temas que penetran en los éxitos, los fracasos y los progresos en la actual revolución de los derechos humanos. Desde que las Naciones Unidas adoptaron la Declaración Universal de los Derechos Humanos en 1948, esta revolución ha roto el progreso moral en el mundo y destruido el monopolio de los estados-nación en la conducción de los asuntos internacionales. Se está adueñando de la política mundial una parecida indiferencia hacia los derechos humanos.

Nuestro autor sustenta sus opiniones sobre este tema en el hecho de que los activistas de los derechos humanos han escrito directamente críticas sobre Asia, el mundo islámico y con el mundo occidental poco o nada dispuesto a aceptar los límites de una desmedida ambición en el “dominio del mundo” y la proyección de su particular comprensión e interpretación de estos derechos cuando las acciones a emprender pueden perjudicar a sus intereses.

Es partidario de examinar las particulares políticas nacionales sobre los derechos humanos valorando cuando es apropiado usar de hecho estos derechos con un abuso patente para justificar intervenciones en otras naciones. En sus artículos sobre el cambio en la concepción de los derechos humanos habla sobre el cambio fundamental que se está produciendo sobre toda la Humanidad en el corto periodo de la duración efímera de la última generación, de la generación de gobernantes nacidos en los 50; expone el cambio sufrido como “la revolución de los derechos”, una revolución que puede describir de forma jocosa la manera en la que el hablar de los derechos humanos ha transformado el modo en que pensamos sobre nosotros mismos como ciudadanos, como hombres, mujeres, y como padres. Cuando en cualquiera de los medios de comunicación se puede ver la justicia cumplida, por ejemplo, cuando un prisionero injustamente encarcelado camina por fin libre, cuando una persona largamente perseguida por su forma de pensar alza su voz y reclama su derecho a ser oído, todo el mundo siente una profunda emoción que ensalza y alegra su espíritu. Esa emoción es la que produce la sensación de vivir en un mundo maravilloso, en un mundo construido sobre la base del respeto a todos los derechos universales del ser humano. No obstante, la historia de los derechos humanos es larga y muy complicada.

El propósito esencial de una comunidad política basada en el respeto a los derechos es proteger la igualdad para cualquier persona. Lo que entiende alguna nación, sin embargo, es la necesidad de alcanzar un mutuo acuerdo para todos los individuos en las mismas condiciones, sin

respetar las particularidades e idiosincrasias concretas de cada grupo humano.

¿Se puede seguir hablando de la existencia de los derechos humanos? Si la pregunta parece alarmista, considérense algunos hechos. Han cesado por completo las presiones occidentales sobre China para que respete los derechos humanos obteniéndose como contraprestación un apoyo sin límites a la guerra contra el terrorismo, puesto que los problemas ancestrales que ha tenido con los separatistas de Xinjiang se han convertido en una lucha justificada contra fundamentalistas y terroristas islámicos. De otra parte, Egipto, que durante muchos años ha recurrido a los encarcelamientos sin juicio previo, a los tribunales militares y a la tortura para mantener el control sobre militantes políticos, exige ahora manos libres, todavía más. Por su parte, el presidente de Zimbabue ha decidido que, en realidad, sus sempiternos oponentes políticos son terroristas.

*El argumento al que hay que recurrir es el de que los derechos humanos constituyen la mejor garantía de la seguridad nacional. Si se requiere fomentar la consolidación de unos estados seguros, que no amparen ni exporten actividades terroristas, los estados occidentales tendrán que hacer mucho más que garantizarse unos acuerdos básicos. Tendrán que presionar a esos países para que se doten de unos derechos políticos mínimos y de los procedimientos judiciales adecuados (6).*

La revolución de los derechos humanos es la historia de una lucha, de una continua confrontación entre los seres humanos. Efectivamente, el concepto de derechos proviene de la lucha entre los varones propietarios de la tierra de Inglaterra y Francia para deshacerse de la tiranía de los barones y reyes y establecer los derechos de propiedad y el debido proceso de su regulación por ley. Pero una de las grandes ironías sobre los derechos humanos es el que aquellos que lucharon y ganaron los suyos no necesariamente quieren que los demás los tengan. Cuando los hombres blancos lucharon y murieron por conseguir el respeto a sus propios derechos y, finalmente los alcanzaron, entonces ellos se los niegan a todos los que los reclamaron con posterioridad, mujeres, hombres de otras razas y religiones, trabajadores, etc. Nada es tan obvio como la idea de que los derechos han de ser repartidos en igualdad.

---

(6) IGNATIEFF, MICHAEL. "¿Está en las últimas la era de los derechos humanos?". Artículo publicado en el New York Worker.

La idea de derechos humanos implica que “mis derechos son iguales que los tuyos”; si éstos no son iguales entonces no se trata del concepto universal de “derecho” sino de un conjunto de privilegios que se otorgan por separado a distintos grupos de individuos. El propósito esencial de una política comunitaria en este ámbito es proteger la igualdad entre todas las personas.

En este momento, la mayoría de las poblaciones del mundo conocido como occidental está profundamente preocupada por los problemas medioambientales y por la protección del ecosistema en diferentes espacios, tratamiento para el que se solicita un criterio y una doctrina comunes, un mismo conjunto de derechos universales. Una minoría de naciones (entre las que se cuenta Estados Unidos, como quedó demostrado en el documento clave de la Cumbre de Johannesburgo en el que se recogen los planes de acción para “salvar el planeta”) observa el espacio de soberanía política como un modelo confeccionado a base de parches: espacios de definición propia y particular para cada nación; de este modo difícilmente pueden establecerse espacios comunes en los que prevalezcan los derechos humanos de todos los habitantes del planeta dado que cada país insiste en su “espacio único de influencia”.

Michael Ignatieff ha escrito infinidad de artículos con base principal en los sucesos del 11 de septiembre; en uno de estos artículos publicado en febrero de 2002 afirmaba de forma categórica que: “El problema es saber si, tras el 11 de septiembre, la era de los derechos humanos ha llegado a su fin”. De forma un tanto más optimista, aunque sólo el devenir podrá decir si es o no acertada, podría respondersele que no.

Lo que sí es tangible es que el mundo se enfrenta a nuevas maneras de responder a problemas muy profundos sobre la seguridad humana en nuestro Planeta. Nos podemos hallar ante la enorme responsabilidad de mantener rigurosamente los criterios de respeto a los derechos humanos, reconociendo que también ellos son el objetivo de los terroristas.

No es necesario recordar la urgencia de poner en práctica estos objetivos e ideales interrelacionados, cuando India y Pakistán se preparan para un conflicto abierto, o cuando se piensa en el prolongado enfrentamiento en Oriente Próximo o en algo que se menciona con mucha menos frecuencia: el devastador conflicto en la República Democrática del Congo, en el que se han visto implicados otros seis países africanos y en el que se calcula que han muerto más de tres millones de personas desde 1990.

Esos conflictos tan complejos y mortíferos desvían unos recursos y una atención vitales para el desarrollo, y causan inmensos sufrimientos y transgresiones de los derechos humanos.

*El 11 de septiembre dividió el mundo en “nosotros” y “ellos”, para nosotros y para ellos. Fue tanto una catástrofe como un momento de afirmación. Después del evento se supo quiénes éramos nosotros y se supo quiénes eran ellos, el enemigo. O así lo pensaba el mundo occidental en aquel entonces (7).*

El derecho fundamental a la vida es vulnerado una y otra vez por quienes se erigen en defensores de ideas y fanatismos complejos y mal sustentados, por esos grupos terroristas que se asientan en actuaciones sin principios morales ni éticos. Esos terroristas atentan contra el derecho más sublime de todos. Todos los estados tienen el deber de encontrar y castigar a quienes planean y hacen posibles dichos crímenes. El Estatuto de la Corte Penal Internacional —primer instrumento para codificar los elementos de un crimen contra la humanidad que acaba de entrar en vigor establece la responsabilidad individual por dichos crímenes, ya estén sancionados por un Estado o sean actos de grupos. La ratificación universal del Estatuto es un objetivo importante para la comunidad mundial. Las naciones se deben equipar con los medios necesarios para enfrentarse en el futuro a crímenes como los cometidos el 11 de septiembre.

La cooperación y la resolución internacionales son vitales para combatir a quienes planean actos terroristas. El Consejo de Seguridad de Naciones Unidas ha dado pasos importantes en este sentido. A través de la Resolución 1373, adoptada el 28 de septiembre de 2002, el Consejo impuso a los Estados una nueva obligación legal internacional de cooperar contra el terrorismo, utilizando el lenguaje de las convenciones internacionales existentes. A pesar de los esfuerzos por enmarcar la respuesta contra el terrorismo dentro del derecho penal nacional e internacional, tras el 11 de septiembre ha surgido un lenguaje alternativo. Ese lenguaje que ha dado forma a una respuesta mucho más amplia en todos los niveles, ha utilizado la expresión “guerra contra el terrorismo”. Ello ha provocado en muchas partes del mundo un cambio sutil de acentuación; el orden y la seguridad se han convertido en prio-

---

(7) IGNATIEFF, MICHAEL. “11 de septiembre: Occidente dividido”. Agenda Estratégica. Lunes 14 de octubre de 2002. Artículo publicado anteriormente en “Financial Times”.

ridades absolutas, a pesar de que el mundo ha aprendido del pasado que hacer hincapié en el orden y la seguridad nacionales ha significado con frecuencia una restricción de la democracia y de los derechos humanos.

Es esencial que las medidas adoptadas por los Estados para combatir el terrorismo sean conformes a los criterios internacionales de los derechos humanos. El Secretario General de Naciones Unidas, Kofi Annan, lo ha expresado convincentemente en el discurso pronunciado ante el Consejo de Seguridad el pasado 18 de enero: "Todos deberíamos tener claro que no hay ninguna contradicción entre una acción eficaz contra el terrorismo y la protección de los derechos humanos. Por el contrario, creo que, a la larga, comprenderemos que los derechos humanos, junto con la democracia y la justicia social, constituyen la mejor profilaxis contra el terrorismo. Aunque está claro que es necesaria la vigilancia para prevenir los atentados terroristas y la firmeza a la hora de condenarlos y castigarlos, sería contraproducente sacrificar en el proceso otras prioridades clave, como los derechos humanos".

Nuestro autor piensa que: "La gran preocupación ahora es que si las democracias maduras borran las líneas divisorias o dan mal ejemplo, los regímenes no democráticos considerarán que tienen luz verde para mantener políticas represivas, convencidos de que nadie prestará atención a sus excesos. Se hace así más difícil garantizar la conformidad con los criterios y las garantías fundamentales contra los abusos de poder. Es especialmente preocupante que el ambiente creado tras el 11 de septiembre esté afianzando en Europa una mentalidad de fortaleza. Al tiempo que los controles se hacen más estrictos, se da un endurecimiento del debate y del lenguaje utilizado cuando se habla de los solicitantes de asilo político y de los inmigrantes. Ello, junto con la reaparición del antisemitismo y el aumento de la fobia al Islam, son problemas que deben atajar tanto los dirigentes como los ciudadanos europeos" (8).

Dado que las guerras actuales son desarrolladas frente a las cámaras y son dirigidas directamente a lo que será atacado en el bando enemigo, los comandantes militares occidentales saben que el éxito reside ahora en la aceptación por parte de la opinión pública de sus acciones. De hecho,

---

(8) IGNATIEFF, MICHAEL. "Los derechos humanos, ensombrecidos por el 11-S". Publicado, dentro del espacio de Opinión, en el diario El País de fecha 28 de agosto de 2002.

no hay ningún objetivo puramente militar: cualquiera de los seleccionados cuya destrucción o neutralización aporte una gran ventaja militar pero no tenga detrás el apoyo moral de la ciudadanía es un ataque fallido. La respuesta de los militares occidentales ha sido el apoyo en los juristas y abogados.

La guerra es la más sencilla de las realidades que puedan abstraerse de la obligación del respeto a los derechos del hombre, y para la cual el lenguaje de los derechos humanos proporciona un nuevo poder retórico de una justificación concreta. Tomar el control de la guerra en la época actual significa adquirir el control de esta fuerza retórica, empleada y manoseada por todos, estando seguros de que la defensa de dichos derechos no es un cebo para capturar las conciencias de los ciudadanos en las guerras que finalizan ni aquellos otros que de forma lateral los gobernantes desean que se defiendan.

Las obras de Ignatieff han dedicado mucho tiempo y empeño a la exposición de la vulnerabilidad de los derechos humanos y a la falsa atribución de su defensa por intereses particularistas, como queda patente en la introducción de su obra *Virtual War*:

*Justo en el instante en que podemos hacer tanto en el nombre de los derechos humanos, también podemos decidir el hacer ciertamente muy poco. El hecho de hacer muy poco fue el tema de dos libros míos anteriores a este, "Guerra Virtual", cuyos títulos son "Blood and Belonging" y "The Warrior's Honor" sobre el nacionalismo étnico y la guerra étnica... El objetivo de este libro, al igual que el de los dos precedentes de la trilogía, es modesto. Yo no cuento con reglas ni procedimientos adecuados para los gobernantes, y no planteo consejos para los Generales. Escribo para los ciudadanos, aquellos a los cuales se les puede llamar en cualquier momento para ir a una nueva guerra, para que conozcan lo que yo sé sobre este tema y el modo en que se puede actuar frente a determinados retos desde mi punto de vista.*

Los derechos humanos, su realidad y la existencia de quienes buscan desenfrenadamente su defensa, serán motivo de crónicas, artículos, programas y libros, pero todo lo que sobre ellos se diga o comente no será más que una página individual del amplio dossier de su existencia.

## **CAPÍTULO CUARTO**

### **WILLIAM PFAFF. REFLEXION CRÍTICA SOBRE LAS CREENCIAS BÁSICAS QUE INSPIRAN LA POLÍTICA EXTERIOR ESTADOUNIDENSE**

## WILLIAM PFAFF. REFLEXIÓN CRÍTICA SOBRE LAS CREENCIAS BÁSICAS QUE INSPIRAN LA POLÍTICA EXTERIOR ESTADOUNIDENSE

POR JOSÉ PARDO DE SANTAYANA Y GÓMEZ DE OLEA

William Pfaff, historiador de profesión y con una sólida formación filosófica, es un prolífico autor y periodista norteamericano afincado en París desde hace veinte años. Escribe fundamentalmente sobre cuestiones de política e historia contemporáneas. En sus artículos hace un seguimiento de la política europea y del papel de EEUU como gran potencia mundial. Se adentra en el terreno del pensamiento político y trata con asiduidad cuestiones relacionadas con la naturaleza del poder y el uso de la fuerza militar.

Destaca por su gran sentido crítico y por la profundidad con que estudia las cuestiones más complejas. Rechaza posiciones ortodoxas y se le puede considerar un intelectual independiente que ha mantenido estrechas relaciones con grandes personalidades de la política norteamericana tanto de uno como otro signo político. Goza de un gran prestigio tanto en los EEUU como en Europa. Nació a principios de la década de los treinta, sigue desarrollando una actividad intensísima y se mantiene en plenitud de facultades después de más de medio siglo de actividad profesional.

Ha escrito o es coautor de siete libros: *The New Politics and Power and Impotence* (1960), *The Politics of Hysteria*, *The Source of 20<sup>th</sup> Century Conflicts* (1964), *Condemned to Freedom* (1971), *Barbarian Sentiments: How the American Century Ends* (1989) que ganó el prestigioso premio Jean-Jacques Rousseau, *La Ira de las Naciones: La civilización y las furias del nacionalismo* (1993), *The Future of the United States As a Great Power* (1996), *Barbarian Sentiments: America in the New Century* (2000).

Sus artículos aparecen regularmente en "el País" y la revista de "Política Exterior" y publica dos columnas semanales en "The International

Herald Tribune" donde escribe desde 1978. Entre 1971 y 1992 contribuyó regularmente con la revista "New-Yorker", escribe en las revistas norteamericanas "Foreing Affairs", "World Policy Journal", "The National Interest" y "The New York Review of Books" y además publica artículos en numerosas revistas europeas: "Commentaire" (París), "Forum" (Munich), "Die SEIT (Hamburgo), "Europäische Rundschau" (Viena), "Moderna Tider" (Estocolmo) y otras.

William Pfaff es profundamente norteamericano y al mismo tiempo conoce y comprende a Europa y los europeos. Destaca como intelectual por su capacidad para tomar distancia de sus propios orígenes y contemplar el mundo despojado del paternalismo que más o menos encubiertamente caracteriza los intelectuales de su país. Esto no le impide, sin embargo, reconocer el papel central que los EEUU juegan en el mundo. A lo largo de toda su obra pone de manifiesto su vocación filosófica y la gran importancia que da a la dimensión moral del comportamiento humano. Considera que las ideas erróneas están en el origen de los grandes males que afectan y han afectado a la humanidad, y afirma igualmente, que un conocimiento certero de las sociedades humanas y su problemática compleja es esencial para tomar decisiones que hagan avanzar al mundo.

Se opone a la idea de que el mundo esté llamado a ser una réplica a gran escala de la sociedad norteamericana y su sistema de valores. En sus libros y artículos explora hasta el último rincón del alma norteamericana para poner en relación las creencias esenciales de la nación estadounidense y sus modos de responder a los grandes retos de nuestro tiempo: el ejercicio del poder y la búsqueda de un orden de paz, de justicia y de libertad. Está convencido además de la importancia de los lazos culturales y de identidad que unen a EEUU con Europa.

## **DE LA GUERRA FRÍA AL NUEVO ORDEN MUNDIAL**

En sus primeras obras hace una crítica del modelo político norteamericano y su política exterior y se interroga a cerca del impacto de la modernidad occidental en el mundo no occidental. En *Condenados a la Libertad* analiza la crisis interna de la sociedad liberal. Las reflexiones e interrogantes que plantea en esta obra se mantendrán como hilo conductor de su pensamiento. Las limitaciones y contradicciones de la cultura política y económica de su país serán por tanto una de sus preocupaciones recurrentes.

Al acercarse el fin de la Guerra Fría en 1989, Pfaff escribe uno de sus libros más conocidos *Barbarian Sentiments: how the american century ends*. Lo escribe para poner de manifiesto la importancia que para los Estados Unidos sigue teniendo Europa y para oponerse a la idea de reducir el compromiso de defensa con Europa occidental y buscar nuevos socios. El libro empieza por afirmar que es necesario el conocimiento de la historia tanto de Europa como de las naciones asiáticas del pacífico antes de hacer juicios sobre las relaciones que EEUU debía establecer en un mundo que estaba sufriendo profundos cambios.

Para el autor los norteamericanos tienden a actuar ignorando la historia o como si ésta fuera irrelevante. Esto es una consecuencia de su propia experiencia histórica que ha sido relativamente benigna y de la convicción del origen providencial de los EEUU, lo que les lleva a creer en la inevitabilidad de su pasado. Otro tipo de falsa creencia proviene de asumir como cierto lo que los estereotipos culturales de la propia sociedad quisieran que lo fuera. Así es el caso del deseo de ver al “viejo mundo” europeo superado por el “nuevo” americano, quedando Europa relegada en importancia y el deseo también de que su país cumpla con la vocación misionera en Asia, religiosa en el siglo XIX, secular en el XX. “Aunque dos guerras civiles europeas —guerras mundiales— agotaron a las potencias europeas entre 1914 y 1945, no se puede llegar a la conclusión de que Europa está acabada. Mientras Europa irradie energía intelectual y moral su preeminencia no habrá pasado; y la evidencia es hoy que el dinamismo europeo lejos de haberse perdido se está de hecho intensificando”

En los tiempos modernos, los americanos, afirma el autor, son optimistas en cuestiones internacionales. “El rechazo de que haya lobos al otro lado de la puerta nos ha hecho avanzar. Otras sociedades están obsesionadas con los lobos”. Los americanos se resisten a reconocer las complejidades y perversidades del devenir histórico, hacerlo amenazaría el optimismo que ha sido indispensable al propio desarrollo de la nación norteamericana. Los estadounidenses están firmemente convencidos de que su país es un modelo para la humanidad, fuente del idealismo y referencia de justicia y al contemplar el mundo están igualmente convencidos de que la gente en todas partes comparte las principales ambiciones y valores norteamericanos. A ello hay que añadir que desde los EEUU se entiende que el mundo será seguro para América cuando se parezca a América.

“Nos encontramos en una situación singular. En un nivel de inteligencia o conciencia los americanos saben que su lenguaje político es falso y que

sus ideas son sentimentales y autocomplacientes.” Los americanos y sus gobiernos son perfectamente capaces de identificar sus intereses en el exterior y distinguirlos de los de otros países, y reconocer que estos no solo pueden estar en conflicto con los intereses americanos sino ser además legítimos. Los norteamericanos defienden agresivamente sus intereses comerciales hasta el extremo del proteccionismo, manteniendo al mismo tiempo el idealismo liberal como un principio irrenunciable “El problema americano es como liberarse del corsé de sus ideas exhaustas”.

Para William Pfaff, los años de atlantismo y del énfasis en el liderazgo americano en la defensa de Europa han oscurecido el cómo y el porqué de todo esto. La política americana se originó por temor a otra guerra y por miedo tanto a un posible rearme alemán como a la Unión Soviética; nació por tanto de la decisión estratégica de evitar que la URSS controlara la industria, el capital humano y la capacidad militar de los Estados de Europa occidental. El interés estratégico americano por la autonomía e independencia de Europa Occidental permanece idéntico y esta parte del mundo es más importante para el futuro de los norteamericanos que Asia, la URSS o América Latina. Europa Occidental es más importante para la civilización en la que América vive porque esta permanece fundamentalmente en una civilización europea.

Durante el último tercio del siglo XX el sistema internacional había actuado desde la creencia de que ni los EEUU ni la URSS querían la guerra y que las rivalidades, aunque irreconciliables en los principios, eran en la práctica negociables. Con la “Glasnost” y la “Perestroika” en la URSS la situación en la Europa Central y del Este se había vuelto potencialmente más peligrosa. El factor más destacado acerca de ese área es que nada ha sido consolidado. La dominación soviética de la Europa Central y del Este contribuía a solucionar el “problema” de Europa tanto para la URSS como para los EEUU. Pfaff adelanta, entonces, que el cambio como consecuencia de la crisis del sistema comunista reabrirá todos los interrogantes de una región llena de problemas nacionalistas sin resolver, tensiones étnicas y fronteras disputadas donde se desencadenaron las dos guerras mundiales. “Si la Europa dominada por la URSS se vuelve a unir con la Europa occidental, Europa cambiará de un modo fundamental, y así también la relación americana con Europa”.

Cuando ya se había producido el estallido nacionalista, y los conflictos armados que Pfaff anunciaba en su libro anterior, escribió *La Ira de las Naciones*, traducido a cinco idiomas. En él analiza con gran detenimiento

el fenómeno del nacionalismo al que considera “la fuerza política más poderosa del siglo XX”. Con este libro pretendía mejorar la comprensión de “un elemento fundamental de la vida política moderna y de las relaciones internacionales”, en un momento además donde ésta era un cuestión central del debate estratégico.

El autor considera que “el nacionalismo es una expresión profunda, aunque a menudo maligna, de la identidad humana, una fuerza negativa, pero también positiva”. En su libro explora en la historia: los orígenes, las causas y las raíces históricas para tratar de evaluar a donde nos conduce el fenómeno del nacionalismo. No hay que olvidar, en todo caso, que la obra fue escrita en 1993 cuando todavía la comunidad internacional mantenía una actitud tibia frente al conflicto abierto en los Balcanes y para una sociedad, la norteamericana, que veía desde la distancia y con simpatías el fenómeno del nacionalismo. Pfaff recuerda que: “El nacionalismo ha provocado muchos estallidos de violencia en la historia moderna, algo que hoy se repite en los Balcanes y en los estados de la ex Unión Soviética, al tiempo que el fenómeno de la violencia entre comunidades y razas causa estragos en ciertas partes de Asia y Africa. Sin embargo, el nacionalismo es también la fuerza que descalabró el imperialismo de los herederos de Lenin, y el dominio nazi de Europa”.

Comienza diciendo que “el nacionalismo no es una ideología porque no posee universalidad. Es imposible ser nacionalista a secas; solo nacionalista alemán, croata o norteamericano. Sin embargo el nacionalismo ocupa el terreno moral y emocional que corresponde a la ideología política. Es irracional como fenómeno general, pero natural como fenómeno específico. Es la contradictoria y absurda afirmación de que los valores e intereses de cada país son superiores”.

Desde su gran conocimiento de la historia y el pensamiento político occidental, el autor establece las siguientes tesis:

- La nación moderna, un fenómeno europeo, llegó cuando decayeron los imperios, y eso sucedió hace muy poco tiempo.
- La nación étnica es un invento. Entre los estados-nación contemporáneos, ninguno puede afirmar seriamente su homogeneidad étnica, con la excepción del Japón, Finlandia, posiblemente los estados escandinavos, Albania y tal vez Hungría.
- No hubo evolución “natural” desde la comunidad primitiva, fuera étnica o de otro tipo, hacia la nación.

—El nacionalismo es inherentemente absurdo. ¿Por qué el accidente —afortunado o infortunado— de haber nacido en Estados Unidos, Albania, Escocia o las islas Fiji debe imponer lealtades que rijan una vida individual y estructuren una sociedad al extremo de ponerla en conflicto formal con otras?

Pfaff reconoce que: “Durante muchos años se creyó que el nacionalismo era una causa progresista, un movimiento moderno de los intereses populares contra el imperio o la dinastía, una lucha contra el privilegio. (...) Antes de 1918 se argumentaba que los “reaccionarios” sistemas Habsburgo y otomano aprisionaban a pueblos “jóvenes” para los cuales la historia reservaba un destino nacional. Ello expresaba los supuestos implícitos del darwinismo social de la época: las naciones eran jóvenes, vigorosas, expansivas, o maduras y estáticas, o bien eran decadentes y merecían ser desplazadas. La reputación progresista del nacionalismo europeo se perdió en los años de entreguerras, a medida que los parlamentos trastabillaban en los Balcanes y la Europa sudoriental, o eran disueltos por monarcas o generales, y los conflictos étnicos y nacionales emponzoñaban la vida política de países como Austria, Yugoslavia, Checoslovaquia, Hungría y Rumania, creando una justificación para las posteriores intervenciones nazis”.

Añade también el autor que: “después de la Segunda Guerra Mundial renacieron las esperanzas progresistas en el nacionalismo, con respecto a la liberación de las poblaciones asiáticas y africanas de los imperios coloniales europeos. Se sostenía que otorgarle la independencia era un imperativo moral para las potencias coloniales, aunque las nuevas naciones se gobernarán mal (si bien predominaba la opinión de que se gobernarían bien una vez liberadas de las restricciones externas; la influencia de las creencias de Rousseau sobre la virtud natural del hombre —sobre todo del hombre incivilizado, y por ende incorrupto— aún era poderosa, y continúa siéndolo). En general se han gobernado mal, pero el nacionalismo africano y asiático siguen siendo una causa progresista”.

Del estudio del nacionalismo lo que al autor más interesa es precisamente sacar conclusiones para el modo de actuar frente al terrible conflicto que en aquel momento viven los Balcanes. Explica cómo una dificultad añadida para la resolución del conflicto resulta de la especial característica del nacionalismo en la Europa central, oriental y balcánica. En aquellas regiones “la nacionalidad se identifica con la identidad étnica o religiosa. No se adquiere por inmigración (ni se pierde por emigración). Esto

entraña una diferencia radical, pues es la clave de las crisis nacionalistas que han estallado en la región desde el colapso del comunismo en 1989". La diferencia se debe a que estas sociedades no han atravesado la experiencia "moderna": Reforma, Renacimiento, Ilustración y Revolución.

A través del Estado, la nación occidental provee defensa, orden cívico, un sistema de justicia y una estructura económica. Estos compromisos de orden práctico demandan obligaciones y beneficios recíprocos que tienen además un matiz emotivo de adhesión al país, con frecuencia intenso. "La nacionalidad del género occidental, secular y plural en lo étnico, no ofrece un obstáculo esencial a la democracia o a la protección de los derechos humanos, puesto que a las minorías como tales no se les excluye de la nación. En contraposición, como la identidad política de Europa oriental y balcánica está ligada a la etnicidad y a la religión, la nacionalidad y la ciudadanía son exclusivas y no pueden ser objeto de compromiso ni de evasión".

El autor explica cómo la guerra étnica yugoslava se produce entre comunidades que no poseen características físicas distintivas, ni orígenes raciales o antropológicos separados; son un mismo pueblo con historias distintas que se solapan. Se trata por tanto de una guerra de historias. El abismo no se abrió realmente hasta 1918, cuando los pueblos eslavos del sur fueron unidos en una misma monarquía con una dominación absoluta por parte de los serbios. Los nacionalistas serbios han sido además los principales, aunque de ninguna manera los responsables exclusivos, de la última guerra.

En artículos publicados en otoño de 1992 y verano de 1993 de la revista de Política Exterior, Pfaff defiende la necesidad de emplear la fuerza militar para imponer la paz y oponerse a los designios del nacionalismo. Así afirma "hay hoy un interés fundamental entre todos los Estados vecinos y la totalidad de las democracias en cortar el paso a los conflictos y guerras étnicos, en detenerlos, penalizarlos y obligar a las partes a negociar. (...) El paso más grande sería que la OTAN garantizase las fronteras políticas de Europa central, oriental y balcánica que todavía no han sido violadas pero que están amenazadas por rivalidades y reivindicaciones étnicas. Puesto que Naciones Unidas ha perdido su credibilidad militar en el curso del conflicto yugoslavo, esta garantía solo puede venir de la OTAN".

El autor se opone por tanto a el plan Vance-Owen que pretendía buscar seguridad tanto para las minorías como mayorías étnicas "redibujando

mapas". La lucha en Yugoslavia se había convertido en una guerra de valores políticos y esta es la razón particular que explicaba su importancia para el futuro de las regiones vecinas. Esta residía en la influencia que podía ejercer sobre las demás reivindicaciones territoriales étnicamente irreconciliables que podían surgir en otros lugares produciendo una reacción en cadena peligrosa y desestabilizadora. Para el autor el principio de autodeterminación resultaba en aquel contexto destructivo y había que apostar por la defensa de las fronteras existentes.

## **SOBRE EL PROGRESO, EL FUTURO, EL LIBERALISMO ECONÓMICO Y LA GLOBALIZACIÓN**

Los acontecimientos bélicos ocurridos en Europa y las fallidas expectativas de un nuevo orden mundial requieren, según Pfaff, la revisión de algunos grandes principios políticos y filosóficos. En todos sus textos está presente el debate de fondo sobre si siguen siendo válidas las creencias básicas que la sociedad occidental sostenía al finalizar el siglo XX, muchas de las cuales hunden sus raíces en la experiencia histórica y filosófica de los siglos XVIII y XIX. Para el autor es necesario contrastar estas convicciones con la inapelable realidad de los hechos y de los efectos de las ideas sobre la consecución de un mundo más habitable para los seres humanos.

En un artículo publicado en la revista de Política Exterior (1996), William Pfaff aborda una cuestión central en la interpretación del mundo y, en consecuencia, también central para encontrar una respuesta acertada frente a la conflictividad y la guerra. ¿Hay o no hay progreso histórico? "Ésta es una cuestión fundamental y necesaria ante la llegada del tercer milenio. (...) El segundo milenio concluye con la duda del optimismo secular de los tiempos modernos y la historia iniciando una senda sin ruta".

Hay que tener en cuenta además que "la noción de la historia como progresión política inteligible o significativa es occidental y, en su versión secularizada, bastante reciente. Sin esta idea, difícilmente habría una política occidental moderna, y no digamos una guerra moderna".

Para el autor las estructuras intelectuales que se utilizaron en el pasado para demostrar que el futuro sería mejor han quedado desacreditadas, sin que esto signifique que el futuro no pueda ser mejor que el pasado. Los siglos XIX y XX han transcurrido guiados por la convicción de que la historia avanza hacia un futuro que justificará y dará sentido al pasado y en

la creencia de que había soluciones para los problemas esenciales, que se podrían descubrir y, con suficiente esfuerzo, corregir. Para el autor esta confianza ya no existe y en los círculos académicos se extiende una tendencia a relativizar todas las creencias y dudar sobre la validez de la civilización occidental. Además, ahora se extiende una amplia percepción popular de que el progreso se ha vuelto adverso y de que es más probable que el futuro sea peor que mejor.

La revelación religiosa prometía la salvación. El marxismo afirmaba proporcionar un análisis científico para demostrar que las masas trabajadoras habitarían un mundo justo y sin clases. El optimismo liberal decía que la aplicación de la razón y los descubrimientos de la ciencia podrían erradicar la injusticia y la miseria. Las elites actuales en general no creen en la religión. En la práctica el marxismo creó “los gulag” y empobreció los Estados que gobernó. Las previsiones del progreso del liberalismo fueron refutadas por las dos guerras mundiales y el totalitarismo, y en la actualidad por la guerra étnica, comunal y racial que se extiende desde la Europa balcánica hasta el corazón de África pasando por Rusia, Asia y las ciudades europeas y norteamericanas.

“La caída del comunismo en 1989 pareció dejar intacta la versión liberal del optimismo occidental, o incluso haberla reivindicado. Poco de lo ocurrido desde entonces daría validez a ese punto de vista, ni siquiera en las sociedades ricas y afortunadas, cuyos problemas sociales actualmente son peores que en 1989. En muchas partes no occidentales del mundo, la condición humana es desastrosa y va a peor. La propuesta de que la victoria de la democracia liberal sobre el comunismo podría consolidarse en un “nuevo orden mundial” resultó ser un resurgimiento efímero de un desacreditado wilsonianismo”.

Estados Unidos ha demostrado exactamente lo contrario de aquella voluntad de hegemonía benevolente. Desde la guerra del Golfo —en la que mediaron intereses petrolíferos— “esta superpotencia ha eludido responsabilidades al considerar que su opinión pública no tenía la tolerancia necesaria para los sacrificios que impondría la hegemonía. Y esto es grave porque una superpotencia debe actuar incluso cuando sus intereses no están en juego”.

No obstante lo anterior, para el autor sigue utilizándose la retórica del progreso. Así “el argumento común tanto de la derecha como de la izquierda es que la sociedad internacional avanza hacia una mayor democracia. A este progreso se le atribuye la clasificación de inevitable, y una política exterior que

fomente la democracia se considera no sólo una expresión de los valores occidentales, que lo es, sino como cooperación práctica con la tendencia histórica fundamental que tiene la seguridad como resultado: la ciencia política ha descubierto que las democracias no luchan entre sí. Cuando las naciones no occidentales hayan conseguido la situación no bélica de Occidente, el mundo se habrá descubierto a sí mismo y la historia puede terminar (como ya ha insinuado Francis Fukuyama). Este es el romanticismo contemporáneo”.

Sin embargo, para Pfaff, más que un nuevo paradigma de la historia, lo que impera es un nuevo realismo sobre la historia y su futuro. La historia da claros argumentos de su deseo de no detenerse, y “si el marco intelectual que teníamos antes ha quedado desacreditado, ¿qué ocupará su lugar?”. El activismo histórico de la civilización occidental garantiza que Occidente buscará una nueva justificación para su deseo de controlar la sociedad y dominar el universo material. En el momento de escribir el artículo el autor considera que no hay una respuesta evidente y que la estructura de las expectativas liberales sobrevive pero vacía de contenido. Es el caso ya citado de la propuesta de Fukuyama para quién no habría más historia; el liberalismo ya ha ganado, el objetivo de la historia ha sido alcanzado y no cabe esperar nada más. La propuesta de Huntington de formular una nueva teoría sobre el futuro —el choque de civilizaciones— parece al autor fatalista y dedicará varios artículos a rebatirle. “El nacionalismo y el comunalismo o el racismo también son propuestas lógicas a la atrofia de las esperanzas liberales sobre el futuro común”.

Frente al punto de vista liberal de la historia, el autor nos recuerda que también ha existido el punto de vista trágico de que la historia es una lucha del ser humano contra sus limitaciones, en que la dignidad se encuentra en la lucha misma, sin resolución en el tiempo histórico. Desde esa perspectiva es fácil concebir el futuro en términos hobbesianos de egoístas luchas de poder, por mucho que se disfrace en la decadente retórica del liberalismo. Este nihilismo respecto de valores autoriza, si es que no dicta, una política de engrandecimiento del poder.

El creyente en el pecado original y en la providencia divina encuentra aquí un terreno práctico común con el estoico, ateo y humanista Sigmund Freud, quién recordó a los lectores que el objetivo de la vida es la muerte y, quién afirmó que no podía entender como podía conservarse la ilusión benévola de que en los seres humanos opere un instinto hacia la perfección, del que pueda esperarse una conversión gradual hacia el superhombre. Pfaff no va a situar, sin embargo, este enfoque “realista” de las rela-

ciones internacionales en igualdad de rango moral con el liberal a pesar de las limitaciones y contradicciones de éste último.

El autor ve con preocupación el mundo posmoderno precisamente por su falta de alternativas sólidas al realismo nihilista que interpreta el mundo en términos de poder e intereses. “Hasta ahora, las interpretaciones occidentales del significado histórico han dado por hecho que este significado tiene una existencia objetiva. Lo ha dado la revelación divina, y la ciencia y la razón lo han identificado, pero el caso es que está ahí. Si se encuentra, y se influye en él, las cuestiones éticas y metafísicas de la existencia humanas acabarán siendo resueltas”.

“El nihilismo moderno rechaza la disciplina y la limitación que forman parte de esta creencia en un referente objetivo para la acción humana. El segundo milenio concluye con el agotamiento de las posibilidades intelectuales, políticas y morales de la creencia en el progreso. Si el nuevo milenio se abre con el pensamiento de que Dios está muerto y la historia no tiene propósito, excepto el que el poder pueda imponer, nos acercamos al universo hobbesiano”.

Con el cambio de milenio, en otro artículo de la revista de Política Exterior (2000), William Pfaff aborda otra de las convicciones que articula su pensamiento. Lo poco que se puede saber acerca del futuro. Cita a Karl Popper quién advirtió que “por razones estrictamente lógicas es imposible predecir el futuro de la historia”. Esto deriva de que el conocimiento aumenta a un ritmo inmensamente rápido y ni siquiera podemos anticipar hoy lo que sabremos mañana.

En 1900 la creencia generalizada era que los intereses de las grandes potencias y, sobre todo, de sus economías, estaban tan estrechamente entrelazados y eran tan interdependientes que la guerra ya no tenía sentido. La existencia de imperios y del patrón oro hacían que las economías del mundo y las finanzas internacionales estuvieran más globalizadas de lo que lo están hoy. Las fuerzas destructivas que iban a dominar la mayor parte del siglo XX carecían de influencia a principios del siglo, o no existían siquiera. El marxismo como movimiento político era una cuestión marginal y el fascismo y el nazismo no habían sido imaginados o quizás eran inimaginables. Nadie en 1900 podía anticipar los acontecimientos que solo 14 años después destruirían el sistema internacional existente.

En los años sesenta y setenta, el “futurismo” se puso de moda y, durante breve tiempo, fue tarea académica en EEUU. Desde la perspectiva que da el tiempo, el autor pone de manifiesto hasta que punto aquellas

previsiones fueron equivocadas. Así cita cómo Anthony Lake y Daniell Bell afirmaban que el nacionalismo era un fenómeno primitivo que el progreso finalmente corregiría. O cómo Herman Kahn y Anthony Weiner daban por supuesto que en el año 2000 el sistema internacional permanecería sin cambios según el modelo de la guerra fría.

Como conclusión Pfaff reconoce que del futuro sólo existe la certidumbre de su imprevisibilidad y que las únicas afirmaciones novedosas que se pueden hacer son las generales: “que el poder hegemónico incita a la oposición; que los vacíos de poder se cubren; que las entidades políticas procuran extender su influencia y riqueza; que el mal existe en la historia y que la razón no es su dueño”.

Para el autor esta reflexión tiene más trascendencia de lo que a primera vista pudiera parecer, precisamente porque las ideas que articulan los grandes modelos de relaciones internacionales y económicas que se proponen en la actualidad se basan en la presunción de un futuro mejor, y este futuro es precisamente el que justifica las penalidades y dificultades que estos modelos producen en el presente.

“Los defensores de la actual corriente general afirman saber la verdad sobre nuestro futuro, igual que sus predecesores del siglo XIX “conocían” la verdad y la inevitabilidad de su versión del liberalismo económico (...). Pero no lo sabían. Ni lo sabemos hoy. Sabemos mucho pero nada más. La concepción actual del capitalismo, el mercado global y la conducta empresarial correcta está abierta al más serio desafío. Como visión de la sociedad es demasiado limitada, defectuosa en sus supuestos sociales y políticos, y carente de profundidad histórica. No está claro que ocupará su lugar. Pero en la actual situación, me da la impresión de que el principio al cual la gente debería aferrarse es al de no hacer daño”.

Vemos claramente, cómo esta preocupación que William Pfaff demuestra por no dar al futuro mayor relevancia de la que debiera tener, está íntimamente relacionada con otro gran debate en el que éste ha participado desde sus orígenes como periodista e intelectual y que tiene cada vez mayor relevancia estratégica: el del impacto del modelo económico capitalista en el desarrollo tanto de las propias sociedades más desarrolladas como sobre todo del mundo más pobre.

Así, una de las críticas más importantes que hace al modelo de capitalismo que apuesta por más libre comercio y globalización, es que parte de la certeza de que los sacrificios que se piden a la sociedad en ese momento van

en beneficio de un futuro mejor a largo plazo, futuro que, como ya se ha dicho, el autor afirma no se puede conocer. Compara esta actitud además con la que durante tanto tiempo se sostuvo en la URSS y que conforme a la ideología comunista pedía permanentemente sacrificios en nombre de un futuro luminoso y pleno, que habiendo de llegar pronto, no llegaba nunca.

El dogma que Pfaff cuestiona, y que define como la exageración de papel del libre comercio, es aquel que afirma que la sociedad industrial debe seguir un rumbo de extensión del libre comercio y de la competencia global que aunque va acompañado de elevados niveles de desempleo, de salarios reducidos, empleo precario, presión sobre el sistema de sanidad y el bienestar a corto plazo, a más largo plazo, dará prosperidad a las sociedades que son pobres en la actualidad y se generará nueva riqueza en los países que ya son ricos.

Para el autor, el libre comercio sólo fue uno de los factores que contribuyeron a los treinta años de crecimiento y prosperidad que siguieron a la Segunda Guerra mundial en la mayor parte de Europa occidental y de Norteamérica. Este periodo acabó en los años setenta por la asunción por parte de la administración Johnson de los gastos de la guerra del Vietnam por medio de la inflación, la posterior terminación de la convertibilidad en oro del dólar por parte de la administración Nixon y la crisis del petróleo. La reacción frente a la amenaza inflacionista fue el monetarismo por parte europea y la reducción de la demanda con recortes salariales y altos niveles de desempleo en los EEUU.

A principios de los ochenta cuando la política de estímulo económico y bienestar inspirada en la depresión parecía haber agotado sus posibilidades, y frente a las cuales los sindicatos habían abusado de su poder, en círculos políticos y empresariales conservadores se subrayaron los argumentos del liberalismo económico del XIX. Se recordó la tesis de Adam Smith sobre la importancia del mercado a la hora de establecer prioridades económicas y comerciales afirmando que maximizar el comercio daría lugar a un rápido crecimiento económico internacional, pero se pasó por alto la "ley de hierro de los salarios" de David Ricardo según la cual en un mercado libre los salarios siempre se estabilizan justo por encima del nivel de subsistencia.

Pfaff afirma que "después de casi dos décadas de experiencia es posible evaluar las consecuencias sociales de estas teorías y prácticas. En EEUU implican una reducción absoluta del nivel de vida medio de los asalariados y un dramático aumento de la diferencia entre los ingresos de los

asalariados y los de los directivos.” Los países del Tercer Mundo tampoco se han beneficiado del libre comercio en el grado que se esperaba. Al abrirse al comercio mundial, atraen la inversión pero también las importaciones y bienes de consumo mundialmente competitivos que destruyen los productos locales. Al mismo tiempo los países pobres luchan por ofrecer el trato salarial más competitivo al inversor internacional creando una forma de explotación laboral internacional característica del colonialismo.

Las previsiones optimistas de los defensores del libre comercio relativas a la creación de prosperidad en el Tercer Mundo solo serían posibles si la relación económica entre países avanzados y pobres fuera un sistema cerrado y si hubiera una cantidad fija de mano de obra en aquellos países. Si se diesen esas condiciones los inversores extranjeros no tendrían más remedio que luchar competitivamente por la mano de obra en el Tercer Mundo, con lo que los salarios y las condiciones laborales mejorarían. Por razones prácticas el número de trabajadores resulta casi infinito y “siempre tienes a los pobres de tu lado”.

“El capitalismo, en su nueva forma, destruye la prosperidad o el sustento de cientos de miles de personas por el bien del prometido bienestar de las generaciones venideras. La actual ideología económica, el pensamiento único, ha transformado el capitalismo, que ha dejado de ser la máquina de crear riqueza y mejorar la vida humana que fue entre 1940 y 1980 para convertirse en una máquina de empobrecer grandes grupos sociales y destruir empleo (principalmente en beneficio, por lo menos hasta ahora, de una reducida clase de ejecutivos y una más amplia de inversores)”. Al autor esto le parece inmoral.

La crítica de Pfaff respecto al modelo de relaciones económicas está estrechamente vinculada a otro fenómeno de trascendental relevancia en la definición del actual panorama mundial: la globalización. “Desde 1990 y el colapso de URSS hasta el pasado septiembre (se entiende 2001), el elemento más importante en las relaciones de EEUU con otras naciones fue la política económica y comercial. La desregulación de la economía mundial, la búsqueda de regímenes internacionales abiertos al comercio y a inversiones y la promoción de prácticas directivas y empresariales al estilo estadounidense se vieron como el mejor modo de promover la evolución hacia lo que Francis Fukuyama llamó el fin de la historia”.

El fin de la guerra fría había cambiado la percepción del interés nacional del país, de las esferas políticas y militares a las económicas y comerciales. La desregulación y la liberalización comercial llegaron a ser las

prioridades de la política exterior tanto de la administración Clinton como Bush, ambas dominadas por intereses empresariales.

Durante los años noventa la globalización, se convirtió en un fenómeno generalizado. En principio fue una integración de sociedades y economías impulsada por la tecnología que expresaba fuerzas que eran política, económica y moralmente neutrales. Lo que sucedió durante esa década fue precisamente que EEUU movilizó su inmenso poder económico y político para abrir economías e industrias extranjeras a la inversión y a la propiedad de EEUU, poniendo a su disposición mercados exteriores, materias primas y fuerza laboral, así como extendiendo una economía de libre comercio que opera bajo normas estadounidenses y que responde a sus intereses.

Para el autor “la meta del globalismo es utópica” en el sentido de que producirá un mayor bienestar material para un mayor número de personas. “Por su propia naturaleza, la globalización es distorsionadora, ya que es indiferente u hostil al mundo histórico y sus inherentes limitaciones, a las costumbres y culturas idiosincrásicas —al “mundo de los olivos”— (...). Gray la describe como legítima sucesora de ese otro proyecto utópico que fue la versión marxista del materialismo dialéctico. Descansa intelectualmente sobre un impregnable provincianismo y un prejuicio contra el pasado”. El utopismo de la globalización ha sido un factor esencial en el atractivo que ha ejercido sobre los estadounidenses.

Reconociendo que las economías occidentales han crecido, en promedio, muy deprisa, el autor concluye, que al igual que ocurría con la defensa a ultranza del libre comercio, el crecimiento económico propiciado por la globalización ha beneficiado principalmente a los países ya ricos, donde la ideología neoliberal ha dominado sobre las políticas sociales y de empleo, al precio del estancamiento de los salarios, la proliferación de familias con múltiples ingresos y la marginación de una parte de la sociedad en paralelo al enriquecimiento de las elites.

## ¿CHOQUE DE CIVILIZACIONES?

Como ya se ha dicho anteriormente, William Pfaff se opone a las tesis de Huntington sobre el choque de civilizaciones. “El marxismo fue una mentira sobre la historia, refutada a costa de grandes pérdidas humanas. Y ahora se busca una mentira que la sustituya. Los gobiernos y los ciudadanos quieren mentiras acerca de la historia o, por decirlo de otra forma,

simplificaciones exageradas, porque éstas hacen la historia inteligible y parecen ofrecer una idea del futuro”.

Para el autor, aunque se pueden decir muchas cosas sobre la historia que aclaran tanto la realidad como las posibilidades que encierra el futuro, éstas no son afirmaciones científicas. Muchos de los que han estudiado la política a lo largo de los últimos cincuenta años se han dedicado a construir una ciencia de la política. Se abandonó la tradición más antigua del pensamiento político arraigada en la filosofía, el estudio de las instituciones y de la historia y la historia de las ideas. Este alejamiento de la tradición de los estudios políticos humanísticos, presumiblemente, tuvo que ver con el relativo prestigio de la ciencia en comparación con las humanidades en las universidades estadounidenses durante la década de los cincuenta. Se tendió, por tanto, hacia el conductismo y la emulación del análisis económico, junto con la adaptación de los estudios políticos y de política estratégica de técnicas de ingeniería como el análisis de sistemas y las técnicas matemáticas.

Las conclusiones políticas derivadas de esta empresa incluían las doctrinas militares del conflicto gradual y la respuesta calculada, con una intensificación por pasos, escenarios alternativos y otros instrumentos analíticos aplicados en la práctica a la elaboración de una estrategia nuclear durante la guerra fría, a la dirección de la guerra de Vietnam y a otros problemas estratégicos y políticos.

Los factores culturales e históricos fueron invariablemente excluidos de estos modelos y análisis, no solo porque normalmente no pueden ser cuantificados, sino porque aquéllos a los que atraía más esta forma de estudio político tendían a no estar interesados en la cultura o en la historia. Los profesionales de la nueva ciencia política tendían a estar más interesados en el reto metodológico y en acceder a la influencia política que en el conocimiento directo de las sociedades extranjeras que puede considerarse hasta inconveniente al tender a distorsionar la pretendida objetividad científica del análisis.

Al final el resultado es una descripción simplificada de la realidad, pero apoyada en datos objetivos y en parte cuantificables que facilita la acción política y complacen a la administración que las financia. En caso de la tesis de Huntington, ésta proporciona además una explicación general plausible para muchas de las cosas que ocurren en el mundo y expone racionalmente las angustias que sienten los estadounidenses: el fundamentalismo islámico y el crecimiento no solo del poder económico asiático sino la vinculación de este poder con los “valores asiáticos”.

Desde el punto de vista del autor, Huntington comete el error de tratar a las civilizaciones como entidades políticas o centros de poder actuales disfrazados. Las civilizaciones no deciden ni actúan ni hacen la guerra. Al hacer esto, incurre en algo aun más grave que un error de análisis y valoración de amenazas potenciales. Al trasladar a civilizaciones y culturas desde la periferia de la política internacional hasta el mismo centro del escenario, es como poner una vez más a la raza en el centro del escenario histórico mundial. Sustituye con una entidad cultural, la civilización, que no tiene una existencia política responsable, a protagonistas identificables y responsables políticamente: Estados, gobiernos, líderes, individuos. Preconiza un fatalismo histórico y político que implica que nos encontramos bajo el dominio de un destino anónimo.

A menudo, las teorías bienintencionadas no tienen suficientemente en cuenta las implicaciones de sus teorías. Su argumento de que en el futuro las guerras serán conflicto entre civilizaciones desplaza la responsabilidad de estas guerras del terreno de la voluntad humana y de la decisión política al de la predestinación cultural. La guerra cultural es intrínsecamente innegociable e irresoluble. La condición de miembro de una civilización, al igual que formar parte de una raza, es algo que no se puede elegir, comprometer o evitar. Si los conflictos que hoy se reconocerían que tienen soluciones negociables —disputas territoriales, comerciales, por recursos, ambiciones políticas, geopolítica o ideología— deben ser reinterpretadas como choques de civilizaciones, se les niega una solución.

## HEGEMONÍA DE EEUU

Una cuestión que Pfaff aborda exhaustivamente, y frente a la cual mantiene una posición muy crítica, es el papel que juega EEUU como gran potencia mundial en un momento histórico de hegemonía sin precedentes. Su preocupación se acentúa aun más por la estrecha relación —negativa, en opinión del autor— que existe entre la elección estratégica de su país y las creencias más profundas y enraizadas de la nación norteamericana en relación con su misión histórica y su condición de sociedad excepcional marcada por el designio divino.

Tras la campaña electoral en la que George W. Bush resultó elegido presidente el autor muestra su preocupación por la falta de debate en materia de política exterior. “La principal diferencia entre los candidatos se refirió a la participación de militares estadounidenses en operaciones de

reconstrucción nacional, lo cual, según Washington, incluye el despliegue de la OTAN en Kosovo y Bosnia”.

El activismo y unilateralismo de la política exterior de EEUU tanto de republicanos como demócratas desde finales de la guerra fría “es el resultado de una alianza tácita entre quienes se consideran “wilsonianos” liberales —principalmente vinculados a la administración Clinton— deseosos de extender la influencia política y económica estadounidense y unir a las democracias del mundo bajo su manto, y los neoconservadores unilateralistas, que dominan el gobierno de Bush y no sólo creen en la proyección del poder de EEUU, sino que piensan que su liderazgo mundial —impuesto por la fuerza si fuera necesario— beneficia el interés propio de la comunidad internacional, así como el estadounidense”. Ambas perspectivas están detrás del enfoque agresivamente unilateralista del Congreso norteamericano en las relaciones exteriores durante los últimos años, el cual también expresa un viejo impulso aislacionista de EEUU. Unilateralismo y aislacionismo son manifestaciones distintas de la misma sensibilidad provinciana.

En Washington, durante la postguerra fría, la idea de aumentar la influencia estadounidense en el mundo se ha convertido en la cuestión central del pensamiento político. Unos prevén una ampliación de la OTAN a los antiguos Estados soviéticos, con la posible inclusión de Rusia, y continuar en Asia central hacia las fronteras del otro sistema estratégico: el del Pacífico. De esta manera se daría una dimensión política paralela a la globalización económica de los EEUU. Otros políticos consideran el nuevo siglo como una oportunidad para una refundación internacional del estilo de la confederación americana del siglo XVIII. Estos quisieran que las democracias industriales formasen una unión democrática de la que EEUU sería la inspiración y el líder.

Desde la creencia que EEUU otorga a su política exterior un inusual grado de moralidad y que no persigue una definición cerrada, egoísta, de sus intereses nacionales, sino que generalmente encuentra esos intereses en un orden internacional benévolo, se defiende que la hegemonía estadounidense debe sostenerse activamente.

El autor cita a George Kennan como el más eminente de los que se oponen a esta visión tan ampliamente aceptada en su país: “el planeta nunca se regirá por un único centro de poder, cualquiera que sea su capacidad militar (...) percibirnos como el centro de la ilustración política y como maestros de una gran parte del resto del mundo es insensato, jac-

tancioso e indeseable". Añade Pfaff que una apuesta estadounidense por la hegemonía fracasaría porque su objetivo, aunque "benevolente", no sería aceptado por otros países, que lo verían como una amenaza. "Así, los aliados europeos están ahora molestos por las presiones de Washington para bloquear la creación de una identidad de defensa capaz de adquirir cierta independencia respecto a la OTAN".

Paul Quilès, presidente de la comisión de Defensa de la Asamblea Nacional Francesa, expresó la inquietud de esa institución por las declaraciones del senador Jessé Helms según las cuales: "los países democráticos, sobre todo EEUU, en nombre de la libertad, poseen autoridad ilimitada, no sujeta a ningún control externo, para llevar a cabo intervenciones militares". La opinión de Helms, que según el autor podría representar la opinión general de sus conciudadanos, expresa una versión del legado wilsoniano que en su conjunto es más complejo, menos glorioso y ha tenido menos éxito del que los teóricos en Washington parecen creer.

Woodrow Wilson decía que "Hay naciones tan justas que no necesitan convencer por la fuerza a otras de lo que es correcto". Cuando implicó a EEUU en la 1ª Guerra mundial en el año 1917, lo hizo para librar una guerra que acabase con todas las demás, para hacer al mundo seguro para las democracias y terminar con la "política de poder". Al alcanzar la victoria, y con ella la oportunidad de hacer realidad sus ideas, declaró que el papel de los EEUU en la contienda había sido producto de la intervención divina, "Esto es lo que soñamos en nuestro nacimiento. EEUU debe, en verdad, enseñar el camino a los demás". Tras ser aclamado por la multitud en su llegada a París para tomar parte en las negociaciones de Versalles, afirmó que el mundo se volvía hacia "EEUU en busca de esas aspiraciones morales que yacen en los fundamentos de toda libertad que (...) todos sabrán que ponen los derechos humanos por encima del resto de los derechos, y que su bandera no solo es la de los EEUU, sino la de la humanidad". Agradeció a Dios que los estadounidenses no fuesen como los otros hombres.

"Su ingenuidad sobre la autodeterminación nacional contribuyó a crear las condiciones en Europa central y oriental que, en los años treinta y cuarenta, provocaron la intervención de Adolf Hitler. Su influencia sobre Franklin Roosevelt le llevó a oponerse a los esfuerzos de Winston Churchill para utilizar una política de fuerza en Europa central y evitar así que cayese bajo control soviético en la posguerra. Incluso la política estadounidense en Vietnam fue una confusa amalgama de anticomunismo y sentimentalismo wilsoniano".

Tras las desastrosas consecuencias del wilsonismo durante los últimos ochenta años, es difícil explicar, según Pfaff, por qué la sentimental, megalomaniaca y ahistórica visión de Wilson deba continuar marcando el curso general de la política exterior estadounidense, tanto bajo administración demócrata como republicana, y despierte entusiasmo por la hegemonía del país entre los políticos y analistas.

En las pasadas elecciones presidenciales ambos candidatos prometieron derrocar a los regímenes de los Estados “delincuentes”, animar a los aliados rezagados y difundir la democracia al estilo estadounidense en todos los lugares a su alcance. “El país es todavía rehén intelectual del megalomaniaco y pretencioso presidente-clérigo que dio a la nación estadounidense la convicción blasfema de que, como él mismo, había sido creada por Dios para mostrar a las naciones del mundo cómo deben caminar por los senderos de la libertad”.

Durante los primeros años del nuevo milenio, EEUU seguirá siendo el país más poderoso e influyente del mundo. El sistema de bases globales y de alianzas integradas creado por él durante los años cincuenta y sesenta en respuesta a las amenazas reales de la guerra fría fue aceptado como legítimo e incluso deseable por sus socios en función de aquellas circunstancias. Pero con la transformación del gran escenario estratégico, los viejos aliados en Europa occidental y en Extremo Oriente comenzaron a percibir la presencia militar estadounidense como una potencial violación de su soberanía impuesta por razones cada vez menos obvias.

“Los estadounidenses veían aumentar su confusión sobre si era necesario ampliar sus costosos compromisos globales. Así, se desarrollaron nuevas teorías sobre amenazas externas: choques de civilizaciones, ataque islámico generalizado a Occidente, terrorismo mundial, nuevos imperialismos ruso y chino, crimen internacional, tráfico de drogas. Los Estados “delincuentes” pasaron a ocupar la primera línea de quienes amenazaban a EEUU. Un rico comerciante de Arabia Saudí fue identificado como la mayor amenaza de todas (el autor se refiere a Osama Bin Laden). Nada de esto tenía una justificación intelectual o política convincente. (...) Todas reflejaban el instinto natural de supervivencia de las burocracias gubernamentales de la guerra fría, cuya razón de ser había sido cuestionada.” El tiempo ha demostrado que en esta valoración Pfaff no estuvo demasiado acertado.

Los aliados europeos, criticados en el pasado por no hacer lo suficiente para defenderse a sí mismos, de repente fueron objeto de acusaciones

por crear una "fortaleza Europa" cuando lanzaron un proyecto de defensa común que podría debilitar la influencia estadounidense y sus privilegios en el Viejo Continente. El interés europeo en racionalizar y desarrollar su propia industria de defensa en lugar de comprar material estadounidense, fue criticado como un modo de minar la cooperación trasatlántica.

William Pfaff considera además que "Washington no está dispuesto — o quizá es incapaz intelectual y políticamente— a revisar sus intereses estratégicos en Asia con una seria consideración del coste de la política actual. (...) Como en Europa, EEUU corre el riesgo de transformarse en esa región de un defensor bienvenido a un intruso molesto. Washington parece no entender que su poder puede convertirse en un factor desestabilizador".

"La posición estadounidense y el sistema actual serán desafiados en el futuro". La identidad de quién tendrá éxito en el desafío es impredecible hoy, pero está en la naturaleza del sistema hegemónico generar oposición, del mismo modo que ha ocurrido siempre y le pasará a su eventual sustituto. El desafío vendrá de sociedades igualmente desarrolladas y también de la entropía de su sistema hegemónico, de la tendencia natural hacia la degeneración de la energía.

Las fuerzas profundas que actúan en las relaciones políticas, culturales y estratégicas tenderán a restablecer un pluralismo de poder. Esto podría venir de la mano del conflicto y la amargura, con consecuencias imprevisibles. Pero también podría sobrevenir de una manera constructiva, que lleve hacia un sistema internacional en que las grandes potencias reconozcan y respeten sus particularidades y busquen soluciones equitativas. No obstante EEUU prosigue con lo que considera su misión de reformar el mundo, "una misión pía y bastante irrealista, convertida en política exterior. (...) El optimismo estadounidense sobre esa transformación mundial todavía no se ha desvanecido, y ello explica por qué EEUU mientras se mantenga como una nación moralista, será peligrosa".

Tras los atentados del once de septiembre, el autor escribe a principios de 2002 otro artículo largo con el título de "El resurgimiento del destino manifiesto". Como ya se ha mencionado con anterioridad, William Pfaff explica cómo desde sus orígenes en 1629, cuando un grupo de anglicanos disidentes se estableció en una tierra virgen de la costa este para llevar a cabo un nuevo designio religioso, EEUU ha actuado convencido de que su destino es guiar el rumbo de la humanidad. Su política exterior siempre se ha basado en la creencia de que la modernización, la occiden-

talización y la americanización son beneficios absolutos e íntegramente relacionados, factores necesarios para el establecimiento de un orden justo en la sociedad. En contraste, el terrorismo —la violencia contra civiles por una causa política— se entiende como una expresión de desorden. “Este sentido de destino debe tenerse en cuenta para entender la dirección que tomará ahora el país”.

Tras la decisión de extender la guerra contra el terrorismo más allá de Afganistán y concretamente a Filipinas, Pfaff considera que se deben esperar nuevas fases de la guerra en otros países. También advierte que la larga lucha y la interminable movilización que se impulsa desde la administración Bush, pueda tener consecuencias inaceptables para el pueblo norteamericano y recuerda que la frustración o la derrota en Vietnam, Líbano y Somalia provocaron retiradas de EEUU de anteriores compromisos en el exterior.

No obstante estas experiencias negativas, los EEUU no han realizado una reorientación política permanente y desde la Segunda Guerra mundial, el intervencionismo ha permanecido como la tendencia dominante. La intervención económica internacional “globalizada” que Washington impulsa desde los años ochenta ha sido también acompañada desde el final de la guerra fría por una menos conocida globalización de la presencia militar de EEUU. Las Fuerzas Armadas están actualmente desplegadas en unos cuarenta países y mantienen contactos, intercambios y misiones de entrenamiento en otros muchos. Incluso antes de que concluyera la guerra en Afganistán, había comenzado la construcción de instalaciones militares en Uzbekistán y Pakistán.

La actual doctrina estratégica del Pentágono es mantener el campo de batalla lo más alejado posible de EEUU, restaurando la distancia defensiva tan dramáticamente perdida el 11 de septiembre, y obtener en el resto del mundo “un dominio de amplio espectro”. Antes del 11-S, el país ya estaba cerca de una influencia e incluso dominación de la sociedad internacional que ningún imperio anterior poseyó jamás. Pero carecía de voluntad para imponerse. El 11-S proporcionó esa voluntad.

Para William Pfaff, no obstante, es importante “destacar que las relaciones históricas ocultas o normales de EEUU con el mundo exterior han sido aislacionistas y moralmente aisladas, en contraste con el enérgico compromiso actual con la intervención.” En su origen, la conciencia interna, responsable del aislacionismo histórico del país, se formó por la experiencia de su aislamiento geográfico y político, éste último vinculado a la

naturaleza del experimento político de EEUU, en sí mismo dirigido a romper con la historia europea y a crear una nueva y redimida asociación política de hombres y mujeres libres, no corrompidos por la historia del Viejo Continente.

Fueron necesarias dos guerras mundiales para forzar a EEUU a salir de ese aislacionismo. Una rápida desmovilización militar tuvo lugar poco después de la Segunda Guerra mundial, solo detenida cuando la amenazante conducta de la Unión Soviética, con la intervención comunista en Checoslovaquia en 1948 y el ataque a Corea confirmaron la llegada de la guerra fría. El internacionalismo liberal permaneció hasta el colapso de la Unión Soviética. Superada la guerra fría, EEUU volvió al excepcionalismo y unilateralismo que se vio reforzado con la llegada al poder de George Bush (hijo).

“Aparentemente, esa actitud pareció cambiar el 11-S, pero rápidamente se hizo evidente que, a pesar de que EEUU recurriría a las alianzas internacionales para fortalecer su posición política, su intención era actuar por su cuenta. La guerra contra el terrorismo ha sido enteramente unilateralista en su concepción y ejecución, y los principales aliados de Washington han mostrado un creciente malestar por la dirección y la extensión de esa guerra”.

Según el autor, la valoración global de las intervenciones militares norteamericanas en las últimas décadas tiene importantes sombras. “Tras la derrota en Vietnam, en 1975, la política exterior de EEUU entró en una nueva época, concluida con el 11-S. Después de Vietnam, las intervenciones militares se consideraron una amenaza a la estabilidad interna y al buen orden del ejército norteamericano. De ahí que la doctrina surgida, denominada doctrina Powell, sostuvo que intervenciones viables eran sólo aquellas en las cuales EEUU desplegaba una fuerza aplastante y contaba con una estrategia de salida convincente”.

“Las intervenciones en los Balcanes ofrecieron el mejor coeficiente entre consecuencias positivas y negativas, pero se emprendieron con reticencias y sus resultados siguen siendo todavía hoy precarios. Nadie podría decir que el acuerdo de Dayton para Bosnia en 1995, el improvisado protectorado internacional de Kosovo —cuyo estatuto permanente se mantiene sin resolver— y la frágil coalición de fuerzas políticas recientemente lograda en Macedonia, sean soluciones duraderas”.

“En otros lugares —Líbano, Panamá, Nicaragua y Somalia, así como durante la guerra del Golfo y la cuasi guerra contra Irak— las intervencio-

nes militares estadounidenses clandestinas o abiertas han dejado detrás, por lo general, peores condiciones a largo plazo de las que existían antes. A menudo, las consecuencias fueron, y son, perjudiciales para el propio EEUU”.

Volviendo a los acontecimientos del 11-S, William Pfaff recuerda que “El origen del terrorismo islámico radica parcialmente en la represión de los palestinos por parte de Israel, que EEUU ha apoyado indirectamente. También se basa en el papel intervencionista asumido por EEUU en Irán bajo el Sha, y en Arabia Saudí, una alianza con otra frágil y represiva monarquía”. En ambos países la política descansaba en la creencia de que la implicación de Washington en la toma de decisiones de sus gobiernos sería una fuerza liberalizadora y que promover un mayor papel militar de Irán en la región como fuerza auxiliar de EEUU, y la construcción de una estructura de bases permanentes en el golfo Pérsico y dentro de Arabia Saudí misma, fomentaría y defendería los valores occidentales en lugar de minarlos. Ambas creencias han resultado ser erróneas.

También recuerda el autor cómo Washington, tras la intervención soviética en apoyo del golpe de Estado comunista de 1978, apoyó a la militancia islámica internacional, hasta entonces una fuerza política casi insignificante, para debilitar la posición estratégica de Moscú. En la actualidad conocemos las consecuencias de esa decisión para la Unión Soviética, Pakistán y EEUU y, potencialmente, para Arabia Saudí y otros Estados musulmanes.

El análisis del autor concluye que EEUU se comporta de un modo paradójico: por una parte actúa como líder hegemónico de un sistema unitario que no existe, y que al no existir se resiste precisamente a un poder hegemónico. Por otra parte practica políticas económicas y militares que obstaculizan un cierto orden internacional. Así los EEUU debilitan los elementos centrales del existente Derecho internacional, del sistema de control de armamentos y de las normas internacionales de cooperación, las cuales califica como pasadas de moda, si no hostiles a sus intereses nacionales. “Es improbable que la paradoja se resuelva sin que se produzca una crisis en las relaciones de EEUU con la comunidad internacional”.

Pfaff describe como grave la situación anteriormente descrita precisamente por las consecuencias imprevisibles que podrían derivarse y propone cuatro medidas: En primer lugar, desintoxicar la mente en EEUU, “EEUU no está en guerra con “el mal”, entendido como realidad moral o metafísica, sino contra un grupo automotivado de individuos que posee

recursos limitados y utiliza el terrorismo contra EEUU por mezcla de argumentos políticos y religiosos. Su principal motivación religiosa es que EEUU es responsable de un atropello contra los valores de su sociedad, mediante la propagación, a nivel mundial, de un materialismo sistemático y de un hedonismo nihilista y narcisista. Estas acusaciones bien podrían haberse hecho por cualquier lector de esta revista”.

El enemigo lo forman dichos individuos y varios Estados débiles bajo regímenes dictatoriales u oligárquicos con una agenda nacionalista, ideológica o religiosa hostil a EEUU y capaces de producir o adquirir armas de destrucción masiva con el propósito de impedir un ataque estadounidense en su contra. No obstante, de los gobiernos no puede esperarse actitudes suicidas, y la comunidad estratégica da por sentado que tales armas no tienen finalidad ofensiva.

En segundo lugar, hay que reducir la influencia sin precedentes del estamento militar en Washington. Esto debe ser así, “no porque su forma de pensar sea intrínsecamente objetable —que no lo es— sino porque el Pentágono es hoy el protagonista burocrático más importante de Washington y, junto con la industria de defensa y la aeroespacial, el mayor grupo de presión. Éste ejerce una influencia abrumadora sobre las distintas administraciones y el Congreso para buscar soluciones militares a problemas no militares; lo cual es muy peligroso tanto para EEUU como para la comunidad internacional”.

En tercer lugar, hay que rescatar al gobierno de EEUU del dinero, cuya influencia ha transformado la democracia de ese país en una enorme plutocracia. El dinero siempre ha desempeñado un papel importante en el gobierno de este país, pero desde que la publicidad a través de las televisiones comerciales se convirtió en el método dominante de la difusión política, y desde la sentencia “Buckley versus Valeo” de la Corte Suprema en 1976 que sostenía que el gasto de dinero para la publicidad política era una manifestación del derecho a la libertad de expresión digna de protección constitucional, se ha impuesto en las candidaturas políticas un examen de recursos y los intereses de las compañías se han convertido, con diferencia, en la influencia más importante en las políticas nacionales y exteriores, acabando prácticamente con la articulación del concepto del interés general o público en los asuntos norteamericanos.

El caso Enron, para Pfaff, es una consecuencia de la situación anteriormente descrita. El asunto es otro escándalo político-empresarial del montón, más barroco de lo habitual por su alcance e ingeniosidad. “No es

más que otra demostración del papel del dinero empresarial en el sistema estadounidense. Lo que está podrido es el sistema”.

Por último, hay que “darse cuenta de que el nacionalismo estadounidense, unido a su mesianismo, ha creado algo que se asemeja a una fuerza totalitaria en la vida de este país, en el sentido de que conduce en todas partes a un programa militar de total dominación, ya sea con países aliados, neutrales, así como con enemigos, y a un programa político para suprimir cualquier resistencia a lo que se entienda como intereses estadounidenses en cualquier asunto, a cualquier coste para los intereses de los aliados, de la comunidad internacional y del Derecho internacional u otro precedente”.

“Parece que detrás de todo esto subyace lo que describiría como una negación, no articulada ni intencionada pero sí culpable, de la existencia de cualquier interés soberano más allá del interés nacional de EEUU, lo que es implícitamente una blasfemia”.

Al tratar la cuestión de cómo ejercer el poder que le da su posición hegemónica y asumir su papel de imperio, William Pfaff considera que aun pudiendo, no debe imponerse por el propio peso del poder. “El mundo empieza el año 2002 en una situación sin precedentes en la historia de la humanidad. Una sola nación, Estados Unidos, disfruta de un poderío militar y económico sin rival y puede imponerse prácticamente donde quiera. Incluso sin armas nucleares, EEUU podría destruir las fuerzas militares de cualquier otro país. (...) Sus propias armas son en su mayor parte invulnerables, desplegadas bajo los océanos y sobre ellos, o en emplazamientos fortificados dentro de EEUU. Las ciudades de la nación, si se cumplen las actuales ambiciones de Washington, pasarán a estar defendidas activamente por los sistemas antimisil”.

La civilización occidental siempre se ha visto influida por la idea de un imperio universal que sería el homólogo terrenal del imperio espiritual de Dios. Occidente siempre ha dado por hecho que estaba en posesión de la norma universal. Su convicción de superioridad se inició en la religión, en la que tanto judíos como cristianos reclamaban la verdad exclusiva, y se tradujo a términos laicos durante la Ilustración. Lo que es intrínseco de un imperio es el imponerse tanto culturalmente como militar y económicamente. Para ello es necesaria la aquiescencia, si no la transformación, de las elites que son los ciudadanos potenciales del imperio.

Todos los imperios que tuvieron éxito en el pasado moldearon la historia a través de la cultura. Los imperios occidentales del pasado eran infe-

riores en escala y poder absoluto en comparación con EEUU. Sin embargo, sus antiguas posesiones coloniales hoy son lo que son debido al impacto cultural del imperialismo occidental, que es más claro precisamente en aquellos lugares donde los colonizadores fueron violentamente expulsados en nombre de las ideas occidentalizadas de los derechos humanos y la independencia nacional. En cambio el imperio soviético se derrumbó en un abrir y cerrar de ojos dejando tras de sí el odio hacia Rusia y prácticamente ningún legado cultural positivo. Los ideales y las ideas rusas, su derecho, su idioma, su literatura, su arte, sus instituciones de gobierno y métodos administrativos fueron totalmente rechazados en 1989 y 1990. El imperio soviético se basó en el poder y en nada más.

“EEUU utiliza su poder par dar forma a un nuevo orden mundial. La cuestión es si este orden se basará exclusivamente en el poder estadounidense, o si poseerá el dinamismo intelectual y cultural necesario para evocar una verdadera conversión de valores, un cambio en la mentalidad de la gente. Entre 1945 y los años sesenta, EEUU poseyó una preeminencia en Occidente que procedía de sus ideas y su visión. ¿Se puede repetir esto? Esa es la cuestión crucial”.

## **TRES CUESTIONES DE GRAN ACTUALIDAD**

William Pfaff dedica lógicamente su atención a tres cuestiones de gran actualidad y relevancia en el nuevo escenario estratégico configurado tras el 11-S: la OTAN, el conflicto palestino-israelí y un posible ataque a Irak. Respecto a la OTAN muestra su preocupación por el distanciamiento entre europeos y norteamericanos y afirma que “las relaciones de la Alianza ya están en sus peores momentos desde 1945”, “la confianza mutua se ha perdido”. La propia guerra contra el terrorismo está teniendo una influencia negativa en las relaciones trasatlánticas a pesar de que ninguno de los aliados de EEUU está en contra de esta guerra. El problema está en la falta de una explicación convincente de cómo ha de ser ésta conducida y que explique los riesgos que se están asumiendo.

El problema de declararle la guerra “al mal”, tal como ha hecho Bush, es que ésta es ilimitada, interminable y carece de una estrategia de salida del conflicto. El mal está en la naturaleza humana y puede ser considerado desde una óptica teológica pero no política. El terrorismo, dado que es un modelo de respuesta, no puede ser vencido, solo contenido. Hay que ser riguroso, las falsedades terminan teniendo consecuencias negativas no deseadas.

El mayor escollo en las relaciones trasatlánticas es la oposición europea a la decisión norteamericana de continuar la guerra contra el terrorismo con una campaña dirigida contra Saddam Hussein para que los Estados de Oriente Medio —y todo aquel dispuesto a enfrentarse con EEUU— entiendan que EEUU tiene la capacidad y la voluntad de destruir a sus enemigos. Esta grave decisión puede tener consecuencias enormes en el escenario estratégico mundial. Ante la incertidumbre él propone la prudencia y no actuar en nombre de un futuro desconocido. Las intervenciones de Reagan en Líbano y Clinton en Somalia les costó muy caro.

En lo relativo al conflicto palestino-israelí, el autor defiende que la actual política de Israel descansa sobre una ficción complicada por la proclamación de guerra contra el terrorismo hecha por Washington: que “solo Yasser Arafat es responsable del terrorismo que aflige a Israel, y que él es el único capaz de pararlo”. La otra ilusión recíproca por parte de los palestinos es creer que podrán volver a sus hogares perdidos.

“Israel considera la reclamación palestina una amenaza a su existencia e integridad nacional. La proclamación de hacer la guerra al terrorismo por parte de Israel es subterfugio y propaganda. Es guerra, sin más. Eso es lo que ambas partes están llevando a cabo”. La única solución ahora es un compromiso impuesto. La administración Bush, el único actor internacional capaz de tal iniciativa, ha demostrado no tener interés. “Puede que un día se arrepienta”.

Las tesis de los halcones del pentágono respecto a la intervención en Irak y el unilateralismo del enfoque, suscitan preocupación en Pfaff. Se opone a las ideas de que: 1) Los EEUU no necesitan a sus aliados europeos ni a la ONU. 2) Una victoria sobre Saddam desbloqueará todo. Los países árabes al ver que no tienen nada que ganar apoyando al terrorismo, darán la espalda a Al Qaeda y presionarán a los palestinos para que controlen a los terroristas suicidas y acepten las condiciones de Israel. Ante un futuro incierto el autor es partidario de no hacer experimentos peligrosos.

Los países europeos, recuerda Pfaff, han tratado durante años con el terrorismo tanto interno como internacional, y no piensan que la amenaza actual sea nueva excepto por su escala. La guerra contra Irak contribuirá más a empeorar que a mejorar las cosas.

El autor concluye que “la seguridad estadounidense, la cual ha estado basada desde finales de la década de los cuarenta no sólo en el poder sino en el respeto internacional y en el liderazgo reconocido, se está viendo

socavada por las acciones del propio Washington, más que por cualquier cosa que Al Qaeda haya hecho o pudiera posiblemente hacer". Cita también a un reformador militar estadounidense que compara la nueva ambición de Washington con el expansionismo pangermánico de Guillermo II antes de 1914, en el sentido de su habilidad para "crear enemigos más rápidamente de lo que podía eliminarles, aunque (Alemania) entonces poseía la máquina de matar más eficiente, sino la más grande, del mundo".

Pfaff propone la prudencia como actitud frente a los grandes retos de la seguridad actual. Cree que el entendimiento entre EEUU y Europa es esencial y considera que una Unión Europea verdaderamente integrada sería beneficioso para el orden mundial y también para los EEUU. Se establecería un pluralismo de poder con Europa como segundo pilar (no necesariamente militar) que rivalizaría políticamente con EEUU, lo cual es bueno porque expresaría mejor la complejidad del mundo y moderaría el excepcionalismo norteamericano.

## **CAPÍTULO QUINTO**

# **LA INFLUENCIA DE LOS ANALISTAS EN LA CONCEPCIÓN Y DESARROLLO DE LA DEFENSA DE LOS ESTADOS UNIDOS**

## LA INFLUENCIA DE LOS ANALISTAS EN LA CONCEPCIÓN Y DESARROLLO DE LA DEFENSA DE LOS ESTADOS UNIDOS

POR JOSÉ ENRIQUE FOJÓN LAGOA

En los Estados Unidos, el estudio de la situación estratégica no es un campo privado de las entidades oficiales. Los denominados analistas de defensa o, expresado de otra manera, expertos que intervienen en televisión, escriben en prensa periódica, en revistas especializadas o publican libros, tienen una gran influencia en la configuración del pensamiento estratégico americano y algunos de ellos llegan a ocupar puestos en la administración.

Proceden, principalmente, del mundo académico, del periodístico o del militar, y su actuación se ha venido identificando con algún tipo de "lobby", consecuencia, principalmente, de las prácticas desarrolladas durante el periodo de equilibrio estratégico que supuso la Guerra Fría. Una de las más conocidas de estas tendencias es la conocida como "complejo militar, industrial y del congreso", que ha continuado ejerciendo su influencia en el periodo de brusco cambio posterior a la desaparición del enfrentamiento bipolar, cuya pretendida finalidad sería el mantenimiento de unos altos niveles en los presupuestos de Defensa.

Como no podía ser de otra manera, las profundas transformaciones en el ambiente estratégico que han tenido lugar en los años finales del siglo XX no se han sustraído al análisis de los expertos. Los cambios sociales, políticos, tecnológicos, medioambientales y morales, han sido, con mayor o menor fortuna, objeto de su estudio. Han buscado referencias, han diseñado modelos y han efectuado predicciones. Algunas de ellas se emplean como marco de actuación en una situación, como la actual, fluida e impre-

decible, que con el gráfico nombre de “*la anarquía que viene*” (1), y que ya está aquí, Robert D. Kaplan se había atrevido a predecir a principios de la última década del siglo XX.

Pretender la exposición de las teorías que se han formulado, durante los postreros años del siglo pasado, sobre lo que viene sería tarea imposible, pero puede servirnos la obra de tres autores para ilustrar una de las aproximaciones más certeras a la situación que, de forma implacable, se está desplegando delante de nuestra vista, aunque se trate, evidentemente, de un enfoque exclusivamente norteamericano y que, en cierto modo informa la política que siguen los Estados Unidos después del 11-S. En primer lugar, analizando a Ralph Peters podremos aproximarnos a los rasgos que definen la nueva situación; William Lind nos presentará la influencia que esa situación tiene en la forma de hacer la guerra, lo que identifica con una cuarta generación de su desarrollo histórico; para que, finalmente, Robert D. Kaplan fije las referencias para la práctica de una política exterior que permita hacer frente a la situación.

## **RALPH PETERS: EL FEDATARIO DEL CAMBIO**

Ralph Peters es Teniente Coronel retirado del Ejército de los Estados Unidos, uno de tantos oficiales que ingresaron en la institución cuando estaba convulsionada por la tragedia vietnamita y cuya situación los marcó indeleblemente.

Las vicisitudes de la carrera de Peters, le permitieron ser testigo directo de los síntomas del enorme cambio histórico que está teniendo lugar desde los últimos años del siglo XX. Como él mismo indica, sirvió en Europa durante los momentos finales de la Guerra Fría y, a la caída del Imperio Soviético, tuvo la oportunidad de presenciar las convulsiones de las diversas partes de su moribundo cuerpo; fue testigo de los problemas de la región andina, Sudeste Asiático, Oriente Medio y península indostánica. Ha escrito varios libros novelando la realidad o el futuro, pero su obra más fecunda, con un inequívoco enfoque militar y sociológico, está recogida en ensayos publicados en revistas especializadas, principalmente en *Parameters* y *Strategic Review*. En 1999 edita un libro, aún no publicado en España, *Fighting for the future. Will America Triumph?* (2), donde recopila sus ensayos más exitosos.

---

(1) KAPLAN, ROBERT D. “*The Coming Anarchy*”. The Atlantic Monthly, febrero 1994.

(2) PETERS, RALPH. “*Fighting for the Future*”. Stackpole Books. Mechanicsburg PA. USA. Pag. XIII.

Peters cree que vivimos uno de las épocas más inestables y de mayor confusión espiritual en la historia, una situación que intentamos cambiar pero sin entender lo que está pasando, dado que las referencias que nos eran válidas hasta ahora, han dejado de tener significado. Asegura que las tradicionales fronteras entre lo militar, económico, civil y cultural han desaparecido, y hay que fijar nuevas pautas que sirvan para afrontar el futuro, al que contempla como una continuación de las constantes que permanecen en el devenir de la humanidad, que se debate “entre el Sermón de la Montaña y la historia de Caín y Abel” (3).

En su análisis de las causas del conflicto, en el futuro próximo, Peters incluye el fallo de la organización estatal en muchas partes del globo, la superpoblación, la expansión de las enfermedades y la escasez de recursos. En eso coincide con las predicciones de Kaplan, pero apunta otras causas sociales más dinámicas como la polarización de la riqueza, tras el fin de un proceso de igualación que ha durado una centuria, agravado por lo que denomina el “hueco” entre la premodernidad y la posmodernidad y que mide en términos de conocimientos tecnológicos, que derivan en la capacidad, o incapacidad, para desempeñar puestos de trabajo en sectores económicamente competitivos, y para lo que se necesita lo que denomina “alfabetización trascendente” (4), que consiste en la habilidad para leer, escribir, pensar en abstracto y tratar la información electrónicamente. Y esa circunstancia marcará la división social en virtud de la riqueza.

Los rasgos pre y posmodernos dividirán a la sociedad y esa circunstancia marcará *la Cultura del Futuro Conflicto*, que desarrolla en un ensayo con ese título (5). El enfrentamiento del futuro lo concibe entre los “premodernos” o fracasados y los “posmodernos” o aquellos que han tenido éxito. Las grandes guerras entre estados, como las del siglo XX dejarán paso a otras entre coaliciones de estados, con un alto grado de bienestar material, y poblaciones premodernas en amplias zonas del mundo con estados “fracasados”, aquellos que han sido incapaces de sobrevivir al fracaso de su propia acción política y, esta circunstancia, nos aboca a una situación que denomina de “constante conflicto”, que no es ni más ni menos que de conflicto armado crónico. Este fracaso de los estados dará paso al ejercicio del poder por los actores no estatales que adoptarán diversas formas, desde la tribu a redes criminales.

---

(3) PETERS, RALPH. “*La Cultura del Futuro Conflicto*”. Pag. 5.

(4) Ibid. “*La Cultura del Futuro Conflicto*”. Pag.1.

(5) Ibid. “*Conflicto Constante*”. Pag 133

Aunque la naturaleza humana permanece inalterable, los avances tecnológicos, sobre todo en la información, a la que Peters califica “nuestro principal instrumento y a la vez el elemento más desestabilizador de nuestro tiempo” (6), introducen un factor de relación con unas posibilidades hasta ahora no conocidas. “El gran impacto de la edad de la información es que hace tomar conciencia a las masas de su falta de adecuación a los tiempos” (7) y esa inadecuación produce la frustración suficiente para generar conflicto. Independientemente del sistema político que se imponga, la democracia, a la que define como “esa hábil forma liberal de imperialismo” (8), u otro de signo contrario, una de las raíces del futuro conflicto se establecerá entre los “maestros de la información y las víctimas de la misma”.

No obstante, la tecnología, con toda su importancia, es sólo un “posibilitador” y lo que va a marcar su eficacia es la organización social que la emplea. Si la tecnología no apoya a la sociedad en la generación de poder y riqueza, así como en la mejoría del bienestar general, no tiene sentido (9).

El autor preconiza que “entramos en una época de estructuras de control social, reparto de la riqueza e, incluso, lealtades, de carácter multidimensionales e interconectadas. El declive del estado, si absoluto o relativo, se acelera ante el asalto del saber, a medida que nuevas estructuras de conocimiento superan la capacidad de los gobiernos tradicionales para procesar y responder a la información. La época moderna fue la de la eficiencia de la masa. La posmodernidad es la época de la ineficiencia en masa, en donde la grandeza iguala a la torpeza y a lo letárgico” (10). Con ello anuncia que en los enfrentamientos del futuro estarán, por una parte, aquellos unidos por vínculos de sangre, étnicos, y por otro los que hayan alcanzado cierto nivel de conocimiento.

Tras analizar las causas que dan lugar a lo que identifica como “sociedades no competitivas”, y teniendo siempre presente, en ellas, la corrupción generalizada, la ausencia del imperio de la ley y la intromisión del gobierno en todas las actividades sociales, Peters enuncia los siete “factores de fracaso” (11):

---

(6) Ibid. “*Nuestros Nuevos Antiguos Enemigos*”. Pag.179.

(7) Ibid. “*Conflicto Constante*”. Pag.134.

(8) Ibid. “*La Cultura del Futuro Conflicto*”. Pag.7.

(9) PETERS, RALPH. “*Beyond Terror*”. Stackpole Books. Mechanicsburg. PA USA.

(10) PETERS, RALPH. “*Fighting for the Future*”. Stackpole Books. Mechanicsburg PA. USA. Pág. 52.

(11) Ibid. “*Identificando los Perdedores: Siete Signos de Estados no Competitivos*”. Pág. 153.

- *La restricción al libre flujo de información.* Históricamente información ha representado poder. Las sociedades que temen y rechacen el conocimiento se verán condenadas “al fracaso, la pobreza y la angustia”. La gran lucha de clases en el siglo XXI será por el acceso a datos y se producirá en comunidades con regímenes totalitarios o religiosos.
- *La baja consideración de la mujer.* No se puede rechazar la capacidad y genio de la mitad de la población. Las poblaciones que integren a la mujer con igualdad de oportunidades llegarán a ser las más eficientes.
- *El clan o la “gran familia”, como la unidad básica de gobierno.* El hecho de que una “familia”, tomada en sentido extenso, ejerza, de forma permanente, tareas de gobierno, pertenece a un modelo social primitivo, con un origen esencialmente rural. En esta situación se ponen en práctica diferentes esquemas morales según se trate de aquellos a los que se está unido, o no, por vínculos de sangre. Normalmente esta situación consigue la prosperidad de la familia, o clan, pero no de la sociedad.
- *El dominio excluyente de una religión restrictiva.* Cuanto más dogmática y excluyente sea la manipulación de la religión para utilizarse como factor de dominación, será menos capaz de enfrentarse al reto que representa la edad de la información.
- *Baja valoración de la educación.* “La calidad de las universidades de un estado, naturalmente reflejan la riqueza, pero aún más importante, la eficiencia de una alta educación en una sociedad describe sus actitudes hacia el conocimiento, la investigación contra el dogma y la determinación de la normalidad social” (12). Las sociedades que rechazan la educación son perdedoras, y las culturas que no ven en ello un valor inherente, también lo son.
- *Bajo prestigio asignado al trabajo.* Las sociedades que no consideran el trabajo como un bagaje cultural son perdedoras. El trabajo debe ser contemplado como una responsabilidad personal y pública. De otra forma, se impondrá la corrupción. No valen las riquezas de un país, por sí solas, para generar riqueza. Es necesario el espíritu crítico y una buena organización política.

Peters admite el “choque de civilizaciones”, a la vez que constata que ello genera un alto nivel de positivo intercambio entre ellas. Afirma que

---

(109) Ibid. “Identificando los Perdedores: Siete Signos de Estados no Competitivos”. Pag.165.

Occidente teme las consecuencias de un enfrentamiento de esta clase, que ya está teniendo lugar, y que si evoluciona hacia una confrontación armada podría determinar la forma de conflicto que se vivirá en el siglo XXI. Habrá menos guerras en su sentido clásico, pero más violencia. La guerra entre estados quedará como un último recurso en algunas zonas del globo, apunta a Oriente Medio y Asia continental, pero la mayoría de los conflictos tendrán carácter asimétrico, es decir, uno de los actores será no-estatal. Es en esta asimetría donde el autor incide, dada la problemática novedad que el hecho representa para Occidente, ya que no estamos ni social, ni legal, ni anímicamente preparados para hacer frente al reto. Es difícil hacer frente a esas contingencias con códigos legales y de conducta concebidos para otra época.

Peters preconiza que la naturaleza civil de los conflictos, el choque intercultural y la inestabilidad consecuencia de la desaparición de estructuras políticas, representan unas implicaciones estratégicas militares evidentes, la más notoria la necesidad de proteger lejanos intereses apelando continuamente a operaciones expedicionarias. Pero también se derivarán cuestiones morales importantes que surgirán como consecuencia de tener que sopesar "intereses nacionales" con "intereses humanitarios".

Con ello, Peters plantea un dilema que, seguramente informará las decisiones de los políticos y militares en los próximos años y lo resume gráficamente en la frase: "En el pasado, el empleo del poder militar por los Estados Unidos significaba que la política había fracasado, hoy en día el empleo de las tropas es un sustituto de la política" (13). Las intervenciones militares en lugares como Somalia, Haití y Bosnia, le lleva a plantearse que la intervención militar por consideraciones humanitarias conduce a la reconsideración del concepto de victoria militar en "una época de conflictos y guerras no-ganables" (14). Preconiza la reconsideración de las tradicionales misiones militares cuando el interés nacional se vea amenazado por revueltas criminales o corrupción descontrolada. Esa "reconsideración" es "la intervención bajo ciertas condiciones", otra forma de denominar al interés nacional.

Es en este ambiente donde el autor identifica uno de los elementos que caracterizará el conflicto asimétrico del futuro, la aparición de "los guerreros" como elemento opuesto al disciplinado soldado de los estados occi-

---

(13) Ibid. "*La Cultura del Futuro Conflicto*". Pag. 15.

(14) Ibid. "*La nueva Clase de Guerreros*". Pag 32.

dentales. Describe a aquellos como “individuos primitivos, de lealtad cambiante, habituados a la violencia y sin respeto por el orden. Al contrario de los soldados, los guerreros no se comportarán por nuestras reglas, no respetarán tratados y no obedecerán ordenes que no les convengan” (15). Peters ve en la reaparición de los guerreros un regreso a la antigüedad. Es el renacimiento de una especie que había sido superada históricamente por la formación de los estados y los ejércitos profesionales. La causa de ello la encuentra en la recesión de la civilización en ciertas partes del mundo. Dado que la función principal de la civilización es refrenar los excesos humanos, la quiebra de los elementos fundamentales de su desarrollo, donde el estado juega un papel determinante, ha dado lugar a la aparición de estos grupos violentos que se han convertido en fuente de ejercicio del poder.

Una vez constatada la existencia de los “guerreros”, Peters busca el contexto social de donde surgen, y aprecia, en las diferencias culturales, la quiebra del equilibrio. En muchas partes del globo, la preponderancia material, económica y cultural de Occidente es rechazada a la vez que envidiada. Aquellos que no pueden acceder a la modernidad, tanto por falta de destreza como por temor a perder su identidad espiritual, se vuelven hacia el nacionalismo o el fundamentalismo religioso como medio de encontrar “certezas” en qué justificar sus conductas. La procedencia de los guerreros es diversa, desde los cientos de miles de jóvenes desempleados en el mundo en vías de desarrollo hasta delincuentes organizados y antiguos soldados procedentes de ejércitos desaparecidos.

Peters considera que el nacionalismo y el fundamentalismo no son elementos diferentes, son esencialmente idénticos, porque aunque la retórica o los signos externos puedan ser diferentes, no lo son los “impulsos causales. Su atracción psicológica para las masas es idéntica. Nacionalismo es, simplemente, fundamentalismo secular” (16). Ambos serán los principales impulsos motivadores de la actuación de los guerreros.

Para combatir a los “guerreros”, el autor se atreve a efectuar varias consideraciones. En primer lugar indica que se debe aislar el núcleo más fanático, separándolo primero de la población y, posteriormente, de aquellos combatientes que no estén totalmente comprometidos con la causa.

---

(15) Ibid. “*La Nueva Clase de Guerreros*”. Pag. 34.

(16) Ibid. “*Bloodism*”. Pag. 120.

Ese núcleo debe ser destruido militarmente, no se concibe la negociación para alcanzar cualquier alto el fuego. La destrucción o rendición es el único resultado del enfrentamiento. La lucha contra este tipo de enemigo requiere, a juicio de Peters, el diseño de una estrategia clara y definida, antes de desplegar un solo soldado, y ponerla en práctica decididamente hasta el final.

Las restricciones de tipo ético que configuran el empleo de los Ejércitos occidentales encajan perfectamente en un enfrentamiento con entidades similares, pero los potenciales adversarios, los "guerreros", ni conocerán ni admitirán esa ética. Actuarán en un contexto de absoluta falta de restricciones morales, sin el constreñimiento de leyes o tratados internacionales, y esa es una ventaja de enormes consecuencias prácticas y un enorme problema ético para las acciones necesarias para combatirlos. En el enfrentamiento con los "guerreros" oponemos "valores abstractos, ventajas prácticas y gobiernos civiles" a motivaciones religiosas y de odio fanático.

Es precisamente la incapacidad occidental para entender estos efectos lo que, a juicio del autor, le provoca un "sentimiento de culpa" exento de realismo, pero constituye el "tributo psicológico" que hay que pagar por nuestro legado moral judeo-cristiano. La manera en la que se percibe esa realidad en Occidente es la que deforma la naturaleza del análisis y el vehículo principal para captar esa realidad son los medios de comunicación que transforman las imágenes de violencia en simples datos para formar opinión, pero que se va petrificando pues "nada que pueda ser conocido sin ser sentido es resistible".

Ese comportamiento, a su vez, está basado en el orgullo, pues creemos que los demás deben adoptar nuestros hábitos de conducta, porque son los correctos, sin dejar de considerar lo que de agresión representa para los otros. En esa incapacidad para entender los fundamentos de la situación se incluye el rechazo a admitir diferencias que nos resultan "incómodas" como puede ser la fuerza de las creencias religiosas y, el autor, recuerda que la religión es la más vieja forma de gobierno.

Peters basa los orígenes de la conflictividad en la crisis de valores que se produce cuando una cultura aislada y tradicional, es inundada por imágenes de otra que es mucho más exitosa materialmente pero cuyos valores son antitéticos a aquellos que caracterizan a la sociedad receptora. La frustración es la consecuencia.

En este marco ambiental es donde Peters sitúa el papel de los Estados Unidos, a los que en la actualidad considera un imperio de naturaleza cultural y económica, una situación de influencia con la aplicación ocasional del poder militar y sin ansias de conquista de nuevos territorios, ni del control de poblaciones. El comercio de ámbito mundial, la seguridad y la influencia en el futuro, en el beneficio americano, serían las metas imperiales. "Para tener éxito en este ambiente cosmopolita, debemos ser temidos" (17). Da por sentado que los imperios deben considerarse en guerra cada uno de los días de su existencia y "América debe aceptar el peso de la púrpura aunque lo haya venido encontrando incómodo" (18).

Para Peters esto no significa que los Estados Unidos deban actuar en cada una de las crisis que se produzcan por el planeta. Preconiza que una previa consideración de cómo una situación concreta afecta al interés nacional y de lo que es posible obtener, deben ser los condicionantes que decidan la actuación y conformarán las políticas económica, diplomática y militar. No obstante, en su opinión, el autor señala dos factores que deben tenerse permanentemente en cuenta: una reconsideración de fronteras que posibilite la solución de los conflictos y el apoyo a los derechos humanos, aunque ello no suponga la permanente intervención de las fuerzas estadounidenses allí donde estos sean conculcados. Los derechos humanos deben considerarse un factor moral y práctico en la toma de decisiones diplomáticas, aunque las necesidades de tipo estratégico no permitirán, en todos los casos, poner los derechos humanos como primera consideración (19). De esta manera Peters se adhiere a un "universalismo" relativo, al considerar que el respeto por los derechos humanos forma la base para una política válida y como pauta para desenvolverse en el mundo de los negocios, pero no como la referencia absoluta.

Como resumen de su visión del papel de los Estados Unidos en el futuro, el autor formula las siguientes consideraciones:

- Los Estados Unidos deben aceptar la realidad de su implicación universal. Aunque no se pueda atender a todos los problemas, se debe hacer lo posible por solucionarlos.
- Las Fuerzas Armadas deben de volver a adquirir su tradición expedicionaria para hacer frente a los retos del futuro. Los lastres que

---

(17) PETERS, RALPH. *"Beyond Terror"*. Stackpole Books. Mechanicsburg. PA USA. Pag. 19.

(18) *Ibíd.* Pág. 19.

(19) *Ibíd.* Pág. 111.

perviven de la Guerra Fría en organización, adquisiciones y políticas de personal deben reconsiderarse.

- Los militares deben capitalizar la alta consideración de que disfrutaban entre el pueblo americano, para captar al personal capacitado que se necesitará para la fuerza del futuro y dar a conocer a una clase política que no ha pertenecido a las Fuerzas Armadas, las verdaderas capacidades de éstas.
- Los Estados Unidos deben estar práctica y psicológicamente preparados para un nuevo siglo que se presenta violento e incierto. El desmoronamiento de los imperios, agravado por los cambios sociales y tecnológicos, plantea, para las generaciones futuras una época de constante conflicto.

### **WILLIAM S. LIND: LA FORMULACIÓN DE UNA PROFECÍA.**

William Lind es director del *Center for Cultural Conservatism* de la *Free Congress Foundation*. Es autor de obras sobre asuntos militares y ha sido profesor en diversos centros como *The Marine Command and Staff College*. Es autor de *La Guerra de Maniobra*, y coautor con Gary Hart de *América puede vencer: la reforma militar*. Junto con William H. Marshner escribió: *Conservadurismo cultural: hacia una nueva agenda*.

En un artículo aparecido en octubre de 1989 en el *Marine Corps Gazette*, titulado *El cambio de rostro de la guerra: entrando en la Cuarta Generación*, Lind, junto con otros autores preconizaban que se estaba produciendo, lo que denominaba, un cambio generacional en la guerra y aquel que fuese capaz de reconocer, cuanto antes, sus rasgos cambiantes y visualizar el nuevo contexto estaría en franca ventaja. La nueva era la tituló la "cuarta generación de la guerra", denominación que ha hecho fortuna y se representa por su anacronismo en inglés 4GW (Fourth Generation Warfare).

El modelo que sirvió de base a Lind lo desarrollaba mediante la conceptualización de periodos históricos, a partir de la introducción de las armas de fuego, en la forma general de conducir la guerra, a los que denomina generaciones de la guerra. La primera la identifica con la aparición del fusil de ánima lisa y las formaciones en línea o columna. La maniobra era muy limitada y se imponían las formaciones en masa y con un férreo control de movimiento para desarrollar un gran volumen de fuego. Los cambios sociales impuestos por la Revolución Francesa, con la introducción del servicio obligatorio, posibilitaron el empleo de masas de hombres.

La segunda generación surge del desarrollo tecnológico con la aparición del fusil rayado de retrocarga, el alambre de espino y los procedimientos de tiro indirecto. Se impuso el fuego y el movimiento, pero las tácticas permanecían esencialmente lineales. Esta época coincidió con la Revolución Industrial, con su secuela de grandes cambios sociales y económicos. Se caracterizó por el empleo en masa de recursos: fuego y hombres. Todo ello requería un mando altamente centralizado. La Primera Guerra Mundial es el ejemplo paradigmático de la generación y marca la aparición del Arte Operacional.

La tercera generación se identifica con el predominio de la maniobra como recurso contra la potencia de fuego. El cambio fue el resultado, principalmente de la puesta en práctica de nuevas ideas tácticas. A finales de la Primera Guerra Mundial, los alemanes, al no poder contrarrestar, ni en hombres ni en material, la masa de los aliados, desarrollaron nuevas tácticas que consistían en evitar el desgaste por medio de la infiltración: atacar puntos débiles del enemigo, evitar los fuertes y practicar la infiltración. Las tácticas dejaron de ser lineales y se emplearon lo que denomina órdenes "tipo misión", que posibilitaban, gran iniciativa a los subordinados. Aunque la tercera generación vio, en el nivel táctico, la luz en la Primera Guerra Mundial, los alemanes la pusieron plenamente en práctica, en el nivel operacional, en la Segunda, mediante profundas penetraciones en los frentes enemigos con elementos acorazados apoyados por aviación.

Para Lind, los "catalizadores" del cambio de generación son la tecnología y las ideas, pero otros autores ponen de manifiesto que los verdaderos motores del cambio son factores sociales, políticos y económicos. Como varios analistas también señalan, elementos de cada generación conviven en la misma época, así las potencias occidentales y la Unión Soviética emplearon, predominantemente, métodos de la segunda generación durante la Segunda Guerra Mundial.

La "cuarta generación", que Lind preconiza que ya estaba en vigor a finales de los ochenta, llevará elementos de las otras generaciones tales como:

- Que es probable que incluya la totalidad de la sociedad enemiga, ya que cada generación ha llevado a la ampliación del campo de batalla.
- Poca dependencia de la logística centralizada, dado que el ritmo de las acciones será alto.

- Gran énfasis en la maniobra, las grandes masas de hombres o concentraciones de fuego constituirán una vulnerabilidad más que un factor de potencia. Fuerzas reducidas y ágiles serán las que se impongan.
- La finalidad será colapsar al enemigo desde dentro, no destruirlo físicamente. El apoyo de la población a la guerra y los “aspectos culturales” de la sociedad enemiga se convertirán en blancos.

Lind resume su visión de la cuarta generación en que será “ampliamente dispersa” y “considerablemente indefinida”; la distinción entre guerra y paz quedará difuminada hasta un punto en que se confundirán; será no lineal, no habrá frentes; la distinción entre “civiles” y “militares” puede desaparecer; las acciones tendrán lugar en toda la profundidad del ámbito espacial de los participantes, incluyendo a la sociedad como entidad cultural, no como factor físico. Elementos clásicos de anteriores generaciones tales como instalaciones militares, grandes puestos de mando, sedes gubernamentales o industriales, se convertirán en elementos extraños debido a su vulnerabilidad.

El contexto de la cuarta generación estará marcado por los avances tecnológicos, donde un pequeño grupo de personas será capaz de producir un gran daño en un corto periodo de tiempo. Esta circunstancia, junto con la conversión en potenciales objetivos, la estructura política del oponente y la sociedad civil, hará que se confundan los niveles estratégicos y tácticos del conflicto. La elección de blancos, con sus secuelas políticas, culturales y mediáticas, adquirirá una importancia capital.

Las operaciones psicológicas, mediante el empleo profuso de los medios de comunicación, pueden convertirse en “el arma estratégica y operacionalmente dominante”. Los contendientes emplearán los medios de información para influir en la opinión pública, hasta el punto que conviertan en ineficaces las operaciones militares.

El autor insiste en que mientras la tecnología fue el primer promotor de la segunda generación y las ideas de la tercera, también es muy probable que la cuarta generación presente una preponderancia de las ideas, incluso en la época de vertiginosos avances tecnológicos en que está inscrita.

En este aspecto, el autor abre la puerta a que, al contrario de los 500 años de las tres primeras generaciones, donde el predominio de las ideas y tecnologías de occidente han sido dominantes, la cuarta generación sea conducida por ámbitos no muy preponderantes en tecnología pero fértiles

en ideas y robustos en determinación, y que no procederán del ámbito occidental.

Uno de estos elementos basados en ideas es el terrorismo, al que el autor considera sólo uno de los elementos de la cuarta generación. En el marco de su análisis identifica en el terrorismo elementos de la tercera generación tales como la descentralización en la ejecución, la dispersión del “campo de batalla”, la entera sociedad como objetivo, la frugalidad de las necesidades logísticas y la aplicación de la potencia de fuego en el punto crítico. El terrorismo empleará la maniobra para tratar de evitar, totalmente, la potencia militar del enemigo y atacar blancos civiles.

El terrorista usará todas las potencialidades que ofrece la sociedad a la que pretende atacar en su favor. Empleará las libertades y derechos democráticos no sólo para actuar con impunidad, sino para defenderse. Si los gobiernos rompen las reglas para combatirlos, la propaganda les otorgará otro tipo de victoria.

Las formas de lo que se conoce como “guerra irregular” o “conflicto de baja intensidad”, han traído como consecuencia la ruptura de la tradicional cultura del “orden” que ha caracterizado el empleo de las fuerzas militares. Las acciones terroristas o irregulares pueden imprimir otro rasgo de cuarta generación: la naturaleza “desordenada” de la guerra. También apuntaba el protagonismo antagonista de entes no-estatales o transnacionales basados en ideología o religión como los posibles adversarios en un futuro de los actuales estados.

Hasta aquí lo que expuso Lind en su ensayo de 1989. Cinco años más tarde, en 1994, en pleno debate sobre la llamada Revolución en los Asuntos Militares, más conocida por su acrónimo inglés RMA, tendencia que preconiza la hegemonía de la tecnología en el futuro de la guerra, el autor publica su segundo ensayo sobre el tema bajo el título de *Cuarta Generación de la Guerra: otro vistazo*. A la luz del primer ensayo, varios analistas venían distinguiendo entre dos “cuartas generaciones”, una basada en la tecnología y otra basada en las ideas. Lind se decanta por las ideas como el “catalizador” de la cuarta generación. Lo hace mediante el análisis de los acontecimientos que se produjeron durante esos años, principalmente Somalia, la Primera Entifada y Bosnia, argumentando que la tecnología no ha sido factor decisivo para el desarrollo y solución del conflicto.

Abunda en los rasgos de la cuarta generación y enuncia las tres ideas centrales que la configuran: la pérdida del monopolio de la fuerza por parte

del estado, el retorno a un mundo de culturas en conflicto y el multiculturalismo en los Estados Unidos.

En cuanto a la primera, apunta a que las motivaciones de los conflictos del futuro no serán las clásicas "razones de estado" como hasta ahora, sino motivos más evanescentes, en un ambiente donde el estado habrá perdido el monopolio de la violencia y, del mismo modo, la lealtad de sus ciudadanos; fenómeno este que se viene produciendo en amplias zonas del planeta.

Se muestra de acuerdo con Van Creveld (20) y reconoce que la naturaleza del conflicto del futuro estará fuera de las pautas impuestas por Clausewitz en cuanto a la "trinidad" histórica de gobierno, ejército y pueblo, o lo que es lo mismo, se volverá a las formas de conflicto anteriores a la implantación del estado-nación, cuando la posibilidad de aplicar la violencia estaba en manos de numerosas entidades y su ejercicio no se atendería a reglas. Lind, al igual que Peters cree que lo posmoderno será lo premoderno.

Para la exposición de su idea de las culturas en conflicto, Lind analiza la historia de este siglo y ve las dos grandes Guerras Mundiales como guerras civiles que han debilitado a la cultura occidental, y que la Guerra Fría siguió esa pauta, pues a Rusia la considera incluida en la cultura judeo-cristiana. De esta manera, opina que de este desgaste se habrían beneficiado las cultura china, hindú e islámica, y que el desmoralizado Occidente les habría proporcionado una posición ventajosa al permitirles combinar la moderna tecnología, desarrollada por los occidentales, con sus tradiciones. En su análisis, Lind identifica al Islam como la más peligrosa de esas culturas, por su extensión en todas las direcciones bien tanto por el resultado de un agresivo proselitismo religioso como por una de las consecuencias del fenómeno de las migraciones. Para cuando publicó su segundo ensayo, ya Huntington había publicado su "*Choque de civilizaciones*" (21).

Su tercer argumento podemos relacionarlo más con la afiliación política del autor que a un desapasionado análisis de la realidad. Lind relaciona este tercer argumento con el anterior, con el conflicto entre culturas, señalando lo que él percibe como el declive de la cultura judeo-cristiana en Estados Unidos y su sustitución, en la universidad, en los medios de

---

(20) VAN CREVELD, MARTIN. "*The Transformation of War*". The Free Press NY 1991.

(21) HUNTINGTON, SAMUEL. P. "*The Clash of Civilizations*". Foreign Affairs. Verano 1993.

comunicación y en la industria cinematográfica, por unas pautas de “relativismo moral, secularismo militante y liberación social y sexual”. Para el autor este “multiculturalismo”, o la búsqueda de lo que es “políticamente correcto”, es marxismo trasladado del ámbito económico al campo social y cultural.

Termina su ensayo Lind, anunciando que la cuarta generación anuncia el fin de la guerra moderna y que las próximas guerras se librarían en suelo americano.

Las ideas de Lind han sido utilizadas por muchos analistas, pero como ya ha quedado reseñado, lo que verdaderamente ha “prendido” en el lenguaje es la denominación de “cuarta generación” y, como ocurre en muchas ocasiones, la creación de un fenómeno supera a su creador y el concepto se generaliza y enriquece. Hoy en día, Cuarta Generación de la Guerra o 4GW se identifica, principalmente, con aquella situación que incluye cualquier forma de conflicto donde una de las partes rehusa combatir por medios convencionales y que, a su vez, constituye algo diferente a una fuerza militar organizada, no opera bajo el control de un gobierno estatal y, normalmente, tiene carácter transnacional. La situación creada después de los hechos terroristas del 11 de septiembre de 2001 y las posteriores operaciones en Afganistán son un buen ejemplo de ello.

Uno de los analistas que ha profundizado en el tema es Thomas X. Hammes (22). Parte de la premisa de que existe un amplio consenso en que, en los últimos años, el mundo estaba soportando enormes cambios en el plano social, económico y político, y, como resultado, se estaba efectuando la transición desde la era industrial a la de la información, y que cuando se producen este tipo de situaciones, tiene lugar un cambio generacional en la guerra.

Los cambios que Hammes considera esenciales en esta evolución, aparte de los tecnológicos, los concibe de la siguiente manera:

- Políticamente, en la tercera generación las relaciones internacionales habían venido definidas en los términos impuestos por las naciones europeas que eran las que dominaban el mundo, en la cuarta generación los actores de la escena internacional se han multiplicado exponencialmente. Aunque los estados siguen ocupando el papel de actores principales en el protagonismo interna-

---

(22) HAMMES, THOMAS X.. “*The Evolution of War*”. Marine Corps Gazette Septiembre 1994.

cional, se le han unido las organizaciones multinacionales y una pléyade de diversas organizaciones no gubernamentales que se hacen notar en este concierto. A ello, y con no menos importancia, hay que añadir los actores transnacionales y los subnacionales.

- Socialmente, la interrelación entre individuos y grupos se ha incrementado a niveles difícilmente imaginables con anterioridad, gracias a las posibilidades que aporta la tecnología. La gestión de los asuntos internacionales ya no es privativa de los diplomáticos y militares. El contacto entre gentes de negocios, académicos, investigadores, delincuentes o simples relaciones entre personas privadas, se ha facilitado y han proliferado substancialmente. Todo esto debilita los lazos que unen al ciudadano con el estado.
- Económicamente, se está produciendo el fenómeno de la globalización. El mundo está más estrechamente relacionado pero las desigualdades en la distribución de la riqueza son cada vez más amplias. En esta relación económica tanto los países ricos, como los pobres, han experimentado una reducción de su soberanía, al incidir el fenómeno en la determinación de los aranceles y en el flujo de la información que, anteriormente, habían sido casi monopolio del estado.

Hammes considera como hito básico de cuarta generación, la relación entre conflicto y el empleo de la información utilizando "redes", con un gran volumen, entre estados y sociedades. La finalidad es distorsionar, dañar o modificar lo que la población, que se toma como objetivo, piensa o cree de sí misma o de su entorno. Pueden utilizarse medidas diplomáticas, campañas psicológicas, subversión cultural y política, interferencias informáticas y acciones para provocar, o promover, movimientos disidentes. En este sentido, la "red" agrupa medidas que ya se habían empleado antes separadamente, pero que al hacerlo de esa forma, amplían el espectro del conflicto aumentando el impacto de las consecuencias económicas, políticas y militares.

Las características y efectos de esta forma de guerra basada en la interconexión de la información los resume en:

- Desorganiza, daña o cambia lo que la sociedad percibe de ella misma y del mundo.
- Toma como blanco la elite o la opinión pública en la que se basa el estado atacado.
- Emplea las redes de información para enviar su mensaje a la audiencia blanco.

Este autor cree que cada elemento de cuarta generación, tal como lo proponen autores como Lind o van Cleverd, pueden encontrarse en la evolución de la insurgencia o conflicto de baja intensidad que se han producido en la segunda mitad del siglo XX. Para demostrarlo, analiza algunos de estos acontecimientos. Del de los comunistas de Mao en su conquista del poder en China, destaca la formación de redes de información para imponer ideas sobre grupos humanos, mediante la conducción de operaciones psicológicas y de propaganda. Mao creía que en la guerra, el poder político es el principal, el más decisivo, incluso, que la potencia militar, aunque no quiere decir que desdeñe a ésta. En esto, precisamente estriba, a juicio del autor, la mayor diferencia con la tercera generación: la derrota del enemigo mediante la acción política. Para ello utilizó la propaganda para cambiar la concepción que, de sí misma, tenía la sociedad china y aumentar su poder económico, político y social, hasta que dispuso del suficiente poder militar, para disputar a los nacionalistas el poder.

De Vietnam, resalta la sagacidad de Ho Chi Minh en identificar como centro de gravedad del conflicto la voluntad política del liderazgo estadounidense y el apoyo popular. Consciente de su inferioridad militar, basó su estrategia en la maniobra política internacional y en una prolongada guerra de guerrillas. Utilizó, lo que fue una derrota militar para los insurgentes, la ofensiva del Tet, para, mediante una campaña internacional de propaganda, establecer que las fuerzas comunistas norvietnamitas y la guerrilla del Vietcong, constituían un problema militar insoluble para los Estados Unidos. Considera el autor que la contribución de Ho Chi Minh a la evolución histórica de la guerra es el cambio de objetivo a conseguir, trasladándolo desde la derrota militar de las fuerzas militares enemigas a la derrota de su voluntad política para mantener el conflicto y, esto último, se consigue fuera del campo de batalla. Una vez obtenido el objetivo, mediante el empleo de otros medios distintos de los militares, utilizó tácticas militares de tercera generación para terminar el conflicto a su favor.

También se identifican elementos de cuarta generación en el derrocamiento del régimen de Somoza, en Nicaragua, por el Frente Sandinista de Liberación Nacional. Los sandinistas, descartaron la victoria militar sobre Somoza como procedimiento para su derrocamiento, en cambio, establecieron dos "frentes". El primero consistía en un frente político internacional, mediante el establecimiento de contactos con grupos religiosos, académicos y pacifistas de los Estados Unidos, teniendo como finalidad el presentar el conflicto como la pugna entre un grupo democrático ante un régimen despótico como el de Somoza.

En el segundo frente, el de la política interior, los sandinistas controlaban, encubiertamente, una coalición de grupos políticos y sociales que, prácticamente, incluían a la mayoría de los nicaragüenses. Se ganaron el apoyo de la prensa, familias influyentes y la iglesia católica, mediante el apoyo a la tendencia denominada Teología de la Liberación. El resultado de todas estas acciones interrelacionadas fue el aislamiento de Somoza, que optó por abandonar el país, aunque aún mantenía su poder militar. Los sandinistas demostraron que mediante la acción en el nivel político se podía derrocar a un gobierno débil, ineficiente e impopular.

Pero el autor expone otro ejemplo en que, mediante el empleo de rasgos de cuarta generación, se derrotó a un gobierno democrático y de probada eficiencia: la "intifada" palestina de 1987. El levantamiento popular contra las fuerzas israelíes se propagó en pocos días por todos los territorios ocupados. El liderazgo del movimiento estaba perfectamente diseñado para aprovecharse de las "ventajas" que brinda la cuarta generación. Se articuló en tres niveles, el primero a nivel de barrio en las localidades que se dedicaba a gestionar problemas, digamos, logísticos: alimentos y cuidados sanitarios. Estos aspectos jugaron un importante papel en el mantenimiento de la moral y eficacia del levantamiento. Se emplearon organizaciones de tipo humanitario para mantener el control de la población.

El segundo nivel, denominado Mando Unificado Nacional del Levantamiento, conocido por sus siglas en inglés UNCU, agrupaba a los representantes de los cuatro principales grupos nacionalistas, excluyendo a los extremistas, y aportaba la dirección general y la coordinación de los comités de barrio. El tercer nivel, constituido por académicos, periodistas, y líderes políticos, empleó sus contactos con los líderes políticos y periodísticos en Estados Unidos e Israel para explicar, de una forma razonable y moderada, la postura palestina y presentar una loable preocupación por la paz y la justicia en Oriente Medio, algo que contrarrestaba la acción de los incidentes violentos. Su condición de personalidades públicas relevantes, les ponía a salvo de la acción de las autoridades israelíes.

La estrategia del movimiento quedó determinada por el empleo de medios políticos económicos, sociales y de comunicación. La violencia se vería limitada por el no empleo de armas de fuego y por la máxima exposición a los medios de comunicación social. El "campo de batalla" estaría dividido en una zona "caliente", los territorios ocupados, y otra "segura", la israelí. Se buscaba la victoria política, no la militar.

El mensaje que trataban de mandar era doble, internacionalmente se presentaría el problema insoluble que constituía el enfrentamiento entre los adolescentes palestinos armados con piedras y el bien equipado y eficaz ejército israelí. Internamente se buscaba constatar el hecho de que los israelíes podían estar seguros en su tierra pero no en los territorios ocupados. Esto último tenía como objetivo promover en el electorado judío el deseo de una solución política. Para ello, y para no crear rechazo, descartaron los atentados terroristas.

Económicamente para Israel, las prohibiciones judías al trabajo de la población árabe en territorio israelí, y la falta de comercio con los territorios ocupados, supusieron pérdidas cercanas a los 650 millones de dólares, a la vez que el estado dejaba de recaudar impuestos y tasas de los territorios ocupados.

Socialmente, el liderazgo palestino utilizó las prohibiciones israelíes al libre tráfico como una razón para enfatizar en su autoestima y cohesión frente a una amenaza común. A medida que la entifada proseguía, se ponía de manifiesto cómo los israelíes optaban claramente por la defensiva y que la acción palestina se iba convirtiendo en un motivo de orgullo para todos los árabes.

El papel de los medios de comunicación fue decisivo. Las imágenes de los adolescentes palestinos arrojando piedras a los soldados israelíes, que les contestaban con disparos, proyectaron una imagen de Israel diferente a la que se tenía hasta entonces, ya no era la pequeña nación cercada por enemigos, sino un perverso estado opresor. A su vez lograron transmitir a la población israelí el alto coste, en todos los aspectos, que suponía la ocupación de los territorios. Esta percepción fue decisiva para producir el cambio político en Israel lo que llevó a las negociaciones de 1993 para la concesión de la autonomía palestina.

Estos casos históricos pueden servir como hitos en el desarrollo de la cuarta generación, de los que, dando la razón a Lind en cuanto a la preponderancia de las ideas, podrían extraerse las siguientes consecuencias:

- En el ámbito estratégico, se intenta cambiar directamente la mente del liderazgo político, no por la aplicación directa de la fuerza militar, sino que, mediante el adecuado empleo de los medios de información, articular mensajes que creen opinión pública que les obligue al cambio.
- Tácticamente, los enfrentamientos tendrán lugar, preponderantemente, en el ámbito del conflicto de baja intensidad. Incluirá ele-

mentos de anteriores generaciones y una mezcla de actores estatales, internacionales, transnacionales y subnacionales. Será de ámbito mundial.

## KAPLAN O LA VUELTA AL REALISMO ESTRATÉGICO

Robert D. Kaplan, además de periodista, es un viajero incansable, corresponsal de la revista *The Atlantic Monthly*, es autor de numerosos libros sobre las experiencias de sus viajes y el análisis de las culturas de los pueblos. Entre sus obras podemos citar *Los fantasmas de los Balcanes*, *Los confines de la Tierra* y *Hacia oriente a Tartaria*. Testigo directo de la realidad social que se despliega ante sus ojos, alcanzó notable éxito con la publicación de su ensayo *La anarquía que viene*, que ha llegado a ser una referencia de análisis del futuro. Es miembro de la *New American Foundation*.

Kaplan, en su libro *Warrior Politics, why leadership demands a Pagan Ethos* (23), preconiza las pautas de política exterior que deben practicarse en este convulso comienzo del siglo XXI. La mayor crítica que se ha efectuado al ensayo de Kaplan es su pesimismo y el superficial apoyo intelectual en que basa las contribuciones que, para apoyar su teoría, extrae de grandes maestros de la antigüedad. El se defiende de cualquier determinismo historicista aseverando que “me fijo en el lado oscuro de cada acontecimiento no porque el futuro tenga que ser necesariamente malo, sino porque es así como siempre se han producido las crisis en política exterior” para, a continuación, exponer que su ensayo no trata sobre “que pensar” sino “como pensar” en política exterior y aboga definitivamente por el realismo, al asegurar que la historia nos enseña que los políticos experimentados, lejos de dejarse influir por los sentimientos, se basaron en la “necesidad y en el interés propio” para alcanzar el éxito.

En líneas generales, Kaplan muestra un acuerdo básico con Peters y Lind: “no existe un mundo moderno”, estamos asistiendo a una vuelta a la antigüedad. A su vez, como ya expuso en *La anarquía que viene*, muestra su coincidencia con el análisis de las dinámicas sociales y ambientales que expusieron aquellos, llegando a pronosticar que el siglo XX fue el últi-

---

(23) KAPLAN, ROBERT D. “*Warrior Politics: why leadership demands a Pagan Ethos*” Random House, New York. Editado en español por Ediciones B.S.A. con el nombre de “*El retorno de la antigüedad. La política de los guerreros*”.

mo en la historia en que la humanidad era mayoritariamente rural, para pasar a ser urbana, aventurándose a pronosticar el renacimiento de las ciudades como actores políticos, “en el nuevo siglo, vastas metrópolis, con sus tierras adyacentes y poblaciones leales, eclipsarán a las naciones en importancia política”.

Resalta el autor el hecho de que mientras la Revolución Industrial fue de naturaleza cuantitativa, lo que contribuyó a proporcionar poder a los gobernantes, la Era Posindustrial, con su esencia cualitativa, proporciona poder directamente al individuo, al poner a su disposición una serie de capacidades que le permiten la producción de efectos que, en otra época eran privativos de los estados. Entre ellos el ejercicio de la violencia a gran escala.

Comparte con Peters la opinión de que las sociedades que queden atrasadas tecnológicamente serán vivero de “guerreros”, denominación que, al igual que aquel, emplea para referirse al combatiente distinto del soldado moderno. Esta situación de conflicto se convertirá en crónica y abarcará un ámbito territorial más bien minoritario, cambiando de situación geográfica, y produciendo constantes crisis regionales que serán los problemas más comunes a los que habrá que enfrentarse. Admite que conflicto y comunidad son consustanciales a la naturaleza humana y para alcanzar el éxito, en el tratamiento de los conflictos, hay que huir de tópicos como el de la “aldea global” y evitar las recetas desgajadas de la realidad, que la historia se ha encargado una y otra vez en demostrar que, en la mayoría de las ocasiones, no existen.

Kaplan asigna a la política exterior las mismas características de incertidumbre y complejidad que la guerra. La actuación de los políticos en las crisis internacionales debe, a juicio del autor, guiarse por la necesidad y el interés, no por la compasión, en una situación que, al desatar acontecimientos repentinos y violentos, y contar con una información incompleta, hará necesario el empleo de grandes dosis de intuición, apoyada en un amplio conocimiento de los antecedentes históricos. Predice que, a medida que las crisis vayan llegando, los políticos se darán cuenta de que “el mundo no es ni moderno ni posmoderno, sino una continuación del antiguo” y, por lo tanto, las enseñanzas de los filósofos de la antigüedad, nos sirven para comprender lo que se despliega ante nuestros ojos.

Con estas premisas, Kaplan, extrae de la obra y hechos de personalidades históricas, elementos para apoyar sus afirmaciones. De Winston Churchill, con quien comparte la opinión de John Keegan de ser una de las

figuras históricas del segundo milenio, pone de manifiesto su sentido histórico, capaz de enmarcar los acontecimientos en un contexto realista, enjuiciarlos desde una escala de prioridades morales, empleando elementos geográficos y culturales. Resume su sentido estratégico en el escepticismo, la acción militar y la justifica siempre y cuando “merezca la pena moral y estratégicamente, que esté dentro de las posibilidades de su país y que no se engañe en cuanto a las dificultades: el clima, las enormes distancias, las facciones guerreras locales y el subdesarrollo general de la región” (24). Como puede apreciarse, guarda una gran analogía con la realidad de los últimos conflictos que han hecho intervenir militarmente al mundo occidental de la mano de Estados Unidos.

Del romano Tito Livio, y tomando como base su obra *Aníbal contra Roma*, deduce la influencia que las acciones individuales y las pautas morales han tenido sobre el desarrollo de los acontecimientos históricos. A su vez pone de manifiesto que, en épocas de prosperidad, es incómodo, hoy se hablaría de políticamente incorrecto, prestar atención a los augurios de peligros. En su obra, el romano pone de manifiesto la importancia del patriotismo: “el orgullo por el propio país, sus estandartes e insignias del pasado”. Aludiendo de esta manera a una de las principales potencialidades de las entidades políticas, puestas en duda recientemente. Establece un paralelismo, sólo válido desde la perspectiva que aportan los siglos, entre las Guerras Púnicas y las Mundiales del siglo XX, poniendo de manifiesto la contradicción entre las limitaciones de las democracias y su fuerza para liderar coaliciones.

Kaplan cree ver en los escritos de Livio el mensaje que “la energía necesaria para enfrentarnos a nuestros adversarios debe emanar en el fondo del orgullo por nuestro pasado y nuestros logros”. En este sentido, nos previene que el futuro es impredecible y que, por lo tanto, “los triunfos sobre los fascismos y el comunismo” pueden inspirar a futuras generaciones para alterar el curso de los acontecimientos.

El autor se apoya en el personaje chino Sun Zu para afirmar el valor que la experiencia histórica tiene para la creación de un “criterio instintivo” para el desarrollo de la política exterior que debe ser la consecución de los fines políticos sin el recurso a las campañas militares, ya que el comienzo de las operaciones de guerra significa la admisión del fracaso político. En este sen-

---

(24) Ibid.

tido, el autor chino advierte que el mejor modo de evitar la guerra es pensar y actuar estratégicamente, o dicho de otra manera, en la búsqueda del interés propio. Este proceso no tiene que ser necesariamente “frío e inmoral”, sino la acción ética del que, conociendo las calamidades de la guerra, intenta evitarlas. Como ya lo había referido con Livio, Kaplan resalta que Sun Zu previene al líder contra la opinión pública, “por, cuanto la virtud puede ser lo contrario de la fama y la popularidad”. También resalta la utilidad del engaño y del espionaje, siempre y cuando se empleen para evitar males mayores. Estos aspectos pueden ayudar a interpretar lo que Kaplan quiere decir al preconizar que la política exterior debe basarse en una ética pagana.

Tucídides, también es puesto por Kaplan como ejemplo de pragmatismo político. El autor ve en la *Historia de la Guerra del Peloponeso* la “obra más emblemática de las relaciones internacionales de todos los tiempos”. Contrasta la persistencia de Tucídides en la preservación del poder y del interés propio, como motor de los hechos históricos relevantes, lo que se enfrenta frontalmente con cualquier doctrina historicista o fatalista. Del relato de la guerra entre Atenas y Esparta, se deduce que las complejidades de las relaciones internacionales se han mantenido con el tiempo, y que los poderosos son reacios a identificar y tener en cuenta “las frías fuerzas de la naturaleza humana que yacen justo bajo el barniz de la civilización, amenazando su buena suerte”.

Kaplan utiliza a Tucídides, Sun Zu y a autores más cercanos en el tiempo como Raymon Aron u Ortega y Gasset para presentar el fenómeno de la guerra en su dimensión de hecho social, no como una “aberración”, consecuencia de la división de la humanidad en entidades políticas. Este argumento le sirve para criticar al idealismo y, parafraseando a Aron, afirmar que esta crítica no sólo es pragmática, sino también moral, “porque la diplomacia idealista incurre demasiado a menudo en el fanatismo”. En este punto Kaplan toma partido contra las doctrinas universalistas en política exterior, al contemplarlas como una opción válida para incurrir en trágicos errores.

De Maquiavelo extrae su valoración de la virtud, como sinónimo de “valor” y “energía”, para alcanzar el bien general. Esta virtud tiene un valor práctico en tanto en cuanto consiga el éxito, así aprueba el engaño siempre y cuando sea necesario para el bien de la *polis*. Destaca la afirmación del italiano de que los valores, buenos o malos, son ineficaces sin armas que los respalden, “en consecuencia, para los políticos, proyectar el poder es lo primero; los valores son secundarios”. La virtud es lo contrario de la rectitud. La virtud maquiavélica puede formar parte de una moral, como el autor pone

de manifiesto recurriendo a Isaías Berlin, distinta a la cristiana, lo que plantea “la posibilidad de varios sistemas de valores justos pero de coexistencia incompatible. Siguiendo este esquema, el ideal de Maquiavelo es “la patria bien gobernada”, lo contrario de la libertad individual. Para el florentino la buena política es la que tiene éxito y a ello debe subordinarse la acción.

Kaplan, resume la gran enseñanza de los autores que acabamos de reseñar en: “la característica definitoria del realismo es que las relaciones internacionales son dirigidas por principios morales distintos a los que rigen la política interior”. El corolario de ello es que “la moralidad privada no es un criterio válido para juzgar la conducta de los estados ni para comparar un estado con otro”. Citando a George Kennan, el autor apostilla: “Hay que dejar predominar otros criterios más tristes, más limitativos, más prácticos”. Citando a Arthur Schlesinger, afirma que en política exterior, no se trata de proclamar absolutos morales, sino de ser fieles al sentido de la propia decencia y respetando los valores, tradiciones e intereses legítimos de otras naciones o estados. Esto contradice a un universalismo basado exclusivamente en los derechos humanos.

En este sentido, el autor preconiza como pauta para la intervención militar americana, la existencia de una situación en que un interés estratégico irrenunciable se cruce con un interés moral, y pone como ejemplos hechos como el de Manchuria en los años treinta o el más reciente de Bosnia. En todos los demás casos, para decidir la intervención habrá que sopesar un cúmulo de circunstancias tales como: la geografía, las pautas históricas, las posibilidades de actuación, el apoyo de los aliados, etc.

Al decidir donde intervenir, los políticos deben sopesar las referencias morales de vocación universalista con la existencia de posturas irreconciliables que llevan al conflicto. Para ello, deberán tener presente que mientras la referencia a la virtud es positiva, un exceso de puritanismo puede ser peligroso.

Kaplan pone de manifiesto otro aspecto importante al que nos aboca la naturaleza de los conflictos del futuro: la desaparición de la distinción entre las estructuras civiles y militares en la toma de decisiones, algo que se ha venido manteniendo desde el siglo XIX. La perpetración de atrocidades y la naturaleza y “modus operandi” de los agentes que las cometen hacen necesario la toma de decisiones rápidas, que en el caso de los Estados Unidos, no permitirá, en la mayoría de los casos la consulta al pueblo o al Congreso y las decisiones se tomarán “autocráticamente por grupos reducidos de civiles y oficiales, y la diferencia entre ellos se des-

vanecerá con el tiempo. Actualmente, la diferencia de conocimiento entre generales que actúan como políticos y de especialistas civiles en materia de defensa es, a menudo, insignificante" (25). Se contempla una vuelta a los liderazgos unificados del mundo antiguo y de los primeros tiempos de la antigüedad, algo que Sócrates y Maquiavelo identificaron como una verdad fundamental de todos los sistemas políticos (26).

Kaplan determina la "antigüedad" de las guerras o conflictos del futuro por tres rasgos: el carácter del enemigo, los métodos empleados en contenerlo y la identidad de los que tocan los "tambores de guerra".

En cuanto al primero, trae a colación la figura del guerrero tal como la describe Peters. Unos individuos crueles y con capacidad de acceso al armamento más moderno y que practicarán acciones de "cuarta generación". Abundando en un aspecto anteriormente expuesto, preconiza que las respuestas de los Estados Unidos a estos ataques son inconcebibles sin el factor sorpresa lo que deja sin sentido la consulta democrática. "La guerra está sujeta sólo al control democrático cuando es una condición claramente separada de la paz". Pero en una situación prolongada de cuasi-conflicto con acciones esporádicas en las que la reacción inmediata es esencial, deja "fuera de juego" a la opinión pública. En un bando se encontrarán los "guerreros" y en otros "una aristocracia de estadistas, cargos militares y tecnócratas" (27).

Para identificar a los que "tocan los tambores de guerra", Kaplan se vuelve hacia los medios de comunicación y a ámbitos intelectuales, afirmando que los líderes políticos occidentales hubiesen evitado todas las intervenciones no basadas en motivaciones estratégicas, si no hubiesen cedido a la presión de esos grupos. La causa concreta en que los medios de comunicación más influyentes están dirigidos por personas de carácter cosmopolita que se identifican más con los principios morales de ámbito universal que con los intereses nacionales de un estado en concreto. Con ello, el lenguaje de los derechos humanos, en manos de los medios de comunicación, se convierte en un arma poderosa que puede implicar a Estados Unidos en una guerra.

Kaplan pone de manifiesto que los medios de comunicación y determinados ámbitos intelectuales se comportan como castas profesionales

---

(25) *Ibíd.* Pág. 179.

(26) *Ibíd.* Pág. 178.

(27) *Ibíd.* Pág. 183.

que, a falta de una opinión pública capaz de contrarrestarlos, influyen de manera sustancial en los responsables políticos. “Los argumentos en materia de derechos humanos promovidos hasta la saciedad por la prensa, tienen un aire claramente inquisitorial” (28).

En este siglo el realismo es apropiado para un mundo en que no existe un Leviatán global, ya que aunque los Estados Unidos constituyen una verdadera superpotencia, no tienen la capacidad necesaria para castigar cada una de las injusticias que se produzcan en el mundo, sin correr el peligro de debilitarse peligrosamente.

En el contexto de la política global, Kaplan distingue las teorías que se han propuesto después de la Guerra Fría, entre las “optimistas” que preconizan que las elites sensatas y prósperas conducirán al mundo hacia un horizonte de democracia, prosperidad y al imperio de los derechos humanos. Las “pesimistas” contemplan democracias deficientes, choques culturales y anarquía, poniendo el énfasis en la incapacidad de las elites para controlar un conjunto de diversos autores irracionales y frustrados por el subdesarrollo (29). El autor estima que todas estas teorías ayudan a interpretar una realidad compleja como es la que surgió de la Guerra Fría y que ha dibujado un mapa en el que existen estados que se han incorporado al modelo de democracia liberal, otros, sobre todo los países en vías de desarrollo adoptan modelos de democracias imperfectas y, en otras partes, concretamente Oriente Próximo, el África Subsahariana y el Sur de Asia, los conflictos violentos conforman los acontecimientos. Todo ello en un escenario en donde la globalización triunfa a pesar de los ataques populistas violentos provenientes de zonas en desarrollo.

En esta situación, producto por una parte, de la desigualdad económica, resultante de la extensión de la globalización y de la consiguiente presión que produce la anarquía resultante en las elites globales, se traduce en un afán de fortalecimiento de las instituciones internacionales. Se conforma de esta forma una “autoridad mundial” pero no un “gobierno mundial”, con lo que surge el advenimiento de un Leviatán internacional frágil, aunque el autor pone de relieve que nada parecido existió en el pasado.

A causa de la pérdida de hegemonía de los estados, el ascenso en poder de las grandes ciudades y la influencia de los entes no estatales se impone, a juicio del autor, “un feudalismo benigno”. Un mundo que le

---

(28) *Ibid.* Pág. 189.

(29) *Ibid.* Pág. 202.

recuerda al antiguo imperio persa. La integración política, que se puede estar produciendo a nivel mundial, recuerda a Kaplan los procesos históricos que en la antigüedad soportaron Sumer, Grecia, India y China, que requirieron como elemento integrador una base cultural común. En la actualidad se está gestando una “cultura cosmopolita singular” propia de la clase media alta que, a medida que, como modo de vida se trasmite y extiende, trascenderá a los estados y posibilitará, hipotéticamente, la ins-tauración, a escala planetaria, de un sistema político común.

Por ello considera que la aparición de algún tipo de autoridad global es inevitable, a no ser que se produzca un cataclismo entre grandes potencia como un enfrentamiento entre China y Estados Unidos. Las organizaciones internacionales de seguridad aumentarán su influencia. No obstante, se refiere a Carr para señalar que “históricamente, todos los enfoques del pasado de una sociedad mundial han sido el producto del dominio de una sola potencia”. En la actualidad, parece que las cosas no han cambiado, la globalización es la difusión “del modo de hacer las cosas” al estilo americano con ligeras adaptaciones a la cultura en que se aplique..

En este momento el autor estima que un siglo de “esperanzas utópicas” ha propiciado la vuelta al imperialismo, esa forma histórica de gobierno que permite integrar y proteger diversos entes nacionales y étnicos. La actuación exterior de los Estados Unidos, en los últimos años, se puede identificar como neoimperialista. Al igual que Peters este imperio lo concibe Kaplan como algo no declarado, débil y flexible; una hegemonía americana “blanda”. Para que este poder americano dure, debe de poseer un “nivel de altruismo” más primitivo que el que caracterizaría a la sociedad universal que pretende fomentar y liderar. El patriotismo americano debe perdurar lo necesario para proporcionar el armazón militar emergente a esa nueva civilización que, paradójicamente, tenderá a considerar obsoleto ese patriotismo.

## EPÍLOGO

A comienzo del siglo XXI se está configurando un “nuevo orden” cuyo contorno permanece difuso porque las dinámicas que lo configuran, aún no han sido plenamente identificadas. Muchos analistas y estudiosos se afanan en descifrar sus rasgos fundamentales.

Los autores, cuya línea de pensamiento se ha esbozado en este trabajo, coinciden en que, para inferir lo que viene, hay que saber cómo el hombre se ha comportado a lo largo de la historia. Lo que se conoce como

modernidad sería la actuación del "hombre eterno" con una mayor capacidad tecnológica y que, una vez pasada la época de la preponderancia indiscutida del estado-nación y de la primacía de las ideologías como factor desencadenante de la confrontación para el conflicto, se volverá a una época que se parecerá más a algunos de los modelos que ya existieron en el pasado, que a desarrollos sociopolíticos inéditos, por novedosos.

No hay nada de improbable en que, en los comienzos del siglo XXI, se materialice la sensación, que transmite una parte importante de los analistas políticos y estratégicos americanos, de que los Estados Unidos se convertirán en la cabeza de un imperio, que ellos mismos califican de "blando", sea uno de los escenarios probables de futuro. La preponderancia económica y cultural americana, junto con su indiscutible superioridad militar, parece que avalan esta opinión y que los Estados Unidos liderarán un ámbito de países "pos-modernos".

Puede que los futuros enfrentamientos tengan como causa el desencuentro entre las sociedades pre y posmodernas. También es muy posible que la forma en que se produzcan esos enfrentamientos y los rasgos que caractericen dichas sociedades se parezcan a los que ya han quedado expuestos en el trabajo que, en el fondo, constituirán dos maneras diferentes de afrontar la vida. El declive del estado tradicional, junto con la reaparición, en un mundo globalizado, de formas políticas de convivencia, utilizadas ya en otros tiempos, puede que avalen la afirmación de Peters, Lind y Kaplan de que lo moderno, lo que está por venir, es lo antiguo. Eso será así porque el hombre no es ni moderno ni antiguo, es humano.

**CAPÍTULO SEXTO**  
**ANDRÉS ORTEGA. LA SEGURIDAD POSMODERNA**

## ANDRÉS ORTEGA. LA SEGURIDAD POSMODERNA

POR VICENTE HUESO GARCÍA

Andrés Ortega nació en Madrid en 1954, estudió el Bachillerato en el Liceo Francés de Madrid, se licenció en Ciencias Políticas por la Universidad Complutense de Madrid, y es Master en Relaciones Internacionales por la London School of Economics (LSE) donde estudió con una beca de la Fundación March.

De 1980 a 1988 trabajó en el periódico "El país", como corresponsal en Londres (1980-1982), en Bruselas (1983-1986) y de Relaciones Internacionales (1987-1988). De 1996 a 1999 fue también Director del Servicio de Estudios del Grupo Prisa.

Desde 1994 hasta 1996 fue Director General del Departamento de Estudios del Gabinete de la Presidencia del Gobierno, donde había sido asesor desde la creación de esa unidad en 1990. Anteriormente, en 1989, había desempeñado el cargo de asesor ejecutivo del Ministro de Asuntos Exteriores Francisco Fernández Ordóñez.

Andrés Ortega es editorialista y columnista del periódico "El país". Es Director del Círculo de Debates (Grupo Prisa y Círculo de Bellas Artes de Madrid) y miembro del Patronato de la Fundación José Ortega y Gasset; miembro de la Junta de ACNUR-España, y Director de la Fundación Conferencia Anual Francisco Fernández Ordóñez.

Ha publicado numerosos artículos en prensa y en órganos especializados españoles y extranjeros sobre integración europea, seguridad y relaciones internacionales. Es autor de tres libros, "*El purgatorio de la OTAN*" (Madrid 1986), "*La Razón de Europa*" (Madrid 1994) y "*Horizontes cercanos: Guía para un mundo en cambio*" (Madrid 2000).

## INTRODUCCIÓN

En un mundo cada vez más interdependiente, lo exterior tiene una influencia creciente en lo interior a la hora de configurar cualquier tipo de política con independencia de la comunidad a la que se haga referencia. Esta afirmación general no es una excepción en el caso de España. Sin embargo, la información exterior no prima, pese a que es donde España se juega mucho. En una encuesta realizada a petición del Ministerio de Defensa en 1998, se indicaba que sólo el 26% de los españoles seguía los asuntos de política internacional en los medios de comunicación social.

Andrés Ortega cree que hay un importante déficit de centros de investigación y dedicación universitaria a los temas de política exterior, relaciones internacionales y seguridad, aunque se haya progresado algo en los últimos años. Posiblemente, esa falta de conciencia internacional es fruto de una carencia de cultura internacional. Esta anomalía es extrapolable al campo de la seguridad y la defensa.

En los últimos años se están llevando a cabo en España diferentes políticas tendentes a crear una conciencia de defensa por medio de una cultura de defensa, es decir, a través del conocimiento de estos temas. Gran parte de su éxito dependerá de que se sea capaz de transmitir a los ciudadanos que una sociedad internacional globalizada exige también respuestas globales a los diferentes desafíos incluidos los riesgos y las amenazas. Por eso, hoy más que antaño, la seguridad y la defensa están estrechamente unidas a lo exterior, sin olvidar lo interior.

Por otro lado, desde el final de la Guerra Fría, el concepto de seguridad ha ido evolucionando, como se apuntaba en la Conferencia organizada por Naciones Unidas sobre la relación entre desarme y desarrollo en 1987 al señalar que, "..... la seguridad tiene no sólo aspectos militares, sino también aspectos económicos, sociales, humanitarios y de derechos humanos y ecológicos". En este mismo sentido se expresa Buzan al identificar cinco dimensiones de la seguridad: militar, política económica, social y medioambiental.

Actualmente para conocer, comprender y, posteriormente, apoyar o rechazar las políticas de seguridad que llevan a cabo los Estados en un ambiente multinacional, se requiere conocer los parámetros en los que se desenvuelve la seguridad en el contexto de las relaciones internacionales. Lógicamente, la formación de esa "cultura de seguridad" exige que aquellos que son etiquetados como líderes de opinión, dispongan de un basa-

mento lo suficientemente amplio en el campo de las relaciones internacionales, la seguridad y la defensa que les permita aprehender la realidad, analizarla e informar a sus seguidores, adeptos o simplemente lectores.

En España, ha existido, y todavía persiste, no sólo, como señala Ortega, un déficit de think tanks, sino también de personas especializadas en el campo de la seguridad y la defensa con capacidad de crear corrientes de opinión y esta carencia ha sido fundamentalmente significativa en los medios de comunicación. Al menos esos medios no han dispuestos de especialistas que profundizaran sobre estos temas en la misma medida que lo hacen sus homólogos de la prensa escrita de los países de nuestro entorno.

En este sentido, Víctor Pérez-Díaz, al analizar el debate público sobre la posición de España en el mundo, observa una cierta inmadurez de la opinión pública española en lo relativo a política exterior y, especialmente, en lo referente a los temas de seguridad y defensa. Considera que los medios de comunicación tienen un importante papel que jugar como responsables del deber cívico de transmitir una información equilibrada y permitir a las gentes hacerse un juicio sobre la realidad. Este pensador señala:

*Si se pretende realmente que, en esta materia (política de defensa y exterior), España tenga una voz razonada e influyente en el concierto de las naciones, y en especial en la comunidad euro-atlántica a la que pertenece, habría que atender, por tanto, a dos asuntos relacionados entre sí. Por un lado habría que fomentar el desarrollo de una comunidad de conversación sobre la materia.... Por otro, habría que hacer lo posible por que se desarrollara una opinión pública madura y capaz de seguir esa conversación (1).*

Finalmente, considera que eso todavía no es posible porque existe un déficit de deliberación pública relacionado con un déficit de información y con un déficit percibido de información suficientemente equilibrada y razonada.

En este monográfico sobre la seguridad y defensa en los medios de comunicación social, el autor español que reúne todos los requisitos para estudiar su obra publicada, tanto en la prensa escrita como en sus libros, es Andrés Ortega. Este politólogo, desde el inicio de su carrera, ha dirigido su esfuerzo intelectual y profesional hacia el campo de las relaciones

---

(1) PÉREZ-DÍAZ, VÍCTOR y varios autores, "La sociedad española ante la Defensa y los conflictos internacionales", Fundación por la Modernización de España, Madrid, 2001, pag 28 y ss.

internacionales, la seguridad y la defensa, bien como corresponsal de prensa y asesor en la Presidencia del Gobierno y en el Ministerio de Asuntos Exteriores, o bien como columnista y editorialista.

Los líderes de opinión de los medios de comunicación reúnen unas peculiaridades que los diferencian de los pensadores o investigadores de la realidad social. Los segundos trabajan esencialmente por comprender la sociedad de una manera disciplinada y con un interés primordialmente teórico. Por medio de las reglas del saber científico aprehenden la realidad, descubren las leyes que gobiernan las interacciones sociales y, posteriormente, elaboran sus tesis. Este proceso requiere tiempo, por eso no están, o no deben estar, sujetos a restricciones temporales. Publican cuando tienen algo que comunicar, es decir, cuando han descubierto algo que es suficientemente significativo como para que el resto de la sociedad lo conozca.

Sin embargo, el trabajo de los formadores de opinión en los medios de comunicación está sometido a limitaciones de tiempo, pues habitualmente están comprometidos a enviar en un plazo determinado, al consejo de redacción del periódico, su columna y, además, la información en ella contenida tiene que ser de actualidad o al menos significativa desde el punto de vista informativo. Normalmente estas noticias versan sobre acontecimientos inacabados, próximos o incluso ya pasados, pero con claras implicaciones en el corto plazo.

Además, el escritor de prensa tiene que tener capacidad de conectar con los lectores para que durante unos minutos, ese lector se desconecte de todo aquello que le rodea y pueda tomar partido sobre determinados hechos o situaciones, pues así y sólo así se crea opinión. Finalmente, existe un problema añadido a la labor del columnista, los análisis que lleva a cabo exigen, en muchas ocasiones, valorar el futuro, es decir elaborar hipótesis sobre la posible evolución de esos hechos. Lógicamente eso conlleva grandes riesgos por la propia naturaleza de los acontecimientos analizados, sobre todo cuando nos referimos a las relaciones internacionales, la seguridad y la defensa.

El sociólogo Peter Berger definía las ideologías como: "Puntos de vista que sirven para buscar una explicación racional a los intereses creados de algún grupo....." (2). Los diferentes medios de comunicación siguen una determinada línea ideológica o de interés, y por tanto, como señala

---

(2) BERGER, PETER. *"Introducción a la sociología"*, 4ª ed.; Limusa, Madrid, 1976,57.

Berger, los puntos de vistas de los editorialistas y columnistas, como el resto de los periodistas, tienen que ser funcionales con los criterios de la empresa editora.

El periodista, en general, y el columnista en particular, no es por lo general un científico, aunque pueda tener esa formación, su labor no es elaborar teorías o buscar soluciones a problemas latentes. Más bien, tiene que tener capacidad de visión global de lo que está sucediendo en el área en la que trabaja. Por tanto, a lo largo de este trabajo no se puede esperar grandes aportaciones teóricas al campo objeto de este trabajo. Por el contrario, lo que se debe esperar es un análisis de los hechos que juzga en cada momento en el que se han producido y la capacidad para proyectarlos hacia el futuro y ponerlos en relación con otros.

El mapa descrito sirve para mostrar la enorme dificultad que significa ser columnista de un medio de prensa escrita y, todavía más, si eso supone mantener una columna semanal en uno de los periódicos cuyos contenidos tienen repercusiones significativas en la opinión pública española, cuando se trata de temas donde hasta ahora ha existido un gran vacío de información y análisis. Estos son méritos suficientes para que Andrés Ortega sea el autor español seleccionado para analizar su obra en relación con la seguridad y la defensa.

## ¿NUEVO ORDEN O DESORDEN?

La forma en la que la comunidad internacional busca su seguridad ha cambiado sustancialmente después de la Guerra Fría. Andrés Ortega la denomina seguridad posmoderna y, consecuentemente, la forma de conducir la guerra, cuando esta surge, es también posmoderna.

*Los conceptos de defensa, contención o disuasión siguen siendo válidos, pero deben verse complementados por políticas positivas en los terrenos social, político, jurídicos y económico. En el mundo actual, y en particular en Europa, la seguridad no se puede definir ya sólo en términos de defensa, ni siquiera de guerra o de paz, aunque la dimensión militar siga siendo esencial (3).*

A estas dimensiones agrega posteriormente la seguridad humana, que incluye los derechos humanos y la seguridad democrática, y la medioam-

---

(3) ORTEGA, ANDRÉS. "Horizontes Cercanos", Taurus, Madrid, 2000, 144.

biental. De esta forma participa plenamente de la tesis de Buzan y, en general, con la mayoría de la comunidad de expertos en el concepto de seguridad emergente en la posguerra fría.

Esa noción amplia de la seguridad le lleva, consecuentemente, a analizar qué elementos vertebran el mundo surgido después de la Guerra Fría y si esa nave, llamada sociedad internacional, sabe su destino y el rumbo que debe tomar. Está especialmente preocupado por conocer si, por debajo de ese desorden aparente en que se mueve la comunidad internacional, existen indicios racionales para pensar que el antiguo orden bipolar está siendo reemplazado por otro.

Lo que realmente subyace en su pensamiento es la disyuntiva tradicional anarquía/orden entre los teóricos de las relaciones internacionales. Por un lado, hay autores que opinan que la sociedad internacional es anárquica porque hay ausencia de una autoridad central, superior a la de los actores. Es por esto por lo que esta sociedad es, en términos políticos, no estructurada o no integrada. En otra línea, ciertos autores valoran el que se den determinados elementos de orden social, entre los que destacan el derecho internacional, la diplomacia y las organizaciones internacionales. Andrés Ortega se adscribe a una posición intermedia al considerar que actualmente el mundo, en términos generales, se mueve entre la anarquía y el orden.

Aunque piensa que nuestro mundo es cada vez más complejo y, por tanto, más difícil de gestionar, es mejor en términos absolutos que hace unas décadas. Lo que hoy caracteriza a las sociedades modernas y posmodernas es que los cambios son cada vez más numerosos y rápidos. Cuando todavía no se han asentados unos, hay que abrir las puertas a otros. Estamos siempre en una permanente transformación. La complejidad de nuestro mundo se ha convertido, para este politólogo, en la mayor vulnerabilidad.

Este cambio permanente ha provocado que la incertidumbre se instale permanentemente entre nosotros. Los cambios que experimentan las sociedades no son homogéneos ni avanzan fluidamente. Más bien se producen por un lado fallas entre la economía y la tecnología, principales motores de cambio, y la política por otro. El mayor problema que plantea Ortega es que ese continuo estado de semi-revolución no tiene rumbo, no sabemos hacia dónde vamos.

El fin de la Guerra Fría indicó claramente lo que había fracasado, pero no nos dijo a dónde iba el mundo, ni siquiera a dónde debería ir. El autor afirma que la desaparición del orden bipolar no ha traído aún ese augura-

do nuevo orden mundial, pero tampoco un nuevo gran desorden. Considera que todavía la comunidad internacional sigue viviendo un periodo de transición de un mundo a otro. Por eso, cuando surge algún acontecimiento mundial significativo, siempre se pregunta si estamos ante la presencia de un nuevo orden.

En el artículo publicado el 12 de junio de 1999, con motivo de la guerra de Kosovo, afirma:

*El mundo no es el mismo después de la guerra de Kosovo. Casi todas las guerras acaban influyendo. Ésta, además, se ha producido en medio de una transición, la que empezó en 1989 con la caída del muro de Berlín, y que puede fácilmente durar otros diez o veinte años más, antes de producir un sistema más estable (4).*

Con la llegada de Putin a la presidencia de Rusia, escribe una columna, titulada "La segunda década (5)", en la que señala que ha empezado la segunda década de las tres que han de ocupar la transición de un mundo a otro, en particular en Europa. La primera empezó en 1989 con la caída del muro de Berlín. Ésta fue una década de desintegración de un orden en muchos órdenes, desde el geopolítico al tecnológico. La segunda década ha de ser la de la construcción. Y, finalmente, la tercera, la del asentamiento.

*En este "entresiglos" de treinta años son numerosos los elementos que se van ordenando, que van apuntando, más que a la aparición de un imposible, cuando no indeseable, Gobierno Mundial, a la necesidad de una capacidad de gobernar colectivamente al menos algunos asuntos que requieren una gestión global.*

Después de los ataques terroristas en Estados Unidos del 11 de septiembre, vuelve otra vez a plantearse qué orden se está instaurando en el mundo. En el artículo: "Miedo a un mundo peor", señala que los terroristas han conseguido que la incertidumbre se haya transformado en miedo. Y se pregunta:

*¿Se ha abierto una nueva era? La tentación de afirmarlo es fácil. Soy de los que vienen considerando que estamos en una transición que empezó con la caída del muro de Berlín en 1989, y que aún no ha llegado a la mitad. Esta nueva versión de pax americana no tiene grandes posibilidades de funcionar en un mundo desbocado, que requie-*

---

(4) ORTEGA, ANDRÉS. "El mundo después de Kosovo", artículo, El país, 12/06/99.

(5) "La segunda década", columna, El país, 03/01/00.

*re de más política y más justicia. ....Pero es de temer que queden otros años, bastantes más, de desorden. .... (6).*

En un segundo artículo: "*Retorno al unilateralismo*" (7), una vez finalizado el ataque de los Estados Unidos a Afganistán, Andrés Ortega comenta uno de los aspectos que está presente a lo largo de todo su pensamiento: el papel del coloso americano en el tablero mundial. La tesis que sostiene es que Estados Unidos avanza hacia un unilateralismo, que ha sido más evidente desde la llegada de Bush a la presidencia de ese Estado. Aunque desde su punto de vista, a partir del final de la Guerra Fría, la comunidad internacional ha profundizado en el multilateralismo, como respuesta a los diferentes desafíos a los que tiene que hacer frente, éste ha sido asimétrico por el mayor peso de la única potencia superviviente después del colapso comunista. La salida de Estados Unidos del sistema lo transformaría radicalmente y, en consecuencia, tendría un efecto inmediato a la hora de vertebrar la estructura mundial. Este temor está confirmado, según el autor, por la manera que EEUU ha llevado esa guerra: prácticamente solo (volveremos sobre este asunto más adelante).

## GLOBALIZACIÓN Y SEGURIDAD

La "globalización" es una de esas palabras que se ha puesto de moda, no sólo en el campo económico y financiero sino también en el político, social, cultural y en el de la seguridad. Sin embargo, no siempre este concepto es bien definido o bien comprendido. Aunque casi todo el mundo se refiere a él, su significado es diferente dependiendo quién lo utilice. Para un economista, la globalización se refiere principalmente a una mayor integración financiera y económica. Para un politólogo es entendida como una interdependencia creciente. Finalmente, para un sociólogo, este término significa que el mundo avanza hacia una aldea global.

Andrés Ortega estima que la globalización, tal como está floreciendo, contribuye a desestructurar la sociedad internacional. Ahora bien, la globalización no tiene los mismos efectos en todas las áreas y en todos los lugares del planeta. Para este autor la globalización tiene tres caras distintas, que discurren con diferentes velocidades, cuando no con rumbos contrapuestos: la económica-financiera, la política y la cultural.

---

(6) "*Miedo a un mundo peor*", columna, El país, 17/09/01.

(7) ORTEGA, ANDRÉS. "*Retorno al unilateralismo*", columna, El país, 17/12/01.

La globalización se puede ver de dos formas: como un proceso en curso, inevitable, que avanza por sí mismo (o incluso como una situación singular resultado de la acumulación de procesos diversos); o como un proceso sobre el que se puede actuar de dos maneras; impulsándolo o controlándolo. La pregunta que intenta responder el autor es: ¿quién está al volante de la globalización?

Después de analizar los diferentes actores que intervienen en la globalización, considera que los Estados han ido perdiendo capacidad para influir en este fenómeno, al menos desde el punto de vista económico-financiero. Los Estados han perdido poder de influencia y actualmente compiten con las grandes multinacionales. Hoy, 51 de los 100 mayores seres económicos del mundo no son Estados, sino empresas. Pero el autor considera que estas enormes empresas, excepto sus directivos, nadie las controla. En el ámbito mundial no existe ninguna autoridad que supervise la globalización y los Estados no son capaces de vigilar tampoco estas empresas, pues excede de su capacidad política. En definitiva, afirma Ortega que la globalización está descontrolada.

En términos amplios, el proceso está teniendo efectos positivos para la sociedad internacional, aunque, también es cierto, de forma excéntrica, según se trate de Estados desarrollados o en vías de desarrollo. Sin embargo, desde el punto de vista de la seguridad, objeto de este trabajo, también está teniendo consecuencias no deseadas, como es la emergencia de riesgos y amenazas denominadas globales.

Uno de los desafíos para la seguridad es la creciente dualización no sólo entre los países, sino dentro de las sociedades, en las que se está generando una nueva pobreza y una nueva riqueza. Estas desigualdades tan grandes inciden en el propio funcionamiento de las democracias, pues generan violaciones de las libertades políticas, indiferencia y una inseguridad que puede acabar rebotando contra los sistemas políticos. Además, las diferencias en niveles de vida generan olas de migración. La manera como se gestionen los flujos migratorios y sus consecuencias tendrá profundas implicaciones en todas las sociedades, precisa el autor.

Continúa afirmando que es urgente darle a la globalización económica-financiera una cara humana, sin embargo el problema es que es fácil enunciar pero difícil de indicar el camino y los medios para llegar a él. Iniciativas como la Tercera Vía que propugna, entre otros, Tony Blair es un intento de dar respuesta desde la izquierda a la globalización y sus efectos, de reconciliar mercado y justicia social en esta era. Sin embargo, para este polít-

logo, el tratamiento a aplicar propugnado por la Tercera Vía es insuficiente, pues es sólo un proyecto nacional para hacer frente a tal fenómeno.

Otro efecto no deseado de la globalización es el crimen organizado, que ha crecido rápidamente porque ha sabido aprovechar eficazmente las posibilidades que le han proporcionado, las de los mercados financieros mundiales y las de las nuevas tecnologías de comunicación. Las actividades ilícitas que aparecen ligadas al crimen organizado, abarcan desde el narcotráfico, la prostitución, el tráfico de órganos humanos, la venta de armas y material nuclear, las redes de inmigración ilegal o las guerrillas hasta los movimientos terroristas:

*No cabe minimizarlo: el crimen organizado es la mayor amenaza hoy en día contra los sistemas democráticos, contra los sistemas políticos en general, desde luego aquellos que están en transición, pues lo corrompe y lo altera todo, incluida la vida internacional y transnacional.*

Los hechos acontecidos el 11 de septiembre han sido posibles porque los terroristas han sabido aprovechar las oportunidades de la globalización, afirma Andrés Ortega. Su punto de vista es que la globalización ha estado demasiado tiempo fuera del control de la política y, señala, que es hora de poner fin a ese descontrol. Ese desorden es debido, según el autor, al desfase entre globalización y política. En efecto, mientras los problemas con que se enfrenta la sociedad son globales, la política es aún esencialmente local.

En la columna titulada "*Golpes a la globalización*" (08-10-01), con motivo del inicio del conflicto de Afganistán, afirma que la globalización ha entrado en una acentuada crisis debido a tres duros golpes en un corto periodo de tiempo: los atentados del 11 de septiembre y la consecuente guerra de Afganistán, la caída de la economía y las manifestaciones anti-globalización. Estos signos indican, según él, que se va a otro tipo de globalización, más limitada y más controlada.

Frente a estos conatos de anarquía internacional a la que está contribuyendo la globalización, no es menos cierto que los actores internacionales, fundamentalmente los Estados, intentan dar respuesta a los nuevos desafíos omnidireccionales.

La integración regional es otro aspecto de la globalización. Ortega apunta que la falta de unas instituciones globales ha hecho que aumente el multilateralismo en el ámbito regional. Considera que el creciente regio-

nalismo es un elemento de estabilidad y orden. Aunque la región más integrada es Europa Occidental, no es menos cierto que otras regiones han iniciado procesos similares. Este escenario permite discernir un mundo en el que los países, como tales, pierden importancia relativa en beneficio del grupo regional al que pertenecen y las negociaciones internacionales se producen crecientemente entre los bloques regionales.

En la regionalización, aunque el mayor peso lo tiene el área económica y comercial, los nuevos riesgos y amenazas globales a los que se enfrenta la comunidad internacional está originando una creciente tendencia al multilateralismo regional en el área de la seguridad y la defensa, si bien en este terreno faltan estructuras en casi todo el mundo, salvo en Europa.

La última cara de la globalización, la cultural, se puso de moda con el artículo de Samuel Huntington "*El choque de las civilizaciones*" y la posterior publicación del libro con el mismo título. Los últimos acontecimientos terroristas del 11 de septiembre han reavivado la polémica sostenida por este analista. Ortega, al igual que Huntington, opina que la globalización no está propiciando la convergencia hacia una aldea global sobre la base de una cultura universal —presumiblemente la occidental—. Por el contrario, impulsa el multiculturalismo. Continúa afirmando este columnista que no hay que confundir globalización con universalización y, mucho menos, modernización con occidentalización. Globalización y búsqueda de identidades son dos caras de una misma moneda. La apariencia de un mundo sin fronteras, la llegada de la modernización y la revolución tecnológica, en muchos casos produce angustias derivadas de la pérdida del sentido de pertenencia, lo cual, a su vez, lleva a resurgir los particularismos en forma de culturas, nacionalismos o fundamentalismos.

Aunque Samuel Huntington considera que la identidad cultural en la que se basan los procesos de comunicación y conflictos es la civilización, Ortega prefiere más bien hablar de culturas. Desde su punto de vista, la globalización está creando una cierta conciencia global, es decir, una clase transnacional conectada con muchos elementos comunes —niveles de ingreso, dominio del inglés, compras de bienes y servicios, etc.— y que se puede separar de sus culturas y referencias de origen. Pero esto no significa unificación cultural, sino justamente lo contrario, capacidad de culturas diferentes para asimilar nuevos productos y tecnologías, y, sin embargo, seguir siendo profundamente diferentes. Los medios de la globalización, especialmente las nuevas tecnologías, facilitan la reproducción de esas culturas.

Andrés Ortega, al contrario de Samuel Huntington, no cree que sea inevitable un choque de civilizaciones o culturas, aunque sí existirán fricciones entre ellas. Además, esas fricciones no hay que buscarlas entre poblaciones de territorios dispares, sino dentro de las propias sociedades occidentales. Avanzamos en los Estados occidentales hacia sociedades multiculturales y, por tanto, gran parte de la estabilidad de ellas radicará en la capacidad para saber gestionar ese multiculturalismo, de lo contrario estaremos avocados a que el mundo se transforme en una enorme Yugoslavia. Para este autor, lo más probable es que broten inseguridades dentro de los Estados por razones multiculturales, antes que entre las diferentes civilizaciones, especialmente entre la Occidental y la Islámica.

La gestión de identidades culturales diversas, advierte el autor, será todavía más importante en Europa en el futuro. De cómo se aborde este reto del multiculturalismo, fruto de la presión creciente de la inmigración, puede depender la propia esencia de la Unión Europea.

Finalmente, otro elemento de inestabilidad, aunque no es nuevo sí ha vuelto a resurgir con fuerza en plena globalización, es el nacionalismo. Después del colapso del comunismo han brotado multitud de nacionalismos exacerbados, especialmente en Europa, que han sido motivo de conflictos cuando no de guerras abiertas y, por tanto, constituyen una de las principales amenazas a la paz y la estabilidad en el corazón del continente europeo.

Los nacionalismos son siempre fuerzas centrifugas porque buscan el predominio de lo particular sobre el interés general. Además, el nacionalismo conduce directamente al denominado derecho de autodeterminación. Ortega indica que la solución a este tipo de conflictos nacionalistas no puede consistir simplemente en crear o borrar fronteras, menos aún cuando se hace por la fuerza, sino en relativizarlas mediante la integración en unidades superiores distintas del Estado, pero que no eliminan el Estado. El modelo a seguir es la Unión Europea, según el autor, ya que de la supranacionalidad ha sido uno de los principales instrumentos que han servido para crear paz y seguridad dentro de los límites de esta organización política.

## **EL NUEVO INTERVENCIONISMO**

En estos momentos parece haber dos escuelas: la de los “westfalianos”, que tienden a preservar el modelo del respeto al Estado, y la de los

“internacionalistas”, que abogan por la injerencia en los asuntos internos y la intervención, naturalmente con límites. Andrés Ortega se encuentra entre estos últimos, pero con numerosas dudas y críticas a la manera en la que se está llevando a cabo.

El Tratado de Westfalia consagró un nuevo tipo de orden que servía para regular los conflictos entre Estados, y para impedir que unos originaran conflictos en el interior de otros. Este orden, aunque con ciertas matizaciones, se mantuvo con la aprobación de la Carta de San Francisco. Sin embargo las tensiones y crisis surgidas durante el periodo de la posguerra fría son mayoritariamente de origen intraestatal en lugar de interestatal, debido principalmente a la violación de los derechos humanos. Por eso la preocupación por las tensiones en el seno de los Estados es hoy tan grande o más y tienen repercusiones supranacionales, si no globales, al menos regionales. Ortega considera que los focos de crisis son debidos por un lado, al fracaso del Estado como forma política en algunas partes del mundo, y por otro, al hecho de que en este mundo globalizado los asuntos internos de un país pueden afectar a muchos otros países y sociedades. Los asuntos y conflictos internos tienen ahora una influencia sobre la seguridad mayor que en el pasado.

El primer problema que se plantea es la dicotomía legalidad/legitimidad de la injerencia. El intervencionismo actual, en nombre de la moral y de los valores, es un paso positivo, según el autor, siempre y cuando reduzca los males existentes, no si los aumenta, aunque desde el punto de vista práctico plantea numerosos problemas. La cuestión de fondo para Andrés Ortega, es que se ha echado por la borda un sistema, antes de que otro lo haya reemplazado. El peligro latente de la posguerra fría no es que en nombre de una moral se acaba con una legalidad, sino que esto ocurra cuando aún no se ha construido otra nueva que la reemplace.

Este columnista considera que la injerencia actual carece de unas bases legales suficientes, como ha quedado de manifiesto en el caso de Kosovo. Aunque el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas puede autorizar el uso de la fuerza, el nuevo intervencionismo apunta a ser cada vez menos onusiano, entre otras cosas, porque en Estados Unidos existe una fuerte corriente contraria a esta organización, pues entiende que condiciona o incluso recorta su poder y su margen de maniobra. La intervención en asuntos internos de los Estados por razones morales, si no está respaldada por una legalidad, puede parecer fundamentada en los intereses nacionales de determinados países. Existe pues el temor, básicamen-

te por parte de los Estados que no pertenecen al mundo occidental, especialmente China, a utilizar selectivamente el derecho de injerencia para buscar un neoimperialismo, bajo el liderazgo de Estados Unidos.

Otra crítica de Ortega radica en el hecho de que en ocasiones las intervenciones producen efectos indeseados al provocar enormes desastres humanitarios. Demasiado a menudo, apunta el autor, estas intervenciones se hacen mal o llegan tarde, y en el camino, por falta de previsión o de prevención pese a sus mejores intenciones, generan sufrimiento entre aquellos a los que pretenden ayudar. Son los efectos no buscados, pero que ponen de relieve que este mundo está ganando en capacidad de intervención, pero carece aún de los instrumentos, institucionales y de otra índole, necesarios para resolver las situaciones antes de que se degraden; incluso para anticiparlas. Falta, desde su punto de vista, capacidad de prevención, de análisis y previsión y de control cuasi-policial de las situaciones antes de que se produzcan las atrocidades. Rectificar después suele resultar mucho más costoso y entre tanto se pierden vidas humanas y se genera un gran sufrimiento.

Para apoyar dicha argumentación, el autor dice que la intervención de la OTAN provocó, en un primer momento, la aceleración de la limpieza étnica, de la expulsión en masa de los albanokosovares en ese territorio, sin que se hubieran tomado medidas al respecto y, posteriormente, tras la guerra, la subsiguiente limpieza étnica en Kosovo en sentido contrario, esta vez de los albanokosovares, al expulsar o asesinar a los serbios.

El autor se pregunta por la eficacia y el límite de las intervenciones. El nuevo intervencionismo está llevando a situaciones que no se podrán multiplicar sin límite, pues donde ha tenido éxito la intervención de las fuerzas internacionales se han tenido que mantener durante mucho tiempo después para garantizar una paz arrancada a la fuerza. Una de las lecciones recientes es que, para imponer la paz, cuando faltan los medios internos de los grupos para defenderse y lograr el respeto de los derechos humanos, es necesaria la presencia continuada, incluso después del conflicto, de fuerzas multinacionales. Andrés Ortega no cree que la presencia indefinida sea la clave de una solución generalizable.

Las soluciones a los conflictos actuales de carácter étnico o religioso, y las consiguientes intervenciones extranjeras, están fomentando la causa de los independentismos. Sin embargo, está en contra de esta política porque estimula nuevos movimientos que buscan la independencia con una metodología similar a conflictos anteriores. Separar a los contendientes, para Ortega, puede llegar a ser una manera, si no de resolver un con-

flicto, sí al menos de mantenerlo a raya y encauzarlo por caminos más pacíficos, pero no proporciona una solución definitiva. La alternativa que propone es generar procesos que releguen la cuestión de las fronteras físicas a un lugar recóndito en las preocupaciones de las gentes, aunque sigan constituyendo referencias. El proceso de integración de los Estados de la Unión Europea es un ejemplo a seguir en otras áreas geopolíticas.

*Es necesario repetirlo: ante conflictos étnicos o históricos con raíces irracionales, la salida estable a la larga no es empeñarse en la nacionalidad, sino fomentar la supranacionalidad (8).*

La opinión pública es considerada como un actor relevante en el mundo que vivimos por tener capacidad para influir en las relaciones internacionales. En las sociedades avanzadas los medios de comunicación, algunos de ellos con alcance global, están teniendo un papel muy importante a la hora de configurar las opiniones públicas nacionales con el fin de que sus Estados intervengan en conflictos internos de otros Estados por razones humanitarias, lo que ha venido a denominarse el "efecto CNN".

Con este efecto, los medios de comunicación mediatizan la decisión de intervenir en esos conflictos a través de uso de la fuerza, lo que pone de relieve una debilidad de la política, una atención excesiva de los políticos a los medios de comunicación. Por otro lado, esos mismos medios ejercen presión para que esas intervenciones sean rápidas y cortas. Esta situación mediática no favorece las guerras de desgaste o largas, pues, cuando los conflictos se extienden en el tiempo, enseguida se generan análisis periodísticos negativos sobre la mala planificación o gestión del conflicto. Las guerras de Kosovo y Afganistán son ejemplos que sirven para apoyar la argumentación del autor.

Si las intervenciones se originan por una presión mediática, en nombre de la opinión pública, también es cierto, señala Ortega, que una vez evaporada buena parte de la atención mediática, parece desaparecer la presión política en ese conflicto. Luego, el conflicto puede ser sólo importante siempre y cuando esté presente en la memoria de los medios de comunicación. Una vez que deja de ser actualidad puede caer en el olvido de quienes actuaron como reacción de esos mismos medios.

---

(8) *"Después de la intervención: responsabilidad de la comunidad internacional"*, conferencia, julio-2000.

Aunque los medios de comunicación empujan a los gobiernos a actuar, también es cierta la situación inversa. Con frecuencia, a los medios de comunicación se les intenta manipular por parte de los gobiernos para así crear el ambiente de intervención por razones humanitarias, aunque por detrás subyacen los intereses nacionales. Este columnista piensa que es algo relativamente fácil conseguir y señala, pensando en Estados Unidos:

*En la actual situación, el efecto CNN puede acabar invirtiéndose en ocasiones para convertirse en instrumento CNN (9).*

Otro condicionante que caracteriza el nuevo intervencionismo es que la participación armada tenga coste "cero bajas". Para él, la gran contradicción respecto al pasado, al menos en el mundo occidental, es que se quiere mandar, o intervenir, sin correr excesivos riesgos.

Esta nueva idea de la guerra, basada en la confianza de la superioridad tecnológica y la reducción al mínimo de las bajas propias e incluso ajenas, la hace aceptable a las opiniones públicas occidentales. Es lo que el autor denomina: la violencia de precisión. Además, esta concepción es alimentada por el efecto CNN, que contribuye a difundir la posibilidad de ganar la paz mediante guerras de duración cortas y ataques a objetivos muy selectivos. Sin embargo, el autor piensa que este tipo de violencia de precisión tiene importantes límites y, por tanto, no es practicable en todas las circunstancias. La primera limitación de utilizar esta estrategia es que se pueden conseguir objetivos limitados pero no resuelven los problemas a fondo, es por eso que muchas de estas guerras son inacabadas, es decir, situaciones no resueltas a pesar de la acción militar.

Nos enfrentamos en los conflictos previsibles a dos formas de entender o hacer la guerra. Los que están dispuestos a matar sin morir frente a los que están dispuestos a morir matando. Ortega considera, que si estos últimos tienen una voluntad suficientemente fuerte, tienen muchas posibilidades de ganar, o al menos de no perder, a pesar que la guerra de precisión ha triunfado en Kosovo y Afganistán, aunque sea parcialmente. El autor pone como ejemplos contrarios los terroristas suicidas de Hamas o Herzbolá en Oriente Medio y los guerrilleros que luchan contra Rusia en Chechenia.

Ortega considera que faltan medios para gestionar los momentos inmediatamente posteriores a la paz. En Bosnia, en Albania, en Kosovo y en otros

---

(9) ORTEGA, ANDRÉS. "Horizontes Cercanos", Taurus, Madrid, 2000, 135.

lugares del mundo ha surgido la necesidad de llenar ese hueco que se encuentra a medio camino entre las misiones militares y las policiales. Las operaciones internacionales de paz tienen a menudo más contenido policial que militar, especialmente una vez que se ha superado el estadio de la guerra, cuando se produce el tránsito hacia la estabilización o reconstrucción de la paz. Para el autor, falta una especie de Guardia Civil internacional, para atender a estas situaciones o lo que propone el Parlamento Europeo: un Cuerpo Civil de Pacificación. La creación de un cuerpo de 5.000 policías para estos fines en la Unión Europea apunta en esta dirección.

### **¿ESTADOS UNIDOS, POTENCIA INDISPENSABLE?**

No cabe duda que después del final de la Guerra Fría, Estados Unidos se ha quedado como única superpotencia. En este mundo globalizado, lo que hace o deja hacer este Estado, representado por su Gobierno, puede proyectar sobre el mundo su propia fortaleza o su propia inestabilidad. Es por eso por lo que cualquier movimiento que hace se estudia y analiza minuciosamente. La situación no deja a nadie indiferente, posicionándose cada uno bien a favor o bien en contra. Andrés Ortega ha dedicado muchos de sus artículos, columnas y conferencias a analizar la incidencia de EEUU en las relaciones internacionales y, especialmente, en el campo de la seguridad y la defensa. De todo lo publicado hasta ahora se desprende una desconfianza hacia la política exterior de Estados Unidos e incluso a su propia política interior.

La crítica a la posición estadounidense se ha acrecentado con la llegada de los republicanos al poder. En las opiniones expresadas a través de sus columnas, se aprecia un antes y después del 11 de septiembre. Esa línea divisoria no significa que la política exterior americana haya cambiado radicalmente o que el propio autor haya variado su punto de vista respecto a las políticas y acciones de ese país. Más bien es un examen, consistente en revisar si la posición de los EEUU en diferentes campos, tales como defensa, política exterior, seguridad, etc., ha variado sustancialmente después de los hechos acontecidos en Nueva York y Washington.

Estados Unidos, como superpotencia, intenta adaptar el mundo a sus propios intereses, afirma este politólogo, pero esto no significa que el mundo sea unipolar, porque otras potencias y actores internacionales no permiten un sistema unipolar. Sin embargo, es un actor imprescindible en muchos aspectos, pero fundamentalmente en el campo de la seguridad y

la defensa. Aunque económica y financieramente existen otros entes que pueden competir con este país, especialmente la UE, militarmente es el único que ha desarrollado una capacidad de intervención global.

Estados Unidos quiere dirigir el mundo y para ello tiene que intervenir directamente gestionando crisis. Sin embargo, esa posición de única superpotencia, la deja en una situación indeseada, pues es el único que tiene la capacidad diplomática y militar para gestionar esas crisis siendo su papel no siempre bien entendido por la propia sociedad americana, que cada vez se muestra más aislacionista.

Andrés Ortega considera que en el escenario de la posguerra fría, EEUU se siente incómodo y su conducta muestra ciertas contradicciones. La primera es que su política exterior no sabe a dónde va, carece de proyecto. No quiere ser el policía mundial, pero tampoco quiere dejar de serlo. Ni la opinión pública ni los políticos quieren pagar el riesgo que supone la hegemonía de su país. El autor va todavía más allá y afirma que la política exterior no es un reflejo de los intereses nacionales. La política exterior de Estados Unidos parece una suma de posiciones exteriores que nacen de intereses muy particulares, dada la influencia en su política exterior del creciente multiculturalismo de la sociedad estadounidense.

Esta desorientación hacia el exterior, también se debe a la desaparición de un enemigo nitido después del fin del comunismo. Estados Unidos siempre se ha organizado mejor cuando ha tenido un adversario. Todo apunta a que China emerge, al menos hasta el 11 de septiembre, como ese adversario que los americanos precisan para aunar sus fuerzas. Después de esta fecha, el terrorismo es el enemigo a batir en todos los frentes y también el elemento orientador de la política exterior y de seguridad.

El país siempre ha aspirado, y para ello ha puesto en práctica diversas políticas, a tener un grado de seguridad total. Sin embargo, la seguridad total es una quimera y, además, en un mundo global con riesgos transnacionales, ningún Estado es capaz de bastarse así mismo. Ante esta realidad, la forma de afrontar los desafíos de la seguridad ha sido a través del multilateralismo, de ahí el éxito de las organizaciones de seguridad y defensa en el área euro-atlántica. El temor para el autor es que debido a la diferencia de poderío militar entre Estados Unidos y el resto del mundo, tenga la tentación de abandonar la senda de la seguridad compartida y avance por el camino del unilateralismo.

Los últimos conflictos, desde la guerra del Golfo hasta Afganistán, han mostrado que es el único país que tiene capacidad suficiente de transporte aéreo para desplegar fuerzas y dispone de unos sistemas de mando, control e inteligencia adecuados como para actuar prácticamente en cualquier lugar del mundo. Si nos ceñimos estrictamente a los aspectos militares, EEUU no necesitaría a sus aliados para intervenir. También se observa que la brecha tecnológica, en el campo militar, se está ampliando, corriendo el peligro de que sus medios sean incompatibles con los de los europeos, lo que podría conducir a un desenganche, es decir, incapacidad para operar en coalición con otras fuerzas militares.

Con la llegada a la Administración Bush, escribe Ortega bajo el título: "Bush deja atrás la posguerra fría", el 18 de febrero del año 2001, que EEUU tiene como estrategia mantenerse lo más posible en una posición hegemónica preservando su hegemonía militar. En esta perspectiva se puede encuadrar la decisión de poner en marcha el proyecto del escudo antimisiles, o dotar a sus Fuerzas Armadas de un arsenal de alta tecnología.

El escudo de defensa limitada contra misiles balísticos, es para Ortega difícil de saber que consecuencias tendría, pero este proyecto esconde varios procesos: la búsqueda de una doctrina estratégica adaptada a los tiempos actuales, un impulso industrial y el más que probable traslado de la carrera de armamentos al espacio.

Por un lado, Bush busca una redefinición de la doctrina de la disuasión nuclear adaptada al mundo actual. Los acuerdos de la Guerra Fría, los START, que redujeron las armas ofensivas, y el ABM que limita los sistemas defensivos, tenían una lógica interna: la destrucción mutua asegurada entre Estados Unidos y la URSS. La situación actual no sólo significa que EEUU y Rusia ya no son enemigos, sino que ya no son iguales. Washington busca ahora una doctrina y una estructura de seguridad que repose sobre su hegemonía como única hiperpotencia, que la propia Administración llamó "estrategia de seguridad total". Este columnista señala respecto a este tipo de seguridad:

*La seguridad total es un sueño, pero Bush sabe que es popular en EEUU, un país que quiere ser el primero, y el único (10).*

El escudo antimisiles es también una forma de subvencionar la industria aeroespacial estadounidense, que hace frente a una creciente compe-

---

(10) Columna: "Lo que tapa el escudo", El país, 24-06-01.

tencia europea, rusa, japonesa y china. El autor considera que el peligro de EEUU no está tanto en el horizonte como en el espacio, pues es ahí donde reside el mayor peligro para EEUU, más dependiente que nunca de los satélites y, por tanto, más vulnerable.

Concluye esta parte de su análisis pensando que aunque Estados Unidos tiene muchos atributos del poder, está perdiendo influencia en la comunidad internacional porque está disminuyendo su crédito y confianza. Esta situación se debe al doble estándar que está siguiendo, que el autor denomina: "potencia exenta", es decir, intentar jugar diferentes reglas en la sociedad internacional, unas exclusivas para los propios americanos y otras para el resto de la comunidad.

Cuando la sociedad internacional busca medidas transnacionales que den respuestas a los desafíos emergentes, Estados Unidos pretende tener las manos libres, escapando de la naciente jurisdicción universal, sobre todo la que pueda afectar a sus acciones militares. En este sentido, señala el autor, que la gran paradoja de Estados Unidos es que es el único país occidental que no ha participado activamente en la elaboración, y posterior desarrollo, del Estatuto del nuevo Tribunal Penal Internacional que se firmó en Roma en julio de 1998 y que ha entrado en vigor recientemente, pese a que ha venido defendiendo desde hace años la necesidad de una institución de este tipo.

Estados Unidos se ha quedado también fuera de los principales acuerdos internacionales sobre el derecho de la guerra: el Protocolo Adicional I de 1977 sobre conflictos armados internacionales que complementa a las Convenciones de Ginebra de 1945, el convenio de 1985 de prohibición de las armas de láser cegadoras o el tratado de 1997 sobre la prohibición de minas antipersonas, o la negativa del Senado en 1999 a ratificar el Tratado de Prohibición Total de Pruebas Nucleares de 1966. El autor termina afirmando:

*Todas estas exenciones no quitan para que en la práctica Estados Unidos se tome estos tratados más seriamente que otros países que han firmado o ratificado estos acuerdos internacionales, pero que no los cumplen. Mas lo que late tras estas posiciones es una clara resistencia, cuando no negativa, de Estados Unidos a compartir soberanía con otros países o transferirla a otros organismos internacionales.... (11).*

---

(11) ORTEGA, ANDRÉS. "Horizontes Cercanos", Taurus, Madrid, 2000, 39.

Después del 11 de septiembre, Andrés Ortega opina que EEUU ha reexaminado su política militar porque el énfasis en la lucha antiterrorista se había centrado en ataques de otro tipo, ya sean digitales o bacteriológicos, o menos sofisticados. Lo que no esperaban era un ataque como el ocurrido. Un ataque en el que no se ha usado ninguna tipo de tecnología punta.

El mayor trauma de esas acciones terrorista es que EEUU se ha sentido vulnerable y amenazado como nunca lo había sido antes, desde la crisis de los misiles de Cuba en 1961. Estado Unidos se sentía, según Ortega, una isla geopolítica y, de repente, ya no lo es, lo que cambia su concepción sobre la seguridad. Los efectos de esta tremenda sensación de inseguridad ciudadana, ante una amenaza difusa, en la política exterior y de seguridad tendrán, desde el punto de vista del autor, profundas consecuencias, aunque es difícil augurar en qué sentido. En definitiva, el sueño de la seguridad total se ha desvanecido a partir de entonces.

Las medidas llevadas a cabo por la Administración norteamericana desde el 11 de septiembre hasta el fin de la guerra de Afganistán, han reforzado, el unilateralismo de EEUU. La mayor prueba de ello es la manera en que este país ha llevado la guerra, prácticamente solo. En este sentido añade el autor:

*Esta Administración va hacia lo que el diplomático canadiense David Malone llama el "unilateralismo inteligente", acompañado de toda una panoplia de relaciones bilaterales con países o con organizaciones como la UE. Este unilateralismo puede aumentar las diferencias entre EEUU, que sabe lo que quiere, y una Europa que aún se busca, como se ha visto en Laeken (12).*

## LA UNIÓN EUROPEA COMO INSTITUCIÓN DE SEGURIDAD

Posiblemente Andrés Ortega es uno de los comunicadores que más ha estudiado los fundamentos de la Unión Europea. A través de sus columnas ha intentado difundir la razón de esta institución desde sus inicios, por encima de las circunstancias de cada momento. El objetivo central de la construcción europea es para él, la búsqueda de paz y seguridad entre los que la integran y frente al exterior. La Unión Europea, para Ortega, no puede ser una isla de paz y prosperidad rodeada de inestabilidad y pobre-

---

(12) Columna: "Retorno al unilateralismo", El país, 17-10-01.

za, por eso la razón europea está también en la de generar estabilidad y un marco de convivencia con su vecindad. En este sentido la UE es una institución de seguridad.

No cabe duda que este objetivo se ha cumplido. Desde el Imperio romano hasta Hitler, pasando por Napoleón, la unidad europea se había intentado por medio de la conquista o del dominio, pero nunca se había logrado por medios pacíficos. Gran parte de este éxito se ha conseguido a través, fundamentalmente, de seguridad blanda, es decir, por medio del progreso económico, de la solidaridad entre sus miembros y de la proyección de estabilidad basada en la cooperación económica y en la ampliación de la Unión hacia el exterior.

La Unión, para garantizar su autonomía, independencia y seguridad, debe ser una potencia, es decir, tener capacidad para conformar un orden mundial, al menos en su entorno, aunque sin aspiraciones hegemónicas. Para que surja como potencia, Ortega cree que la UE necesita ambición, estructuras políticas e institucionales e instrumentos acordes con su voluntad y con la situación de su entorno y del mundo en general.

Si se compara la UE con EEUU, se observa que ambos tienen un producto interior bruto similar. Un comercio exterior equivalente o superior. Pero la influencia de EE.UU es mucho mayor. Desde el punto de vista de Ortega, eso es porque tiene el dólar, porque tiene unas fuerzas armadas capaces; y porque tiene una política exterior. A la UE le faltan bastantes de estos atributos. Políticamente, falta una completa solidaridad europea. Militarmente, la Unión carece de una fuerza creíble para la intervención militar.

A pesar de que la UE ha creado las estructuras necesarias y que para el año 2003 dispondrá de una fuerza de intervención rápida para cumplir las misiones Petersberg, Andrés Ortega cree que eso no es suficiente porque falta la voluntad política para mover ese músculo. Se ha caído en el error de pensar que la creación de instituciones relacionadas con la Política Exterior y de Seguridad Común tirarían de la política. La realidad no apoya ese argumento. En este sentido señala:

*Las iniciativas institucionales serias y necesarias se quedarán en poco si no las acompaña un desarrollo real de las capacidades y de la política que han de guiar su eventual uso. La creación de un comité militar en la UE, ....., van en la dirección correcta, pues la UE va a necesitar poder traducir las decisiones políticas en despliegues militares, cuando se requieran, con efectividad y celeridad. Pero son el softwa-*

*re de la operación. Falta el hardware, y sobre todo las instrucciones, la dirección política (13).*

La PESC no tiene que ser, por ahora, para Ortega una política única, sino común, donde se superponga pero no eliminen las nacionales. Andrés Ortega toca un tema que se olvida casi siempre que se habla de defensa europea dentro de la Unión, la dimensión nuclear de la misma. El autor cree que la disuasión nuclear está basada ante todo en la credibilidad en la decisión de su eventual uso. Esta credibilidad, por ahora, sólo puede ser nacional, porque esta política es común. Sólo el día en que hubiera una Unión Política fuerte, podría traspasarse la decisión sobre las armas nucleares a la autoridad política europea.

Propone para disminuir la diferencia de capacidades militares entre EEUU y la UE, dos medidas. Primero gastar mejor. Los europeos gastan menos que los americanos pero la disponibilidad de medios militares es menor que la de sus socios, porque no son tan eficientes y porque las inversiones militares de los Estados miembros no se complementan. Segundo, elaborar un plan de convergencia, similar al método utilizado para la Unión Monetaria, con objetivos precisos en materia de gastos militares, dedicación a I+D, con efectivos reales disponibles, entre otros.

Para él otro aspecto fundamental en la visión de la seguridad europea son las relaciones de seguridad entre EEUU y la UE, a través del vínculo trasatlántico materializado por la OTAN. Hoy, para Ortega, ningún gobierno en Europa cuestiona la OTAN porque es el mejor seguro y elemento esencial para la estabilidad del continente. Pero es preciso que la UE disponga de autonomía para actuar al margen de los EEUU cuando sus intereses no sean coincidentes.

Andrés Ortega hace las siguientes constataciones sobre estas relaciones. Primero, USA y la Unión tienen visiones diferentes del mundo. El uno tiene una visión más global, derivada de su condición de única superpotencia, incluso hiperpotencia; la otra más regional y sin pretensiones de hegemonía.

Segunda, Europa sigue necesitando del poderío militar de EEUU. La intervención de Kosovo hubiera sido imposible sin la ayuda de los norteamericanos. Tercera, la UE y EEUU tienden a tener actitudes crecientemente divergentes en muchos asuntos internacionales que afectan a la guerra, a la paz y a su regulación por un nuevo derecho internacional.

---

(13) Conferencia, *“Las relaciones de seguridad entre EE.UU y la UE”*, Madrid, 2000.

Cuarta, en el desarrollo de la Identidad Europea de Seguridad y Defensa aparecen dos contradicciones básicas: por una parte, los europeos quieren más autonomía pero no quieren pagarla. Por otra, los americanos quieren esa autonomía europea para no tener que intervenir directamente y que, además, Europa les compre material militar. Sin embargo, por otro lado no desean que la emancipación vaya muy lejos. Quieren controlarla a través de la OTAN y, especialmente, reteniendo la esencial capacidad de planeamiento militar en el seno de la Alianza Atlántica.

## A MODO DE CONCLUSIÓN

Todo lector que habitualmente haya seguido la columna que escribe semanalmente Andrés Ortega, habrá adquirido una amplia visión sobre las relaciones internacionales, la seguridad y la defensa y disfrutará de argumentos suficientes para fundamentar sus juicios y opiniones. De esta forma, este autor español está contribuyendo a fomentar una cultura sobre estos temas en España. Los lectores de Andrés Ortega, de forma sintética, podrán esgrimir los siguientes argumentos sobre la seguridad y la defensa:

- En las sociedades avanzadas, los individuos tienen muchas más posibilidades vitales, pero controlan menos su entorno y necesidades que en las sociedades primitivas. La propia complejidad en la que viven esas comunidades se convierte en su mayor vulnerabilidad.
- La sociedad internacional siempre se ha movido entre el orden y el desorden. Después del final de la Guerra Fría y la emergencia de la globalización, se está creando el sentimiento de que la anarquía predomina sobre el orden. Todo apunta a que nos encontramos en una fase de transición de un orden a otro. Este periodo crea desfases entre lo político, lo económico, lo social y la seguridad.
- La globalización aunque ha sido positiva para el mundo en términos generales, también está facilitando la aparición de nuevas amenazas que aprovechan las propias características de este fenómeno. Nuevas amenazas implican nuevas formas de seguridad. La seguridad no es ya un asunto puramente militar, tiene nuevas dimensiones en un mundo en que se difumina la separación entre lo civil y lo militar.
- El concepto tradicional de seguridad nacional se ha quedado corto. Los ataques o peligros pueden provenir de muy lejos y bajo dife-

rentes manifestaciones. Basta un módem conectado a un teléfono y un ordenador personal para originar problemas. La seguridad total, a la luz de los acontecimientos de esta primera parte de siglo, no se puede conseguir por medio de un solo actor y para un solo país e incluso tampoco se garantiza a través de organizaciones multilaterales. No obstante, el multilateralismo siempre produce mayores beneficios, en términos de seguridad, que el unilateralismo.

- El mundo occidental vive en una contradicción: quiere mandar sin correr excesivos riesgos. Esta contradicción puede conducir a los occidentales a querer mandar menos o, más probablemente, a tener que arriesgar más. De momento lo que predomina en Occidente es una nueva idea de la guerra, una guerra limitada en medios y objetivos, basada en la confianza en su superioridad tecnológica, la de unas armas de precisión que llevan a una guerra cara, pero en la que la reducción mínimas de bajas, tanto propias como del adversario, es posible. Es lo que denomina: “la guerra posmoderna”.
- Este nuevo tipo de guerras posmodernas son guerras que se dirigen con el mando a distancia, pero tienen grandes limitaciones, son guerras inacabadas. Normalmente, a través de una estrategia aérea, como en Kosovo, se consiguen los objetivos limitados perseguidos, pero no solventan los problemas de fondo.
- Los conflictos por violación sistemática de los derechos humanos y el neonacionalismo dentro de los propios Estados son, al menos en Europa, las principales fuentes de inseguridad por encima de los conflictos interestatales. El intervencionismo es el instrumento de la sociedad internacional, o mejor aún, del mundo occidental. La injerencia tiene grandes limitaciones pero para que sea creíble se debe basar en la legalidad internacional y precisa de una conducción política decidida para no llegar a situaciones no resueltas. Las intervenciones en muchas ocasiones se deben más al efecto CNN que a consideraciones políticas.
- La cultura de la prevención, frente a la de la curación, no está suficientemente desarrollada. En la comunidad internacional, organizaciones como la OTAN, la UE o la OSCE, carecen de medios suficientes de prevención que eviten intervenciones mayores.
- En gran parte de Europa occidental se está perdiendo la conciencia de la defensa nacional, pues no se ve ya la guerra desde la

perspectiva de la defensa del territorio propio, sino desde la de la defensa de intereses más lejanos. La correspondencia entre intereses nacionales de seguridad y empleo de las fuerzas armadas es cada vez más difusa a los ojos de los ciudadanos.

- En un mundo cuasi-multipolar con una hiperpotencia indispensable, EEUU, este país no deja indiferente a nadie. Muchas de las exacerbadas críticas que reciben tienen como objeto atemperar su tentación de actuar unilateralmente, imponiendo su propia visión del mundo. Aunque después de la Guerra Fría se haya quedado como única superpotencia, su conducta encierra ciertas excentricidades que está provocando una pérdida de confianza y credibilidad por parte del resto de la comunidad internacional.
- La Unión Europea es una institución de seguridad y, para seguir cumpliendo el principal objetivo que dio origen a la construcción europea, necesita no sólo crear seguridad dentro de sus fronteras, sino también proyectar estabilidad en su vecindad. Para conseguir eso, es necesario que la UE se transforme en potencia y adaptar sus medios a los fines perseguidos. De ahí que la UE precise desarrollar la PESC con unas capacidades militares suficientes.
- Ningún gobierno quiere poner en peligro a la OTAN, el mejor seguro y elemento esencial de la estabilidad europea. A la luz de los últimos acontecimientos internacionales, la UE y EE.UU se confirman como socios, pero no hermanos siameses y, por tanto, es previsible que tengan puntos de vistas no coincidentes en determinados asuntos y situaciones. De ahí la necesidad de que la UE desarrolle una cierta capacidad autónoma para actuar cuando no lo haga la OTAN.

## COMPOSICIÓN DEL GRUPO DE TRABAJO

*Coordinador:* **D. MIGUEL ALONSO BAQUER**

*General de Brigada de Infantería (DEM). 2ª Reserva  
Doctor en Filosofía y Letras (Historia y Geografía).  
Secretario Permanente del Instituto Español de Estudios  
Estratégicos (1986-1997).  
Actualmente es Asesor para Estudios Históricos en el  
I.E.E.E.*

*Secretario:* **D. LUIS DORRONZORO MANZANO**

*Coronel del Cuerpo General de las Armas del Ejército de  
Tierra. (DEM) (Reserva)*

*Vocales:* **D. JOSÉ ENRIQUE FOJÓN LAGOA**

*Coronel del Cuerpo de Infantería de Marina (DEM)  
Licenciado en Derecho*

**D. JUAN ANDRÉS TOLEDANO MANCHEÑO**

*Teniente Coronel del Cuerpo General del Ejército del Aire.  
(DEM)  
Diplomado en Geodesia Militar.  
Ingeniero Superior en Geodesia y Cartografía.*

**D. JOSÉ MARÍA PARDO DE SANTAYANA GÓMEZ DE OLEA**

*Teniente Coronel del Cuerpo General de las Armas del  
Ejército de Tierra. (DEM)  
Profesor titular de Estrategia de la Escuela de Guerra del  
Ejército.*

**D. VICENTE HUESO GARCÍA**

*Teniente Coronel del Cuerpo General del Ejército del Aire.  
(DEM)  
Doctor en Sociología.  
Licenciado en Ciencias Políticas y de la Administración.  
Master en Seguridad Europea por el Instituto de  
Seguridad Europea de Ginebra.*

**D. JAVIER PERY PAREDES**

*Capitán de Navío del Cuerpo General de la Armada. (G)  
Ha publicado artículos profesionales y de pensamiento en  
diversas revistas militares*

**D. IGNACIO ANGEL FUENTE COBO**

*Comandante del Cuerpo General de las Armas del  
Ejército de Tierra. (DEM)  
Master en Seguridad y Defensa por el Instituto  
Universitario "General Gutiérrez Mellado".*

## INDICE

*Página*

SUMARIO .....	3
<i>Introducción</i> .....	
ARTE DE LA GUERRA O LUCHA CONTRA EL TERRORISMO .....	5
El sigilo militar en las operaciones bélicas .....	10
Seguridad y Defensa en los medios de comunicación social .....	13
La invención de la paz.....	19
La muerte de Dios .....	24
La realidad del mal .....	28
<i>Capítulo I</i>	
MICHAEL WALZER. UNA APROXIMACIÓN MORAL AL FENÓMENO DE LAGUERRA.....	39
Reseña bibliográfica .....	39
La realidad moral de la guerra: luchar con conciencia .....	42
Los fines de la guerra o la teoría de la agresión .....	45
Los medios de la guerra o la importancia de luchar bien.....	47
La cuestión de las responsabilidades en la guerra .....	51
La posición moral de los estados y el derecho de intervención.....	54
Una reflexión final al fenómeno de la guerra: la lucha contra el terrorismo.....	61
<i>Capítulo II</i>	
BOB WOODWARD. UN PASEO POR LA SOMBRA DEL PODER .....	67
La opinión pública: de espectador a actor .....	67

De periodista-observador a personaje-observado .....	69
Los límites del trabajo .....	71
El uso de la información, el manejo de la inteligencia .....	72
La toma de decisiones militares durante las crisis .....	80
La economía: el factor multiplicador .....	92
Conclusión .....	98

### *Capítulo III*

MICHAEL IGNATIEFF: LA CREACIÓN DE UN NUEVO UNIVERSO MORAL A TRAVÉS DE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL .....	100
La comunidad imaginaria de los medios de comunicación .....	101
La guerra: una profunda revolución en el planteamiento de los conflictos armados .....	108
La decadencia de los derechos humanos .....	118

### *Capítulo IV*

WILLIAM PFAFF. REFLEXIÓN CRÍTICA SOBRE LAS CREENCIAS BÁSICAS QUE INSPIRAN LA POLÍTICA EXTERIOR ESTADOUNIDENSE .....	126
De la Guerra Fría al Nuevo Orden Mundial .....	127
Sobre el progreso, el futuro, el liberalismo económico y la globalización .....	133
¿Choque de civilizaciones? .....	141
Hegemonía de EEUU .....	142
Tres cuestiones de gran actualidad .....	152

### *Capítulo V*

LA INFLUENCIA DE LOS ANALISTAS EN LA CONCEPCIÓN Y DESARROLLO DE LA DEFENSA DE LOS ESTADOS UNIDOS .....	156
Ralph Peters: el fedatario del cambio .....	157
William S. Lind: la formulación de una profecía .....	165
Kaplan o la vuelta al realismo estratégico .....	175
Epílogo .....	183

## *Capítulo VI*

ANDRÉS ORTEGA. LA SEGURIDAD POSMODERNA .....	186
Introducción .....	187
¿Nuevo orden o desorden? .....	190
Globalización y seguridad .....	193
El nuevo intervencionismo .....	198
¿Estados Unidos, potencia indispensable? .....	202
La Unión Europea como institución de seguridad .....	207
A modo de conclusión.....	209
COMPOSICIÓN DEL GRUPO DE TRABAJO .....	213
ÍNDICE .....	214

## CUADERNOS DE ESTRATEGIA

Nº	TÍTULO
*01	La industria alimentaria civil como administradora de las FAS y su capacidad de defensa estratégica.
02	La ingeniería militar de España ante el reto de la investigación y el desarrollo en la Defensa Nacional.
03	La industria española de interés para la defensa ante la entrada en vigor del Acta Única.
*04	Túnez: su realidad y su influencia en el entorno internacional.
*05	La Unión Europea Occidental (UEO) (1955-1988).
*06	Estrategia regional en el Mediterráneo Occidental.
07	Los transportes en la raya de Portugal.
*08	Estado actual y evaluación económica del triángulo España-Portugal-Marruecos.
09	<i>Perestroika</i> y nacionalismos periféricos en la Unión Soviética.
10	El escenario espacial en la batalla del año 2000 (I).
*11	La gestión de los programas de tecnologías avanzadas.
*12	El escenario espacial en la batalla del año 2000 (II).
*13	Cobertura de la demanda tecnológica derivada de las necesidades de la Defensa Nacional.
*14	Ideas y tendencias en la economía internacional y española.
*15	Identidad y solidaridad nacional.
*16	Implicaciones económicas del Acta Única 1992.
17	Investigación de fenómenos belígenos: Método analítico factorial.
*18	Las telecomunicaciones en Europa, en la década de los años 90.
*19	La profesión militar desde la perspectiva social y ética.
20	El equilibrio de fuerzas en el espacio sur europeo y mediterráneo.
21	Efectos económicos de la unificación alemana y sus implicaciones estratégicas.

Nº

TÍTULO

- \*22 La política española de armamento ante la nueva situación internacional.
- 23 Estrategia finisecular española: México y Centroamérica.
- \*24 La Ley Reguladora del Régimen del Personal Militar Profesional (cuatro cuestiones concretas).
- \*25 Consecuencias de la reducción de los arsenales militares negociados en Viena, 1989. Amenaza no compartida.
- \*26 Estrategia en el área iberoamericana del Atlántico Sur.
- \*27 El espacio económico europeo. Fin de la guerra fría.
- \*28 Sistemas ofensivos y defensivos del espacio (I).
- \*29 Sugerencias a la Ley de Ordenación de las Telecomunicaciones (LOT).
- 30 La configuración de Europa en el umbral del siglo XXI.
- \*31 Estudio de "inteligencia operacional".
- 32 Cambios y evolución de los hábitos alimenticios de la población española.
- \*33 Repercusiones en la estrategia naval española de aceptarse las propuestas del Este en la CSBM, dentro del proceso de la CSCE.
- \*34 La energía y el medio ambiente.
- \*35 Influencia de las economías de los países mediterráneos del norte de África en sus respectivas políticas de defensa.
- \*36 La evolución de la seguridad europea en la década de los 90.
- \*37 Análisis crítico de una bibliografía básica de sociología militar en España. 1980-1990.
- \*38 Recensiones de diversos libros de autores españoles, editados entre 1980-1990, relacionados con temas de las Fuerzas Armadas.
- \*39 Las fronteras del Mundo Hispánico.
- \*40 Los transportes y la barrera pirenaica.
- \*41 Estructura tecnológica e industrial de defensa, ante la evolución estratégica del fin del siglo XX.

Nº

TÍTULO

- 42 Las expectativas de la I+D de Defensa en el nuevo marco estratégico.
- \*43 Costes de un ejército profesional de reclutamiento voluntario. Estudio sobre el Ejército profesional del Reino Unido y (III).
- 44 Sistemas ofensivos y defensivos del espacio (II).
- \*45 Desequilibrios militares en el Mediterráneo Occidental.
- \*46 Seguimiento comparativo del presupuesto de gastos en la década 1982-1991 y su relación con el de Defensa.
- 47 Factores de riesgo en el área mediterránea.
- \*48 Las Fuerzas Armadas en los procesos iberoamericanos de cambio democrático (1980-1990).
- \*49 Factores de la estructura de seguridad europea.
- \*50 Algunos aspectos del régimen jurídico-económico de las FAS.
- \*51 Los transportes combinados.
- \*52 Presente y futuro de la Conciencia Nacional.
- \*53 Las corrientes fundamentalistas en el Magreb y su influencia en la política de defensa.
- \*54 Evolución y cambio del este europeo.
- 55 Iberoamérica desde su propio sur (La extensión del Acuerdo de Libre Comercio a Sudamérica).
- \*56 La función de las Fuerzas Armadas ante el panorama internacional de conflictos.
- 57 Simulación en las Fuerzas Armadas españolas, presente y futuro.
- \*58 La sociedad y la Defensa Civil.
- \*59 Aportación de España en las Cumbres Iberoamericanas: Guadalajara 1991-Madrid 1992.
- \*60 Presente y futuro de la política de armamentos y la I+D en España.
- 61 El Consejo de Seguridad y la crisis de los países del Este.
- \*62 La economía de la defensa ante las vicisitudes actuales de las economías autonómicas.

Nº

TÍTULO

- 63 Los grandes maestros de la estrategia nuclear y espacial.
- \*64 Gasto militar y crecimiento económico. Aproximación al caso español.
- \*65 El futuro de la Comunidad Iberoamericana después del V Centenario.
- \*66 Los estudios estratégicos en España.
- 67 Tecnologías de doble uso en la industria de la defensa.
- \*68 Aportación sociológica de la sociedad española a la Defensa Nacional.
- \*69 Análisis factorial de las causas que originan conflictos bélicos.
- \*70 Las conversaciones internacionales Norte-Sur sobre los problemas del Mediterráneo Occidental.
- \*71 Integración de la red ferroviaria de la península Ibérica en el resto de la red europea.
- \*72 El equilibrio aeronaval en el área mediterránea. Zonas de irradiación de poder.
- \*73 Evolución del conflicto de Bosnia (1992-1993).
- \*74 El entorno internacional de la Comunidad Iberoamericana.
- \*75 Gasto militar e industrialización.
- 76 Obtención de los medios de defensa ante el entorno cambiante.
- \*77 La Política Exterior y de Seguridad Común (PESC) de la Unión Europea (UE).
- \*78 La red de carreteras en la península Ibérica, conexión con el resto de Europa mediante un sistema integrado de transportes.
- \*79 El derecho de intervención en los conflictos.
- 80 Dependencias y vulnerabilidades de la economía española: su relación con la Defensa Nacional.
- 81 La cooperación europea en las empresas de interés de la defensa.
- \*82 Los *cascos azules* en el conflicto de la ex Yugoslavia.
- 83 El sistema nacional de transportes en el escenario europeo al inicio del siglo XXI.
- \*84 El embargo y el bloqueo como formas de actuación de la comunidad internacional en los conflictos.

Nº

TÍTULO

- \*85 La Política Exterior y de Seguridad Común (PESC) para Europa en el marco del Tratado de no Proliferación de Armas Nucleares (TNP).
- 86 Estrategia y futuro: la paz y seguridad en la Comunidad Iberoamericana.
- 87 Sistema de información para la gestión de los transportes.
- 88 El mar en la defensa económica de España.
- \*89 Fuerzas Armadas y Sociedad Civil. Conflicto de valores.
- \*90 Participación española en las fuerzas multinacionales.
- \*91 Ceuta y Melilla en las relaciones de España y Marruecos.
- 92 Balance de las Primeras Cumbres Iberoamericanas.
- 93 La cooperación Hispano-Franco-Italiana en el marco de la PESC.
- 94 Consideraciones sobre los estatutos de las Fuerzas Armadas en actividades internacionales.
- 95 La unión económica y monetaria: sus implicaciones.
- 96 Panorama estratégico 1997/98.
- 97 Las nuevas españas del 98.
- 98 Profesionalización de las Fuerzas Armadas: los problemas sociales.
- 99 Las ideas estratégicas para el inicio del tercer milenio.
- 100 Panorama estratégico 1998/99.
- 100 1998/99 Strategic Panorama.
- 101 La seguridad europea y Rusia.
- 102 La recuperación de la memoria histórica: el nuevo modelo de democracia en Iberoamérica y España al cabo del siglo XX.
- 103 La economía de los países del norte de África: potencialidades y debilidades en el momento actual.
- 104 La profesionalización de las Fuerzas Armadas.
- 105 Claves del pensamiento para la construcción de Europa.
- 106 Magreb: percepción española de la estabilidad en el Mediterráneo, prospectiva hacia el 2010.

Nº	TÍTULO
106-B	Maghreb: percepción espagnole de la stabilité en Méditerranée, prospective en vue de L'année 2010
*107	Panorama estratégico 1999/2000
107	1999/2000 Strategic Panorama.
108	Hacia un nuevo orden de seguridad en Europa.
109	Iberoamérica, análisis prospectivo de las políticas de defensa en curso.
110	El concepto estratégico de la OTAN: un punto de vista español.
111	Ideas sobre prevención de conflictos.
112	Panorama Estratégico 2000/2001.
112-B	Strategic Panorama 2000/2001.
113	Diálogo Mediterráneo. Percepción española.
113-B	Le dialogue Méditerranéen. Une perception espagnole.
114	Apartaciones a la relación sociedad - Fuerzas Armadas en Iberoamérica.
115	La paz, un orden de seguridad, de libertad y de justicia.
116	El marco jurídico de las misiones de las Fuerzas Armadas en tiempo de paz.
117	Panorama Estratégico 2001/2002.
117-B	2001/2002 Strategic Panorama.
118	Análisis, Estrategia y Prospectiva de la Comunidad Iberoamericana.

---

\* Agotado. Disponible en las bibliotecas especializadas y en el Centro de Documentación del Ministerio de Defensa.